

Celia

mi mejor regalo

Eugenia
Palomares
Ferrales



Edición: *Olivia Diago Izquierdo*
Diseño de cubierta e interior: *Liatmara Santiesteban García*
Realización: *Francy Espinosa González, Sarai Rodríguez Liranza*
Corrección: *Catalina Díaz Martínez*
Fotos: *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado y de la autora*
Conversión a ebook: *Idalmis Valdés Herrera*

© Eugenia Palomares Ferrales, 2015
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2015
Segunda edición, 2023

ISBN: 978-959-224-610-2

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10600
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu



Índice

Celia, palma y clavellina / 7
Agradecer es un gusto [4:459] / 10
En Media Luna nació una flor / 15
De entre cuevas, ríos y montañas / 52
¡La bendición, madrina! / 83
Al encuentro de nuevas emociones / 112
Remanso de paz y armonía / 154
Estelas de la guerra / 181
Sendero de nuevos horizontes / 206
El magisterio surcando la avenida / 232
Dolor profundo / 253
Mi vida sin Celia / 278
Anexos / 301
Testimonio gráfico / 311
Bibliografía / 344
Datos de la autora / 346



*A mi padre, cuyas palabras en el combate de Palma Mocha:
“Si caigo dejo a un niño o niña por nacer”,
son las raíces de mi convivencia junto a Celia,
y de los sentimientos que experimenté
mientras viví a su lado,
y ahora... durante el proceso
de creación de este libro.*

A mis espigados retoños, Yumanky y Yosvany.



*El nombre de los padres
es una obligación para los hijos,
y no tiene derecho al respeto
que va por todas partes
con la sombra del padre glorioso,
el hijo que no continúa
sus virtudes.¹*

1 José Martí Pérez: *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, tomo 5, p. 373. De esta obra son los pensamientos que inician cada capítulo. En lo adelante, solo se expresarán tomo y página.



*¡Nada más bello que poder
amar a aquel a quien
se tiene algo que
agradecer! [5:87]*

Celia, palma y clavellina



Me sentí tan estimulada ante la solicitud de Eugenita —a quien conozco desde que era una diminuta niña—, que ni el agotamiento de mis noventa y dos años, ni el que me produce mi estado de salud actual pudieron impedir mis palabras a Celia. Hago el mejor esfuerzo e intento, aunque breve, reconocer una vez más a nuestra heroína y felicitar a la autora por revelar de manera sencilla y familiar una arista tan gratificante como poco conocida: el amor maternal de su protagonista.

Me dispongo a escribir y cuatro mujeres cubanas, ya fallecidas, encabezan hoy mis recuerdos... Haydée Santamaría Cuadrado, asaltante al cuartel Moncada, fundadora y directora de Casa de las Américas; Vilma Espín Guillois, combatiente del Segundo Frente Oriental Frank País, fundadora y presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas; Melba Hernández Rodríguez del Rey, asaltante también al

cuartel Moncada, expresión de solidaridad de toda Cuba con los pueblos de Vietnam, Laos y Cambodia. Ya antes había abierto ese camino hacia la inmortalidad Celia Sánchez Manduley, luchadora clandestina insuperable, combatiente guerrillera indómita, ferviente dirigente política y administrativa: cuatro baluartes de nuestra Revolución.

Pero como Celia es quien me convoca esta vez, concentro mi pensamiento en sus acciones, tantas... que me atrevo a calificarla, por sus actos, como una gran figura de nuestra "mambisada". Así había sido Mariana Grajales Coello en el siglo XIX, así fue Celia en el siglo XX. Aunque de épocas diferentes, artífices de igual proeza: ¡Patria! ¡Libertad!

En tiempos de Revolución triunfante fue la ayudante más eficaz de nuestro Comandante en Jefe, diría que insustituible. Pasarán los años y esa imagen ha de perdurar en nuestros dirigentes y en todo el pueblo cubano.

¡Qué decir de su capacidad creadora!

Idea suya fue la majestuosidad del Parque Lenin, del Palacio de Convenciones, y para los pioneros, su Palacio José Martí en Tarará. ¡Cuánto contribuyó a la formulación definitiva de la ley sobre la creación del Gran Parque Nacional Sierra Maestra!

Pero mi intención no es enumerar su obra. Quizás mi tiempo no alcance. Sí quisiera referir actos que muestran su delicada sensibilidad humana: en cuerpo y alma se entregó a hacer posible y bien la campaña de alfabetización. Como martiana desde su infancia, sabía que para conservar la libertad recién conquistada, primero tenían que aprender a leer y escribir sus defensores. Fue permanente y suya también la preocupación por el ingreso de un niño enfermo al hospital, sin importar su origen, o de enviarlo al extranjero para salvarle la vida. Brindó esmerada atención a los hijos de mártires y combatientes, y hasta de quienes en algún momento no fueron fieles a la causa.

La casa de la calle 11 fue de los pequeños de la Sierra Maestra y de los que, desde otros lugares, venían a visitarla por serios problemas sociales. Quien vio de cerca tal relación atesora como recuerdo su fuerte atracción por los niños y la educación sin privilegios que les ofreció; pero hablar de esa vida personal solo pueden la familia y los muchachos que ella crio.

Una de ellos es la autora de este libro, Eugenia Palomares Ferrales, hija de un mártir. Nació cuando su papá —ascendido post mortem a capitán, Pastor Palomares López, de la Columna No. 1 José Martí, que comandara Fidel— ya no estaba; fue bautizada por Celia y acogida, después, igual que si hubiera sido suya. De ella recibió educación y mucho cariño. Hoy siento la felicidad de saber que en estas páginas recoge esas vivencias. Así honra también la memoria de su padre.

Celia fue una mujer increíble. Si a Mariana le llamamos Madre de la Patria, a ella pudiéramos llamarla Madrina de su Pueblo y, de forma muy especial, de los niños más humildes y desprotegidos en la etapa crucial de la dictadura de Batista. Después, en los primeros años de la Revolución todo fue más fácil. A partir de aquel luminoso 1° de Enero, pudieron crecer multifacéticamente como había soñado el Maestro, nuestro Apóstol de la Independencia, José Martí Pérez.

NIDIA SARABIA HERNÁNDEZ
LA HABANA, 1° DE DICIEMBRE DE 2014

Agradecer es un gusto [4:459]



Al hablar de Celia, revelaré la historia de mi vida desde que nací en la cueva intrincada y oscura de la Sierra Maestra hasta que la luz con que la Revolución, a través de ella, mi madrina como yo le decía, enrumbó mi vida y enderezó no solo mi cuerpo deformado de niña, sino también mi entendimiento y espíritu, vírgenes aún cuando me trajo para cumplirle, a su compañero de combate —mi padre—, la palabra empeñada.

Hago mi historia solo como pretexto. Mi único interés es mostrar, en el alto lugar que les corresponde, la figura de Celia y la Revolución a la que se entregó. Por eso inscribo historias y testimonios de otros compañeros que tuvieron el privilegio de conocer a la mujer sencilla y fuerte; humilde y soñadora; desinteresada, pero atenta a las necesidades de otros, en fin, la cubana síntesis de valores que tanto necesita nuestro pueblo.

Creo que este libro, sin darme cuenta, lo comencé el mismo día de su muerte. Empecé a hacer anotaciones de recuerdos que el paso del tiempo les podía borrar detalles y eso no podía suceder, porque a mis hijos, debo dejarles bien explícita mi procedencia, como buen cimiento para su formación integral; y a Celia, dondequiera que esté, mi eterno agradecimiento.

Entonces creció mi interés por la lectura de obras que tratan sobre ella y de otras donde fuera protagonista también. A cada instante fui reflexionando sobre los momentos de mi vida junto a la madrina que ya no estaba, hasta que un día llegué a pensar cuán interesante sería escribir sobre esa otra faceta suya: su consagración como madre de muchos niños.

Compañeros de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado me sugirieron entrevistar a quienes conocieron de cerca su sensibilidad humana, especialmente su vocación maternal. Hablé con muchísimas personas y con qué atención escuché sus anécdotas y comentarios. Este paso fue difícil para mí; para dejar correr la pluma debía imponerme a la modestia y humildad inculcadas por ella.

En las primeras entrevistas y, sobre todo, a partir del artículo publicado el 11 de enero de 2010 en el órgano de la Central de Trabajadores de Cuba, por el aniversario treinta de su fallecimiento, me sorprendieron la acogida de los lectores y el deseo manifiesto de saber más acerca de Celia.

Con ahínco y muy entusiasmada, me entregué a que nuestro pueblo conociera de su riqueza espiritual en la intimidad de la familia. Ya sabía que por mí esperaban las vivencias de cuando estuve a su abrigo, las que no terminarían ni con su muerte.

Acudí a distintas personas en busca de ayuda, en primer lugar, a mis dos hijos, pues yo tenía que cumplir el horario laboral y la investigación que me planteaba exigía tiempo, mucho del que normalmente debía dedicarles a ellos.

Durante mis visitas a la Sierra Maestra en períodos de vacaciones, me empeñé en profundizar con intensidad sobre todo lo relacionado con mi nacimiento y niñez —etapas no muy claras aún—, a través de mis abuelos, tíos y vecinos de El Naranjo; más tarde, hice igual en el municipio de Jiguaní.

Conté con la colaboración de los compañeros que atienden a los combatientes y familiares de mártires, y con los especialistas de la División de Criminalística del Minint y Medicina Legal, apoyados por las direcciones del partido en las provincias de Santiago de Cuba y Granma, porque incluía entre mis intereses, la exhumación de los restos de mi padre para reconstruir su rostro, el cual continuaba siendo un enigma.

Junto a mis hermanos de crianza viví emotivos momentos al recordar los años más felices de nuestras vidas. Precisé muchísimos detalles. Igual sucedió cuantas veces contacté con sobrinos de Celia, quienes compartían conmigo como si la relación fuera sanguínea.

Anotaciones que nacieron de encuentros con médicos, vecinos, amigos, compañeros de la guarnición y escoltas del Comandante de la calle 11, le ofrecieron más solidez a este trabajo. La palabra emocionada de cada uno me permitió captar la admiración y respeto hacia Fidel, mi madrina y la Revolución. Con ese mismo calor intenté dejarlas grabadas en este libro para que desafíen el tiempo.

Las consultas bibliográficas en el Centro de Documentación e Información Pedagógica del Ministerio de Educación en el municipio de Plaza de la Revolución y en la Biblioteca Nacional José Martí, me resultaron muy valiosas para ubicar al lector en los diferentes acontecimientos históricos que hice alusión.

Cuando pensé que mi trabajo tenía “cuerpo” lo comenté con mi amiga Lourdes y me presentó a Raysa Ricardo Guibert, profesora de Español-Literatura, para que me brindara asesoría en la corrección del texto, ella revisó la primera versión. Además, tuve la valiosa colaboración del profesor Sergio Gómez Castanedo, su esposo, y de la periodista Haydeé Hernández Carrillo, entre otros compañeros.

Pero el testimonio dio un vuelco total cuando, a través de Antonio Luis García Reyes, *Tony*, mi hermano de crianza, contacté con la compañera Nancy Jiménez Rodríguez. Ella revisó varias veces el texto y me ofreció recomendaciones útiles en cuanto a vocabulario, enfoques y precisiones históricas. Además, participaron en este

quehacer solidario las compañeras Mireya Moreno Figueredo y Eulalia Dopazo Reyes, miembros de la Asociación de Pedagogos de Cuba.

Una de las últimas personas, a quien recurrí en busca de otros criterios, fue Nidia Sarabia Hernández, ella laboró en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, desde que fuera fundada por Celia hasta el momento en que decidió jubilarse. Me facilitó importante información que hube de considerar, y hasta tuvo la deferencia de entregarme una nota de felicitación.¹ Su gesto me llevó a comprender que mi homenaje a Celia transitaba por un camino correcto. No niego que me hizo sentir extraordinariamente estimulada.

Una vez que culminé esta primera etapa de creación, quizás por el desconocimiento de los requisitos de entrega a la editorial, me diseñaron una cubierta y la composición original que, aunque no son las que observan en este libro, no puedo dejar de agradecerle a Tania Fernández González su regalo de entonces. Cooperó conmigo en la digitalización de imágenes la compañera Saraí Rodríguez Liranza, entonces trabajaba en la Empresa Gráfica Geocuba; ahora la casualidad quiso que nos encontráramos en Verde Olivo, la Casa Editorial que asumió la publicación de mi obra, *Celia, mi mejor regalo*.

Agradecida por la colaboración de tantos compañeros y feliz por haberle dado forma a mi intención de presentarles a la heroína como una mujer de carne y hueso, humana como todos nosotros, espero que los lectores puedan sentirla igual: madre, tutora, conductora de muchas vidas que, al decir del investigador Ernesto Álvarez Blanco, puede sembrar en nuestro pueblo fidelidad, fortaleza y espíritu de servicio.

También el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz contribuyó a realzar estas ideas, cuando, en conversación con los trabajadores de Palacio, expresó: “Era una mujer muy independiente, humanitaria, afectuosa, excelente. Yo creo que la mencionarán siempre y la recordarán siempre”.

1 Ver nota de Nidia Sarabia en el anexo no. 1.

Una vida tan rica como hermosa y llena de matices rompe la cronología que intente respetar quien escriba sobre ella —me siento incluida—; de igual manera, desborda las páginas de cualquier libro. Por eso soy del criterio de que este trabajo no está concluido. Otras personas podrán presentar investigaciones, que arrojen nuevos relatos y reflexiones sobre la historia de nuestra heroína Celia Sánchez Manduley.

LA AUTORA



En Media Luna nació una flor

*Son las familias como las raíces de los pueblos;
y quien funda una, y da a la patria hijos útiles,
tiene, al caer en el último sueño de la tierra,
derecho a que se recuerde su nombre
con respeto y cariño. [28:317]*

Era la una de la tarde de aquel 9 de mayo. Los rayos del sol no podían irradiar más luz en la región suroriental de la Isla. Corría 1920 y su primavera se encargaba de poner en brazos de Acacia Manduley Alsina y el doctor Manuel Sánchez Silveira a una preciosa niña de tez blanca, rostro más bien redondeado y pelo negro como sus ojos, que muy pronto fueron vivaces. Había nacido la tercera hembra del matrimonio que, además, ya tenía a un hijo varón, por este orden le antecedían: Silvia, Graciela y Manuel Enrique.

La casa No. 33 de la calle Villuendas fue su primera morada, en un poblado que el río Vicana dividía en dos partes. A esta forma en que se produjo el asentamiento de sus pobladores, debe su nombre: Media Luna. Se localiza en la llanura costera del golfo de Guacanayabo, en Manzanillo, entonces

pertenecía a la provincia de Oriente, actualmente los granmenses disfrutan el sano orgullo de pertenecerles. Algo más de cuatro mil habitantes formaban la población del territorio en el que predominaban humildes caseríos y calles de tierra intransitables cuando el tiempo hacía de las suyas, y donde la inmensa mayoría de las familias dependía del mísero salario que le pagaba el dueño del central azucarero denominado Isabel.

El 16 de octubre 1920 fue inscrita en el Registro Civil del Juzgado de esa municipalidad como Celia Esther de los Desamparados Sánchez Manduley, los mismos nombres con los que sería bautizada dos años después, el 22 de julio, en la Parroquia de la Purísima Concepción de Manzanillo. Su tercera nominación responde al hecho de haber nacido el día que sigue a la fiesta religiosa de Nuestra Señora de los Desamparados.

De temperamento inquieto, dotada de gracia, simpatía y sentido del humor, creció entre un espíritu de total curiosidad; la historia, geografía, arqueología y espeleología fueron campos en los que, guiada por su progenitor, incursionó. De él también aprendió a amar la patria y la naturaleza en todas sus expresiones; otros rasgos suyos pronto se incorporaron a la personalidad de la pequeña: tenacidad, pureza de intenciones, sensibilidad humana.

Los Sánchez Manduley, cuyo padre era dentista desde 1909 y médico dos años después, vivieron con ciertas comodidades: un radio de los primeros que entraron al país, un piano, una ortofónica RCA Víctor con sus puertas a los lados para guardar discos, y una colección de bastones de maderas preciosas daban cuenta de ello en una casa de cinco habitaciones, que había sido ampliada para darle espacio a la numerosa familia: los padres, Acacia y Manuel; los niños, Silvia, Graciela, Manuel Enrique, Celia, Flabia, Griselda, Orlando y la pequeña Acacia; Gloria Manduley e Irene Alsina, tía y abuela materna, respectivamente. Los muebles eran los necesarios: camas, escaparates, cómodas y butacas.

Para las muchachas que atendían los quehaceres domésticos había otro cuarto con baño, y habilitado estaba también el consultorio, gabinete dental y laboratorio del

Dr. Manuel que, al mismo tiempo, servía de biblioteca. Allí había libros filosóficos, religiosos, sociales, sobre todo históricos; era fácil encontrar biografías de personalidades destacadas en las luchas de Cuba y de otras naciones, lo difícil era devolverlos a su lugar.

Detrás de un garaje y la caballeriza, se extendían el patio y traspatio, donde se construyeron los cuartos de Ignacio Brooks, el jamaicano, y Dionisio Iglesias, los dos prestaban su servicio a la familia.

Griselda

Sobre Brooks ya pesaban algunos años. Papá lo trajo para que cuidara a la familia y la casa cuando él tenía que salir de noche a visitar a los enfermos. Se le pagaba un sueldo. Aunque era trinitario, hablaba bien el español, había venido como polizante en un barco.

Era jaba'ó, con visibles marcas de grillete en los tobillos. Recuerdo a papá curándolo, tenía tatuajes por todo el cuerpo. Terminó siendo su hombre de confianza.

Bebía mucho y los fines de semana se le iba la mano con el ron; pero toda la familia lo adoraba. Le decíamos Fofuta y a su caballo, Candela. Murió cuando éramos jovencitas. Fue la primera muerte que nos dolió de verdad. Celia lo quiso mucho.

Si el portal de la casa inspiraba a tomar el fresco marino, que con solo dos kilómetros de recorrido era suficiente para embriagarnos, y el del campo, abierto en todo su esplendor, el patio no se quedaba detrás: un árbol grande de mango macho, plantas de acacia, granada, júpiter con sus flores rojas, y un ilang-ilang con la panícula de flores amarillentas dispuestas a perfumar las noches, invitaban a permanecer en él; además de las plantaciones de crotos, rosas, tilo, romerillos y enredaderas de cundiamor que bordeaban las cercas del patio y traspatio.



De esa belleza casi natural y de sus primeros años de vida, Flabia, la hermana de mucho apego a Celia, recuerda:

Tuvimos una infancia feliz. Jugábamos mucho a los yaqui y al pon. ¡Ah, también a la suiza! Pero nuestro gran entretenimiento era jugar en una casita de guano que papá había mandado a levantar en el patio de la casa. Era un bohío. Tenía yaguas alrededor y un techo de guano con una cobija muy bien hecha.

Cuando jugábamos a la cocinita mi hermana hacía mucho arroz blanco y asábamos boniatos. Con tablas inventábamos la cama y la niñita de enfrente, que la traíamos, la acostábamos para que durmiera la siesta.

Esto era al mediodía, porque en las tardes íbamos al río a bañarnos o montábamos bicicletas, nos alejábamos hasta dos kilómetros de la casa, éramos unos cuantos muchachos.

A pesar de la satisfacción familiar, a Celia no le resultó ajena ni distante la vida difícil del campesinado a su alrededor. Creció muy cerca del central Isabel, fundado en 1886 por Tomás, Ricardo, Arturo y Alfredo Beattie Brooks (ingleses), donde el cultivo, cosecha y molienda de cañas eran las únicas labores para una mayoría sometida al régimen de explotación. Si la familia Sánchez-Manduley fue determinante en su formación, no fueron menos las condiciones socioeconómicas e históricas en que creció la pequeña: una y otras pronto se encargarían de dirigir su pensamiento y acción al alivio de muchas desdichas.

Con apenas seis años, sin edad para explicarse la muerte, enfrentó la de su mamá. Acacia Manduley falleció el 19 de diciembre de 1926, un paludismo pernicioso se encaprichó en que su vida no rebasara los treintaiocho años. Celia fue sacudida por una inmensa tristeza. Tal vez, atrapada en sus dibujos infantiles, encontró consuelo a su dolor.

Silvia

A los tres días de dar a la luz a nuestra hermana más pequeña, a la que se le puso su nombre —Acacia—, le comenzaron las fiebres.

Griselda

En esa época solo se combatía el paludismo con quinina; pero el medicamento no se le podía administrar, porque podía provocarle hemorragia y mamá recién había dado a luz. Cuando se le pudo suministrar la quinina era tarde. Durante dos semanas se prolongó aquella lucha contra la muerte... Se necesitó una transfusión de sangre de cuerpo a cuerpo, de un tipo específico y el pueblo de Manzanillo respondió.

Silvia

Se presentaron muchos voluntarios para donar su sangre. A la casa acudían decenas de personas a indagar constantemente por la salud de mi madre.

Griselda

Al final, la sangre de mi tía Gloria —fallecida en 1990 con noventa y nueve años— fue la que se le transfundió, pero en vano. Mamá murió con pleno conocimiento y encargándole a papá que no nos separara nunca. Hay que imaginarse lo duro que fue para nosotros que mi madre se nos muriera tan joven.

Manuel Enrique

En los momentos finales, papá nos mandó a buscar para que la viéramos. Cuando falleció pasamos a la habitación donde estaba ella. Yo veía a papá desesperado. Recuerdo que fui a darle un beso a mamá y en ese momento me gritó: “¡Manuel Enrique!” Yo nunca lo había oído gritar y menos en ese tono, me asusté;

pero después me dijo: “¡Bésala, hijo mío!” Aquello fue muy duro.

Griselda

Mamá era extraordinariamente querida en toda Media Luna. Se distinguía por su simpatía, una alegría permanente y cómo le gustaban las bromas...

Quizás por eso o porque mi padre era un hombre moderno —yo diría que más de estos tiempos—, no aceptó el luto dentro de la casa, como era costumbre de la época: abrimos ventanas y puertas y nos dijo que no dejáramos de oír música. No quería que nos traumatizáramos. Tomar esa decisión no era fácil, iba contra lo establecido, pero él la tomó y creo que fue un acierto.

Silvia

Él tenía treintainueve años, se mantuvo viudo y nunca más se casó. Al cuidado nuestro, éramos ocho hermanos, se mantuvieron junto a papá, la tía Gloria y la abuela Irene.

Manuel Enrique

A mí me parece que la muerte de mi madre afectó a Celia, más que a ninguno de nosotros. No corría, no brincaba, ni hacía lo que nosotros. Fue una etapa mala para ella.

Griselda

Estuvo muy apartada, pensativa, ella no sabía bien lo que era la muerte y papá tuvo que explicarle.

Pasado un tiempo, empezó a experimentar sucesivos cambios: inició la escuela, asumió la responsabilidad de hermana mayor de cuatro hermanos —Flabia, Griselda, Orlando y Acacia—, transformó sus juegos personales en colectivos,

sintió la lejanía de algunos de sus hermanos que fueron a vivir a otros lugares de la provincia y, detrás asomaron las primeras señales de la inminente adolescencia. Tales circunstancias se fueron conjugando para que despuntaran sus virtudes y defectos.

Griselda

Celia, Flabia, Acacia, Orlando y yo nos quedamos en Media Luna, tras la muerte de mamá. Silvia y Chela fueron para Santiago de Cuba y Quique para El Cristo. Celia era la mayor de los que permanecimos en casa, quien nos cuidaba: tomados de la mano nos llevaba al parque o a la playa. A su voz, debíamos regresar a casa o hacer su voluntad. Ella fue la hermana mayor que había que obedecer.

Flabia

Cuando empezamos la escuela nos mantuvimos juntas en el colegio de Beatriz Pernía; allí recibíamos, sobre todo, clases de Matemática y Gramática. En esta escuela privada aprendimos a leer, escribir y a tener buena ortografía, alternábamos estas enseñanzas con el piano, que lo estudiábamos en la casa de la profesora Nena Rodet.

Atravesábamos el pueblo, porque la casa estaba en el barrio de El Carmen, frente al parque de Media Luna. ¡Cómo nos divertíamos en el trayecto! Las clases eran al mediodía. Íbamos a pie y deseando siempre que lloviera. Nos encantaba meternos por el fango e ir al parque con la sombrilla para usarla como anzuelo en la fuente llena de peces y sacarlos. Enseguida los devolvíamos a su lugar; pero el guardaparque nos corría detrás y nosotras disfrutábamos todo aquello.

Para los exámenes de piano teníamos que viajar a Manzanillo los sábados por la mañana. Papá nos llevaba al muelle y nos encargaba a Pepe Rosabal, el sobrecargo de un barco que viajaba de Niquero a

Manzanillo y regresaba por la tarde. Había otro que hacía la travesía contraria, en total eran cuatro viajes al día. Esas embarcaciones atracaban en Media Luna, Ceiba Hueca, San Román y Campechuela.

De vuelta, algunas veces nos sorprendió una tormenta. Yo me asustaba, lloraba; pero Celia no tenía miedo, era quien me daba valor.

Un día, enterados de que la maestra Beatriz Pernía cerraba el colegio porque se mudaba para Manzanillo, empezamos a asistir a la escuela pública de Pueblo Nuevo, cerca de la casa. Un pensamiento triste de entonces es recordar la entrada de los niños con sus asienticos en la mano y sin uniformes. Se suponía que en la pública se usara saya azul y blusa blanca; pero no las vendían en ninguna parte; los niños vestían como podían.

En cuarto grado fuimos para la escuela de Adolfina Cossío, *Cucha*, y comenzamos a estudiar Historia de Cuba. Nos volvimos a reunir casi todos los que estábamos en la escuela de Beatriz, es decir, los hijos de trabajadores del central y un niño japonés. Con Cucha hicimos hasta el sexto grado, y también dábamos clases de economía doméstica, aprendimos a tejer con yarey, cocinar... dividía la sesión de la mañana: primero impartía los grados cuarto y quinto, y después, sexto.

Olga Castellanos Sánchez es prima hermana de Celia. Las unía una amistad indestructible, vivían cerca, en un pueblo pequeño. De aquellos tiempos, recuerda:

Estudiábamos juntas, primero con la maestra Beatriz Pernía y después con la profesora Cucha Cossío.

Celia era un poco revoltosa. Le gustaba hacer maldades. En la escuela de Beatriz las patas de los pupitres no estaban parejas y la maestra mandaba a ponerles unos tacos. Celia tenía la costumbre de decirnos: “Aguanten los tinteros” y con la misma contaba: “A la una, a las dos...”; cuando decía “a las tres”, ya el

taco había salido de un puntapiés, caído la mesa, derramado los tinteros y tremendo alboroto. Ella era la organizadora de las maldades que se hacían en la escuela. Siempre fue así. No le gustaba estudiar mucho.

Muchas veces, casi siempre a la hora del recreo, nos fugábamos de la escuela para ir al río y la pasábamos de lo mejor. Este río es el Vicana. Íbamos a la orilla y nos pasábamos el tiempo recogiendo como unos cañamos a los que les sacábamos un elástico para hacer florecitas. De vuelta a la escuela nos regañaban por llegar tarde.

Todas nadábamos bien, porque Media Luna también es un puerto de mar. Manuel nos llevaba por la mañana y nos dejaba en la playa hasta la hora del almuerzo. Cuando era posible nos quedábamos todo el día.

Flabia

Una vez, cuando tenía alrededor de diez años, ganó un premio de dibujo en un programa de radio (CMQ), que se llamaba “Abuelita Zapatona”. Le enviaron una caja de lápices de colores y un libro para colorear. Desde niña le gustaba dibujar, se pasaba mucho tiempo haciendo siluetas, que luego recortaba en papel negro.

Manuel Enrique

Sobre los doce o trece años, Celia comenzó a destacarse en la organización de bailes infantiles con los amiguitos. Esos bailes se daban en casa, en el club de Media Luna o en la Colonia Española. Y Celia bailaba con ellos.

Ya por los años treinta y pico en nuestra familia se consolidaron las preocupaciones políticas. En mi casa se conspiró contra Machado e, incluso, se realizó un alzamiento que organizaron papá y tío Juan, en Manzanillo, junto con otros compañeros; la preparación de ese alzamiento fue en mi casa. Los muchachos

nos poníamos a cargar los cartuchos de escopeta con pedazos de hierro. Y Celia ya estaba en eso con doce o trece años, es decir, empezaba a realizar actividades de este tipo dentro de la propia casa, con todos nosotros.

Flabia

Los domingos montábamos a caballo. Era una forma sana de divertirnos. Teníamos a Candela, pero llamábamos por teléfono al central y hablábamos con Castro Peña, el administrador de la caballeriza, y nos mandaba dos caballos con montura y todo. Otros amigos traían el suyo. Griselda montaba a Candela y Celia y yo, los que venían del establo.

Salíamos a pasear por el pueblo y también a Vicana, a una legua de Media Luna. Íbamos por el monte y muchas veces nos encontrábamos con cabalgadores que venían de centros espiritistas e iban de visita a otros. En una ocasión, retamos a Orlando:

—¿A que no te atreves a entrar en el círculo donde están ellos?

—Pero eso no es así como así.

—Si no es así, ¿cómo es?

—Está bien —aprobó sonriente—, si hay que hacerlo, yo lo hago.

Nosotros no nos uníamos a los que iban al centro de Monte Oscuro. Yo no sabía dónde estaba, sí sabía que era lejos de Media Luna, pero ese día llegamos hasta el mismo centro. Bajamos de las bestias como los demás, y a todos nos sacudieron con unas hojas o hierba y nos introdujeron en la balsa, así llamaban a la gente que quedaba en el medio cuando se iba a santiguar y esas cosas...

También había un cordón, con los médium, quienes cantaban y “cogían los muertos”. Una vez incitamos a Orlando para que se metiera en el cordón. Con mucha disposición dijo:

- Es facilito, pero... ¿qué tengo que hacer?
—Tú haces lo mismo que el que tengas delante.
—¿Eso nada más? y ¿si baila?
—¡Bailas tú también!

Orlando hizo lo acordado, pero dio la casualidad de que la persona que le quedaba delante cojeaba, él no lo sabía, sencillamente lo imitaba. No pudimos evitar la risa. Nos dijeron que estábamos burlándonos del hombre, nos botaron de allí. El dueño le dio las quejas a papá y, por supuesto, nos regañó. Después nos estuvo explicando lo peligroso que era andar por esos sitios. Intentó asustarnos y que no nos metiéramos en eso.

De todas formas seguimos paseando a caballo los domingos por la mañana, aunque muchas veces almorzábamos, descansaban los animales y por la tarde volvíamos a montarlos. El paseo no era ir a casa de nadie en particular, ni a una finca determinada, sino cabalgar por el monte; correr los caballos. Sabíamos ponerles el paso que queríamos: de marcha, al trote o al galope.

Olga Sánchez Castellanos

Y cómo nos divertíamos en la finca de San Miguel del Chino. Estaba de Campechuela hacia dentro, al pie de la Sierra Maestra. Allí Celia vivió momentos de intensa felicidad junto a nosotros.

Los dueños de la finca eran mi padre, Miguel, y sus hermanos, mis tíos Juan, Manuel, Modesta, María y Manuela. Las tías tenían casa en Manzanillo, pero les gustaba quedarse en la finca. A escondidas de ellas, aprendimos a fumar.

Había un loro que en cuanto veía llegar a Orlando empezaba a decir: “Orlando fue, Orlando fue”.

Orlando

Quique y yo pasábamos mucho tiempo en la finca, quedaba por Cienaguilla. Allá estaban mis tías, hermanas de papá; éramos dieciocho de familia y todos muy unidos, se reunía un bando de gente. Había una casa, heredada del capital de mi abuelo, que tenía plata... y luego se hizo un chalé enfrente.

En realidad íbamos en las vacaciones, aunque yo con ocho años, agarraba un caballo y me aparecía solo en San Miguel del Chino, en cualquier momento.

Recuerdo a Media Luna como un pueblo de economía muy difícil... la miseria era horrible. Tuve amiguitos que no los llamaban a almorzar ni a comer, y eso me estremecía. Yo no como dulces después de almuerzo, porque desde aquella época se los llevaba a mis amigos, y se me quedó esa costumbre.

El pueblo era un sitio cercado por el hambre y enfermedades infectocontagiosas que diezaban, junto al parasitismo y la malaria, la población. La casa donde nació Celia fue destinada a perdurar en la memoria: resultó paliativo para muchos pobres, y el doctor Manuel Sánchez Silveira, la figura descollante para hombres, mujeres y niños de la región.

Fue conocido como defensor de los derechos de los campesinos de Media Luna y posteriormente de Pilon. Esta posición política la demostró a lo largo de muchísimos años que lo vieron enfrentarse a gobiernos y politiqueros corruptos. En varias oportunidades guardó prisión sin que pudieran silenciar nunca su rebeldía social, sus ideas progresistas arraigadas en lo mejor y más revolucionario del siglo XIX cubano.

Este médico, sin horario ni exigencias económicas para atender a los desposeídos, tuvo roces y desacuerdos con los dueños del central Isabel. Supo enfrentarse a los explotadores, en lucha abierta, tratando de aplacar la miseria que aplastaba a los pobres. De primera mano supo que estos trabajadores nuclea-

dos en la zafra azucarera constituían la imagen que se multiplicaba a lo largo y ancho de todo el país: analfabetismo, desnutrición, precarias condiciones higiénico-sanitarias en sus tristísimas viviendas, epidemias, ínfimos salarios, desempleo, falta de escuela para sus hijos, seres sumidos en el más terrible abandono social por cada uno de los gobiernos de turno.

Conocido como dentista cirujano, Silveira fue, además, arqueólogo, espeleólogo e historiador. Justamente la pasión por la historia de su país lo condujo en 1927, acompañado de Jesús Pérez, lugarteniente general de Carlos Manuel de Céspedes, a visitar el sitio donde cayera el Padre de la Patria. En San Lorenzo vio los horcones que tiempos atrás dieron firmeza a la casa donde vivió el patriota. El doctor Sánchez se preocupó porque el Museo Bacardí, de Santiago de Cuba, legara uno de aquellos horcones, junto a un croquis del lugar y la ruta de la invasión. Se sabe, además, que estuvo en el sitio donde nace el río Contramaestre, y que allí colocó una tarja: “Aquí cayó el Padre de la Patria”. Estos afanes de investigación alentaron al historiador Gerardo Castellanos García, a escribir su libro *En busca de San Lorenzo. Muerte de Carlos Manuel de Céspedes*.

Sánchez Silveira es catalogado como el Quijote caribeño, dejó huellas profundas e imborrables en cada uno de sus hijos, amigos y en los que a cualquier hora del día y de la noche tocaron a su puerta en busca de un remedio.

Flabia

Papá daba la consulta por las mañanas, y aquello se llenaba. Cuando terminaba el horario, si le quedaban casos, les decía: “Vengan conmigo al hospital del central”. Allí estaba hasta la una de la tarde, hacía curaciones y si había accidentes, atendía a esos pacientes; incluso hubo casos a los que tuvo que rea-

lizarles amputaciones. Después regresaba a la casa, almorzaba y se acostaba un rato antes de volver a ofrecer sus consultas. Como a las cuatro de la tarde salía a visitar a los enfermos y nos llevaba en su automóvil. Papá fue dentista y médico. De lo primero se graduó en 1909; de lo segundo, en 1911.

Orlando

Mi padre fue un hombre criollo, un verdadero criollo, muy cubano, un tipo del caray...

Griselda

Nosotros tenemos que acordarnos de nuestro papá constantemente, porque todos los pasos que fue dando la Revolución, él los había soñado. Apoyó al grupo de jóvenes que crearon un club en Media Luna; el día de su inauguración, pronunció un discurso en el que les aconsejaba, entre otras cuestiones, que se volcaran a la agricultura para ayudar a resolver el hambre terrible que había entonces. También los exhortó a estudiar, hasta los invitó a que fueran a leer los libros de su biblioteca. Unos cuantos pasaron por mi casa. A papá lo llamaban para todo... hasta para pronunciar el panegírico que se acostumbra ante la muerte de alguien.

Manuel Enrique

Mi padre era un martiano apasionado, siempre dijo que Martí debía estar en la cima más alta de Cuba para que desde de allí presenciara el desarrollo de nuestras vidas, y al mismo tiempo animara a acabar con la desvergüenza de los gobiernos de turno. No dudaba de que ese era el lugar que le correspondía.

En mi infancia, las veladas nocturnas se hacían dentro de la casa. No teníamos ningún lugar donde charlar o divertirnos. Después de comer, nos reuníamos en la sala, que era amplia. Echábamos a andar

la vitrola que papá había traído, de esas de consola, y pasábamos la noche oyendo música. Él consiguió unos disquitos que se imprimían en la propia ortofónica: uno gritaba por la bocina y quedaba impresa la voz. Así imprimió supuestos regaños por comportarnos mal.

También nos entreteníamos haciendo cosas que habíamos visto en el circo. Flabia, Griselda y yo éramos los que hacíamos piruetas, a Celia no le gustaba repetir las, solo las celebraba. Era tímida en ese tiempo, no se le oía hablar mucho.

Las tertulias se acababan sobre las nueve de la noche o antes. Todos nos íbamos durmiendo en los sillones, y la abuela era quien nos llevaba para las habitaciones. En reuniones de este tipo papá nos leía anécdotas, era de los que se pasaba noches enteras leyendo. En su biblioteca había de todo.

Le gustaba investigar sobre historia de Cuba. Y se podía apreciar en las reuniones de la familia. Papá quería escribir un libro y titularlo “Jalones de la historia”. Pensaba que con ese libro de anécdotas inéditas de Oriente podría recaudar dinero para erigirle un monumento a Antonio Maceo.

Él esculpió dos medallones, uno con la efigie de Maceo y otro con la ruta de la invasión. Soñaba con que algún día se hiciera un obelisco donde convergieran dos calles principales del barrio de El Carmen, en Media Luna, entonces nominar a una General Antonio Maceo y a la otra Avenida de la Invasión y, por supuesto, colocar en cada calle su medallón.

Era aficionado a miles de cosas. No perdía el tiempo real ni el de sus sueños.

Ya me sentía familiarizado con los libros, cuando un buen día empezó a enseñarme las letras y los sonidos con uno que se llamaba *Nuestra patria*, era un libro muy didáctico, propio de la época, creo que su autor era un pedagogo cubano. Tenía muchas fotografías

de patriotas y contaba anécdotas de la guerra, y yo aprendí a leer de una manera muy singular: mirando las imágenes que tenían al pie el nombre del patriota. Allí estaban Martí, Maceo, Máximo Gómez, Mariana Grajales. Yo me iba fijando en los nombres, y papá me iba diciendo: “Mira cómo en Mariana, Maceo, Martí y Máximo suenan igual las dos primeras letras”.

Así fui asociando letras y sonidos. Cuando vine a darme cuenta, sabía leer de corrido.

Siempre fue de la opinión de que nosotros supiéramos lo que debíamos y lo que debíamos hacer... con una libertad absoluta de acción y respetaba nuestras decisiones, aunque nos aconsejaba; pero siempre tuvimos decisión propia.

Mi padre le había pasado una cuenta a la compañía de seguro obrero del central, porque no le pagaban, le querían pagar con una “igualada” mensual y no por unidad de trabajo; no lo aceptó, ya que no estaba dentro de la ética del Colegio Médico Nacional, y entabló pleito. No se negó a seguir atendiendo a los enfermos, pero se negó a cobrar con igualada; le pasaba la cuenta a la compañía, y como esta no le pagaba, se le acumuló dinero de dos o tres años. Entonces la demandó judicialmente.

Vino a verlo el abogado de la compañía, y le propuso ofrecerle cuatro mil pesos para que tranzara —la deuda ascendía a ocho mil o nueve mil pesos—. “Ellos me han precisado cuánto puedo gastar para ganar el pleito y por eso vengo a plantearte que aceptes, de lo contrario, ese dinero lo voy a gastar entre juez, secretario y esas cosas, y tal vez quede algo para mí”. Papá le exigió el pago de lo que le debían. El tribunal no falló a su favor.



Después del triunfo de la Revolución, estuvimos tratando de encontrar la causa radicada en Media Luna y en el juzgado de Primera Instancia de Manzanillo, y no se encontró, es decir, la desaparecieron.

Media Luna también lo recuerda como padrino de bodas, bautizos, organizador de círculos de lectura y una que otra vez, como el orador idóneo para despedir duelos. Tan amplio despliegue de actividades sociales lo convirtieron en una persona admirada. Esta acogida popular frenó, en alguna medida, los ataques de sus enemigos políticos que aspiraban, en secreto, expulsarlo del pueblo. Tuvo roces, fundamentalmente con los dueños del central.

Olga Sánchez Castellanos

Después de que concluí la primaria, mi familia se mudó para Manzanillo, porque en Media Luna solo se podía estudiar hasta sexto grado. Entonces Celia fue a vivir a mi casa, nos matriculamos en una escuela privada, pero incorporada al Instituto de Santiago de Cuba. Se llamaba José María Heredia. Ahí estudiamos la Preparatoria e íbamos a Santiago a realizar los exámenes.

No pudimos continuar los estudios hasta 1937, cuando inauguraron el instituto en Manzanillo. La familia Sánchez-Manduley también vino a vivir acá.

Ana Alicia Sánchez Castellanos

Durante aquellos años cómo disfrutamos nuestra juventud.

Formamos un grupo como de trece jovencitas, al cual nombramos Los Pavitos: Purita Robledo, María Lola Codina, Pucha, Celia Codínez, Celia, Flabia, Olga y yo, entre otras... Nos reuníamos y dábamos fiestas, algunas en la casa del doctor René Vallejo Ortiz, quien fuera después comandante del Ejército Rebelde. Él no bailaba, pero como vivíamos cerca nos prestaba la casa.

En esa época fuimos muy felices: playa, fiestas en el Club 10. También se incorporaron algunos amigos. No se me olvida Salvador Sadurní, le gustaba escribir canciones y le hizo una al grupo:

Los Pavos del treinta y cinco son/Las reinas de la ilusión./Hoy van a bailar/Mañana a nadar/Y así de la vida suelen disfrutar.

Silvia

Nosotros habíamos ido a vivir un tiempo a Manzanillo —abuela, tía, Chela, Celia, Flabia y yo—. Papá continuó trabajando en Media Luna; pero trató de reunificar a la familia dispersa. Chela y yo estábamos en Santiago de Cuba.

Por ese tiempo Celia intimó con un grupo de muchachitas del instituto, y comenzaron a salir juntas. En el parque se reunían los domingos por la mañana e iban para el Club 10, al parque Masó. Ella era el centro del grupo, organizaba los paseos donde, algunas empezaban a relacionarse con muchachitos.

Griselda

Allá por 1938 o 1939 se celebró un concurso de belleza por el 17 de agosto, día de San Joaquín, patrono de Manzanillo, y con motivo de los carnavales. Las candidatas las promovían distintas instituciones — los clubes Yate, Pesca y Guacanayabo, la Colonia Española, el círculo de Manzanillo—, ellas hacían propaganda en torno a su elegida y la gente compraba los votos.

Hablaron con Celia para proponerla, pero estaba renuente, no soportaba la publicidad. Sin embargo, a tanta insistencia del Club Guacanayabo y los de la Alianza Feminista, más la presión que ejercían Los Pavitos, se postuló como candidata. Para que se retratara fue tremendo.

Al final salió electa con una cantidad de votos asombrosa. A ella se le hizo mucha propaganda en vidrieras, carteles, en los que aparecía su nombre como candidata, propuesta por varias instituciones. Las tiendas promocionaban el concurso: según los clientes compraban productos, les entregaban determinado número de votos que después asignaban a su preferida. Por la cantidad que recibió, las otras dos muchachas renunciaron. Ahí mismo se acabó el certamen.

Silvia

Mi hermana tuvo muchos enamorados, le encantaba sacarles fiesta; pero a veces no les hacía caso para mortificarlos. Casi siempre tenía dos o tres pretendientes al mismo tiempo. Pero realmente le gustaba Sadurní, un joven rubio muy gracioso, que “se puso de moda” en Manzanillo. Este muchacho componía canciones, cantaba, tenía admiradoras por todo el pueblo. Había estudiado en Estados Unidos y era deportista.

A Sadurní, luego de un golpe en una pierna, se le presentó una tumoración, al parecer desde un principio, maligna. Fue operado. El médico no era muy bueno, y aquel muchacho se desangró. Cuentan que de manera insistente clamaba por ella. A las dos de la madrugada vinieron a buscarla. No llegó a tiempo para verlo con vida. Se impresionó muchísimo y estuvo un tiempo muy triste.

¡Cosas de la vida! Él estaba locamente enamorado de Celia, al tiempo que casi todas las muchachas de Manzanillo lo estaban de él. Hasta le compuso un tango, una tonada famosa en la década del treinta; le dio por título su propio nombre: “Celia”. Un fragmento decía así:

Celia, trigueñita encantadora/Con tu mirar que me emociona/Me hiciste estremecer./Celia, portadora de

belleza / De esta tierra de grandeza/ Flor amada por doquier.

En la actualidad está presente la huella de la tonada y tango que Sadurní dedicó a Celia, un ejemplo lo reflejó el director de Mundo Latino Ariel Prieto-Solis Cubas, quien realizó un video clic y expresó: Celia era una hermosa flor.

“Con su noble corazón ayudó a los infelices, llevando en sus cicatrices marca de la tiranía, pero el pueblo todavía la recuerda con amor. Celia, convertida en flor, es más bella cada día”.

Ana Alicia Sánchez Castellanos

Siempre pensé que después de su muerte, fue cuando sintió de verdad que estaba enamorada de él, porque no llegaron a ser novios. Celia era linda y de ella se enamoraban también.

Nos mantuvimos en el instituto, todo lo conjugábamos de lo más bien; pero mi prima no concluyó esta enseñanza por no acudir a la cita del profesor de Psicología Rodríguez Mojena. Resulta que las dos teníamos la letra muy parecida. Yo, particularmente, muchas veces ni entiendo lo que escribo. Y el día que el profesor dio a conocer las notas de su examen, no dijo las nuestras, nos pidió que pasáramos por la dirección para que leyéramos lo escrito, porque él apenas entendía la letra. Yo fui pero ella dijo que no iría, y a partir de ese momento, dejó de asistir a clases.

El propio Rodríguez Mojena me pedía que la aconsejara. Como nos conocían, él aceptaba que le leyéramos el trabajo. “Cuando estén en la universidad será otra cosa...”, me decía. Pero Celia no volvió. Por eso, después del triunfo de la Revolución le molestaba tanto que apareciera en el periódico la “doctora Celia Sánchez”. Incluso me decía: “Ya les he dicho que yo no tengo ningún título”.

Silvia

Acacia y yo entendíamos bien su letra, pero el problema era que los rasgos iban hacia atrás, resultaban poco legibles. Refiriéndose al profesor, le oímos decir muchas veces: “O él no puede ser profesor porque no sabe leer o yo no puedo graduarme porque no sé escribir”.

Flabia

Lo cierto es que yo terminé el instituto, pero ella no. No se presentó a aclarar el último examen, y quien había citado tenía la dualidad de ser profesor de Psicología y director del centro.

Es verdad que su letra era garabateada, inclinada hacia atrás. Yo la entendía, Acacia también, igual que Silvia; pero era poco legible para un profesor que califica tantísimos trabajos. Eso ocurrió por 1940, coincidió con el momento en que papá pasó a trabajar a Pión. La decisión fue irnos de la casa de Manzanillo —León No. 15—, que era de ocho cuartos, adonde habíamos ido a vivir desde 1937, cuando la inauguración del instituto.

Orlando

Mi hermana en esa etapa actuaba como jefa de grupo, pero no por liderar acciones, sino porque le gustaba proteger a la gente. Por frente a la casa pasaban las aplanadoras con un ruido del diablo. Nosotros salíamos, les corríamos detrás, y allá iba a cuidarnos. Igual sucedía cuando comenzaba la zafra. Era un alborozo enorme, todos íbamos al central; Celia con sus amigas, pero pendiente de sus hermanos.

Particularmente yo era muy maldito, no me gustaba la escuela, me escapaba, cogía un gallo y lo escondía dentro de la camisa. “Mételo ahí para que no te lo vean”, me decía y, además, criado por mi abuela... siempre hacía de las mías.



Pilón donde creció una mujer virtuosa

Ana Alicia Sánchez Castellanos

Tenía un gusto especial. Tejía, arreglaba la casa, diseñaba su ropa desde jovencita. Del grupo era la que mejor vestía.

Cocinaba muy bien y de igual forma sabía presentar la mesa. Lo hacía con deseo y alegría, era optimista. Frecuentemente la recuerdo riéndose, con una mirada lozana.

Pilón fue el pueblo que acogió al doctor Sánchez a partir de 1940. Allí estableció su nuevo hogar y nuevas relaciones de trabajo como médico. Celia tenía veinte años, y qué hablar de su condición de hija. Se entregó por completo a la atención del padre. Lo ayudaba en su actividad profesional, se ocupaba de su alimentación, de sus ropas y hasta de sus vacaciones. Se esmeraba en hacerle agradable la vida.

Manuel Enrique

Montada sobre pilotes estaba la casa. Tenía un portal grande, la sala al centro y a cada lado, las habitaciones; además del pantry y la cocina. En el patio estaba la casita de la mona, pequeña construcción encima de un algarrobo.

Griselda

La casa era un chalé americano de seis habitaciones. Papá utilizó las tres de la izquierda como consulta, cirugía dental y laboratorio, y las de la derecha: una grande con tres camas para la familia cuando nos visitaba o para gente de paso que albergábamos, porque mi casa era como un hotel, precisamente el que no tenía el pueblo; y las otras dos, uno para papá y otra para Celia y Acacia.

A partir de la llegada a Pilon, comenzó un período fascinante, que la proyectaría con rasgos políticos y humanitarios muy definidos.

Flabia

Cuando fueron a vivir para allá, yo había terminado el bachillerato y ya estudiaba en La Habana la carrera de Estomatología. En Pilon vivían papá, Celia, Aca-cia y Silvia, que todavía estaba soltera. Yo iba en las vacaciones. En cuanto llegué la primera vez, me di cuenta de que Celia era quien disponía en la casa, es decir, llegar a Pilon y ver a otra persona fue lo mismo, estaba como liberada. Había dejado la adolescencia, ya se sentía toda una mujer.

Olga Sánchez Castellanos

Sus reacciones eran increíbles. Una vez Amanda Manduley, una tía viuda que ella quería mucho, le dio un reloj que había sido de su esposo para que en un viaje que la sobrina haría a La Habana se lo llevara a reparar; ya en Manzanillo le habían dicho que no tenía arreglo.

Lo trajo. Subió al ómnibus que la dejaría en la calle Galiano y, al bajarse frente a la relojería Riviera, se le cayó; sin tiempo para recogerlo, vio cómo otro ómnibus que venía detrás, lo hizo una galleta. De todas maneras lo recogió y se lo mostró al mecánico. Por supuesto, no tenía arreglo.

El incidente provocó que estuviera un año sin visitar la casa de la tía. Pasado mucho tiempo, se reía siempre que recordaba lo ocurrido, pero aquellos primeros momentos los pasó mal. Y es que Celia era así. Y también de esta forma que les voy a contar: poseía el don de la organización, lo pude comprobar cuando la gravedad de mi padre. Muchos días antes de que él muriera empezó a ayudarnos, estaba al tanto de cada detalle. Si se necesitaba una medicina, iba rápido en el auto a buscarla —por cierto, a mí me comentó un

taxista de Manzanillo que era la mujer que mejor manejaba en el pueblo—. Volviendo a lo de papá, el día que murió, ella se ocupó de todo.

Manuel Enrique

Su cambio fue total; cualquier vestigio de timidez había desaparecido. Lo que se conoció como Pro-Pilón así lo indica.

Griselda

Pro-Pilón surgió por las duras realidades que el pueblo tenía que enfrentar cada día: los niños morían por la falta de asistencia médica y, cómo mi padre sufría cuando había que realizar operaciones en el hospital, donde no existían ni las condiciones elementales.

Poco tiempo después de nuestra llegada al pueblo, una locomotora le desbarató la pierna a un muchacho, había que hacerle una amputación y sacarlo urgente. Mi padre habló con los que atendían el sindicato para que se hiciera algo, porque se estaba muriendo, y no había forma de trasladarlo; el barco daba un viaje semanal y, por tierra, con las lluvias, los caminos estaban imposibles de transitar.

Finalmente, entre el sindicato y mi papá, se acordó hacer una pista de aviación en un potrero al fondo de nuestra casa. Esa misma noche que se hizo la pista, una avioneta trasladó al herido.

Comenzaron sus razonamientos. Celia no entendía que situaciones como estas pudieran suceder. Su pensamiento giró en torno de soluciones; se le ocurrió crear un fondo para ayudar en momentos como este. Recuerdo que de pronto dijo: “Haremos un Pro-Pilón” y rauda empezó a organizar su idea.

Por aquellos tiempos dos o tres hombres hacían fiestas al principio y final de la zafra, en año nuevo y el día del patrono del pueblo para obtener ganancias personales. Un buen día dijo que se acababan las

festividades que no le reportaban nada al pueblo y que en adelante nosotras seríamos las organizadoras. Para este empeño buscó a un grupo de mujeres.

Empezamos con una verbena para esperar el nuevo año, 1942. Fuimos a Manzanillo a pedir en los establecimientos mercancías que se les hubieran quedado ociosas. Recogimos tazas, platos, copas... En los establecimientos de Pilón hicimos lo mismo; a los dueños de fincas les pedimos chivos, puercos, guanajos, gallinas... no faltó el aporte de ron y cerveza. Disposición siempre existió sin necesidad de muchas explicaciones.

Cocinábamos en las casas y luego todo se reunía en la iglesia, el local más amplio y adecuado. Cuando ya teníamos lo previsto, colocábamos quioscos y nosotras, las integrantes de Pro-Pilón, atendíamos al pueblo. Se ponían pozos mágicos y otros entretenimientos. El baile se cobraba.

Aquella verbena del 31 de diciembre fue un éxito. Llegamos a tener ganancias superiores a dos mil pesos; en otras, tres mil y más. Ese dinero lo controlaba la tesorera. En definitiva, el Pro-Pilón se había creado para ayudar al paciente que necesitara trasladarse con un acompañante a Santiago de Cuba o Manzanillo, de manera que se le pudieran costear esos gastos, aparte de pagarle, además, el tratamiento. Así sucedió durante mucho tiempo.

Para entender mejor lo que hacíamos, habría que recordar que el pueblo pasaba hambre y la gente nada más veía centavos durante los tres meses de zafra, por lo tanto no había dinero ni para medicina. De ahí la tremenda importancia que tenía la ayuda económica que brindábamos.

Cubríamos económicamente las necesidades extremas que se presentaban en nuestro pueblo y nos sobraba dinero.

A final de año, con ese sobrante, iba a los almacenes de Santiago de Cuba a comprar juguetes para repararlos a los niños de Pilón.

Hubo mujeres encargadas de realizar un censo por zona, de manera que existiera el control por casa, del número de hijos, edades y sexo. Cuando llegaban los regalos se hacían los paquetes en la iglesia. Los camioneros que cargaban cañas, como estaban sin trabajo porque no era tiempo de zafra, cooperaban en la repartición: nos llevaban hasta las colonias para realizar las entregas. Celia también salía a repartir en el auto convertible de casa, repletito de estas sorpresas.

Todo este despliegue de humanismo fue idea suya, la presidenta de Pro-Pilón. Entre las compañeras que la ayudaron estaban Magdalena Soriano, Mimí Sánchez, Rosita Montejo —la tesorera—, las Ramírez, Pola —viuda de un líder obrero de allí— y otras compañeras, junto a nosotras, sus hermanas. Pro-Pilón se mantuvo hasta enero de 1957, cuando se repararon los últimos juguetes.

Manuel Enrique

Cuando lo de Pro-Pilón viajaba también a Miami y regresaba con maletas llenas de ropa, que después vendía para aumentar los fondos. Papá siempre la apoyaba en esta actividad, la aplaudía, y además, la disfrutaba. Por esa época, ya tenía el mando de la casa y era lo más grande para papá. Cuando él tomaba vacaciones, ella le seleccionaba hasta el lugar adonde iría.

Griselda

Cuando llegaba de sus viajes, venía con todo lo planificado para las actividades de Pro-Pilón y se ponía enseguida en movimiento.

Rolando Agustín Vázquez Ocaña

En Pilón éramos vecinos. Conservo muchas memorias y una de ellas era su preocupación por quienes llegaban de Manzanillo o de Santiago en el avión que empezó a dar viajes al pueblo. La nave aterrizaba en una pista que se hizo donde finalizaba el patio de la familia del doctor Sánchez. El aviador, encargado de hacer esos dos vuelos por semana, se llamaba Guillermo.

A mí me operaron en el hospital de Manzanillo y cuando llegué en la avioneta, ella enseguida se brindó para llevarme a mi casa en la cuña de su papá. No dejaba caminar a ningún vecino después de llegar de las consultas.

Si yo necesitaba una medicina que no había en la botica de Pilón, me la daba, pero de las que tenía su papá. No podía ver a nadie que le hiciera falta algo, si en su casa lo había era un problema resuelto.

Olga Sánchez Castellanos

Cuando yo me casé, fue testigo de mi boda. Se pasó el día en casa, y me dijo: "Olga, yo te hago el equipaje". Me hizo la maleta. Y ya en La Habana, cada vez que sacaba algo de la maleta, me encontraba un papelito que decía más o menos: "¿Qué estás haciendo?" "¿Qué te pasó?", y otras cosas que no puedo decir. Así era para las maldades. Tenía entonces treinta y un años. Pero siempre fue alegre, despierta, pícara...

Al hogar de los Sánchez-Manduley, llegaba muchas personas en busca de alojamiento, incluso, como algo natural, la misma gente del pueblo las mandaba. De entonces, los vecinos recuerdan a una de las figuras más destacada de la época que se enfrentó a los males y corrupción de los gobiernos proimperialistas, Eduardo Chibás Rivas, líder del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Celia fue la encargada del recibimiento.

Flabia

Era incansable. En uno de los viajes a Miami para apoyar las actividades del Pro-Pilón, encontró tiempo para visitar Nueva York y se hizo maestra culinaria.

En otra ocasión nos contó que vio un cartel en el que solicitaban donaciones de sangre para un enfermo, y ella se presentó, no para venderla, sino donarla; pero al declarar que había tenido paludismo, cuando le llenaban un cuestionario, le comunicaron que no podía donar, porque su sangre la tenía podrida.

Griselda

Mi hermana manejó desde muy joven. En casa había un Ford convertible verde chatré y salía en él a Manzanillo o a Santiago de Cuba con tremenda tranquilidad. Se destacaba por ser una de las mejores al timón, entre las pocas que por esa época conducían allí. Infinidad de veces bordeó precipicios en las montañas, y con qué valor lo hacía.

Manuel Enrique

Nadie la enseñó a manejar, yo creo que aprendió sola. Cuando comenzó a conducir tendría algo más de veinte años. No tenía licencia: pero iba de Pilón a Marea del Portillo, Manzanillo, Santiago de Cuba y llevaba la cuña por cualquier camino, por peligroso que fuera.

Flabia

Lo hacía muy bien, eso lo afirma quienes la vieron tras un timón. Era muy valiente; se desplazaba debajo de fuertes aguaceros, con aquel carro patinando como si estuviera en una pista de mantequilla.



Les voy a contar una anécdota que la retrata de cuerpo entero: una vez íbamos en el auto algunas hermanas y había que pasar un puente. Como nosotras teníamos miedo, nos dijo: “Bájense ustedes que yo lo paso sola”; después de que cruzó, hicimos la travesía a pie. Al otro lado del puente volvimos a montarnos en el carro, y ella como si nada. Era decidida, muy temeraria.

Rolando A. Vázquez Ocaña

Iba a la iglesia sistemáticamente, en una ocasión se disgustó y no fue más, parece que interpretó que algo no estaba bien y las cosas mal hechas no las aceptaba, era tajante. Otro lugar del pueblo que visitaba con frecuencia era el club, donde se celebraban cumpleaños, fiestas de familias y también dejó de ir.

Orlando

Viví en Nueva York entre 1945-1956. Hice varios trabajos: en un restaurante, lavando ventanas, siempre fuera de la ley por el lío de los documentos. En ese tiempo Celia visitó la ciudad.

Una vez me fue a buscar a Nueva York para que la acompañara a Miami a recuperar mil dólares. El asunto fue que mi hermana había ido a comprar armas, pero desgraciadamente dio con unos mafiosos que quisieron apropiarse del dinero. Fuimos y lo recuperamos. Muchos años después, cuando se acordaba de aquella gente, me decía: “Tenían cara de asesinos, de gente mala... cómo yo no me di cuenta de eso”.

En otro viaje suyo, Celia, Chelina y yo caímos presos porque estábamos recogiendo firmas en Time Square, a favor de un puertorriqueño que querían mandar a la silla eléctrica, aunque no había matado a nadie; pero como estaba con el otro en el momento del crimen... Era el primer combatiente de la Segunda Guerra Mundial que se intentaba llevar a la silla eléctrica. Esto sucedió alrededor de 1950... estuvo

allá como siete meses. Se aprendió bien la ciudad. Engordó y se puso de lo más bonita. Vivíamos en el mismo Brooklyn. Ella se volvía loca con unas galletitas tostadas que vendían por allí, siempre me las encargaba.

En esta ocasión visitó a un especialista de piel, tenía urticaria, la llevé al médico, imagínense que me dijo que era alérgica al papel moneda.

Mil novecientos cincuentatrés echó a andar y sus primeros meses fueron de gran significación histórica para Celia. Conociéndola como estudiosa de la obra martiana, es fácil suponer la felicidad que hubo de embriagarla cuando supo que podría ascender a la cima más alta de Cuba con la expedición formada por compañeros de la Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano y el Instituto Cubano de Arqueología, los cuales colocarían, allí el busto del Apóstol.

Su padre, fervoroso patriota y delegado de dicho instituto en Oriente, por lo tanto buen conocedor de la zona, tuvo a su cargo la dirección técnica de la misión. Como no pudo resistir el entusiasmo de la hija, solicitó autorización para su ascenso. ¡Claro que sí! La joven de Pilón fue una de las cuatro mujeres que arribaron aquel 21 de mayo al Pico Turquino, para honrar al Maestro en el año de su centenario.

Flabia

Celia me contó, luego de la subida al Turquino, que papá había venido muy contento, diciendo que era el primero que con sesentaidós años había llegado a la cima a caballo. El asunto fue que el palo que llevaba para irse afincando y no resbalar, se lo puso como caballo, y repetía: “Soy el único que ha subido al Turquino a caballo”.

Manuel Enrique

Aquella ascensión le costó a papá una lesión de la coronaria. El esfuerzo fue mucho para su edad, y tuvo

que posteriormente venir a La Habana y ponerse en manos de un cardiólogo.

La comitiva que se designó para rendir tan simbólico homenaje a Martí, en el punto culminante de la Sierra Maestra, estuvo integrada por la escultora Lilia Jilma Madera Valiente; Dr. Roberto Pérez de Acevedo Izquierdo, presidente del Instituto Cubano de Arqueología; dos hermanas, fervorosas maestras martianas, y otros compañeros que con papá y Celia, luego de reunirse todos en Santiago de Cuba, se trasladarían en vapor hasta Ocujal para iniciar el ascenso.

Era un grupo de gente de La Habana que tomó un vapor en Santiago de Cuba con la idea de subir a las montañas para inaugurar un busto de Martí. Parece que al cuartel Moncada llegaron noticias, probablemente del puerto, de que esas personas iban a recibir armas para fomentar una revolución. Por eso, desde que arribaron al muelle, había tres agentes del Servicio de Inteligencia Militar. Y aquellos representantes de las fuerzas represivas del régimen de Batista hicieron el viaje por mar y luego subieron con el grupo. Al inicio se sintieron muy mal por el rechazo absoluto que les hizo la comitiva martiana. Más tarde, pidieron disculpas al comprobar los fines patrióticos que perseguía la expedición. Celia fue una de las que se indignó muchísimo por la presencia de semejantes pegotes.

Una vez en la cima, listos para develar el busto y cantar en medio de la solemnidad del paraje el himno nacional, la emoción borró su ira. Por último, firmaron un acta que daba fe de tan sensible juramento de fidelidad al Maestro.

Me inclino a creer que con la subida al Turquino en el año 1953, una etapa se cerró en su vida y otra abrió; se confirma con el hecho de que unos años después, junto a Fidel y otros compañeros del Ejército Rebelde, regresó al mismo sitio para dar continuidad his-

tórica al simbólico gesto de aquel reducido número de hombres y mujeres que creyeron, como Martí, que “la libertad es la esencia de la vida”.

Después ocurrió el asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, el nombre de Fidel se escuchaba también fuera de La Habana, sus ideales comenzaron a circular a través de su propio alegato, conocido como “La historia me absolverá”, y el respeto y admiración por el líder, en Celia, no se hicieron esperar.

Ella seguía identificándose con la ortodoxia, recaudó fondos para enviar alimentos, ropas, medicinas y libros a los asaltantes y presos en Isla de Pinos. Pronto se nucleó en torno a María Antonia Figueroa Araújo y Frank País García; las tareas fueron múltiples y la conspiradora, leal. Muy temprano ingresó al Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Manzanillo daría pruebas de ello.

Al concluir 1955, su cuerpo y alma se habían entregado a la revolución, era una luchadora clandestina increíble, apenas tenía tiempo para asuntos personales. Crear condiciones para la llegada de los expedicionarios del yate *Granma* se convirtió en su obsesión. Hasta fue detenida por la policía; en carrera desenfrenada y otras veces a rastras, escapó de quienes podían haberla asesinado.

Sufrió por los días difíciles que siguieron al desembarco y la incertidumbre ante la vida de los expedicionarios. En cuanto supo que Fidel y otros compañeros vivían, comenzó el envío a la guerrilla de ropas, armas, calzado; despidió a los once combatientes; entre ellos Felipe S. Guerra Matos, que partieron de Manzanillo en el primer refuerzo, y ponía en juego su piel a cada instante. Nada la detenía.

Rolando A. Vázquez Ocaña

Pero a pesar de la discreción con que se incorporó al movimiento revolucionario, como vivíamos en un pueblo pequeño, todos la conocían y era muy vigilada por el enemigo. Me percaté de que corría peligro y le dije en una ocasión: “Váyase de aquí, que la gente está hablando mal de usted”. A los dos días se fue. Yo

sé que me apreciaba, pero a partir de aquel momento me consideró más.

En abril de 1957, el doctor Manuel Sánchez Silveira y su hija se vieron por última vez. Poco después de un año, el 24 de junio de 1958, el cáncer puso fin a la vida de su padre. Murió tranquilo el eterno defensor de los humildes, a quien no le fue difícil entender que para su Celia querida, la Sierra Maestra había pasado a ser su morada; la tropa rebelde, la ampliación de su familia, y la lucha guerrillera, su definitiva acción.

Silvia

Cuando supo que papá estaba muy mal le pidió a Lidia Doce Sánchez,¹ mensajera y guerrillera de la Sierra, que se quedara con nosotros hasta la muerte de papá y después le contara cómo había sucedido todo. Ella sabía lo que tenía el viejo desde enero de 1958, cuando se lo mandamos a decir, ¡pero no podía bajar! Lidia vino quince días antes de morir, estuvo en el hospital mucho tiempo y paraba en una casa en la Víbora.

Mi padre murió en la sala Borges del hospital Calixto García. Yo me acuerdo que la gente nos preguntaba, al referirse a Lidia: “¿Quién es ella?” Y nosotros le decíamos que era una pariente que había llegado de Media Luna, y a los de Media Luna les decíamos que era de Manzanillo o de Santiago.

A papá se sepultó en La Habana. El velorio fue en el tercer piso de la funeraria Rivero, y aquello estuvo repleto de gente de Santiago de Cuba, Niquero, Campechuela, Media Luna, muchos compañeros del

1 Combatiente y mensajera del Ejército Rebelde de la Columna No. 1 José Martí, junto a Clodomira Acosta Ferrales. Ante su firmeza de no delatar, una vez hechas prisioneras, fueron salvajemente torturadas por los esbirros de la tiranía en La Habana y zambullidas en el mar dentro de un saco lleno de piedras, hasta hundirlas en las aguas. Sus vidas concluyeron de la manera más heroica el 17 de septiembre de 1958.

clandestinaje y una gran cantidad de obreros. Pero allí, regada por todas partes, estaba también la gente del Servicio de Inteligencia Militar de la tiranía; se murmuraba que Celia vendría al velorio, también decían que estaba prisionera. Lidia nos aseguró que ni una cosa ni otra eran ciertas. Tenía noticias muy frescas de que seguía en la Comandancia.

Gracias a un abogado que llegó a la funeraria y que en cierta oportunidad mi padre lo había curado, se le puso coto al problema. Desde el mismo edificio llamó a Batista para pedirle que retirara a toda esa gente que estaba molestando en un momento tan sensible como aquel. Al rato, los miembros del Servicio de Inteligencia se retiraron.

Nunca se me olvidará la corona más grande que enviaron al velorio de papá, la más grande de todas, decía: “Al padre de Celia Sánchez. Movimiento 26 de Julio”. La pusimos detrás del féretro y se llevó al cementerio. Nadie dijo nada.

Mi hermana continuaba en la Comandancia de la Columna No. 1 José Martí, en la Sierra Maestra.



De entre cuevas, ríos y montañas

*Las ciudades son la mente de las naciones;
pero su corazón, donde se agolpa, y de donde
se reparte la sangre, está en los campos. [8:290]*

Tendría siete años cuando tuve conciencia de haber escuchado por primera vez el nombre de Celia, en boca de mi abuelito. Su figura estaba presente en mi casa y en toda la zona de El Naranjo. Parecía que era de allí, del área que abarca desde el poblado de Santo Domingo hasta el firme de la Maestra.

Nosotros vivíamos a tres kilómetros al sur de Santo Domingo, uno al este de Pueblo Nuevo, uno y medio de la desembocadura del arroyo de El Naranjo, en el río Yara, específicamente a seis kilómetros de la histórica Comandancia de La Plata, próxima al pico Turquino, en el municipio de Bartolomé Masó, Manzanillo, actual provincia de Granma.

No había más de quince casitas, en su mayoría construidas con yagua y guano. Cinco tenían el techo de zinc, las paredes de tablas y algunas el piso de cemento; sus dueños

eran Lucas Castillo, Clemente Verdecia García, Juan Verdecia, Feliciano y Eduardo Sardiñas, *Lalo*. A este grupo, aunque más modesta y con una diferencia abismal del resto, pertenecía la de mi abuelo, que era pequeño agricultor. La vivienda más cercana era la de Clemente, un terrateniente de la zona. Todo este lugar es de tierras muy fértiles, propias para el cultivo de café y viandas.

Yo iba creciendo junto a mis abuelos maternos, Ángel Ferrales Palomino y Ana Rita Paneque Vázquez; siempre tuve a mi alrededor a tres tíos: Lorenzo; Crescencio y Juana, a quien le decíamos Pepa. Para completar mi felicidad contaba con un puñado de primos. Nuestras relaciones eran armónicas, reinaba alegría, cooperación, constituíamos una verdadera familia.

Nunca me habían hablado de mi madre, tampoco se me hubiera ocurrido semejante conversación, apesar de que me llamaba la atención que mamá y papá —como yo les decía a mis abuelos— fueran tan ancianos. Ellos para mí, eran mis padres; pero quizás andaba por siete años cuando empecé a oír el nombre de Balbina. Siempre afirmaban: “la tercera hija de mis abuelos”.

Decían que era mi progenitora... que cuando vivía en la casa ayudaba en los quehaceres hogareños... que la mayor parte de su tiempo la dedicaba al trabajo duro del campo: lo mismo chapeaba la mala yerba, que escardaba la tierra.

Todo era cierto. En la tienda de Clemente Verdecia, Balbina había conocido a mi padre biológico, Pastor Palomares López. Había venido de recorrer diferentes sitios en busca de trabajo. Un raudo sentimiento de atracción se convirtió en amor apasionado, al extremo de que pronto llegaron a vivir uno para el otro.

Juntos realizaban las labores del campo: recogida de café, cosecha de viandas y lo que se presentara; hasta que un día decidieron vivir solos en una casita que Pastor construyó con sus escasos ahorros, en la misma finca de mi abuelo.

Lubertino Rivera Sosa, un pequeño agricultor, vecino de Pastor en El Naranjo, quien fuera fiel colaborador de la guerrilla desde el inicio, le brindó ayuda en su construcción, y a mí, para esclarecer mi origen. Así me ha contado cómo sucedieron los hechos:

Su papá, Robustiano Rivera, Chano, le regaló un cedro para que sacara las tablas y terminara la casita que estaba haciendo para Balbina, el resto de la madera se la había comprado a otra persona. Pastor consiguió dos aserradores con una sierra para que le cortaran los tablones. Como mi papá tenía conocimientos de carpintería, también colaboró y entre los tres hicieron las divisiones para el cuarto, la sala y la cocina-comedor. El viejo también le hizo un platero, una mesita y el fregadero de madera. El zinc que puso de techo se lo compró a Clemente.

Ser arriero era lo que más le aportaba a su economía, pocas personas se dedicaban a esta labor, que requiere de mucho esfuerzo físico, habilidad y destreza. Para el autoconsumo cosechaban cultivos menores en un pequeño terreno junto a la casita.

Por los comentarios de algunos vecinos, y pasado el tiempo, por los cuentos de mis abuelos, supe que se ayudaban mutuamente en los quehaceres de la casa. A Pastor le gustaba que, al llegar, Balbina lo esperara arreglada, bonita, limpia. Algunos fines de semanas hacían visitas a los vecinos o bajaban hasta Providencia o al central Estrada Palma —actual Bartolomé Masó—, ya fuera de paseo o para realizar algunas compras. Llegué a la conclusión de que en el poco tiempo que estuvieron juntos fueron felices.

Pastor se encontraba vinculado al Movimiento 26 de Julio, desde antes de llegar a El Naranjo; había participado en acciones clandestinas en Santiago de Cuba y en la Sierra Maestra, repartiendo propagandas y vendiendo bonos, entre otras actividades revolucionarias.

Lubertino Rivera Sosa

Después del ataque y toma del cuartel de La Plata por el Ejército Rebelde, en enero de 1957, los combatientes subieron al alto de La Plata y al firme de la Maestra. Un día llegó un emisario buscando la casa de Clemente Verdecia —le habían comunicado que la vivienda tenía techo de zinc— y equivocadamente se dirigió a la de Pastor. Este fue quien lo llevó hasta donde se hallaba Clemente. A partir de ese instante

Pastor empezó a subir algunos alimentos al campamento de los alzados.

Días después, a través de un enlace, Clemente preparó un segundo viaje; fuimos Pastor, mi papá, Clemente, el enlace y yo. Llegamos al firme de la Maestra por la falda de Palma Mocha, donde se encontraba la pequeña tropa rebelde. Nos dieron el alto, el enlace se identificó y en unos minutos nos estaba recibiendo el combatiente Universo Sánchez [Álvarez] —expedicionario del *Granma*— que, al parecer, estaba encargado del abastecimiento y retaguardia de la tropa. Llevamos bacalao, galletas, leche condensada y huevos de las gallinas de mi casa.

Él separó a Pastor del grupo y estuvieron conversando un rato. A nuestro vecino lo vimos muy alegre, pero no comentó nada.

Cierto día que estábamos mi papá y yo en casa de Pastor y Balbina —ella ya embarazada—, esperábamos el café que colaba, llegó un emisario de Universo Sánchez. Con Pastor salió al jardín, donde ya empezaban a crecer las matas de rosas. Enseguida Pastor entró y nos dijo:

—Me vinieron a buscar.

Como se tenía que ir, nos encargó a mi papá y a mí el cuidado de Balbina y de su casa. Habló con ella en la habitación y a nosotros nos dio un abrazo. Juntos los vimos partir.

Casi terminando el mes de junio de 1957, cuando trasladábamos mercancía para la casa de Miguel, el Colora'o, allá en La Plata, entre las ocho y diez de la noche, nos dio el alto en el firme de la Maestra un rebelde. “¡Gente buena!”, respondimos; esa era la contraseña y resultó que Pastor era la posta. Estaba de guardia en una casa con techo de pencas de guano, me abrazó y muy emocionado me preguntó por Balbina, su barriga y por la gente del barrio. Estaba vestido de verde olivo, con gorra y todo, ya portaba un

Garang —un buen fusil americano—. Tenía barba, y aunque no era muy grande, le daba cierto parecido a Fidel, porque Pastor era alto, de espalda ancha y muy fuerte. Todo sucedió en minutos, nos preparábamos para el recibimiento del Comandante y tuvimos que despedirnos pronto. A los dos se nos humedecieron los ojos.

Sería una noche inolvidable. Además de ver a Pastor, nos encontraríamos con Fidel y el resto de los rebeldes. Alrededor de las doce de la noche llegaron.

Nos reunimos en uno de los cuartos de la casa, no había asientos ni mesa, todo estaba pelá'o, no había dónde acomodarse. Celia estaba sentada sobre la mochila, se puso de pie, en sus manos sostenía una libreta y un lapicero para sus anotaciones; Che, sentado en el piso de tablas, rellenaba su cachimba, y Fidel estaba en el centro, rodeado por el grupo de apoyo de Clemente y otros mensajeros que debían rendir cuenta de sus misiones.

Chichí Medina y su esposa informaron sobre su labor por Manzanillo; Gonzalo Molinero y su esposa Irma —hija del santaclarero Julián Pérez, de la Plata— reportaron lo acontecido en La Habana; Delsa Esther Puebla Viltres, *Teté*,¹ dio cuenta de su misión en Santiago de Cuba. Con ella había existido preocupación ante la demora en una de las misiones, todos creían que los casquitos² la habían matado. También participaron otros mensajeros. Según preguntaba Fidel, Celia escribía sin descanso.

1 Nació en Yara, Manzanillo. Estudió magisterio. Se incorporó al Ejército Rebelde en 1957, fue una de las fundadoras del pelotón femenino Mariana Grajales que organizó, junto a Celia, el Comandante en Jefe Fidel Castro, en La Plata, Sierra Maestra. Participó en varios combates y alcanzó durante la guerra de liberación el grado de capitana; hoy es generala de brigada de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

2 En alusión a los cascos que usaban como parte del uniforme reglamentario.

Un compañero de mi grupo le planteó al jefe el deseo de quedarnos definitivamente en la tropa y le dijo: “Ustedes son más importantes afuera, en lo que están haciendo, ustedes son los verdaderos milicianos del Ejército Rebelde”. Esta fue la primera vez que estuve al lado de Fidel y Celia, cuando el ejército crecía en zona libre.

La alegría de esa noche me marcó para siempre, pude darle un abrazo a mi mejor amigo, al que ya consideraba un hermano. Pero qué lejos estaba de saber que aquel sería mi último encuentro con él.

Palomares había participado en dos combates: en el de Estrada Palma, el 27 de julio de 1957, y en Palma Mocha al mes siguiente, el 20 de agosto, donde cayó mortalmente herido.

Tras la noticia de la muerte de mi papá, vieron a Balbina como si hubiera perdido sus ilusiones. Totalmente decepcionada se tiró a morir. No obstante el apoyo emocional que le brindaron, sufrió mucho. Adoptó una actitud rebelde, reacia, casi no hablaba; según mi abuelo, parecía otra persona. Su nivel cultural no le permitió comprender por qué Pastor había tenido que partir, estando ella embarazada.

Yo crecí sin oír hablar apenas de mi madre. Gracias a Lubertino pude ir tejiendo mi historia: supe muchos episodios, entre ellos, cómo se produjo la separación entre nosotras.

Durante la guerra vi varias veces a Celia cuando subíamos mercancía, yo siempre iba en grupo para la Comandancia, con Clemente y Marcelo al frente, quienes hablaban con ella. En una oportunidad llevamos el guano para hacer el hospital de La Plata y en otra abrimos el hueco para la casamata de Radio Rebelde, donde estuve en dos ocasiones. Realmente yo no hablaba con Celia.



Después del triunfo revolucionario nos vimos, allá por 1960 o 1961, por petición suya, para que le llevara a su casa en la calle 11, en el Vedado, a la madre de Clodomira Acosta Ferrales —Rosa Ferrales—, Tina como le decían.

De ese momento recuerdo su preocupación por ti. Me preguntó por tus abuelos y por Balbina, tu mamá. Le conté lo que se hablaba en El Naranjo, que después de la muerte de Pastor se había ido de la Sierra Maestra; que su marido no quiso que te llevara y los viejos se habían quedado contigo, con unos meses de nacida apenas.

Entonces Celia le dio la tarea de averiguar bien sobre ti a una compañera de Manzanillo que atendía a las familias de los mártires. Creo que se refería a Teté Puebla.

Mi abuela sustituyó muy bien a mi madre. Yo me percaté de cierto disgusto con Balbina por haberse unido a un hombre que no era del agrado de la familia.

Un día, el abuelo me abrazó, noté una expresión diferente, quería hablar conmigo:

—Vas creciendo, Nenita, y debes saber por qué no vives con tu mamá.

Yo nunca lo había visto llorar, me dio la espalda y vi que sacaba de un bolsillo su pañuelo. Me asusté. Ya a punto de llamar a la abuela para que lo socorriera, se volteó con el mismo rostro de siempre. Me llevó para su altar, en un cuarto donde estaban, en este orden, la virgen de la Caridad del Cobre, en la parte más alta; en un cuadrito las Tres Potencias, como él les llamaba a las tres mujeres muy jóvenes; al otro lado, Jesucristo y a continuación una réplica de casi todos los santos. Su venerado era San Lázaro, a quien le ofrecía un ritual con mucho esmero. Él no acostumbraba a hacer promesas, mucho menos pedirles a sus santos; pero esta vez frente a ellos, le escuché decir:

—Ya me estoy poniendo viejo, mi mujer también y aquí en El Naranjo, en este lugar tan intrincado, mi nieta sin nosotros no va a crecer sana.

Entonces arrodillado, invocó a San Lázaro.

—Protege a mi nieta —decía—. Haz de ella una mujer sana e inteligente. ¡Danos unos añitos más de vida para encaminarla!

A continuación tomó en una de sus arrugadas manos una vela encendida y en la otra un gajo de albahaca que fue pasando por mi cuerpo mientras oraba. No entendía lo que estaba sucediendo, pero experimenté una curiosidad tremenda. Parece que él se dio cuenta y me llevó al patio donde tenía árboles frutales y plantas medicinales para su oficio de curandero, avanzamos al secadero, único lugar cementado para la zafra del café, y llegamos a la sombra de una mata de mango, donde siempre mantenía dos taburetes. Mi abuelo me puso la mano en la cabeza y me invitó a sentar.

—Estaba esperando a que cumplieras siete años para que entendieras mejor lo que te voy a explicar.

Seguía sin entender, tan pronto me impresionaba como creía que me contaría un chiste igual que otras tantas veces. Hasta me pregunté: “¿Cuál será su maldad de hoy?” Pero llegó el momento en que empecé a notar en su rostro preocupación. Por fin me dijo:

—Nenita, hay algo que ya tú debes saber: nosotros somos tus abuelos. Tú mamá se llama Balbina y tu papá Pastor. Él peleó junto a los rebeldes, con Celia y Fidel, pero murió... ya no está. Después de su muerte, a los dos meses de tu nacimiento, tu mamá decidió unirse a un hombre que apenas conocía. Él rechazaba todo lo relacionado con tu padre y los rebeldes, por eso no quiso que fueras con ellos. Balbina lo aceptó así y un día se fueron muy lejos de aquí. Nunca más he tenido noticia suya.

No entendía lo que me estaba explicando, porque yo no había sentido la ausencia de mis padres y el viejo insistía en que no debía preocuparme, que yo siempre viviría con ellos como había sido hasta ese momento.

Realmente me sentí un poco aturrida, quería evadir esa conversación que no entendía y le pedí que me dejara ir a la casa de mi tío Gallego, otro hijo suyo que vivía cerca, para jugar con mis primos: allí estaban Bertha, Juana, Pipo, Olguita, Desiderio, Estrella, Ana Irma (Puri), Justina, Miriam (la negra), Zoila, Magaly y Misleyidys (la china). Como sabía

que no se negaría, antes de darme su aprobación ya estaba en pie, lista para entregarme al retozo.

Me pasé el tiempo jugando; pero en algún instante le comenté a mis primos que mi abuelo estaba loco, que decía que mi abuela no era mi mamá; que mi mamá era otra que no estaba en la casa... A pesar de todo, estaba contenta, no me sentía contrariada. Jugaba a las casitas hechas por nosotros mis-mos con pajas y cujes, que cortaban los mayores cuando chapeaban los alrededores y con las acostumbradas muñecas de trapos, que confeccionaban nuestras madres; pero mi tío oyó la conversación e inmediatamente decidió que el juego terminara para que no siguiera hablando del tema. En eso escuché los gritos de mi abuela que me llamaba. Era la hora del baño.

La caminata hacia el arroyo la hacíamos con lentitud, ella había sufrido un accidente, cuya secuela era la invalidez parcial de un pie; pero el trayecto lento resultaba agradable, una disfrutaba la fragancia y la belleza de los helechos y flores, principalmente las mariposas que se mantenían casi durante todo el año aromatizando nuestro paso. Yo llevaba unos tallitos de rosa que el tío me había dado de su jardín para sembrarlos con mi abuela, al regreso.

Una vez en el arroyo todo se comportó igual; mamá (mi abuela) lavó algunas ropas de uso diario —cuando se trataba de sábanas, toallas y vestimenta de trabajo escogía un día a la semana—. A la hora del baño, generalmente me dejaba disfrutar un tiempo en la poceta, semejante a una piscina pero totalmente natural. Nadé y comí mangos mientras flotaba en espera del lavado de cabeza que ese día debía suceder.

Yo esperaba con ansias ese momento, pues mientras envolvía con el jabón de lavar, mis cabellos, bastante largos, recibía sus caricias y me daba cuenta de su estado de ánimo. Abuela apenas oía. Eso la aislaba en alguna medida y este era nuestro tiempo de intimidad. Después me zambullía en las aguas transparentes y frías para no dejar vestigios de jabón de lavar en la cabeza. Así permanecía un rato, los minutos de duración dependían de los quehaceres pendientes en la casa.

Cuando llegamos a la casa, abrió la puerta de entrada al jardín y me enseñó a sembrar las matas de rosas: tomó los tallitos que le había traído, escardó la tierra, abrió un hueco capaz de contenerlos y con sus manitas acostumbradas a esta faena, los introdujo profundamente para devolver la tierra a su lugar.

Allí tenía rosas, gladiolos, lirios, clarín, crotos, vicarias moradas, galán y jazmín de noche. Hacia el lado contrario estaban las plantas medicinales: albahaca, menta, manzanilla, mejorana, vicaria blanca, verbena, yerbabuena, tilo, cundiamor, romerillo, cilantro, entre otras. Desde este lugar, traspasaba el portal e inundaba toda la casa una fragancia delicada, que yo asocio con el aroma del jazmín de noche.

No se volvió a hablar del tema que mi abuelo me había revelado temprano. A la hora de comer se reunió la familia, como era costumbre: mi abuela servía al plato. Comíamos pocos vegetales y la carne que generalmente consumíamos era de cerdo, gallina o chivo. Raras veces se ponía la mesa, ocurría solo cuando venía alguna visita.

En una esquina del comedor había una tinaja que mantenía fresca el agua traída del pozo, también una repisa de madera donde se colocaban las vasijas para beber: jarritos, la mayoría hechos con latas de leche condensada. Cada uno se servía el agua, cuando la apetecía.

Luego le correspondía a mi tía Juana el fregado: reunía los desperdicios para alimentar a los animales, mientras recogía los platos para dejar pulcra la cocina; abuela, por su parte, creaba las condiciones para colar el café: juntaba la leña, ponía una cazuela con agua al fuego —la cantidad dependía del número de personas—. Mientras el agua alcanzaba su estado de ebullición, trituraba los granos de café en el pilón, una especie de mortero de madera —podía ser de metal— que sirve para majar granos u otras cosas; una vez hechos polvo, lo vertía en la tetera de lienzo, es decir, en el colador y le agregaba el agua hirviendo, endulzada preferiblemente con azúcar prieta. El más fuerte se repartía a las personas mayores, el claro a los más pequeños y a algunas mujeres que lo preferían así.

En el acto una humareda invadía la casa; casi todos los adultos fumaban cigarros, algunos los tabacos que confeccionaba el viejo con hojas de su siembra. Después el abuelo atendía a algún paciente.

Sin cambios aparentes para mí, esa noche fue como otras: aburrida para los menores. Los cuentos se repetían, el abuelo quería que yo aprendiera la historia de Cuba que le habían contado y mi abuela me insistía en los quehaceres hogareños; pero me mortificaban a esa hora los candiles y el quinqué, porque el humo negro con olor a keroseno, que expiden me penetraba por la nariz hasta molestar mi respiración y se me impregnaba en las ropas y en la piel.

Cuando llegó la hora del sueño, solo bastó que uno de mis abuelos me mirara para darme cuenta de que ya tenía que ir a dormir. Mi cama era la de ellos, siempre metida en el medio de los dos. También mi tía Juana compartía esa habitación, ahí tenía su camita. Mis tíos ocupaban el otro cuartico que estaba al lado. En cada dormitorio había un orinal, porque por las noches era muy fastidioso ir al excusa'o, así se le llama en los campos al lugar, distante de las viviendas, donde se hacen las necesidades fisiológicas.

Ya en mi cama, quizás por la tranquilidad de ese momento, mi pensamiento iba y volvía a las palabras del abuelo. No me dormí enseguida, empecé a sentir miedo y acurrucada en mi espacio, lo esperé. Cuando tomó su lado junto a mí, no podía imaginarse que aún estuviera despierta; siempre decía que yo caía en la cama como una piedra.

—¡Papá, yo te quiero mucho! —le susurré al oído.

Me besó y alisó bien las cobijas sobre mi cuerpo.

Esa noche tuve un sueño extraño que nunca he olvidado: me bañaba en el río y una mujer joven me lavaba la cabeza, me restregaba el cráneo para blanquearlo y repetía que estaba sucio; luego me aguantaba fuerte la mano y me retenía. Yo batallé hasta zafarme y corrí, corrí mucho hacia la casa donde estaba mi abuela. En algún instante le escuché decir a esa mujer: “Siempre te voy a querer”.

Me desperté asustada y abracé fuerte a mi abuela. A partir de esa noche empecé a experimentar un sentimiento desconocido.

En la zona de El Naranjo los días se sucedían uno tras otro, también con cambios significativos, cuyas razones yo comprendía poco; pero eran sensibles a mi vista. El abuelo trataba de explicarme, hablaba mucho conmigo, por eso le escuchaba con frecuencia los nombres de Fidel Castro y Celia Sánchez. Me decía que los dos me habían bautizado cuando estuvieron muy cerca de allí, refiriéndose a su estancia en el campamento de Luis Crespo o en la armería de casa de Clemente, donde permanecieron por más de una semana en los tiempos de la guerra.

Los vecinos, por entonces se familiarizaron mucho con los rebeldes. Del orgullo que sentían por haber contado con la presencia de las figuras más importantes de la guerrilla, me ofrecieron sus testimonios Lubertino y Olga, su hermana, vecina también de El Naranjo, cuya relación con Celia fue muy afín.

Lubertino Rivera Sosa

Recuerdo que por las tardes se dedicaban a las prácticas de tiro al blanco. Una vez Fidel le tiró a un puerco, se le escapó y dijo que le estaba perdonando la vida, pero cuando le tiró a una torcaza la mató al primer disparo. Al gallo de Clemente el primer día no le dio, pero el segundo lo mató con una M-1, a gran distancia y en el primer intento. Lo cocinaron, aquello fue tremendo, porque Clemente se disgustó, era el mejor gallo que tenía. Luego Fidel mandó uno parecido y alivió la situación.

Olga Rivera Sosa

Durante el tiempo que estuvieron en el campamento, mi mamá atendía las ropas de Fidel y Celia, las traía la compañera Teté. Recuerdo que en varias ocasiones mi mamá se puso brava porque ella quería pagarle e insistía, Una vez le mandó con Teté dos pesos por el lavado. El dinero fue devuelto, pues mi familia colaboraba sin interés de cobrar. Ya era bastante el trabajo que estaban pasando por aquellos montes, además,

algunos de nuestros familiares se hallaban enrolados de una forma u otra en la guerra. Por ejemplo, mis hermanos y Pastor, que había muerto en combate, considerado ya capitán del Ejército Rebelde.

Yo veía a muchos milicianos, algunos del barrio, otros venían de lejos para cuidar la zona. En mi casa los vecinos se reunían, porque habían elegido a mi abuelo presidente del Comité de Defensa de la Revolución; también venían a plantearle sus problemas.

Siempre había mucho ajetreo: personas que se preocupaban por los campesinos, hacían censos; venían compañeras de la Federación de Mujeres Cubanas que conversaban con mis abuelos para que mi tía estudiara en La Habana, igual iban por las demás casas, se interesaban por la incorporación de los niños a la escuela, en la vacunación para evitarles enfermedades, la reconstrucción de la escuelita. Así empecé a entender que a todo eso era a lo que los mayores llamaban revolución, que por eso habían estado combatiendo Celia, Fidel, mi papá y muchos en la Sierra.

Entre las anécdotas de mi abuelo, recuerdo la referida a la campaña de alfabetización. Me contó que una tarde llegó al barrio un grupo de jóvenes con su equipaje y un farol, y dos horas después estaba ubicado en mi casa un muchacho al que le decían brigadista. Su nombre era Miguel. Había venido a enseñar a leer y escribir a los vecinos. Lo recibieron con mucha alegría. Mi tío Lorenzo pasó a dormir a la sala, en una hamaca, porque le dio su cama al maestro. Yo estaba pequeña, pero por los relatos supe que Miguel era como un miembro más de la familia. Ya más crecida, tuve conocimiento de que esa campaña no fue exclusiva de El Naranjo, sino en todo el país.

Un día de 1965, mi abuelo recibió un telegrama, lo firmaba Celia. Después de saludar a la familia, le pedía que me enviara para La Habana. No era la primera vez que sucedía, ella había utilizado diferentes vías para solicitarle esta autorización. En su rostro se reflejó pesadumbre, mi abuela empezó a llorar. No hubo comentarios. Noté que no me perdían ni pie ni pisada, mantenían sobre mí una extrema

protección. Por la noche escuché que discutían, con dificultad logré oír:

—Mira, viejo, podemos mandar a Nenita al colegio de aquí, hay una maestra que dicen que tiene muchos deseos de enseñar y que su familia vive en Santiago.

—Sí, Ana, eso está muy bien; pero yo prefiero que se quede en la casa contigo, ayudándote. Además entre Pepa y tú la pueden enseñar a coser.

Abuela se quedó callada; pero bien temprano, aprovechando que el viejo se había ido a trabajar a la finca, me vistió con una bata nueva, tomó mi mano y salimos loma abajo hasta muy cerca de mi casa. Llegamos a la escuelita. En la entrada, una mujer joven sentada en un taburete, recibía a los niños. Mi abuela, señalándome, le dijo:

—Maestra, ella es mi nieta y quiero que empiece las clases hoy.

—¿Cuál es su nombre?

—Eugenia Palomares Ferrales.

—¿Palomares, como Pastor? —preguntó asombrada la maestra.

—Sí, sí. ¡Ella es la hija de Pastor!

Teníamos entendido que la maestra recién había llegado a El Naranjo. Mi abuela se le acercó más para explicarle que la escuela había sido construida poco tiempo después de la caída de mi padre en el combate de Palma Mocha, en 1957, por eso llevaba su nombre: Pastor Palomares López; que Celia había enviado a Delsa Esther Puebla Viltres y a Jorge Enrique Mendoza³ con libros, cuadernos, una pizarra, tizas y dinero para habilitarla; la construyeron los rebeldes y algunos vecinos, como la familia de Robustiano Rivera, Chano; el maestro Rolando Torres Sosa, el *Barberito*;⁴ y nuestra familia.

3 Combatiente del MR-26-7 y posteriormente del Ejército Rebelde. Uno de los locutores de *Radio Rebelde* en la Sierra Maestra. Alcanzó el grado de capitán. Fue director del periódico *Granma* y del Instituto de Historia del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

4 Por orden de Fidel Castro Ruz y Celia Sánchez Manduley, fue el primer maestro, en tiempos de la guerrilla, de la escuelita de El Naranjo, a la cual se le llamó Pastor Palomares López.

Luego le dijo que no sabía de quién había sido la idea de construir la escuelita y ponerle ese nombre, pero lo significativo era que se le rendía homenaje a un joven guerrillero que había muerto casi al cumplir los veinte años. Por último, se le acercó un poquito más y quizás hasta bajó el tono para añadirle:

—Maestra, cuando a él lo mataron, Nenita no había nacido, yo pensaba que mi hija Balbina se me volvía loca. Usted se podrá imaginar: enfrentar la muerte del marido y al poco tiempo el nacimiento de la hija. Fue algo terrible... ella también era muy joven.

”¿Ve, usted, ese zinc y esas tablas? —señala parte de lo construido—. Eran de la casa de Balbina y Pastor; el ciclón Flora la desbarató. Nosotros donamos los materiales que quedaron para rehacer la escuelita, que también sufrió muchos daños por los fuertes vientos: perdió el guano del techo y parte de las paredes de yaguas.

Aquella historia me había entusiasmado, quería saber la relación que existía entre la escuela y mi papá; pero parece que no era el momento. Mi abuela terminó ofreciéndole su casa a la maestra y muy pronto Marisela se convirtió en alguien muy especial para mí.

Ella había respondido al primer llamado de maestros voluntarios. En cuanto escuchó el discurso de Fidel, se presentó en la oficina habilitada con ese fin y se inscribió; pasó el curso en Minas de Frío y ahora, después de cinco años, ejerciendo su profesión, la habían ubicado en la escuelita de El Naranjo. Marisela era mulata, de estatura mediana, cabello castaño oscuro y ojos redondos; tal vez no había arribado a los veinticinco años. Lucía elegante con su uniforme. Con mucha dulzura me enseñó las primeras letras y algo de lectura y con qué amor me leía la pequeña biografía de mi padre que permanecía en el mural de la escuela.

Nació en Pueblo Nuevo, Baire, el 8 de agosto de 1937. Su padre se llamaba Pastor Palomares Rivero y su mamá Mercedes López Fernández. Su niñez transcurrió en un lugar conocido como Dos Caminos en el municipio de San Luis, en Santiago de Cuba.

En busca de trabajo para subsistir, vino a la Sierra Maestra. Conoció a Clemente Verdecia, terrateniente de la zona de El Naranjo, y este le ofreció desempeñarse como dependiente de la tienda y a su vez de arriero para que atendiera la logística del establecimiento.

Pronto simpatizó con los rebeldes de la zona, les proporcionó alimentos de la tienda, que trasladaba en su arria de mulos hasta la Comandancia. Luego se incorporó definitivamente a la guerrilla. Murió el 20 de agosto de 1957 en el combate de Palma Mocha.

Años después supe que esa biografía la habían hecho Celia y la periodista e historiadora Nidia Sarabia, quien investigó y redactó fichas biográficas de muchos combatientes caídos, valientemente en la lucha contra la tiranía batistiana; y tras consultar el diario de campaña del comandante Juan Almeida Bosque, salde una duda: la idea de ponerle el nombre de mi papá a la escuela de El Naranjo había sido de Fidel y Celia.

Solo cuatro meses mi padre permaneció en la guerrilla, pero dejó recuerdos imborrables: el conocimiento que tenía de las montañas; su constitución física y habilidad para moverse por caminos, trillos y por entre el monte; su decisión en los momentos en que Fidel le orientaba las tareas en la zona o distante de ella.

Su primer encuentro con Celia sucedió alrededor de la segunda quincena de febrero de 1957, en una de sus visitas a la tienda-casa de Clemente Verdecia. Ya tenía conocimiento de que Pastor se encargaba de llevar mercancías a las lomas. El diálogo fue amistoso, le permitió observarlo detenidamente, le llamó la atención cómo se expresaba y que era gente de mucho sentimiento. “Muy joven para expresiones tan maduras”, se dijo o dijo en algún momento. De allí salió pensando que el muchacho servía, que se podía confiar en él. Este poco tiempo de intercambio fortaleció el temperamento y carácter de Pastor, a pesar de no saber quién era realmente esa mujer.

Hubo un segundo encuentro, ocurrió el 22 de marzo, en la reunión que Fidel sostuvo con los campesinos en la

casa de Marciano Zamora —quien más tarde traicionó—. Esta vez Pastor quedó solidarizado con los planteamientos del jefe del movimiento y decidió incorporarse por entero a la causa revolucionaria. Ya en la Comandancia, como uno más de la guerrilla, comenzaron a decirle el Muchachón, por su gran tamaño y fortaleza física. Así lo bautizó el propio Fidel.

En el combate del 20 de agosto en Palma Mocha, bajo las órdenes de Fidel y capitaneado por Ignacio Pérez Zamora, cayó mortalmente herido. Falleció ese mismo día. Los combatientes, entre ellos Teté Puebla, recuerdan haberle escuchado: “Si caigo, dejo un niño o niña por nacer”. Para los hombres de la guerrilla no hacían falta más palabras.

Nací en condiciones muy difíciles. Mi abuelo no quiso refugiarse en ninguno de los lugares creados por los guerrilleros y buscó abrigo en lo más intrincado de las lomas, donde existía la cueva de La Jutía. Allí bajo el ruido ensordecedor de los bombardeos aéreos y de la metralleta enemiga y sin que mi madre hubiera cumplido los nueve meses de embarazo vine a este mundo. No puedo decir que vi la luz, porque en aquella oscuridad no me explico aún cómo mi abuela pudo darnos asistencia. El viejo siempre decía que todo había sucedido el 8 de enero de 1958. Así me lo hizo creer. Más tarde fue posible corregir el error. Debí nacer en octubre de 1957, el día continuará siendo una incógnita.

Había escuchado en una conversación de mi abuela, por supuesto, con una persona adulta, criterios que Celia alguna vez le dijo sobre el parto de mi mamá: “No sé qué es más horrible, mi vieja, si esta guerra o enterarse de que una mujer parió en una cueva”.

Según fui creciendo concebía la narración de mi nacimiento como una leyenda. No fue hasta mayo de 2010 que lo incorporé como algo real. Curiosa ante tantos misterios de mi existencia, solicité a la dirección de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado una investigación cuyo resultado permitiera conocer el rostro de mi padre, de quien no constaba testimonio gráfico. Tras la exhumación y reconstrucción de su cráneo, a cargo de un grupo de compañeros de Criminalística del Minint y de Medicina Legal,

dirigido por los MS.C. Héctor Soto Izquierdo⁵ y teniente coronel Jaime Quevedo Millán, visitamos el lugar donde vivió y confirmamos la veracidad del trabajo mediante entrevistas a personas que lo conocieron. En esa ocasión, también ascendimos hasta la cueva donde nací. Noté que iba concretando el sentido de mi vida.

Cuando llegamos a Santo Domingo, donde existe una villa turística, nos dirigimos a Rogelio Verdecia Ferrales, guía de turismo, para que nos presentara ante el compañero que atendía el Departamento de Flora y Fauna del Plan Turquino, con quien iríamos hasta la cueva La Jutía.

Asombrado ante nuestro interés, el jefe de la entidad nos precisó:

—Esa cueva está en una loma difícil de subir y bastante lejos de aquí.

—Eso suponemos —contestó alguien.

—Pero llegaremos —afirmó otro.

—La Jutía tiene su historia... ahí nació una niña durante la guerra. Era la hija de Palomares, un mártir...

—Pues ahí la tiene... ¡delante de usted está la niña! Ella es Eugenia Palomares Ferrales —le dijo el teniente coronel Jaime Quevedo, al tiempo que, con su dedo índice, me señalaba.

Aprecié un giro de incredulidad en su rostro o de ¡no puede ser!, pero pronto levantó sus brazos al cielo, cuando descendieron fue para abrazarme. Sentí sus lágrimas y sollozos. Al fin pudo hablar:

—¿Y no te acuerdas de mí, Nenita?

Ahora fui yo la estremecida al oír mi apelativo de niña. No había reconocido a mi primo Rogelio. ¡Cuán cerca estaba de mi infancia! y de ese instante en que se agolpan los recuerdos. Él mismo me extrajo del éxtasis:

—¡Tú y yo somos primos! —me dijo exaltado—. Yo soy Rogelio Ferrales, pero muchacha... mira que jugábamos juntos cuando niños, y no te reconocí. ¡Cómo has cambiado!

5 Antropólogo forense cubano, considerado uno de los mejores en el mundo. Protagonista del hallazgo e identificación de los restos del comandante Ernesto Che Guevara y sus compañeros en Bolivia.

Rogelio era hijo de la tía Irma. También vivía cerca de mi casa con su esposo Faustino e hijos. Ahora, con más confianza, repitió que la cueva estaba distante y nos aclaró que el tío Lorenzo, hijo de mi abuelo, era quien mejor conocía el lugar.

Con deseos de verlo nuevamente, emprendimos la gran caminata, porque vive donde los vehículos no pueden llegar. Para suerte nuestra, lo encontramos en el trayecto, en la antigua casa de Clemente Verdecia. Ahí empezamos a tocar la historia con las manos: leímos una tarja: “Aquí se reunía la dirección del Movimiento 26 de Julio y existió la armería donde se hacían las armas para el Ejército Rebelde”. Nos reconocimos, a pesar de que estaba bastante envejecido y yo para él, hecha una mujer; vinieron los abrazos. La emoción se compartió entre todos.

—Nenita, ¿te atreves a subir? Es difícil llegar hasta la cueva; hace años que nadie sube y hay que abrir el trillo con machete, cortando manigua todo el tiempo.

El equipo en pleno ascendió el lomerío. Nadie quería perderse la vivencia de la investigación. Después de varias paradas y sin aliento, llegamos.

A cargo del licenciado Joel Monzón González estuvo la descripción científica del lugar, cuya formación respondía a movimientos neotectónicos que provocaron el agrietamiento de la zona y como resultado del desplazamiento de bloques calizos químicos, había quedado un salón a la entrada de 3,0 m de largo por 2,05 de ancho y 3,20 de altura, el cual daba paso a otro salón más pequeño, de solo 1,5 m de largo por 2,0 de ancho e igual altura.

Mi tío solo tenía ocho años cuando el abuelo llevó a la familia hasta allá para protegerla. Ahora, sentado sobre una piedra, empezó a rememorar, hicimos silencio, preferimos dejar correr sus recuerdos:

—El viejo nos mantenía muy unidos. El temor a los disparos y al bombardeo constante hacía que nos moviéramos rápido y en completo silencio. Estábamos pendientes de las órdenes de papá y por eso vinimos para esta cueva. Era una madrugada bastante fría.

”En medio de esa situación, a Balbina se le presentó el parto y, aunque la vieja la llevó para la parte más intrincada de la cueva, le escuché decir que estaba muy cerrada. Yo no

entendía nada de eso, pero oía: “Tengo que cortarla, porque así la criatura no puede salir”. El viejo fue cortando con una cuchilla Gillette y mamá le decía: “Poco a poco”, hasta que sentimos el llanto de la cría, era una niña. Rápido le pusieron pedacitos de hojas de café en la boquita para que los casquitos no nos descubrieran.

Quedé atónita cuando dijo que mi abuela había usado una cuchilla de afeitar para ampliar la capacidad de mi madre y facilitar el parto. Supuse que con esa misma cuchilla cortaron mi ombligo.

Mi silencio fue helado y profundo todo el tiempo, tratando de que mis lágrimas corrieran solo por dentro. Cada palabra era una reflexión para mí y una traslación en el tiempo. Intentaba vivir lo mismo que mi familia en aquella cueva.

Al regreso, mi tío y yo quedamos detrás. Tomé notas de remembranzas que no quería perder hasta percatarme de que ningún detalle podría olvidar, entonces me entregué de lleno al disfrute de la conversación. Reímos de las cosas de nuestra niñez: ¿recuerdas tu excesivo gusto por la carne? —solo por la que cocinaba mi abuela—, y...¿las maldades que te hacíamos?, y... ¿cómo el viejo salía en tu defensa?

Él recordó las hojas de café en mi boca, acabada de nacer, y cómo el amargor me hizo rechazar la lactancia materna y la leche de vaca. “Solo tomabas leche condensada”. Celia y Fidel, a través del Barberito, u otro combatiente que pasara por la zona, la enviaban a casa. Mis abuelos veían este proceder como una forma de suplir la ausencia de Pastor, como padre; pero al mismo tiempo apreciaban un gesto noble y humano.

Su sensibilidad fue tal que, al poco tiempo de mi nacimiento, los abuelos recibieron de ella una hermosa canastilla. Luego supieron que era de Silvia, su hermana mayor.

Silvia y José Sánchez del Campo tenían dos hijos: José Manuel y Sergio. En su tercer embarazo, deseaban una niña. De ser así, el nombre previsto era Celia; pero desafortunadamente nació ahogada. Cuando allá en la guerrilla se enteró de este suceso, envió a Clodomira Acosta Ferrales, mi prima, a Santiago de Cuba, para que le explicara a Silvia las condiciones en que había nacido la hija de un guerrillero

caído en el combate de Palma Mocha y que necesitaba de ella para ayudar a esa familia.

La hermana no vaciló en enviar a la Sierra la canastilla que con mucho esmero había preparado. Celia no esperaba otra respuesta, la conocía muy bien. Silvia estaba enfrascada en la venta de bonos del movimiento junto con Nidia Sarabia. Además, no tenía duda de que ese gesto la iba a hacer feliz y aliviaría el dolor de la pareja.

En aquellos tiempos era frecuente que los rebeldes bautizaran a los niños de las zonas liberadas. En mi caso lo hizo el cura Guillermo Isaías Sardiñas Méndez, religioso de gran historial revolucionario; mis padrinos fueron Fidel y Celia. A petición de ella me pusieron por nombre Eugenia.

Por el recorrido de la Columna No. 1 José Martí, descrito en “Rutas de Victoria. Fidel Castro 1952-1959”, de Otto Hernández Garcini —libro en creación—, deduje la fecha de mi bautizo, sugerida por Celia.

14 de octubre de 1957: la Columna No. 1 baja por el río Zarzal hasta el arroyo de la Leche, sube al pico del Pan y sigue por las Lajitas, baja y acampa en la casa de Tercio Soria.

En horas de la mañana del 15 de octubre cruza el río Guayabo, baja y acampa en La Nevada, baja por el arroyo de La Jeringa, cabezadas del río Yara; el 19 de octubre pasa por la casa de Mario Moguera, en Pueblo Nuevo, llega a Santo Domingo, cerca de la casa de Lucas Castillo Mendoza. Ya de noche, sube por El Naranjo y acampa al lado de la casa-tienda de Clemente Verdecia, muy cerca de su secadero de café.

Es muy posible que me hayan bautizado por esos días, cuando acamparon en la vivienda de Clemente, muy cerca de la casa de mis abuelos.

De ese momento en que Celia me tuvo entre sus brazos, el viejo siempre repetía sus frases: “¡Qué niña más hermosa!” “Viejo, yo quisiera que cuando triunfe la Revolución usted nos mande a la niña para que aprenda a leer y escribir”. “De aquí saldrá un mujerón. ¿Verdad, Fidel?” Según él, Fidel sonreía y hacía gestos de aprobación.

Y del padre Sardiñas, capellán del Ejército Rebelde, se hablaba con satisfacción. “Era una persona agradable”, comentaban. Llamaba la atención de todos cómo siendo delgado, a juzgar por la mochila que cargaba, su constitución física debía ser muy resistente. Como católico, celebraba misas, comuniones, bautizos y bodas; alfabetizó en las lomas a niños y adultos. Fue de los primeros en impartir clases, junto al Barberito, durante la guerra; pero mi abuelo siempre resaltaba el altar móvil que trasladaba a los lugares donde asistía.

Por ese tiempo, ocurrió uno de los acostumbrados recorridos de Camilo por El Naranjo, oportunidad que aprovechó para ver a mi familia. Mi abuelo algunas veces me habló de esa visita:

Entró en la casa a verte con su traje verde olivo, lo hizo desarmado, saludando con una voz fuertota y curiosa: “¿Dónde está la niñita?” Nos emocionamos mucho y te pusimos en sus brazos muy bien vestidita. Luego preguntó por tus zapaticos. De inmediato tu abuela buscó los que te había mandado Celia, que eran tejidos de color blanco, y él te los puso, con trabajo..., el gesto nos pareció un poco cómico. Reía constantemente y soltaba sus dicharachos; pero también decía que deseaba que tú te parecieras a tu papá.

El viejo se emocionaba haciéndome anécdotas de lo que él hizo como colaborador durante la guerra; pero hubo una relacionada con el comandante Ernesto Che Guevara que me sorprendió. Resulta que Fidel se lo mandó para que lo curara, llevaba casi una semana sin corregir, tenía el vientre bastante abultado y se sentía mal. Con yerbas medicinales se recuperó. Pasados tres días de tratamientos, se reincorporó a la columna. También hizo estas curas del estómago a otros rebeldes. Él era el único espiritista-curandero de toda la zona de El Naranjo.

Después del triunfo de la Revolución se hacían diversas actividades políticas, peregrinaciones y mítines en lugares históricos cerca de mi casa, como fue El Salto, de donde salió Camilo hacia occidente. Algunos combatientes que asistían

a estos actos pasaban a ver al viejo Ferrales; así recordaban acontecimientos relacionados con cada uno de ellos.

Mi casa se había convertido en un lugar adonde acudían numerosas personas. Iba uno u otro guerrillero, mi abuelo recordaba con mucho cariño a Radamé Charrut García. El Morito, como le decían, había combatido en la Columna No. 1 José Martí. Fue de los primeros campesinos que colaboró con el aseguramiento logístico debido a que era dueño de una finca en el poblado de Jiménez. Se incorporó definitivamente a principios de marzo de 1957 al Ejército Rebelde y con mi padre participó en los combates de Estrada Palma y Palma Mocha.

Fueron buenos amigos, se habían conocido en Santiago de Cuba, sin embargo, sus relaciones se estrecharon ya incorporados a la guerrilla. Pienso que por ello particularmente Celia le encomendó atender a mi familia, saber cómo yo iba creciendo.

En ocasiones me hacía llegar a través de él un paquetico con algún juguete; dentro había una notica para mi abuelo. No olvido la primera muñeca que me envió: era muy blanca, con los ojos azules, se dormía, tenía hasta un tete. Todas las niñas del poblado jugábamos con ella. Yo no sabía lo que Celia escribía hasta un día que Lorenzo y Pepa leían una notica a escondidas en el cuarto y yo me acerqué; en voz muy baja me dijeron:

—Celia le dice aquí a papá que te mande para La Habana, que ella te está esperando.

No puedo negar que en ese momento sentí deseos de conocerla, no de ir a La Habana; pero empecé a sentir la necesidad de conocer quién era esa mujer que tanto se ocupaba de mí.

Un poco en broma mis tíos me advirtieron:

—¡Prepárate que el Morito viene de nuevo en octubre!

A mediados de ese mes, de 1966, volvió. Sus viajes eran más frecuentes, porque después del triunfo de la Revolución se había quedado con un equipo de trabajo atendiendo la Comandancia de La Plata y la zona que va desde Providencia hasta el alto de El Naranjo, incluyendo Mompié, Armería y La Tasajera —especial esfuerzo hizo en la recons-

trucción de la Comandancia—. En esa visita habló con mi abuelo delante de mí:

—Óigame, viejo, ya yo no sé qué le voy a decir a Celia, siempre le digo que el próximo viaje le llevaré a la niña; ahora le mandó a decir a usted... que es interés de Fidel que la niña se eduque en La Habana.

Fue tanta su insistencia como vocero, que esta vez mi abuelo le dijo que podía llevarme para La Habana.

—Yo sé que después de nosotros, las personas con quienes mejor la niña puede estar son Fidel y Celia —tras su afirmación me miró.

Su vista hacia mí no era para pedir mi aprobación; pero yo me estaba comiendo unos caramelos que el Morito me había llevado y, con la boca llena, le dije a mi abuelo que sí, que quería ir para donde estaba esa señora. El viejo conocía muy bien cómo actuaban los dos, porque los había visto en la Sierra Maestra, además seguía las noticias de cuanto hacían y cómo dirigían la Revolución. Entonces, llamó a la vieja y le contó lo que sucedía. Trató de convencerla y explicarle que era mejor para todos que yo me criara con ellos, porque cuando los hijos no tienen a sus padres, quienes deben ocuparse de su crianza son los padrinos. Este precepto que mi abuelo profesaba fue lo único que hizo entender a mi abuelita. Finalmente aceptó. El combatiente siguió rumbo a la Comandancia y les prometió que al otro día temprano vendría por mí.

Rápido prepararon las condiciones. Una cajita de cartón sería mi equipaje. Mi abuela echó dos blúmeres y tres baticas muy bonitas, porque ella cosía y bordaba.

De noche, la familia, con la ayuda de la maestra, hizo una carta para Celia y la colocaron dentro de esa cajita. Cada uno mandó a decir algo específico, pero coincidieron en agradecerle los gestos con la familia y en especial conmigo.

Después los viejos me llevaron hasta el altar, encendido con velas. Puesta de rodillas me aconsejaron que les pidiera a Dios y a los santos que me acompañaran durante mi vida.



Papá y mamá estaban detrás de mí, yo sentía sus rezos. Pasados unos minutos, tomaron agua de una palangana que contenía albahaca, flores blancas y miel, y una parte de ella la dejaron correr por mi cuerpo. Escuché nuevos consejos: “Pórtate bien, sé obediente. Respeta mucho, trata de usted a las personas mayores, y pide la bendición a tus padrinos”.

Esa noche las explicaciones no cesaban. Me hicieron saber que iba para una casa donde vivía una mujer delgada, donde podría ver a un hombre blanco, muy alto, con barba, vestido de militar, cuyo nombre era Fidel.

No sé por quién los vecinos se enteraron de mi partida, pero la casa se llenó de personas de todas las edades. Recuerdo especialmente la despedida de mi primo Modesto Martínez Ferrales, *Pipo*, con quien más jugaba, de quien sentía más su cariño. Era hijo de Enoelia, otra tía mía.

Tan pronto amaneció llegó el Morito. Venía contento. Repartió caramelos a todos, como de costumbre y quiso que saliéramos rápido. Dijo que el camino era largo y mejor era hacer el trayecto temprano. Con el tiempo pensé que quiso hacer breve la despedida.

No recuerdo si besé a mis abuelos antes de salir. He tratado de reproducir ese instante y lo único que viene a mi mente es el Morito sobre la montura de un caballo blanco, hermoso, colocando su capa grande, Barragán, en la zanca del animal, para proteger mis muslos; y después, con los frenos en la mano y los pies en los estribos diciéndole a mi abuelo: “¡Súbala ya!” Mirando hacia atrás, les pedí la bendición.

Nunca había salido de El Naranjo. Apenas habíamos avanzado, empecé a llorar. Por entonces no había cumplido nueve años. El Morito enseguida trató de consolarme:

—Pronto estarás en La Habana; es una ciudad grande y muy bonita. Hay un lugar donde tienen muchos animales y en otro hay pececitos de todos los colores.

Me calmé un poco. Él aprovechó mi sosiego para hablarme de mi papá:

—Tú papá nunca lloró, era una persona muy alegre y comía cantidad... había que estar al tanto de él, porque dejaba sin carne a cualquiera.

Buscaba mi rostro y como me veía risueña sosegaba, continuaba.

—Era valiente, guapo. No le temía al peligro, lo desafiaba.

—¿Por eso ustedes fueron amigos? —le pregunté.

Él continuó contento de que había logrado su propósito. Ya había dejado de llorar e iba mirando los caminos cubiertos de piedra y fango, los cruces del río Yara.

Dejada llevar por el único sonido que rompía el silencio de aquel paraje: el que producía el choque de las aguas contra las piedras y el cantode los pájaros, llegamos a Casa de Piedra, un lugar donde habitualmente descansaban los campesinos que hacían este recorrido. Mientras almorzamos, continuó hablándome de mi papá y de La Habana:

—Tú papá Pastor tuvo muy buenos amigos que ahora viven en La Habana, quizás no los puedas ver a todos, porque son personas muy ocupadas, consagradas a la Revolución. Yo te voy a mencionar a algunos de los que él más respetaba y admiraba, además de tus padrinos. La relación era larga, pero recuerdo a Raúl Castro, Juan Almeida, Guillermo García, Universo Sánchez, Efigenio Ameijeiras, entre otros. ¡Ah!, y Delsa Esther Puebla, *Teté*. Si algún día la ves le das un beso y le dices que eres la hija de Pastor Palomares... ¡Acuérdate de esto siempre!

Cuando emprendimos viaje de nuevo, indagué si faltaba mucho, me contestó que no, pero no le creí. El sol cada vez se tornaba más fuerte, intensificamos la marcha y en horas de la tarde, llegamos a Providencia. Tomada de la mano me llevó hasta la tienda del pueblo, a un yipi subimos. Ahora la travesía fue por el central Estrada Palma, Yara, hasta Manzanillo. Nos sorprendió la noche en el camino y yo creía que había llegado a La Habana.

Nunca había estado en una ciudad, por eso me deslumbraron sus luces, las calles asfaltadas, casas de mampostería y mucha gente caminando en todas direcciones.

Fuimos directo a una casa de visita del partido. Me dejó sentada al cuidado de un custodio que él conocía. Luego de unos minutos volvió acompañado por una mujer. Escuché cuando le decía:

—Ya sabes, aquí te la dejo. Ocúpate tú de lo demás.

Ella se inclinó y me dio un beso, tomó mi pequeño equipaje y el Morito se despidió al tiempo que me prometía:

—Dentro de unos días seguiremos hablando en La Habana, porque mi trabajo de este mes aquí no está terminado.

La compañera creó las condiciones para el baño y la comida. Yo nunca había ido a un servicio sanitario y me sentí rara. Luego vino Elba, quien me cuidaría durante la noche. Dormí profundamente, quizás por el cansancio del viaje, pero desperté temprano. En la mañana estaba Norelsa. Ante tantos rostros distintos, imagino mi cara de asombro. Ella enseguida me dijo:

—En una hora salimos para la terminal de ómnibus.

Yo no sabía de qué me hablaba. La curiosidad hizo que me vistiera rápido y me sentara a esperar la partida.

Llegamos a la estación, que me asustaba a cada paso por el gentío y su tamaño tan grande. Subimos a un ómnibus grande también. Confusa y atontada, me senté junto a la ventanilla “para tomar el aire y evitar los mareos”, me dijo mi compañera de viaje; ella se sentó a mi lado. En algún momento llegué a pensar, por supuesto, con el paso del tiempo, que lo hizo también para que disfrutara las bellezas naturales a lo largo de la Carretera Central, y así me entretuviera. Era la primera vez que tomaba una guagua, lo sabía, por eso tomó desde el inicio todas las medidas para protegerme ante cualquier dificultad.

Durante el viaje conversamos de diferentes temas. Yo quise saber por qué había tantas personas en la terminal y me explicó que brindaba servicio a los pueblos de la costa sur; que mucha gente pasaba la noche esperando el turno para su partida, o porque era de lugares intrincados de la Sierra y no tenía dónde quedarse, o porque no tenía vivienda. Además del tren, llegaban otros carros incluyendo las recién introducidas guarandingas, un transporte pequeño que podía subir las montañas.

Me contó, además, que allí habían asesinado ya hacía algunos años, al líder azucarero Jesús Menéndez Larrondo mientras bajaba de un tren, un hombre que solo quería beneficios para los trabajadores de ese sector. “Este será uno de los lugares que pronto ha de cambiar”, me aseguró.

Se interesó por saber si yo quería conocer La Habana y qué me habían dicho de acá Zoila, Estrella y Rosita, tres primas mías que estudiaban en la escuela para campesinas Ana Betancourt. Estas muchachas venían todos los años de vacaciones y parecían otras personas. Llegaban vestidas de rosado y gris, casi todas con su cabello corto, hasta hablaban de otra forma. Entonces los vecinos las rodeaban y colmaban de preguntas. Yo quería ser como ellas.

El ómnibus hizo paradas en varias terminales. El panorama que observé siempre fue muy parecido a lo que vi en Manzanillo. Cuando llegamos a Matanzas desperté a Norelsa, que estaba dormida.

—¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos! —exclamé.

—No, mi'ja, todavía no estamos en La Habana; pero no te preocupes, eso le sucede a los que vienen por primera vez.

Dejé caer mi cabeza sobre su hombro y a decir verdad, sentí una mezcla de tristeza y alegría: extrañaba a mi familia, sobre todo a mi abuelito, pero deseaba convertirme en una mujer que pudiera ayudar a mi familia.

Mi compañera de viaje estaba preparada para compensar mi estado emocional. Me hacía anécdotas o alguna broma y hasta me contó parte de su vida. Tenía treintaicinco años y era madre de cinco hijos: tres becados en El Caney de Las Mercedes y dos que había dejado al cuidado de su mamá en Yara.

Después supe que durante los tiempos difíciles de la dictadura batistiana, había ejercido la prostitución y que abandonó esa forma de vida para incorporarse al movimiento clandestino en Manzanillo. En enero de 1959 había pasado a integrar los órganos de la Seguridad del Estado. Celia y ella se conocían desde los tiempos del clandestinaje.

Al anochecer llegamos a otra terminal. Me tocó en el brazo y exclamó:

—Ahora sí... ¡Ya llegamos a La Habana!

Me limpió la cara, peinó y echó agua de colonia. Salimos en busca de la salida principal, en eso nos abordó vestido de verde olivo el capitán Armín Pompa Álvarez, escolta del Comandante.

—¡Norelsa!

—¿Cómo estás, Pompa?

—Bien, muy bien. ¿Esta es la niña?

—Sí, sí. ¿Es bonita, verdad?

—Cómo no, muy graciosa.

Pompa me dio un beso y pasó su mano por mi cabeza. Con una sola mano llevó nuestros equipajes a un yipi militar. Pasados unos minutos, el chofer se detuvo en una calle que custodiaba un guardia, la entrada tenía una cadena de hierro de lado a lado. En la esquina izquierda había una garita, y el oficial, al reconocer a Pompa, dio la orden de quitar la cadena para permitir el paso.

En la acera del lado derecho había una edificación. Pompa se distanció de nosotras y habló con alguien. Al momento nos invitó a bajar del carro, nos trasladó hacia el edificio que estaba al frente. Apareció en mi vista otro guardia uniformado, armado con una pistola que custodiaba la entrada principal. Mientras subíamos una escalera, Pompa se me acercó, me dio su mano y sonriente, sentenció:

—¡Mi chiquitica, tienes mucha suerte, estás en el Veda-do y vas a ser una mujer histórica!

Los dos sonreímos, yo sin saber por qué.



¡La bendición, madrina!

*Lo que pocos hombres logran: administrar
su pensamiento, reservar su fuerza
y dirigir su cariño.[3:201]*

Nos detuvimos ante una puerta semiabierta. Al toque del oficial, apareció una mujer negra de mediana edad. Él la saludó con notable familiaridad, igual hizo ella a mi acompañante.

—Ernesta, ¿la jefa está? —preguntó Pompa.

—Sí, claro, estábamos esperándolos.

Efectivamente, en la casa había mucha gente.

Según las situaciones, Ernestina actuaba con cierta independencia, dado el grado de confianza en la casa. Desde muy joven había trabajado como empleada del doctor Sánchez Silveira, y por su responsabilidad le profesó siempre admiración y respeto. Cuando se casó Silvia, no le disgustó que fuera a vivir con su hija mayor a Santiago de Cuba; pero estaba en La Habana desde que Silvia alquiló ese apartamento del Vedado, en la calle 11, para estar cerca de su

padre mientras permaneció ingresado en el hospital Calixto García, en aquella época, exclusivo para los médicos que mantenían su seguro de vida. Pasado un tiempo, Silvia se mudó a otra vivienda y Ernestina permaneció con Celia en esta misma casa.

Entré a una pequeña sala en la que estaba parte de la familia Sánchez-Manduley, que había venido a esperar a la niña de Palomares. Tomé asiento y azorada, totalmente, dirigí mi vista hacia todos lados. La pieza estaba amueblada con asientos de madera, un televisor y un cuadro colgado en la pared del centro; en la esquina, sobre una pequeña mesa, un jarrón que exhibía flores naturales, y próximo a él, la puerta que daba acceso a un balcón desde donde se veía la calle.

Solo unos minutos después se presentó una mujer vestida de verde olivo, impecable, sin ningún grado militar; a juzgar por su aspecto creí estar ante una coronela. Se me acercó, me dio un beso y sonrió. Yo, que lo observaba todo, me percaté de su contentura. “Es ella”, me dije.

Ante mí tenía a la secretaria de la Presidencia de la República y del Consejo de Ministros desde el 24 de marzo de 1962, mediante el Decreto Ley 3143, quien a partir del triunfo de la Revolución atendía innumerables y heterogéneas instituciones del país, entre ellas las relacionadas con la atención a la población. Pero como a mí solo me habían dicho que me había bautizado y le debía mucho respeto, inmediatamente que me saludó, le dije:

—¡La bendición, madrina!

Me respondió con otro beso y un fuerte abrazo, me acomodó a su lado. Yo la miré con esmerada atención: era una mujer muy delgada, como me había dicho el abuelo; de tez blanca, pelo lacio y oscuro sobre los hombros; estatura mediana, rostro serio y ligeramente alargado. A través de sus grandes ojos, aprecié una mirada firme y tierna, tanto que me inspiró sosiego. Pero su sonrisa... su sonrisa fue tan natural que me pareció conocerla de siempre.

Dirigiéndose a Norelsa, le preguntó:

—¿Cómo dejaste Manzanillo?

—Bien... lloviendo mucho por estos días... La gente está contenta y desea que vayas por allá.

—¿Y tus hijos?

—¡Bien! Muy contentos con la beca.

—¿Te llegó el círculo infantil para los dos niños?

—Me dijeron que dentro de unos días estaría resuelto.

—¡Qué bueno! ¡Cuánto me alegro! No dejes de avisarme cuando esté resuelto.

Pompa, que aún permanecía en la sala, pidió permiso para retirarse. Se acercó a mí, me acarició la cabeza y me afirmó con mucha ternura:

—Nos seguiremos viendo por aquí...

Mientras conversaban, mis ojos iban hacia una caja de naranjas que estaba en el comedorcito. Ernestina se dio cuenta, peló algunas y nos las ofreció. Nunca he olvidado el gusto con que las comí.

Celia miró a Ernestina y le dijo:

—Atiende a Norelsa.

A través de Migdalia, conocí que en muy pocas ocasiones ella me decía Eugenia, como en esta ocasión .

Me tomó de la mano y me llevó a una habitación donde había dos camas: una mediana y otra personal; encima de una colocó mi cajita, la abrió y se detuvo a observar mis vestiditos. De mi ajuar no comentó nada, seguidamente me advirtió:

—Eugenia, a partir de esta noche vas a vivir conmigo.

—¡Sí, madrina! —soló expresé ante la sorpresa de su invitación.

Quizás quise decirle ¡gracias por acogerme!, pero no pude. De nuevo tomadas de las manos, me invitó a despedirme de Norelsa.

Parece que mi carita entristeció, era a quien más conocía, pero Celia me explicó que había venido a La Habana también por otras tareas y debía continuar.

Cuando regresé a la sala, ya tenía su equipaje en la mano, me apretó fuerte entre sus brazos y no pronunció palabra alguna. Nunca más la vi. Esa misma noche Celia mandó a buscar a Migdalia Novo, enfermera del comandante y de Celia para que me atendiera.

Madrina, como empecé a llamarla, me fue presentando a quienes se encontraban en la casa: sus hermanas —todas no estaban ese primer día, pero difícil es precisar el dato—:



Flabia, Griselda, Acacia, Silvia, también su hermano Manuel Enrique; su prima Miriam; varias sobrinas: Elenita, Alicia Gloria, Acacia Gloria, Alejandra y Lourdes, estas dos últimas las consideraba como tales. ¡Ah! y Carlitos, un sobrino.

Según pasaban los días fui conociendo a otras personas allegadas, enseguida me di cuenta de que su casa era el centro de su familia y de las amistades, un círculo tan numeroso como el que visitaba la mía en la Sierra Maestra. Los empleados parecían parte de la familia. De Ernestina González, la señora que me recibió, me dijo:

—Ella es Ernesta, se ocupa de los trabajos de la cocina y vela por el funcionamiento de la casa.

Siempre había cocinado para la familia. Era tan confiable y experimentada en esos menesteres, que Celia decidió —después de algunos atentados al Comandante— que solo Ernestina elaboraría sus alimentos.

Mediante José Alberto León Lima, *Leoncito*, su chofer y escolta en los años 1959 y 1960, conocí cómo se cumplía esa disposición:

Durante este tiempo fui uno de los hombres de su confianza, chofer permanente y en más de una ocasión, escolta.

Muchas veces trasladaba su mochila y objetos personales, hasta las medicinas y los horarios en que debía tomarlas. ¡Lo más importante!, me mandaba a la casa de 11 a buscar la comida que ya Ernestina tenía preparada en una pequeña cantina para llevarla adonde él se encontrara, ya fuera en el piso 23 del hotel Habana Libre o el 18 del edificio del Instituto Nacional de Reforma Agraria, lo que hoy es el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Luego Celia tomó de la mano a una muchacha joven, más bien delgada, mulata, muy risueña y procedió a su presentación:

—Esta es Martha Rosabal, se encarga de la limpieza y ayuda en lo que sea necesario.

En la puerta que da a la cocina se encontraba otra mujer muy atareada, delgada, mestiza, de pelo negro y largo; la señaló:

—Y aquella es Ana Irma. Se ocupa del mantenimiento y la organización del vestuario.

Al rato la llamó:

—Irma, hazme el favor, necesito que te ocupes del pelo y el baño de Eugenia.

Por un *hall* fuimos hasta un baño entre dos habitaciones. Si antes me había sorprendido el de Manzanillo, ¡qué decir de este! Por mi expresión imagino que no sabía qué hacer con aquellas piezas. Entonces me explicó el uso y funcionamiento de cada una. Me enseñó que debía empezar a bañarme por los pies, con su explicación y mi experiencia de los baños en la poceta del arroyo, terminé disfrutando del aseo y del lugar.

Celia sentía afinidad y admiración por Irma, eran compañeras desde la clandestinidad, con apenas dieciocho años había actuado a sus órdenes. Luego del triunfo de la Revolución vino a La Habana para continuar los estudios y encontró en ella la persona de confianza que necesitaba.

Cuando terminé de bañarme Ernestina me esperaba con la comida servida. Celia se sentó a mi lado, me observaba y a veces me hacía alguna pregunta, finalmente, me dijo:

—No te preocupes por nada. Mañana te llevarán a comprar ropa y luego irás al médico.

Pronto sentí sueño, quizás hasta cansancio por el viaje largo y no acostumbrado. En mi embeleso, oí que me decía:

—Vamos para que te acuestes.

Me ayudó a acomodarme en la cama y me cubrió con una frazada; tras un beso, salió dejando la puerta entreabierta. Antes me había dicho que en la habitación contigua dormían Ana Irma y Ernestina, si necesitaban quedarse en la casa.

Logré escuchar algunos comentarios:

—Pobrecita, debe haber pasado mucho trabajo, está toda virada... toda deformada.

Alguien precisó:

—¡Aquí, pronto se pondrá bien!

Pasados muchos años pude conocer a través de Alicia Gloria, *Ayoya*, una de sus sobrinas, la impresión que le causé aquella noche.

Tenías la columna totalmente desviada; parecías mal alimentada... un animalito acabadito de sacar de su medio. Manina te regaló una muñeca y te fue indiferente. Claro estabas entre gente extraña, azorada, mirando todo muy seria. Mi tía era la que más te hablaba. Tu aspecto me sorprendió, sentí mucha lástima por ti. Aquella escena se quedó grabada en mi mente... ¡tan chiquitica y tan indefensa!

Después de que fuiste a dormir, le pregunté a Manina que ¿por qué estabas así? y me explicó que en el campo tú cargabas muchos cubos de agua, y hacías otras tareas fuertes para ayudar a tus abuelitos; pero ella estaba muy segura de que te ibas a recuperar. Yo lo comprendí de verdad cuando fui a recoger café por aquella zona y me di cuenta del trabajo que tenías que haber pasado mientras vivías en el campo.

Migdalia Novo Fernández, enfermera y amiga personal de Celia desde 1959, me confesó detalles de mi llegada a la casa de la calle 11.

Tarde en la noche, como era mi costumbre, fui a verla. Enseguida y muy entusiasmada me dijo:

—¡Entra al cuarto para que veas lo que tengo ahí!

Pensé que le habían hecho algún regalo; tal vez una mascota o quizás un objeto de artesanía. A juzgar por sus gustos podía ser desde un simple cenicero hasta una sobrecama, una estola, un chal, un pañuelo... Llegué a creer que se trataba de una flor silvestre que yo no conocía. Tremenda sorpresa me llevé al entrar: ¡vi una niña dormida en la cama!

Salí, ella estaba parada, riéndose, con una risa de placer, de satisfacción y yo, asombrada, le pregunté:

—¡Y esa niña! ¿De dónde sacaste esa niña?

—Me la trajeron hoy de la Sierra. Es hija del combatiente Pastor Palomares, el que cayó en el combate de Palma Mocha. Aquel día él nos dijo que si moría, dejaba un niño por nacer, y es esta cosita que tú ves aquí —luego añadió—: A su familia la conocí durante la guerra.

Yo recuerdo la cama donde tú dormías... era de estilo, al lado estaban sus mesas de noche con una lamparita. En el cuarto, preparado para las visitas, ustedes dos durmieron ese día, como en algún momento sucedió con Melba Hernández Rodríguez del Rey, Haydée Santamaría Cuadrado; Hildita, la hija del Che; Griselda, una hermana de Celia, y Olga Guevara Pérez, del pelotón femenino Mariana Grajales, entre otras compañeras. Siempre tenía visitas en su casa.

Migdalia, aún con relatos por hacer sobre esos primeros días en que mi vida empezó al abrigo de Celia, me hablaba con la emoción del primer día:

Esa noche me explicó que tú necesitabas atención médica urgente, pues ella tenía la sospecha de que podías padecer de una seria desviación en la columna que te estaba deformando el cuerpo, pero además, daba por seguro, debido al tamaño de tu vientre, que tenías una infección gastrointestinal por parásitos y hasta podrías tener anemia.

No tengo que añadirte que desde ese momento, yo también empecé a ocuparme de ti.

Mi primer amanecer en La Habana fue triste, me sentí rara entre todo lo que me rodeaba. Lloré, sentí miedo, echaba de menos a mis abuelos, al resto de la familia, a mi vida campesina.

Ernestina despertó a Martha que todavía dormía.

—Levántate para que veas a la muchachita, “tullía” con los bracitos cruzados frente al fogón, cogiendo calorcito y llorando.

Vi a Martha despeinada, con los ojos de a quien le han interrumpido el sueño. Me miró con lástima.

—Pobrecita, ¡pero si está tullía de frío! —exclamó.

Corrí para la sala en busca de mi madrina, y Ernestina me llamó para que desayunara, Celia estaba en el comedor. Entonces, más calmada, como si me hubieran devuelto el alma al cuerpo, le dije:

—¡La bendición, madrina!

Estiró sus brazos, me acercó a ella y me dio un beso. Yo esperaba que me respondiera como mis viejos: “¡Que dios te bendiga! o ¡santica, mija!”, poniéndome la mano sobre mi cabeza, si ella había sido mi madrina de siempre; pero bueno... “Parece que no se usa en La Habana”, me dije. Después de ese día nunca más le pedí la bendición. Eso sí, estar a su lado, desde ese primer momento, me hacía sentir protegida.

Como desayuno Ernestina le sirvió a ella una taza de té y una galleta grande; para mí, pan y café con leche. Sobre la mesa estaba una mantequera de la que nos podíamos servir según el gusto. Yo acabé con la mantequilla, sin embargo, Celia comió muy poca. No tomé el café con leche y me requirió. Luego me preguntó:

—Eugenia, ¿cómo dormiste?

—¡Bien! —aunque el tono de mi voz fue algo triste.

—Ya envié un telegrama a tus abuelos diciéndoles que llegaste bien y que pronto sabrán más noticias de ti. ¿Tú sabes leer?

—¡Sí! Yo estoy en segundo grado.

—Bueno, dime ¿qué dice aquí?

Señaló para una caja que tenía letras muy grandes, hice un gran esfuerzo, pero solo logré deletrear dos o tres palabras. El brillo que había aparecido en mis ojos, cuando me mencionó a los abuelos, desapareció como mismo había venido. Yo no le había mentado, pero tampoco pude leer.

—¡Tú no sabes leer! Voy a mandarte a la escuela para que los maestros determinen por qué grado debes empezar.

Por teléfono habló con alguien. Pasado un tiempo breve, esa persona llegó. Era Carmen Vázquez Ocaña, su amiga desde los tiempos de Pilón; la hermana del vecino que le había aconsejado irse del pueblo cuando los sicarios de Batista estaban detrás de cada paso suyo.

—Dime, Celia, ¿qué sucede?

—Necesito que lles a Eugenia al seminternado que está cerca de la casa... creo que es el Ormani Arenado, en la calle 17 entre 12 y 14, para que la matriculen. Ya los maestros determinarán el grado, porque de lo que sí estoy segura es que lee muy mal.

Los maestros precisaron que debía empezar primer grado.

De regreso a la casa, Carmita le explicó el horario de clases y le comentó que tenía razón, que me habían matriculado en primer grado.

Noelia Verdecia Verdecia, *Querer*, era otra amiga desde su infancia en Media Luna. De mis primeros días en La Habana guarda sus recuerdos:

Me mandó a buscar a mi casa con Carmita. Me pidió que te llevara a las tiendas a comprarte ropa y zapatos. ¡Había que verte! Estabas depauperada, hablabas poco y mal. Yo le dije que sí, que contara conmigo, entonces le pregunté:

—¿Cuándo?

—¡Ahora mismo!

Ella le pidió dinero a Ernestina y me lo entregó. Salimos para las tiendas. Te compré cosas necesarias para una niña de tu edad, pero lo que más te gustó fue el roponcito de dormir. Cuando Celia vio la compra, la elogió. Intencionalmente traje unos cortes de telas propias para niñas y luego me dispuse a confeccionarte unas batas.

Pasados dos, tres, cuatro días de mi llegada —sí sé que fue jueves—, yo andaba recogida, expresando como nunca mi nostalgia. En cuanto madrina se dio cuenta, acudió a mí.

—¿Qué te pasa?, ¿extrañas a tus abuelos?

—Sí, mucho... y a mis primos también.

—¿No te gusta estar aquí?

—Sí. Sí...

—Mira, mañana vendrán otros niños que están becados, y tú podrás jugar con ellos.

Se refería a los que estudiaban en la escuela José Martí en Santa María del Mar, en Habana del Este. Antes del

primero de enero ese reparto estaba habitado por la alta burguesía, la mayoría de las casas tenía piscina y demás comodidades; el lugar era apartado del bullicio y del tráfico. Como resultaba seguro y confortable, mi madrina lo había considerado ideal para un centro becario para niños repatriados, hijos de mártires, de la patria, de guerrilleros extranjeros y otros con problemas sociales. Con la aprobación de Fidel, nació allí la primera escuela especial en Cuba.

La noche siguiente —viernes— estaba recostada en mi cama, cuando una gritería llamó mi atención, algo rompía el silencio de aquellos días. Me levanté tan rápido como pude. Apenas di un paso y tuve ante mí a tres chicos, dos varones y una niña. ¡Cómo hablaban! ¡Todos a la vez! Enseguida me preguntaron mi nombre, luego me dijeron los suyos.

¡Qué pronto los niños se entienden! ¡Qué lenguaje tan especial para comunicarse! Su presencia reanimó mis escasos años y cuánto contribuyó a mitigar mi nostalgia aquella relación de cada fin de semana. A partir de ese viernes esperé impaciente el próximo y todos los que estuvieron por llegar. A veces me sentaba en el balcón para ver la entrada del carro de Paquito, quien traía a los muchachos. Yo corría desenfrenada a su encuentro, y ¡qué alboroto! En ese instante empezaba el juego. Los domingos en la tarde o el lunes bien tempranito, los tres niños volvían a su escuela.

Muy pronto también empecé a asistir al médico. El doctor Rodrigo Álvarez Cambras, un gran amigo de Celia y en quien depositaba total confianza para resolver mis problemas de ortopedia, fue el primero en atenderme.

Migdalia Novo Fernández

No te llevé antes, porque recién había llegado del Congo, donde cumplía una misión. Ese día salimos temprano al hospital Fructuoso Rodríguez; el doctor, pacientemente, oyó mi explicación. Después, mirándote con mucha ternura, te preguntó:

—A ver, ¿cómo ayudabas a tus abuelos en la Sierra?

—Cargaba el agua para tomar. Íbamos a buscarla a un pozo, distante, yo cargaba los baldes —se refería a los cubos— llenitos hasta arriba y después cogía el trillo hasta la casa.

Al doctor le interesaba saber cómo hacías todo ese trabajo y tú seguías explicándole:

—Cargaba el balde con la mano derecha, pero también cargaba leña hasta el arroyo, donde mi abuela hervía la ropa, el día que lavábamos.

El galeno fue preciso en su diagnóstico: “escoliosis por deformación de la columna vertebral, pero lo más afectado es la cadera derecha”.

—Voy a indicarle un tratamiento que incluye el uso de zapatos ortopédicos y un corsé —precisó con mucha seguridad.

Escribió una nota para Celia. Cuando llegamos a la casa se la entregué e inmediatamente llamó a Esteban Valcárcel Valmar, el compañero encargado del avituallamiento del comandante, para que te llevara a hacer los zapatos y el corsé.

Mientras conformaba este libro, fue de inmensa satisfacción reencontrarme con el doctor que había iniciado mi tratamiento, Profesor Académico Titular, Investigador de Mérito, director del Complejo Científico Ortopédico Internacional Frank País. Su llegada a mi vida permitió que pudiera seguir en pie. Y muchos niños, al amparo de Celia o no, solo con problemas que el doctor pudiera ayudarlos a resolver, pasaron por sus manos y su experiencia.

Atendí a casi todos los niños que ella recibía, me mandaba a los que tenían más problemas y pude continuar el control médico de algunos, entre ellos a ti, porque yo visitaba muy a menudo su casa en la calle 11, en el Vedado.

Durante el diálogo, le comenté al profesor que luego de dos o tres días del tratamiento médico, Celia me trajo las

boticas y la faja ortopédica. Él me miró de arriba a abajo, sin pronunciar palabra; pero me di cuenta de que comprobaba mi total recuperación. Me habló de otros casos con similares padecimientos en los que se habían obtenido éxitos. Uno de esos era también de El Naranjo, Celedonio Verdecia, el hijo de Clemente y la China.

Pero tengo que reconocer cuán difícil me resultó usar los zapatos y la faja, no me acostumbraba a ellos, me desagradaba ir a la escuela con todo aquello, que constituía una contrariedad más para mí. Parecía un objeto anacrónico entre tantos niños; yo no hablaba con nadie y apenas respondía lo que me preguntaban, porque mis peores problemas estaban en la comunicación, tenía que adaptarme a otra situación y aprender un nuevo léxico, además de familiarizarme con los contenidos del grado, específicamente con las letras.

¡Cómo se unían motivos para aumentar mi aflicción! A cada paso iba a un encuentro con lo desconocido, mi vida sufría un cambio demasiado brusco.

En mi aula había treinta alumnos. La maestra de primer grado, Lázara Ganuza Rojo, era una joven delgada, de piel negra y modales finos, mostraba una educación esmerada y, sobre todo, mucha paciencia. Esta cualidad le permitió conocerme mejor y trabajar día a día con aquellos aspectos que exigían mayor atención.

Pero la mejoría de mis problemas ortopédicos demoraba en ser notable.

Migdalia Novo Fernández

Había pasado un mes y tú no mejorabas... pensé en llevarte de nuevo al médico, pero había vuelto al exterior para especializarse en Ortopedia, por eso le pregunté que por qué no te mandaba con el Dr Julio Martínez Páez, también era su amigo y atendía a mi hija Teresita. Estuvo de acuerdo y al día siguiente de esta conversación te llevé a ver al doctor Páez.

—Esta niña vive con Celia. Mire cómo está. No usa los zapatos, ni el corsé que el doctor Álvarez Cambras le ha indicado.

—No te preocupes, por la noche llamo a Celia para explicarle todo y resolveremos ese problema.

Recuerdo que esa noche Celia te habló fuerte, te echó una refriega y decidió que irías conmigo todos los días a hacer los ejercicios que había indicado el doctor y, además, te pondrías los zapatos ortopédicos y el corsé hasta tanto hubiese una mejoría.

Diariamente yo te recogía y con mi hija Teresita te llevaba al hospital ortopédico Fructuoso Rodríguez. El profesor Rubén era el encargado de enseñarte los ejercicios. Yo llevaba siempre un termo con café con leche y pan con mantequilla; pero pasé mucho trabajo contigo, porque tampoco tomabas la leche. Entonces para lograrlo te decía:

—Si no tomas la leche, no vas a curarte. ¡Apriétate la nariz y tómalala!

Es cierto que fui majadera para alimentarme: no comía carne, y tanto que me gustaba la que hacía mi abuela; tampoco me agradaban los vegetales. Mi plato preferido incluía viandas, arroz, frijoles y pollo. Si era arroz y frijoles estaba feliz.

Un día, mientras buscaba el vaso para tomar agua, mi madrina se mantuvo observándome sin que yo me percatara de su presencia. Ella llamó a Migdalia. “Fíjate en Eugenia, mira lo que va a hacer ahora”.

Tú abriste el refrigerador, te serviste agua en un vaso y lo pusiste en una esquina de la meseta hasta que se le pasara el frío, luego la tomaste. No te gustaba beber el agua fría.

Era increíble cómo observaba todos tus movimientos, igual que una madre hace al hijo.



De esos aquí en la capital, apelo con énfasis a mi memoria para intentar dar orden a los acontecimientos que viví; pero no consigo precisar con exactitud la fecha en que sucedieron mi llegada a la casa, la salida a las tiendas, mi primera visita a la escuela, a clases y al médico. Fueron días de quehaceres intensos y todos totalmente diferentes a los que hacía, de manera tan apacible en El Naranjo. Sí puedo asegurar que fue viernes el día de mi encuentro con los niños, y también que ya asistía a la escuela y al médico cuando conocí a Fidel.

En la Sierra yo había crecido oyendo que Fidel era mi padrino, que mi papá había peleado bajo sus órdenes, que tenía interés en mi formación, por eso lo que sucedió el día exacto que lo conocí lo recuerdo como un filme que volviera a ver con frecuencia. Fue poco después de mi llegada, alrededor de las siete de la noche. Ya había terminado de hacer la tarea escolar y conversábamos en la cocina, cuando escuché un timbre, bastante prolongado y alto, de un teléfono blanco que permanecía muy cerca del fregadero y se usaba solo en determinadas ocasiones. Ernestina lo levantó y mirando a mi madrina dijo:

—Celia, ¡viene la gente!

Ella permaneció serena, mientras Ana Irma, Martha y Francisco Fernández Castro, trabajador también de la casa, hicieron movimientos rápidos hasta ubicarse a ambos lados del comedor; Ernestina empezó a preparar condiciones para colar el café, a pesar de tener las hornillas ocupadas.

Vi entrar al apartamento a un hombre vestido de verde olivo con grados militares que yo desconocía. Aunque me mantuve sentadita en mi banqueta al final del comedor, al observar la postura que asumió cada uno, respiré un ambiente de profundo respeto.

Se trataba de un hombre alto, de pelo castaño, barba larga y ojos muy expresivos. Saludó a las mujeres con un beso y a Francisco le estrechó la mano, al tiempo que unas palmadas le ofrecía cariñosamente a su hombro. Después, dirigiéndose a todos, preguntó:

—¿Cómo están por aquí?

—Muy bien, Comandante —en susurros fue la respuesta.

Había armonía entre su mirada, la voz y el movimiento de las manos. Yo no podía dejar de mirarlo. No niego si digo que para mi infantil edad, me sentí impresionada. También llamó mi atención sus zapatos bien lustrados, impecables.

Al momento lo vi caminar hacia donde estaba Ernestina. Celia se acercó a mí y poniendo una mano sobre mi cabeza, me presentó:

—Mira, Fidel, la niña de Palomares.

Yo seguía sin moverme, no sé si me sentí turbada, apenada o sencillamente curiosa; pero en la medida en que se fue acercando a mí, era como si él mismo me devolviera la calma. Colocó sus manos sobre mis hombros, se inclinó y me dio un beso que lo aprecié con mucho cariño.

Hoy pienso que él también estaba emocionado, quizás veía en la pequeña al Muchachón que cayó en Palma Mocha. Me atreví a pedirle la bendición, pero con la voz muy baja, pensé que no me contestaría igual que mi madrina y así mismo sucedió. Continuó encorvado, casi en cuclillas, le trajeron una silla y empezó a conversar conmigo.

Todos observaban cómo fluía el diálogo. De ese encuentro, para no olvidar, recuerdo detalles que muestran su sencillez.

—Ven acá.

Sentada junto a él, me preguntó:

—¿Cómo tú estás?

—Bien.

—Y ¿cuál es tu nombre?

—Eugenia Palomares Ferrales.

Los presentes sonreían y se miraban uno a otro boquiabiertos. Por primera vez oían bien mi voz.

—¿Cómo se llama el lugar donde tú vivías?

—El Naranja.

—Sí, está cerca de Santo Domingo y La Plata. ¿Te gusta estar aquí en La Habana?

—Sí.

—Y la escuela ¿te gusta? ¿Cómo se llama?

—Ormani Arenado.

—¿Y te gusta la escuela? —insistió.

—Sí... y la maestra también.

Con la vista dirigida a mi madrina, le preguntó:

—¿Has tenido noticias de los viejos? ¿Saben cómo está su nieta?

—Sí. Enseguida les pasamos un telegrama diciéndoles cómo había llegado Eugenia —y continuó con otros asuntos también de su interés—: Por recomendación de los maestros, tuvimos que ponerla en primer grado, está un poco atrasada, y ya hacemos lo posible porque recupere su salud.

Era preocupación de los dos que se mantuviera la comunicación con mis abuelos, pues deducían que ellos debían extrañarme también.

Con extraordinaria ligereza me ayudó a trasladar hacia la banquetica, donde yo estaba antes. Desde allí continuó la conversación:

—¿Y tú sabes cocinar?

—Sí...

—Bueno, ahora dime, ¿qué sabes hacer?

—Lo que más sé es tostar café.

—Y ¿cómo tú tuestas el café?

—Mi abuela me sube en un taburete cerca del fogón para revolver los granos que están en el caldero y cuando se ponen bien negros y con bastante olor, les echo un poco de azúcar prieta, así se pila mejor, y ya está listo para colar.

Le expliqué otras cosas que hacía en la cocina para ayudar a mi abuela, por ejemplo, cuando mataban algún puerco —así decimos los orientales al cerdo—; dos o tres muchachos íbamos para el río a lavar los mondongos,¹ una vez limpios, mi abuelo se encargaba de hacer las morcillas,² nosotros hacíamos trencitas con las tripas más flacas.³ Ese día comíamos gandinga.⁴

Lo que yo decía le resultaba interesante, o lo interesante era oírmelo decir a mí. Lo cierto es que se acomodaba y seguía preguntando, incluso quiso saber qué condimentos le echábamos a la sangre para rellenar las tripas y hacer las morcillas, y cómo el viejo hacía la gandinga de las vísceras.

1 Intestinos del cerdo.

2 Embutido que se hace con la sangre y el intestino grueso del cerdo.

3 Intestino delgado del cerdo.

4 Alimento que se hace con las vísceras del cerdo.

A la hora de la despedida yo quería seguir a su lado, contándole más de mi vida serrana; pero me dio un beso y con mucha delicadeza me dijo que debía trabajar.

—¡Pórtate bien! Tú verás qué bien te vas a sentir por acá.

Sucedieron otros encuentros con las mismas características. Siempre que llegó a la casa se mostró muy cariñoso.

Yo le decía padrino, hasta un día que, estando sentadas en la sala varias personas, entre ellas Miriam, una prima hermana de Celia, y sus niñas, acostumbradas a estas visitas, se pusieron enseguida de pie, acomodaron sus ropas y sonrientes esperaron la llegada de Fidel; pero yo seguí sentada. Celia, con un delicado gesto me indicó asumir la postura de los demás. Él saludó a todos, me dio un beso y me preguntó por la escuela y mis viejos.

Tan pronto como se marchó, ella me llevó a su habitación, pacientemente me explicó cómo recibir a Fidel, hizo hincapié en el respeto que debía reinar en la casa ante sus grados militares, los que había obtenido luchando valientemente en la Sierra Maestra, me habló de cómo el pueblo de Cuba y el mundo lo admira y respeta. Subiendo un poquito el tono de su voz, me precisó: “Por eso, cuando él entre a la casa, todos debemos ponernos de pie”.

A partir de ese momento, también le añadí a mi saludo la palabra Comandante.

En otra ocasión me sorprendió, no tengo en mi memoria haber oído el timbre del teléfono blanco, yo estaba en la cocina muy concentrada en mi tarea: desenvainaba tamarindos para hacer refresco. Fidel entró, saludó con mucha alegría, parecía que le gustaba vernos atareados. Lo vi tan lindo, con esa sonrisa parecida a la de los niños, que me emocioné, corrí y lo abracé fuerte.

—Me manchas el uniforme de tamarindo —reclamó al tiempo que separaba mis manos de él.

Contrariada, iba para una esquina de la cocina a punto de llorar.

—Ven acá, Eugenia, no te pongas así.

Yo era la que más sucia estaba, mi ropa, incluyendo brazos y manos estaban sucios de tamarindo, al mínimo contacto que tuviera con alguien le dejaba huellas profundas; pero a Fidel ya no le importó, me abrazó nuevamente, me

dio un beso y se retiró. Yo quedé aliviada. Con más alegría seguí desenvainando el fruto, porque sabía que el refresco de tamarindo era uno de sus preferidos.

El comandante Delio Gómez Ochoa hace referencia a las visitas de Fidel a la casa de Celia, adonde él también iba con frecuencia:

Era usual en ese tiempo que el jefe de la Revolución fuera a almorzar o comer al apartamento de la heroína de la Sierra, cuyo diseño delataba el gusto de su inquilina por la naturaleza y la vida sencilla; las paredes tenían pintadas montañas y bosques, y en la terraza que daba a la calle, colgaba una hamaca, donde ella solía leer. Estaba en un edificio común y corriente, situado en la calle 11 entre 10 y 12, en el barrio residencial del Vedado [...] Cuando llegaba Fidel, sus escoltas cerraban el acceso a la calle y, por supuesto, al inmueble en particular.⁵

Una tarde, sentadas en la sala, ella en el sofá y yo en el suelo como a mí me gustaba, veíamos el boxeo por la televisión. En eso llegó Raúl.⁶ Después del saludo a Celia, me dio un besito. Mi madrina me presentó:

—Mira, Raúl... la niña de Palomares, ¿te acuerdas de él?

—Cómo no me voy a acordar de Palomares, era uno de los más fuertes de la tropa, alto, muy guapo. Se parece a él.

Habló de mi padre con mucho respeto y admiración, me miró con ternura, me acarició y estimuló al decirme que era muy bonita. No era costumbre ver a Raúl en casa, parecía que venía a hablar algo confidencial con mi madrina. Con solo mirarla sabía la orden: debía retirarme de la sala; pero él le dijo:

5 En *La victoria de los caídos*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2007, p. 45. Su autor militó en las filas del Movimiento 26 de Julio e integró el Ejército Rebelde, donde alcanzó el grado de comandante. Cumplió misión combativa en República Dominicana, primera manifestación de solidaridad internacionalista de la Revolución.

6 Se refiere al general de ejército y presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba Raúl Castro Ruz, entonces ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

—No, no es necesario, la niña se puede quedar.

No obstante, ella insistió con su mirada. Lo intenté nuevamente, pero él me tomó la mano y me mantuvo sentada al lado suyo; traté de no oír su conversación a pesar de que los tenía demasiado cerca, hasta que no pude más, y con el pretexto de que volvería, me fui de la sala. Ese día me di cuenta de que, al referirse siempre a su hermano Fidel, lo llamaba Jefe o Comandante. También me pareció jaranero, sonriente, y que se dirigía a Celia con respeto.

Así iban pasando los días en la casa de mi madrina, siempre con mucho ajetreo y visitas, y sobre mi vida en particular, estas mismas personas que acudían a diario enriquecen mis recuerdos de entonces.

Migdalia Novo Fernández

Generalmente, yo te recogía en la escuela. Hubo una ocasión en que no pude ir y ninguna de las compañeras estaba disponible, ni Alida Martínez Ortiz, la puertorriqueña cuñada de Celia, ni Carmen Vázquez, ni Martha; entonces Elio, mi esposo, fue por ti. Te llevaba hasta la posta⁷ de la calle 10, y este, atento, te observaba entrar a la casa. Adentro te esperaban Ana Irma y Ernestina.

Después de las nueve de la noche las luces de tu cuarto no se mantenían encendidas y a las cinco y treinta de la mañana, yo te despertaba.

Un día no quisiste levantarte, no querías ponerte los zapatos ni el short de los ejercicios y te dije:

—Mira, Eugenita, tienes que sacrificarte, estoy pasando mucho trabajo para que puedas curarte.

Te puse como ejemplo lo que había mejorado Teresita, mi hija, usando el corsé; pero tú parecías indiferente. Esa noche me sentí obligada a hablar con tu madrina.

7 Así decían a quienes cumplían el servicio de guardia en la cuadra para diferenciarlos de los militares de la guarnición, escoltas del Comandante.

—Lamentablemente tengo que decirte que Eugenia no quiso levantarse hoy. Estuvo muy majadera.

—No, ella lo que se puso muy impertinente. ¡Déjame eso a mí! Te llevó para el cuarto y se quedaron solas. No sé qué te habrá dicho; pero lo que sí sé es que nunca más te portaste mal y empezaste a mejorar con el tratamiento médico.

Tú eras muy fuerte. Celia lo sabía; parece que el trabajo en la Sierra y los cambios bruscos que se produjeron en ti, habían influido mucho en tu carácter.

A Titi, como yo le decía a Ernestina, la llamé para conversar. Me interesaba conocer su opinión sobre mi carácter y coincidió totalmente con Migdalia:

Sí, tu carácter era fuerte, pero tenías algo muy bueno: no decías mentiras. Eras obediente, seria, trabajadora e inteligente. Pronto te adaptaste a las costumbres de la casa.

Le decías a Celia madrina, a algunas personas no les gustaba, pero con la espontaneidad que lo hacías, todos fueron comprendiendo poco a poco que respondía a las relaciones que ustedes dos fueron creando, muy parecidas a la de una madre con su hija.

Ya habían pasado mis primeros meses en la escuela, y todos empezaban a apreciar algunos logros. Mis maestros eran muy afectuosos y se ocuparon de ayudarme a adquirir una nueva forma de expresión, así como a desarrollar habilidades que me permitieran borrar las lagunas que tenía. También contribuyó a mi desarrollo la relación con los niños, de cuyos hábitos y costumbres ciudadanos me fui apropiando. Pasaba la mayor parte del día en la escuela, iba para la casa entre las cinco y seis de la tarde.

Celia siempre estuvo al tanto de mí, no perdía un detalle de mis estudios, a veces de manera directa y otras a través de personas allegadas, como sucedió este día que me había ido a buscar Carmita. Una vez en la casa, me despedí, salía aprisa hacia mi habitación, cuando me detuvo.

—Espera un momento, Celia quiere hablar contigo, debo avisarle que ya llegaste.

A madrina le di un besito, ella me correspondió con el suyo. Estaba contenta, pero yo no sabía por qué. De momento, sacó del closet una caja que tenía un escrito, y me retó:

—Quiero que me leas lo que dice aquí.

—SER CULTO ES EL ÚNICO MODO DE SER LIBRE.

Me abrazó fuerte y muy alegre le dijo a Carmita:

—¡Ahora sí Eugenita sabe leer!

Ese curso que aprendí a leer de qué manera quedó grabado en mi mente. Cada día deletreaba en la parte superior derecha del pizarrón: “Año de la Solidaridad”. Era 1966, y el siguiente: “Año del Vietnam Heroico”.

La euforia de madrina se debía a la nota de lectura. A la hora de dormir encontré sobre mi cama una preciosa muñeca.

No solo había aprendido a leer, sino había corregido modales a la hora de ir a la mesa. Aunque aún me hacían señalamientos, en la escuela aprendí a sentarme correctamente en el comedor, utilizar bien los cubiertos, ingerir los alimentos en un orden adecuado.

También podía hablar del mártir cuyo nombre llevaba mi escuela, Ormani Arenado. A través de actividades en el matutino y vespertino supe que había sido atleta; que después del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, cuando cursaba el cuarto año de bachillerato, se incorporó en su natal Pinar del Río a la lucha contra el régimen que había impuesto Fulgencio Batista; que más tarde en la Universidad de La Habana se unió a las filas del Directorio Estudiantil Revolucionario y dirigido por José Antonio Echeverría, participó en el asalto al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957, acción contra el tirano en la que cayó heroicamente.

Durante este primer año sabía de mis abuelos a través de Celia. Me contaba lo que ellos me mandaban a decir y me preguntaba qué yo quería que ellos supieran. A veces me ponía a alguien para que escribiera mis mensajes. Esa carta la enviaba con quien fuera para la Sierra, casi siempre el portador era el Morito.

Los meses pasaban y yo loca porque terminara el curso escolar para ver a mis abuelos. Los extrañaba, cuando más sentía su ausencia era por las noches, tenía ocasiones en que lloraba en silencio. Luego yo misma trataba de consolarme, en la medida que pensaba en el afecto con que mi madrina y todos en la casa me trataban.

En una ocasión asistí a la enfermería de la escuela por fuertes dolores de cabeza, la enfermera alegó que podría ser alguna afección de la vista. Al llegar a la casa corrí a los brazos de mi madrina.

—Tiene que llevarme al médico, porque necesito usar espejuelos.

Solo me observó con la cabeza medio inclinada. De pronto se puso algo distante de mí con un letrero que escribió en una hoja de papel, con esa letra grande que siempre me fue tan familiar y me dijo:

—Eugenia, mira para acá. ¿Qué letra es esta?, ¿qué dice aquí?

Leí sin dificultad ninguna.

—¡Tú no tienes nada en la vista! Tú ves perfectamente; así que te tomas una aspirina y verás que ese dolor desaparece enseguida.

Con frecuencia sentí esta dolencia, pero llegamos a la conclusión de que los dolores de cabeza eran efectos del propio proceso de adaptación a un sistema de vida totalmente diferente. Y eso que los niños llenaron en mí mucho espacio, se convirtieron en mis hermanos.

A él yo lo llamaba cariñosamente Fide. Era callado y noble; rebelde cuando se disgustaba pero, por suerte, esto no ocurría con frecuencia; era más bien tímido. Siempre estaba dispuesto a realizar cualquier tarea, cualidad emanada tal vez por el hecho de ser el mayor de sus hermanos.

Celia admiraba mucho su carácter. Siempre se mostraba muy atento con las personas mayores. La modestia y humildad lo caracterizaban; en casi todas las fotos aparecía detrás, no le gustaba la publicidad. Como yo conocía esa peculiaridad suya, estaba pendiente de que no se quedara rezagado; pero además, ¡qué discreto era! Por eso fue mi mejor confidente.

Tony, antes de ser acogido por Celia, estuvo al abrigo de su madre, soltera, Dora Reyes Cruz. Trabajaba como responsable de la casa de visita del partido en Santiago de Cuba, donde solía alojarse Celia cuando iba a esa localidad en funciones de trabajo. En varias ocasiones, Dora le pidió que si algún día moría, cuidara de su hijito. Por eso desde los nueve años estaba en la escuela de Santa María del Mar. Los días de pase o de vacaciones, el niño alternaba entre la casa del matrimonio de Nancy Jiménez y Jorge Risquet Valdés, quien había sido gran amigo de su familia, y la de 11.

De chico le decía a Celia mamá. Era alegre, travieso, elegante, conversador, cuentero. A madrina le agradaba escuchar su repertorio y el hecho de que estuviera siempre al tanto de mí, la estimulaba. Él poseía una inteligencia natural: estudiaba poco pero obtenía excelentes calificaciones en las Ciencias. Con las asignaturas de Letras, sucedía lo contrario.

Cada semana yo disfrutaba más la presencia de todos ellos. Igual le sucedía a Celia. Aparecían siempre nuevas formas de recreación. Los lazos de hermandad se fueron haciendo fuertes y una comprobaba que necesitaba la presencia del otro.

Un sábado —cuenta Tony—, mamá nos permitió ir al cine. Fuimos al Trianón, nos quedaba cerca y era una buena sala.

Ya estábamos sentados, esperando que empezara la película; pero parece que tú te sentías impaciente y de momento, para asombro de todos, preguntaste:

—¿Cuándo van a encender el televisor?

Yo no te contesté; pero al comenzar la película exclamaste:

—¡Qué televisor tan grande!

Nos reímos muchísimo, incluyendo las personas que estaban a nuestro alrededor. Tú estabas acabadita de llegar del monte.

Yo siempre te hacía muchos cuentos para hacerte reír, porque a veces te veía un poco triste...

La tristeza volvía por momentos. Aunque me sentía querida, muy bien atendida y tenía a mis amigos cada semana, era inevitable no extrañar a los míos. Y eso que constantemente oía hablar de los cambios que continuaban sucediendo en la Sierra, que mi gente estaba bien, disfrutando de las medidas que la Revolución dictaba para ellos. Madrina se encargaba de que la comunicación se mantuviera y de que fuéramos felices.

A ella la llamábamos de disímiles maneras: tía, mamá, manina, y madrina era mi manera de nombrarla. Todos la veíamos como un hada justiciera y yo, particularmente, cuando la observaba junto al Comandante, hablando de planes y soluciones de problemas, notaba que esa cualidad suya se triplicaba.

Concluí el primer grado. Durante el período de vacaciones no estuve con mis hermanos de crianza. Ellos fueron al encuentro con sus familiares y lugares de origen; yo permanecí con mi madrina. Me había propuesto aprovechar ese tiempo para intensificar el tratamiento médico, terapéutico y practicar la lectura y escritura.

Me diseñó un plan de actividades que incluía horas de estudio. Los sábados y domingos los dispuso para actividades recreativas, entre estas, la lectura de cuentos clásicos: “La bella durmiente del bosque”, “Cenicienta”, “El gato con botas”, “Caperucita Roja”. Reconozco que me encantó penetrar en ese mundo de fantasía y llamativos colores. A la luz de hoy añadiría que me atrapaba el maravilloso diseño de aquellos libros.

Celia habló con Alida para que me distrajera durante los días de descanso. Ella también tenía un niño pequeño y juntos podíamos disfrutar de los paseos.

Yo te recogía los sábados y domingos por la mañana, siempre con mi hijo Gustavito y los llevaba a diferentes centros de distracción infantil. Conociste el Acuario, el Parque Zoológico y otros centros de diversión. A pesar de ser para ti un mundo diferente, te portabas bien y disfrutabas de cada paseo.





Eso sí... tenía que estar muy alerta con los dos, porque cuando tomábamos la ruta 27, discutían por la ventanilla. Entonces yo intervenía y trataba de que te complaciera.

Después de estas primeras salidas, se mantuvo una estrecha relación entre nosotras, pues yo era vecina de tu casa, admiraba tú carácter, eras calladita, seria; pero cariñosa. Apreciaba que despuntabas con responsabilidad.

Con Alida, poco a poco, me fui apropiando de hábitos de conducta, me requería ante cualquier acto incorrecto, por muy insignificante que pareciera. Yo asimilaba cuanto me decía, jamás sentí rechazo alguno y creo que, hasta intenté imitar rasgos de su personalidad. Me deleitaba su forma elegante de vestir, era maestra en el oficio de corte y costura. Admiré su valentía y lo decidida ante las acciones. Ella se había incorporado a la lucha por la independencia de su país —Puerto Rico— desde muy joven.

No solo compartía mis ratos libres con Gustavito, sino mantuve una estrecha relación con los demás sobrinos suyos: Pepín y Sergio, los hijos de Silvia; Manuel Enrique, Elia Acacia, Isabel Irene, los de Quique; Acacia Gloria, Marcos Enrique y Carlitos, de Acacia; Julio César, de Griselda; Elenita y Ayoya, las niñas de Flabia, y Lourdes y Alejandra, las de su prima Miriam. Visitaba con frecuencia la casa de Acacia, para conversar con la tía Gloria, una señora muy conversadora y portadora siempre de buenos consejos.

Las niñas me prestaban sus juguetes. Acacia Gloria y yo intimamos tanto que hasta nos prestábamos ropas y zapatos. Las conversaciones con su mamá y su papá, el comandante Delio Gómez Ochoa me motivaban mucho. Él conoció a mi papá, fue jefe de su pelotón, y cómo me hacía anécdotas sobre él.

Para el Día de Reyes, Celia orientaba la repartición de regalos y juguetes. Es una de las costumbres que más recuerdo de esta primera etapa. Pronto supe que la iniciativa la había practicado en Pilón e interrumpido en 1957 por la efervescencia de la guerra. Reinició este día de sueños luego

del triunfo revolucionario, pero con los niños de la Sierra Maestra. Ahora, su hermana Griselda era quien controlaba el cumplimiento de la tarea. Contaron, además, con el apoyo directo del Comandante. Mi madrina registraba este detalle como era su costumbre, escribía las incidencias que consideraba importantes: en una nota con fecha 10 de enero de 1959, dejó constancia de \$500.00 que había recibido de Fidel, destinados a la compra de juguetes para los niños de la Sierra Maestra.⁸

Es incalculable la importancia de este gesto para los niños serranos; ya son hombres y mujeres y recuerdan ese día con mucho cariño. La distribución de juguetes se hizo extensiva una vez por año para los hijos de los mártires de la patria y carentes de familia, niños extranjeros y huérfanos.

Los pequeños de alrededor de la casa de 11 también disfrutaban de las reparticiones de los juguetes. Todos hacíamos en la cuadra actividades recreativas, como la acampada frente a la casa. Ana Lourdes, una de las chicas, quien recuerda haber disfrutado ese día como nunca, brinda su relato:

Nos protegíamos con una casa de campaña de loneta verde olivo, la ubicamos al lado de la guarnición. El Comandante disfrutaba al vernos dentro, él se asomaba y todos reíamos.

Un día nos dijo que los varones debían dormir en el lado izquierdo y las hembras en el derecho. Así lo hicimos y esperamos ansiosos que volviera a salir de la casa. Cuando uno de nosotros avisó, nos hicimos los dormidos. Él se asomó de nuevo, no se creyó que aquella prole estuviera dormida, pero ni habló. Lo vimos partir sonriente y nosotros ¡qué orgullosos nos sentimos!

Fidel siempre estaba apurado, pero así y todo nos saludaba con tanto cariño...

Otro fin de semana feliz fue cuando tuvimos la oportunidad de disfrutar en la cuadra, de una piscina

8 Ver nota en el anexo No. 4.

plástica color naranja. Celia nos miraba desde el balcón de su apartamento, se deleitaba con nuestra gritería y de vernos henchidos de placer. Como es de suponer, la piscina duró muy poco tiempo, éramos muchos niños en el barrio y se rompió.

Durante esos días de vacaciones y después siempre estaba concibiendo actividades para los niños de la zona. Una vez mandó a colocar aparatos de *frozen*, a medianía de la calle 10. Comíamos helados de vainilla, chocolate, fresa. Aquello era tremendo, ensuciábamos los rostros, a veces hasta las ropas. Venían niños de los alrededores, y cuánto disfrutaba al vernos felices.



Al encuentro de nuevas emociones

Se comienza y se yerra; pero el camino brinda flores cuando a su entrada en él recoge la inteligencia, miradas de afecto y aplausos espontáneos. [6:448]

Con el júbilo del primer día de clases, después de casi dos meses sin asistir a mi escuela Ormani Arenado, llegué al encuentro con mis amiguitos del aula y la maestra. Iluminado y caluroso estaba aquel 1° de septiembre cuando inicié segundo grado. Había empezado el curso escolar 1967-1968.

En la escuela me sentía bien; pero en la casa, me pasaba la semana contando los días que faltaban para llegar al viernes. Extrañaba a los niños que hasta ese día no volvían de Santa María del Mar. Añoraba estar con ellos. No demoré en hablar del tema con mi madrina, y una tarde, que incluso parecía estar algo agotada, después del saludo de siempre, la abordé:

—Madrina, yo quiero becar me con los muchachos.

—¿Tú lo has pensado bien?, porque si es así, después no te puedes “rajar”.

Madrina se dio cuenta de que a esa edad es muy importante el intercambio con los demás niños y que el ritmo de aprendizaje en aquella escuela interna podría ser más intenso. La vi pensar, hacer algún gesto en su rostro, y al retomar la palabra, me dio tremendo alegrón:

—Lo arreglaré para que este fin de semana te incorpores con los muchachos, por supuesto, tienes que portarte bien como hasta ahora, seguir el tratamiento médico y recuerda: ¡no puedes rajarte!

El viernes ya tenía preparado un maletín que, cuidadosamente, me había dispuesto con lo imprescindible para mi permanencia en la beca.

Cuando llegaron “las lluvias”, como ella le decía a Ernestina para referirse a la entrada estruendosa de los muchachos a la casa, enseguida los puse al corriente. Creció la algarabía.

Dos meses de iniciado el curso habían transcurrido, cuando fui matriculada en la escuela José Martí en Santa María del Mar. La mayoría de los maestros procedían del segundo y tercer contingentes de maestros voluntarios de Minas de Frío, en la Sierra Maestra. Muchas eran de la Escuela de Instructoras Revolucionarias, movimiento de trescientas mujeres rigurosamente seleccionadas, devenido tras el asesinato por bandas contrarrevolucionarias del joven maestro Conrado Benítez García.

Las maestras habían sido ubicadas en diferentes escuelas y granjas estudiantiles, y en mis años de alumna, ya muchas habían decidido superarse en centros nocturnos con el objetivo de especializarse en materias diferentes. Todas estaban subordinadas a la directora general de Planes Especiales, Elena Gil Izquierdo.

Martha Guerrero Saurí y María Monné Rodríguez, dos maestras de la escuela, coinciden al mencionar a algunos docentes fundadores, entre los que ellas quedan incluidas:

Esther Elena Cevicourt, Pura Esther Hebia, Cristobalina Rodríguez Cabrera, Zoila Chang Marín (directora), Arminda Rodríguez Felipe, Miriam Pardo Vaillant, María Isacc Téllez y Elsa Vaillant Iznaga, entre otras compañeras. La edad promedio era de veintitrés años.

Además de la superación de los niños cubanos, nuestro Gobierno tuvo en cuenta a niños de países de África y América. Esta etapa me permitió conocer sobre Simón Bolívar y José Martí, dos de los más ilustres precursores de la unidad latinoamericana y del mundo. La enseñanza de ambos próceres estuvo incluida en cada programa de estudio y en los diferentes niveles de escolaridad.

Apoyó de forma priorizada esta tarea el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, creado en 1960, cuyo presidente, René Rodríguez Cruz, dialogaba con Celia sobre el resultado de su trabajo, el cual valoraba de mucha importancia, porque se trataba del traslado de niños huérfanos, producto de la muerte de sus padres en la guerrilla de sus pueblos.

Independientemente de las relaciones diplomáticas que existieran entre los pueblos, nuestra Revolución afianzaba su carácter humanista, en la medida en que la escuela se convirtió en el primer centro internacionalista. Jesús Socorro Maceda fue un alumno repatriado y fundador de la escuela “José Martí”.

Sucedió en 1960, y fue inaugurada por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Yo tuve el privilegio de participar en la apertura, se produjo con la matrícula de treinta hijos de padres repatriados que abandonaron el país en la década del cincuenta, algunos por problemas económicos, otros huyendo de la dictadura de Fulgencio Batista, incluyendo los que mantuvieron una actitud consecuente con el proceso revolucionario, como fue el caso de mi familia. Mi padre fue colaborador del movimiento revolucionario.

Casi todos los alumnos habíamos perdido habilidades en el uso del idioma, por eso la escuela concibió actividades docentes que nos permitieran superar la dificultad; nos impartían asignaturas relacionadas con las ciencias naturales y de la esfera político-social; podíamos optar por el estudio de un segundo idioma: francés o ruso.

Se practicaba la combinación del estudio con el trabajo. A la entrada, en la Avenida de las Banderas, había un monumento de José Martí y detrás un pensamiento del Apóstol: “Honrar, honra”.

Posteriormente la escuela asimiló alumnos de otros países, de los continentes de África y América en su mayoría. También se nutrió de niños cubanos, hijos de mártires, combatientes, colaboradores, campesinos y obreros. Me viene a la mente Eugenio Galfrán, hijo de campesinos, de edad similar a la mía, con quien establecí relaciones fraternales.

La escuela tenía instalaciones deportivas; el club para hacer deportes estaba cerca, en un lugar que le decían Atlántico. Allí formamos diferentes equipos: de pelota, fútbol, baloncesto, natación y atletismo.

Realizábamos actividades artístico-culturales, que terminaban en competencias con otros centros docentes, como el día que nos presentamos —en canto y baile— en el teatro Carlos Marx. La calidad de una de las danzas fue tal, que obtuvimos premio.

La parte coral y artística la atendía el maestro Levi; nuestro coro actuó varias veces en la televisión. La escuela desde un inicio tuvo su banda musical, los instrumentos fueron traídos desde Estados Unidos por los padres de niños repatriados. Olga Varga, la hija de uno de ellos, era la bastonera.

Después de terminada la enseñanza primaria, en el año 1963, fuimos hacia un Instituto Tecnológico. De ahí, la mayoría pasamos al Instituto Técnico Militar (ITM) José Martí, que se había inaugurado en el curso 1966-1967 y allí nos graduamos.

Al final, muchos nos hicimos estudiantes universitarios, tengo entendido que algunos de los alumnos extranjeros regresaron a su país con una formación multifacética. Fue un cambio muy profundo para todos; la escuela contribuyó decididamente en nuestra formación integral.

Martha Guerrero y Olguita Lastre me dijeron, confirmando las memorias de Jesús Socorro Maceda, que la escuela fue concebida en un inicio para hijos de repatriados como Roberto y Jorge Luis Martínez Pérez —a este le decían Manzanita por su gran parecido al líder estudiantil José Antonio Echeverría Bianchi—, Balloky, Triana, Montenegro y René González Schwerert, uno de nuestros Cinco Héroeos.

René cursó en este centro la enseñanza primaria. Era un muchacho de mirada un poco ida, pero penetrante; noble, disciplinado, muy obediente. Luego de que guardó injusta prisión por trece años en las cárceles de Estados Unidos, ya está de vuelta en Cuba, junto a sus hermanos; pero en el año 2004 —aún prisionero—, en el periódico dominical *Juventud Rebelde* del día 8 de agosto salió publicado un artículo donde él respondía varias preguntas, una de ellas relacionada con la escuela de Santa María del Mar. Fue la referida a ¿qué y quiénes habían ejercido mayor influencia en su formación y vocación humanista?

[...] lo debería atribuir en primer lugar a mis padres.

Después de ellos a la Revolución, que me dio las mejores escuelas que pude haber deseado. Recuerdo con cariño especial mi primera beca, José Martí, en Santa María del Mar. Mis dos primeras “tías”, Esther e Iluminada, que si tenían la edad que les atribuía en aquellos tiempos y el paraíso existe, lo más probable es que estén en él. Eran dos ángeles [...] De esa época mis maestras July, Julia González; Lázara e Irma, jóvenes recién graduadas todas, llenas de entusiasmo. La directora Zoila Chang era una personalidad a pesar de su juventud.

Quise ampliar la información de René y logré contactar a través de Olguita, su esposa, con nuestro compatriota. Le escribí y solicité más datos sobre la escuela, pues coincidentemente sus maestros me impartieron clases en la enseñanza primaria.

Gracias a su gran memoria, cuando hacía este libro pude rectificar algunos apuntes. Me sentí elogiada al recibir

su respuesta, el 6 de septiembre de 2012. Para que disfruten de su información y espontaneidad sincera, les va la carta:

Estimada Eugenia:

Ante todo te pido que me disculpes por la demora. Tengo mucha correspondencia que atender y algunas otras ocupaciones que no me dan mucho tiempo y las tengo que ir organizando por orden de prioridades. Para mí es un placer responder a tu solicitud y no me molesta que me tutees para nada.

Recuerdo con mucho cariño aquellos años, que tanto influyeron en mi formación, y al personal lleno de entusiasmo y afecto que nos hizo crecer como niños sanos y personas de bien. Siempre me he sentido orgulloso y agradecido de llevar la impronta de aquella escuela en mi conducta de adulto.

Abundo un poco en la información que tienes sobre mi estancia en el lugar: Yo llegué a Cuba en octubre de 1961, por lo que es probable que haya matriculado en los primeros meses del 62. Recuerdo que durante la Crisis de Octubre ya estaba en la escuela. Luego de mi venida a Estados Unidos tuve ocasión de comprobar con coetáneos de este lado, que los niños, en ambas orillas, hacíamos entonces los mismos ejercicios en previsión de un conflicto bélico.

Recuerdo con claridad la tarde en que mis padres me dejaron en el albergue # 2. Allí nos sentamos en el portal a conversar con ese ángel que era Esther, y tras un buen rato los viejos se fueron. Yo me quedé encantado de la vida con ella. Luego se incorporó a mis recuerdos Iluminada, otra persona entregada a su trabajo con tremenda pasión y llena de amores. Mario Peláez, Elio González y yo éramos los norteamericanos que recuerdo en ese albergue, que fue mi primera casa en la escuela. Frente estaba el # 1, que era de hembras. También hijos de repatriados recuerdo a Celso y Arturo. Nuestros respectivos padres eran

amigos, pero ellos eran mayores y estaban en grados superiores y en otro albergue.

Habr  transcurrido un par de años antes de que me incorporara al albergue # 3, justo pasando el campo deportivo y a la vista de la Vía Blanca. El matrimonio de Gregorio y Matilde estaba a nuestro cuidado. Una pareja llena de entusiasmo, que siempre andaba inventando algo para que los muchachos nos sintiéramos bien. Gregorio hacía unos papalotes de antología, llenos de colores. Recuerdo a Matilde jugando a la pelota con nosotros. No se puede asegurar que jugara del todo limpio, pues utilizaba la escoba para batear. Supongo que así no era posible que se ponchara, pero en aquellos tiempos no sabíamos sacar el promedio de bateo, de modo que su efectividad queda en la oscuridad.

Del albergue # 3 conservo los recuerdos más frescos en relación con mis primeras amistades, aunque no tengo los apellidos de todos. Recuerdo a Rafael Amoretti, los hermanos Comella, Pedro, Víctor, Juan B'Coma, Marcos Hernández Averoff y Rafael Molineo. Con nosotros se incorporaban a las clases un par de alumnos externos que vivían en la playa: Orlando era el nombre del primero y Burgess el apellido del segundo.

Luego me tocó el albergue # 7. La encargada era Carmen, una señora de carácter pero justa en su trato y en la disciplina. Fue mi última morada antes de terminar el sexto grado y dejar atrás un lugar que tanto me marcó. En realidad yo nunca estuve en el 17, que, sin embargo, ocupó un par de veces que no pude salir de pase. Era de los albergues que quedaban de guardia los fines de semana.

En la escuela vieja hice desde el preescolar hasta el tercer grado, y el cuarto en una casa ubicada en la avenida que da entrada a la escuela desde la playa o la Vía Blanca. Luego fuimos a la escuela nueva, que inauguró en quinto grado y en la cual termin  el sexto.

De ahí tengo memorias más frescas en cuanto a relaciones. Contando algunas de las que he mencionado y que también me acompañaron en esa etapa, se suman Rubén Pallí, Aurelio Oliva, Juan Argudín, los hermanos Menéndez, los hermanos Orbes y Orelbes Borroto, Rafael Beltrán Araújo y Mujica (si recuerdo bien tocayo mío). Con los últimos cuatro me reencontré en el Servicio Militar. Beltrán se ganó una merecida reputación como tanquista. Con Orelbes tuve una emulación reñida por el puesto de vanguardia de la unidad. Mi amiga más cercana era Dermis Cordero.

Cuando la solidaridad internacional de Cuba tocó a las puertas de la escuela, se incorporaron algunos venezolanos, de los que recuerdo a Norelsa Marcano y Alexis Rodríguez; también del Congo a Jean Pierre Somalio.

Del personal docente, todas personas magníficas que se desvivieron por transmitirnos su entusiasmo y conocimientos, recuerdo a Tobita, Lázara, Irma y July. Esta última fue mi maestra preferida de primaria, pues además de que me atendió en más de un grado desbordaba alegría y tenía una personalidad contagiosa. A Tobita la pude ver en mi reciente viaje a Cuba y a July la veía ocasionalmente cuando andaba por mis diecisiete y ella estaba albergada cerca de mi casa.

Con Zoila Chang tuve la suerte de reestablecer el contacto personal durante mi encarcelamiento, y nos pudimos cartear. Junto a Tobita se encontró conmigo cuando mi viaje a Cuba y compartimos un momento muy agradable. Ella tiene fotografías de aquellos años y en alguna que otra aparezco.

Espero que estos recuerdos te sirvan para reconstruir un poco los elementos que tienes sobre mi estancia en esa escuela. No sé si en el libro se menciona a Elena Gil, pero fue un pilar de aquel sistema de becas que tantos frutos dio entre los que tuvimos el privilegio de pasar por él.

Será un placer reunirnos con un grupo de nuestros excondiscípulos y recordar aquellos hermosos y fructíferos tiempos.

Un abrazo,

René.

María Monné Rodríguez

La escuela nuestra tiene su historia, estaba ubicada en un reparto que había sido habitado antes de la Revolución por la alta burguesía. Radicó en un edificio rosado, moderno, habitado por personas de diferentes regiones del país, más tarde se convirtió en un hotel. Su administrador, un colaborador del movimiento clandestino, fue uno de los hombres de la zona que, con sus dos hijos, permaneció con nosotros, después del triunfo de la Revolución.

Por idea de Celia se hizo la distribución de las áreas, las cuales debían estar cómodas y de libre acceso para los estudiantes. Una se destinó a las actividades docentes y estuvo muy bien equipada: en la parte alta, la dirección y la biblioteca; en la planta baja, las aulas, un laboratorio de Física, un área reservada para el desarrollo de actividades extraescolares, que se extendía hacia los albergues.

Detrás del área docente se hallaban parcelas de tierras donde se cultivaban hortalizas, vegetales y frutos menores para el autoconsumo.

Un compañero al que le decíamos el Chino, fue de los primeros incorporados para atender las siembras. ¡Qué habilidades tenía para dar vida a sus plantaciones! Los solares adyacentes los convirtió con su acción diaria en huertos. Teníamos una cochiguera y un gallinero, los atendía Pedro Ignacio Guerra, auxiliado por alumnos y profesores a través del trabajo socialmente útil, a los varones en particular les encantaba recoger los huevos en los nidos de las gallinas.

La dirección de la escuela, desde un inicio les brindó especial atención a los estudiantes que enfermaban; se les hacían chequeos médicos y si se detectaba alteración en algún parámetro eran trasladados a la clínica de los becados.

Cira García se llama el centro hospitalario. Decidieron ponerle ese nombre en honor a una compañera, víctima de la invasión mercenaria en 1961, por playa Girón. Su hija era alumna de la escuela. Sobre la pequeña, la maestra Cristobalina recuerda un sentido suceso:

Resulta que una de las compañeras auxiliares llevó a un grupo de niños a la clínica. Mientras esperaban la consulta, una pequeña se acercó al rincón histórico y cuando vio la foto de Cira García, empezó a llorar desconsoladamente. Muy preocupada, la compañera le preguntó por qué lloraba. Entre sollozos, explicó que la señora de la foto era su madre. Todos quedaron atónitos. Tan pronto salieron del primer impacto, los trabajadores del hospital que estaban a su alrededor corrieron a abrazarla.

En la escuela no se acostumbraba a preguntar la procedencia de nosotros, solo los maestros y la dirección general conocían nuestros orígenes. Pienso que con ese silencio no se herían sentimientos individuales. Cada uno cargaba sobre sí dificultades personales, espirituales y en consecuencia, desbalances emocionales; efecto de todo eso debió haber sido lo que le sucedió a la niña de Cira García.

La hija de Fe del Valle Ramos estudió en la escuela. Su madre también fue víctima del terrorismo: perdió la vida en el sabotaje a la tienda El Encanto, en La Habana, donde trabajaba como vendedora. Otros niños con situaciones similares fueron los hermanos Capetillo: Fernando, Juan Gualberto y el más pequeño, eran huérfanos de padre y madre; y Mario, Aurelio, Olivita, Lázaro y Gerardo Villavicencio; los niños del capitán Ciro Frías Cabrera: Cirito, Fernando, Marta y Rosa, y sus sobrinas Sonia y Ana; los del comandante Vitalio Acuña Núñez, Mercedes, Maura y

William Ponce; Emilio Lastre Figueroa padre de Olga Elena, Irma y Luis Melesio Lastre Aria; los sobrinos de Ciro Redondo; Exiquio y Odalys Ondina Menéndez Sánchez, que estuvieron poco tiempo y algunos que Celia mandaba personalmente del orfanato.

Mercedes y Fidelito Popa, y Elmy y Eddy Sánchez Martínez habían venido de La Plata, en la Sierra Maestra, eran cuatro ahijados del Che. Los viernes, si no iba él a buscarlos, personalmente, enviaba por ellos para que compartieran en su casa fines de semanas alternos.

Por comentarios de estos niños, conocí que el Che fue muy exigente, estaba siempre al tanto de sus resultados docentes, no les permitía indisciplinas.

El centro concebía tantas actividades desde que nos levantábamos hasta la hora del sueño que la posibilidad de extrañar disminuía. A veces, a la hora de dormir era cuando, a pesar del cansancio, algunos sollozábamos. Los más pequeños sí lloraban a pierna suelta, eran los que más demoraban en acostumbrarse a la lejanía o ausencia de los suyos.

Zoila Chang Marín comenzó como directora de esta escuela en mayo de 1962. Entonces era muy joven, pero magnífica educadora. Solicita brinda sus memorias para este libro:

Celia constantemente atendió a los becados, asistía a las reuniones de padres y se ponía en contacto con la compañera Elena Gil para valorar el resultado del trabajo.

Nosotros no enseñábamos solamente las asignaturas, sino trabajábamos en la adaptación al medio, en los hábitos de higiene y convivencia social, alimentábamos sentimientos solidarios, en fin, brindábamos una atención integral a los niños. Éramos como los de padres de cada alumno que recibíamos.

Nos convertimos en escuela internacional a partir de la llegada de los niños argelinos. Buscamos para ellos a un profesor de Idioma francés, Cuando triunfó la revolución de Argelia, su primer presidente visitó a

Cuba, y Fidel lo llevó directamente al albergue No. 11, donde vivían sus estudiantes.

Después del recorrido del Che por África, recibimos alumnos de otros países de ese continente, especialmente de Guinea Bissau, acá vinieron niños que habían sido víctimas de las bombas de *napalm*: a uno le faltaba una pierna, otros presentaban afectaciones en la piel. Celia se ocupó siempre, a través de la Oficina del Consejo de Estado, de resolver los problemas de estos muchachos, incluyendo la prótesis de Francisco. Allí tuvimos niños del Congo y de otras naciones del área.

De América, por supuesto que había... principalmente de Venezuela; de Puerto Rico, fue alumna nuestra Laurita, la nieta de Pedro Albizu Campos.

Llegamos a tener mil estudiantes; más de trescientos permanecían los fines de semana, por eso los profesores estaban prácticamente becados. Fueron años de abnegación, pero logramos su formación.

Durante el curso 1969-1970 fungió como directora Lesbia Cánovas Fabelo. Permaneció solo un año porque nuevas responsabilidades en el Plan de Superación de la Mujer exigieron su presencia. La sucedió Martha Guerrero Saurí, que era maestra de la escuela. Sus palabras van describiendo el centro donde pasé una etapa linda e importante en mi vida.

Contábamos con una clínica. En ella vivía el doctor con su familia. Estaba equipada para cualquier situación de emergencia; se hacían ingresos y análisis médicos. Si algún estudiante lo requería entonces era trasladado a la clínica de becados Cira García, en Miramar, que fungía como hospital.

Los alumnos vestían blusa de color amarillo, saya negra y zapatos colegiales. Los varones tenían igual combinación. Después el uniforme cambió por pitusas de tres costuras blancas y la camisa azul. Entre

los alumnos y maestros se divulgó que había sido Celia la diseñadora del nuevo uniforme, incluso, quien escogió los colores. Saberlo constituyó un orgullo y satisfacción enormes.

De entonces, viene a mi mente la emulación entre albergues y aulas. Era muy peculiar y efectiva; despertaba motivaciones en los niños. Después de la inspección que realizaban los miembros de la dirección, formábamos para dirigirnos al edificio docente. Íbamos agrupados en pelotón y nos llamaban Ejército de Solidaridad. Cada uno tenía sus propias consignas. Al llegar, organizábamos un gran batallón.

Comenzaban las actividades con el matutino e informaciones políticas, nombraban a los mejores, que eran estimulados casi siempre con paseos, y para los rezagados había una tortuga. ¡Cómo las hembras llorábamos si perdíamos la emulación! Estos resultados se tornaban más emotivos cuando teníamos alguna visita del organismo superior o del extranjero.

A finales de mi primer curso (1967-1968) me enteré de que desde 1963 había aumentado la cantidad de alumnos, procedentes de diferentes países, Jesús Socorro Maceda argumentó esta información:

Jorge Ricardo Masetti, amigo del Che, era un talentoso periodista argentino que había dirigido la Agencia *Prensa Latina*. Fue el primero, en octubre de 1963, que estableció contacto con los rebeldes argelinos. Este país nos pidió ayuda y se materializó con un contingente militar cubano en África. Yo supongo que uno de los resultados de estas relaciones fue la entrada a nuestra escuela de los treintaiséis estudiantes argelinos.

Martha Guerrero caracterizó a algunos de esos alumnos extranjeros:

Ave Miliany, Larvy —un niño muy cariñoso, que decía que yo era como su mamá—, Boaza, Aiza, Winder, Tunner y Amed Hazan, fueron situados en el alber-

gue No. 12 y reubicados en el No. 11; almorzaban y comían en el No. 13. Tenían de cocineros al negro Wilson y el viejo Bernabé. Cada residencia contaba con muy buenas condiciones, hasta podían practicar fútbol en sus alrededores.

Fatumata y Ariyé eran del Congo.

María del Rosario, *Mariíta*, de la República Popular de Guinea, tenía en la cara una cicatriz bastante pronunciada, producto de una bomba que, además, había provocado la muerte a parte de la familia, incluyendo a su mamá. Era una negrita lindísima, la más pequeña del grupo. Nosotros le comprábamos vestidos para salir de paseo.

Ante el golpe de Estado a Joao Goulart, presidente de Brasil, el Gobierno Revolucionario cubano le ofreció la posibilidad de que sus hijos vinieran para Cuba y fueran matriculados en nuestra escuela. Isacc y Luis Teixeira tenían vínculos familiares con Luis Inácio da Silva, *Lula*. Isacc actualmente es médico y siempre que viene a Cuba visita a algunos de sus maestros. Atendimos a otros que luego se incorporaron, como Anacleto y Anatolio.

También se encontraban Robert y John, los hijos del norteamericano Robert William, guerrillero que participó en la guerra a favor del pueblo de Vietnam.

María Monné Rodríguez

Recuerdo a Luis y Mariíta, de la República Popular de Guinea, a él le faltaba una pierna; tenía acentuados keloides en su espalda producto de quemaduras que le provocó la metralla enemiga cuando atacaron su aldea. La niña sentía terror por los aviones, aún sufría los efectos de los constantes bombardeos.

De América, específicamente de Venezuela, eran Héctor, Edgar, Eduardo, Arnaldo, Luis, Alexis y los hermanos María Nela, Norelsa y Ricardo Marcano; Iván y

Daniel Rodríguez Blanco; Tania, Mariela, Solandes y Jesús Alberti Feitife Urbina; Ricardo y Yajaira Croes Urbina. Gilma y César, guatemaltecos; Carmen y Mario Bagios, Rodolfo, Rosario y Susana Grover, de Uruguay; Mariano Ibáñez, de Paraguay; Laurita Alzuri, Alberto, Aurelio, María y Crucecita y Jesús Azcárate, de Puerto Rico; Carmen y Alberto, de Argentina; María Huerta, Jesús y Silman, de México; Yalco Bolat e Isacc y Luis Teixeira, de Brasil; Robert William y John, de Estados Unidos

También estudiaban allí los hijos de trabajadores de las embajadas de Ecuador y Perú, y de profesores de la escuela que eran soviéticos y checoslovacos.

La adaptación de los niños a veces se tornaba difícil, como sucedió con Yajaira. No dormía en las noches teníamos que llevarla junto a sus hermanos, al albergue de los varones que estaba distante. Era como único se tranquilizaba un poco. Finalmente logramos que se adaptara, nos apoyó muchísimo la compañera Haydée Santamaría; ella la acogió en su casa como una hija más. Salía de pase los fines de semana y cuando regresaba tenía otro semblante. La compañera Marina Hart Dávalos acogió a otras muchachitas de procedencia venezolana.

Siempre me llamó la atención Yajaira, la hija menor de guerrilleros venezolanos, tenía varios hermanos pero sufría como ninguno la separación de su familia, de forma especial de su mamá: Trina Emilia Urbina, dirigente sindical, obrera textil, que apresaron durante el embarazo de la pequeña.

De sus últimos tiempos en Venezuela, rememora la presión policiaca que vivió la familia:

Hacían cateos en mi casa, se llevaban a los niños. La policía recurría a cualquier método para sacarles información a los detenidos. A mi mamá la nombraban Tania, la guerrillera venezolana. Ella se incorporó al

movimiento y nos dejó al cuidado de mi abuela, que muy poco podía hacer.

La adaptación de la niña fue lenta; comía poco y se mantenía muy delgadita. Verla entristecía a todos; quizás esa haya sido la causa por la que Haydée se convirtió en su tutora; aunque también atendió a una niña uruguaya, Rosario, y a Solandes Marcano Ocaña, hija de miembros del Partido Comunista de Venezuela. Las tres crecieron bajo su custodia.

En cierta ocasión, conversando con Melba Hernández, heroína del Moncada, recordamos estos tiempos, ella me contaba:

Yeyé se ocupó personalmente de un número considerable de estudiantes, entre ellos había unas muchachitas que vivieron en su casa, otros la visitaban esporádicamente. Su hogar se convirtió en el centro de recepción de múltiples latinoamericanos. Recuerdo con especial cariño a Yajaira y a Solandes, porque eran muy cariñosas, risueñas y Yeyé las quería mucho. Yo las veía a menudo.

A estos muchachos se les trataba igual que a Celia María y Abel Enrique, los hijos de Yeyé y Armando Hart; participaban en las actividades de la familia, incluso, llegué a verlos vestidos de manera muy parecida.

Yajaira Croes Urbina

Yo le decía mama, y papa a Armando. Viví a su lado los momentos más difíciles de cualquier niño. Cuando una no puede ni explicarse la mayoría de las cosas. Mama siempre me aconsejaba, tal vez si le hubiese hecho caso no hubiese atravesado por tantos aprietos en mi vida.

Fue una educación sin privilegios. Nos llevaba “a buchitos de agua”. No podíamos llevar a la escuela nada diferente a otros niños, lo más que podía usar en la escuela eran unos lazos soviéticos, algunas reglas o

lápices. Siempre fue así, incluso, cuando viajaba por problemas de trabajo me decía: “Escoge algo que tú quieras que yo te traiga”. Siempre tenía una atención con nosotros, aunque fuese medicamentos o frutas.

En casa procuraba cocinar pese a su escaso tiempo. No evadía esa faena. Cuando llegaba una visita, le complacía ofrecerle algún detalle. Se deleitaba en la confección de un plato cubano o algo típico para el invitado de ese día. A veces en las tertulias mezclaba diferentes culturas.

No aceptaba chofer, salvo raras excepciones. El día que ocurrió el accidente, iba manejando sola. Mama era una mujer independiente y exigente consigo misma. Con nosotros también.

Dejo correr las palabras de Yajaira porque Yeyé, como Melba, Vilma y mi madrina, llevaban a flor de piel qué hacen para proteger y educar a niños desvalidos. Con sentimientos desbordados hicieron de nosotros hombres y mujeres de bien. Han pasado los años, ellas no están; pero cada anécdota que las recuerde es una apreciable enseñanza.

En una oportunidad salimos al estreno de una obra en el teatro Carlos Marx, como se nos hacía tarde, ella iba a gran velocidad y nos detuvieron. Mama le explicó al policía sus razones, no obstante le pidió sus documentos. Al darse cuenta de quién se trataba, la saludó militarmente y le dijo que podía continuar. Se disculpó y ahí fue cuando mama montó en cólera. Entonces empezó a explicarle cuán equivocado estaba al tener privilegios con los dirigentes de la Revolución y que si inicialmente no había entendido su explicación, ahora tenía que ponerle la multa. Bueno... después de aquella lección al policía, se nos hizo tarde, tuvimos que regresar a la casa. Ese día no pudimos ir al teatro.

Yo atesoro muchos recuerdos de Haydée. Uno de ellos es la sensibilidad con que decoraba el jardín, sobre

todo, los días cercanos al 26 de Julio. Con pico y pala sembraba las plantas alrededor de su casa.

Con igual sentimiento emprendía largos trayectos para visitar a las madres de sus compañeros caídos en las acciones del Moncada y en la guerrilla. Especialmente esos días próximos al de las madres, sus visitas eran sagradas.

Quizás el hecho de haber estado rodeada de figuras como Abel, Fidel y la intelectualidad vanguardistas hizo que sus convicciones fueran más sólidas. Mama fue de pensamientos brillantes, que puso en práctica durante el tiempo que estuvo al frente de la dirección de Casa de las Américas. Yo la recuerdo con mucho amor y me siento muy orgullosa de haber vivido junto a ella como una hija.

Desde que me incorporé a los estudios en la escuela Santa María del Mar, Yajaira y yo entablamos una amistad que se ha extendido en el tiempo. Siempre que conversamos, mi madrina es tema obligado y con frecuencia me dice:

No puedo olvidarla por las veces que la vi junto a mama, y sobre todo después del accidente que tuvo en 1978. Ella quedó totalmente desfigurada, y qué bien nos resultó la presencia de Celia. Se hizo sentir más que nunca, nos preparó psicológicamente, de manera especial a Celia María y a mí. Ese cariño para con nosotras y su aliento nos ayudó mucho. Recuerdo cómo nos decía: “Mamá tuvo un accidente, pero no se preocupen, ella se va a poner muy bien”.

Hasta llegó a explicarnos cómo sucedieron los hechos y que el compañero Ramiro Valdés, porque venía detrás, fue quien la llevó para el hospital.

Por su aliento y porque se cumplieron sus palabras, Yajaira me ha dicho entre abrazos: “¡Cómo olvidar a tu madrina!”

La escuela estaba apadrinada por madrina y Yeyé; contactaban con la dirección para conocer el desarrollo de los niños. Asistían cada tres meses a la reunión de padres.

“Celia era feliz con sus muchachos”. Me lo aseguró Enriqueta Delgado Esquijorosa, *Queta*, su compañera y amiga desde la Sierra. Ese día me confesó unas sentidas palabras que le escuchó decir mientras viajaban a la escuela de Santa María: “Siento como un botón de rosa que se abre en mi vida cuando los veo a todos juntos. Estos muchachos son un regalo de la vida”.

Elsa Margarita Illas González, era otra amiga y vecina nuestra, tenía dos hijas allí y alguna vez acompañó a Celia a la reunión de padres.

Una tarde me convidó para ir juntas. Me dijo que iba a ver cómo andaban los muchachos.

Nos sentamos al final del aula donde se desarrollaba la reunión, preguntó por las notas de cada uno y las fue escribiendo en una pequeña agenda. Como yo la estaba observando, me dijo: “Esto lo hago, porque necesito saber cómo están, para luego informárselo a Fidel”. Por la forma en que hablaba de sus muchachos era evidente que los preparaba para el futuro, que veía en ellos hombres y mujeres de bien.

Se inclinó hacia Exiquio, apreció desde un inicio que el muchacho iba a tener problemas de salud, sobre todo, porque era muy nervioso; desde que llegó lo venía observando. Ella dominaba los caracteres de cada uno y pronosticaba su comportamiento futuro.

Idea suya fue organizarles expedientes que reflejaran la formación, comportamientos, dificultades de sus casas, para poder ayudarlos más.

Cuando no podía asistir a la reunión, enviaba a su hermana Griselda, *Guite*, quien se convirtió en el vínculo directo entre ella, los niños y la escuela.

Nosotros estábamos pendiente de la llegada de Guite a la escuela para escondernos, porque casi siempre cometíamos alguna indisciplina y sentíamos el temor de que transmitiera las quejas.

Yo, particularmente, simpatizaba muchísimo con ella. Recuerdo un día que llegué muy triste a la casa. Guite estaba ahí, se dio cuenta enseguida de que algo me sucedía. Efectivamente había llorado. Me preguntó qué me ocurría. “Hace días me pica mucho la cabeza”. Me sentó en una silla para revisarme el cabello. De pronto, miró a mi madrina y alarmada, le dijo:

—Celia, ¡Eugenia está llena de piojos... y cundida de liendras!

De inmediato le pidió una toalla a Ana Irma, se la enrolló en su cabeza para no contagiarse y empezó a sacar aquellos bichitos, uno a uno, con una paciencia increíble. Yo lloraba sin consuelo y mi madrina intentaba calmarme:

—Eugenita, no llores, no te preocupes, cualquiera coge piojos.

Y con la misma empezó a hacerme anécdotas de los días de la guerra.

—Pasábamos mucho tiempo sin bañarnos, cuando podíamos ir a algún río mojábamos las ropas y se quedaban como si estuvieran almidonadas del churre acumulado, casi no lavábamos, nos llenábamos de piojos, pulgas y de cuantos bichos hubieran.

Sus comentarios me tranquilizaron algo, un poco más cuando me dijo que me cortaría el cabello.

—Con tu pelo tan largo es muy difícil sacar las liendras; así que es mejor que vayas a la peluquería para que te hagan un corte.

Ese mismo día, después de cortado mi pelo, Griselda se ocupó de las curas. Madrina me regaló un peine de tarro, ideal porque no se rompía y lo podía usar sistemáticamente. Cuando me lo entregó, me dijo:

—Eugenia, toma este peine. Debes llevarlo siempre contigo, porque es de uso personal —antes de concluir me advirtió—: ¡Cuídalo! ¡Cuídalo!

Me fui a la escuela muy entusiasmada, no me desprendía del peine ni para dormir; pero una mañana, mientras transcurría el matutino, lo saqué y empecé a peinarme. La maestra María Monné, de constitución delgada, pero muy fuerte de carácter y atenta siempre a los más mínimos detalles

de cada alumno, se percató del peinar constante que yo tenía. Fue directamente adonde yo estaba y me quitó de un tirón el peine. En el intento de protegerlo, lo halé con tanta fuerza que resbaló, perdió el equilibrio. Esto provocó que me hicieran un consejo de disciplina y por supuesto citaron a Celia a la dirección.

Al saber que mi madrina estaba en la escuela, me quise morir, aunque albergaba la esperanza de que me diera la razón, porque no había hecho nada intencional; pero qué va. Una vez que escuchó a los maestros, me mandó a buscar. Delante de todos y sin titubeos, me precisó:

—Tú sabes que estás castigada. No saldrás de pase durante un mes, porque un alumno, para llegar a ser bueno, lo primero que tiene que hacer es respetar a los maestros.

Los primeros días del castigo fueron muy tristes. A la hora en que los muchachos salían para la casa, no sabían qué hacer para que yo me quedara tranquila, porque mi gritería era tremenda, solo me calmaba con los consuelos de un maestro.

Me enseñaron a organizar el período correctivo, por supuesto, la mayor parte de este tiempo debía dedicarlo al estudio, a la Historia, que era mi asignatura con dificultades. Después podía ver la televisión, jugar e ir a las excursiones que se hacían a Soroa, Viñales, Parque Zoológico, Acuario Nacional. Se hacían minicarnavales con sus respectivas carrozas; había una dedicada a la estrellita y sus luceritos. De esta forma se hicieron más intensas mis relaciones con un grupo de alumnos extranjeros.

Me impresionaba mucho Fatumata, una niña negra, muy negra, con facciones finísimas. Si no fuera porque sé que era africana, podía ubicarla en una de las islas del Caribe. Ella y yo hicimos muchas travesuras, como la noche que nos comimos un pudín que estaba en el refrigerador. Cuando la tía Olga llegó y vio que faltaba, empezó a pelear. Nosotras que la habíamos escuchado, nos quedamos tranquilas en la cama y fuimos las últimas en levantarnos ese día.

A pesar de su corta edad, la niña disfrutaba la alegría de vivir en un país donde podía jugar con niños blancos sin ser discriminada. Nunca me lo dijo, pero sé que le gustaba estar en Cuba, disfrutaba como nadie la playa. A veces

dibujaba en la arena mientras permanecíamos sentadas a la orilla del mar. Una vez, mostrándome una de sus figuras, me dijo: “Mira, estos son mis padres”.

El castigo me hacía pensar en mi madrina, en su responsabilidad y serio compromiso con mis abuelitos y mi padre, por su condición de mártir; pero el incidente del peine en plena formación en la escuela no fue el único acto mío que mereció su castigo. Hube de permanecer en pijama en mi habitación alguna vez; donde además de colorear como entretenimiento, me incorporó la lectura de cuentos infantiles y textos sobre José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez.

—Eugenia, para que aproveches el tiempo debes leer. Después te voy a hacer preguntas.

Yo no tenía hábito de lectura, y no le daba importancia a su advertencia, porque como siempre estaba atareada, con mucho trabajo fuera de casa, subestimé las posibles comprobaciones. Pero, ¡qué equivocada estuve! A su llegada lo primero que hacía era preguntarme. Al principio yo no sabía qué decir, después con algún esfuerzo podía hablar algo. Realmente no era muy exigente, se conformaba con algunos detalles, parecía que su objetivo era ir despertando en mí afición por la lectura y en la misma medida, interés por conocer la vida de nuestros próceres de la historia.

Durante estos días de castigo, Ernestina y Pilar Fernández Soto, una compañera de la Sierra y vecina de 11, decidieron ir a la playa; pero como les apenaba dejarme sola en casa, determinaron llevarme, con la condición de que Celia no se enterara. Me alboroté, me encantaba el río, la playa. Cuando entré al mar, aunque no era mi primera vez, con la inocencia de mis campesinos once años, exclamé a brazos abiertos: “¡Titi, qué río tan grande!” Las dejé riendo y me eché al agua. Nadé hasta muy lejos. Si miraba hacia atrás solo veía un pañuelo agitándose. Era la señal de que regresara y yo no me percataba. Me sentía tan feliz. Yo había aprendido a nadar en el arroyo, donde hay que esforzarse más, porque sus aguas son menos densas, ahora en el mar me resultaba fácil el braceo y avanzaba rapidísimo sin darme cuenta. Finalmente decidí regresar. Titi casi me pega ese día. Nerviosa, solo decía:

—Pilar, ¿y ahora qué yo le digo a Celia? ¿Y si esta muchachita se me hubiera ahogado?

Mi madrina nunca se enteró; pero Titi me multiplicó el castigo.

Otro día una auxiliar del albergue citó a mi madrina. Ella estaba muy ocupada y le pidió a Pilar que fuera a averiguar qué falta había cometido. Quedó asombrada cuando supo que me había levantado de madrugada para buscar algo de comer —un platanito maduro y un pan que me guardé dentro del bolsillo de mi ropón—, aunque tampoco entendió que citaran a Celia por lo que había sucedido.

Ya de pase, indagó por qué había cometido aquella falta. Como mentir yo no sabía, le respondí que habían sentido hambre. Los que escuchaban se echaron a reír, pero ella no.

—Ese hábito que tienes de levantarte de noche para comer cualquier cosa, en la escuela no puede ser, porque allí hay un reglamento. Tienes que aguantar el hambre hasta la hora del desayuno.

Así era de intransigente. Pasado el tiempo una comprendía que no podía ser de otra manera, éramos muchos, incluso en casa.

Migdalia Novo Fernández

A la casa iban Ramón Fuentes Febles, le decíamos Escambray; Tony; Rodolfo, el uruguayo, que luego fue trasladado para la calle 7^a en Miramar, donde una compañera cuidó de él y sus dos hermanas alrededor de quince años, y tú, Eugenita. Celia decidió agrandar la casa: unió la cocina con el comedor y colocó banquetas para ganar espacio, pudo ampliar el cuarto de los varones, que además les armó literas. En el de las muchachitas había tres camas personales. Como estudiaban becados, solo iban los fines de semana.



A veces, por las noches, ella pasaba por los cuartos a ver qué estaban haciendo. Allí los sorprendía jugando, haciendo cuentos, maldades. Trataba de que salieran a pasear juntos, al mismo lugar; le decía a Ernestina que repartiera algún dinero por igual a cada uno, por supuesto, de su salario, que Ernesta celosamente guardaba. Al regresar no faltaban sus preguntas: “¿Cómo fue el paseo?” “¿Qué comieron?” “¿Cómo se portaron?”

Las respuestas de los muchachos siempre eran sinceras y ocurrentes; provocaban risa y alegría; había que ver la cara de Celia. ¡Qué feliz se sentía con sus niños! Cada uno tenía sus características. Yo recuerdo mucho a Escambray: era la excepción, un niño obediente, bueno, respetuoso. Su obsesión siempre fueron los aviones. Quería ser piloto. Cuando Rodolfo Fernández, *Conaca*, como Celia lo llamaba, salía de viaje por gestiones de trabajo, le pedía que trajera avioncitos y otros juguetes y cuando llegaba diciembre entregaba los regalitos según sus gustos. El avioncito tenía su dueño.

En más de una ocasión, madrina lo mandó al aeropuerto militar para que se pasara el día allí. Los compañeros que lo atendían se divertían con el niño, lo montaban en los aviones y este hacía travesuras. ya de noches regresaba feliz.

Odalys Ondina tenía quince años, cuando su hermano Jesús ya estaba internado en la escuela Sierra Cojímar. En una de las visitas de Celia, le planteó que su hermana tenía serios problemas de salud. Ella creó las condiciones para que fuera atendida por el médico aquí en La Habana y se internara con sus hermanos. La dejó al cuidado de Lola y Nicolás, los responsables de este centro. Ondina recordó parte de aquellos tiempos:

Yo estuve unos días en la casa de 11, luego me ubicaron en la granja infantil junto a los demás muchachos. En 1962, fui para la escuela de Corte y Costura Ana Betancourt, viví en la casa-albergue ubicada en

5ª Avenida y 32, en Miramar. En 1963 cursé la secundaria básica en Santa María del Mar, continué los estudios de magisterio: el primer año en Minas de Frío; el segundo, en Topes de Collantes y los dos últimos, en Tarará. Me gradué en 1971 como maestra de nivel primario e hice el servicio social en San José de Las Lajas, entonces provincia La Habana.

Otro caso con problemas sociales fue Huberto. Arrastrado por las aguas del ciclón Flora, sobrevivió al quedar enganchado en el tronco de un árbol. Tenía apenas diez años. Después de varias horas en esa posición un helicóptero lo rescató. En el albergue número nueve de la escuela de Santa María del Mar, encontró su nuevo hogar. Había perdido a su familia.

En la escuela siempre tuvo muy buen comportamiento; pero en cuanto comenzaban las primeras lluvias con tempestades, truenos y relámpagos, se escapaba. Subía a los árboles, hubo ocasiones en que se alejó muchísimo del centro. Los profesores, divididos en pequeños grupos, salían a buscarlo.

La escuela recibía muchas visitas, allá iban personalidades nacionales y extranjeras. Martha recuerda, de uno de esos momentos, la llegada de mi madrina:

El colectivo de trabajadores y estudiantes le brindamos una atención especial, era como si hubiésemos tenido al propio Fidel en persona. Estaba tan maravillada con lo que hacíamos que llevaba a visitantes de otros países o dirigía cualquier delegación hacia allá para mostrarles uno de los logros más importantes de la Revolución: la educación y su vinculación con el resto del mundo.

Ese día me fijé que en su pie izquierdo tenía una cadenita con una medalla muy pequeña de la virgen de la Caridad del Cobre. Me contó que se la había regalado una alemana, amiga de su familia, y que la traía desde niña; pero te puedo decir, Eugenia, que, por la forma en que se expresaba, estaba por encima

de todo eso. Esa manera tan sincera de ser era lo que el pueblo admiraba tanto de ella.

Hablando de visitas... Oye lo que me sucedió un día: resulta que mi esposo se llama Raúl, los trabajadores y alumnos lo conocían muy bien y ese día les dije: “¡Señores, Raúl está en el balcón!”; pero un grupo pequeño de niños, corrió a asomarse. Cuando vieron que era el comandante Raúl Castro, de una voz infantil se escuchó: “¡Qué esposo de Martha, es Raúl, Raúl, Raúl Castro Ruz!” y qué manera de correr escaleras abajo. Allí fueron a abrazarlo.

Así funcionaba el centro escolar: con dinamismo y estrecha relación entre padres, tutores, alumnos, maestros, dirigentes, que solo podían arrojar resultados positivos. En la escuela José Martí de Santa María del Mar se inició la formación integral de hombres que han sabido defender y continuar la obra de la Revolución. Sirvió a nuestro país para estrechar los lazos de amistad con otros pueblos de América y África. La mayoría de los alumnos extranjeros volvieron a su patria, donde han sabido crecerse y continúan haciendo historia.

Al finalizar este primer curso, becado para mí, antes de tomar cualquier decisión, mi madrina nos preguntó:

—¿Qué desean hacer en estas vacaciones? ¿Van a ver a sus padres o prefieren que ellos vengan?

Aunque yo no había ido a El Naranjo el año pasado, no contesté, lo que ella dijera estaba bien; pero parece que la expresión de mi rostro me delató.

—Eugenia, ¿quieres viajar en avión, guagua o en tren?

—me preguntó.

Sin pensarlo le dije:

—En avión.

Fui un poco atrevida, porque nunca había montado un aparato de esos.

La noche anterior de mi partida, antes de despedirse, me advirtió:

—La posta te va a llamar a las cinco de la mañana para que te prepares, porque tienes que estar en el aeropuerto

a las siete. Deja todo listo, y ¡que no se te olviden estos paquetes que te dejo aquí! —precisó al tiempo que señalaba unas cajas grandes que estaban en la esquina del comedor, y de nuevo, haciendo énfasis, me repitió—: ¡Qué no se te olviden! Son para tus abuelos.

Esa noche casi no dormí, esperaba ansiosa la llamada de la posta. Solo pensaba en mis abuelos y el resto de la familia.

Cuando llegué al aeropuerto y vi los aviones, no sentí miedo; si existió, estaba tan absorta en el encuentro con los míos, que no me acuerdo. No tuve problemas. Como era pequeña, me explicaron que iba bajo la custodia de la aeromozza; luego ella me pondría en las manos de los compañeros encargados de llevarme a casa. Así fue siempre.

Empezamos el recorrido en automóvil: Yara, Bartolomé Masó, Providencia. A partir de aquí el viaje continuó a caballo, porque no existían carreteras. En otros viajes me demoré hasta dos días para subir por el mal tiempo o arroyos crecidos, que tornaban los caminos intransitables. Generalmente en esta parte del trayecto me ayudaba el tío Alfonso Fernández, *Lolo*, arriero de la zona, un medio hermano de mi papá que cooperaba con sus mulos hasta Santo Domingo y finalmente a mi casa en El Naranjo.

Ver a mis viejos, después de tanto tiempo, no me es dable describir el momento; quería abrazar a todos a la vez, pero como siempre me tiré a los brazos del abuelo, lloraba como un niño, lo mismo hacía la abuela, quien solo atinaba a decir: “Mi niña, mi Nenita, ¡qué linda estás! ¿Y qué le pasó a tu pelo?”

Ese día me enteré por mi abuela que había hecho una promesa a la virgen de la Caridad del Cobre, pero que la cumpliría cuando yo alcanzara la mayoría de edad. Ella pensaba llevar mis trenzas a la iglesia de El Cobre en Santiago de Cuba. Sobre ese tema no se habló nunca más.

Estábamos tan emocionados que nos habíamos olvidado del equipaje. Fue mi tío Crescencio quien se puso en función de ello. Yo ni tenía idea de qué venía en las cajas. ¡Qué asombro cuando abrimos la primera! Supimos que era para mi abuela por lo que tenía adentro: una máquina de coser, varios cortes de telas ordenados por colores, juegos de hilos

y agujas de diferentes tipos. La segunda era más grande, y ¡claro que para el abuelo! Había una montura para su caballo. En la tercera venía un radio inmenso, con sus respectivas pilas; este obsequio era para la familia y los vecinos más cercanos. Desde ese día venían de todas partes a oír noticias; la música se escuchaba muy poco, porque había que ahorrar las baterías.

Durante ese mes y medio, los juegos con mis primos se reanudaron igual que antes de irme para La Habana. Cuando hicimos las casitas, ahora mejor construidas, mi primo Pipo era el más alegre. Las caminatas en busca de frutas, hacia lomas más intrincadas, me fascinaban. ¡Qué feliz cuando me vi encaramada en las matas de mangos! Si eran toledos, ¡mejor todavía! Esas tenían más cantidad y una no sabía cuál coger. Después partíamos para la poceta a bañarnos y hartarnos con aquella recolección que habíamos hecho; porque además, llevábamos guanábanas, anones, mamoncillos, guayabas...

Mientras los días pasaban, ayudaba a los viejos y me percataba de las diferencias que existían entre la ciudad y el campo. Allá en la Sierra las viviendas todavía eran las mismas de antes. Solo había luz eléctrica en la tienda que continuaba siendo de Clemente Verdecia, aunque ya él no la vivía, se encontraba residiendo en La Habana. Se hablaba del plan para la construcción de una carretera que iría de Providencia hasta el firme de la Comandancia, la gente comentaba con ánimo y esperanzada con el proyecto.

Los muchachos se desenvolvían al conversar sobre la escuela y su aprendizaje. Hablábamos de cualquier cosa. Les gustaba asistir a clases.

A la hora de mi regreso, apenas tenía ropa para echar en la maleta, casi toda la regalé, igual que los zapatos. Mi abuela encontró más cartas —que los vecinos enviaban a Celia— que ropas mías para guardar. Algunos arrojaron sus sobres en la maleta mientras estuvo abierta en el cuarto de los abuelos, con otros me comprometí a entregarlas directamente a mi madrina.

A pesar de cuánto disfruté cada día, me pareció poco el tiempo. Yo no quería regresar a La Habana, incluso, le pedí a una prima que se disfrazara como si fuera yo, y así

quedarme en El Naranjo; pero mi abuelo habló mucho conmigo. Me dijo que debía volver, que mi madrina estaría esperándome.

Esta y todas mis despedidas siempre fueron desconsoladoras. Una vez más las lágrimas en los ojos de algunos, me deprimía mucho ver la tristeza de mi primo Pipo.

Mi regreso fue similar a la llegada, una vez en el aeropuerto de Manzanillo, me aguardaba una aeromoza para cuidarme durante el vuelo, que haría escala en Camagüey y luego volaría directo a La Habana.

Con cuánto cariño me recibió mi madrina. Veía su satisfacción en sus ojos. Ella sabía que separarme otra vez de los míos no podía haber sido fácil para mí. Entonces fuimos para mi cuarto. Mientras abría mi maleta, me colmaba de preguntas:

—¿Cómo están los viejos de salud? ¿Les gustaron las cosas que les llevaste? ¿Y tus tíos? ¿Nadaste en el arroyo? ¿Cómo te encontraron?

Yo le hablé de algunos vecinos, de cómo mantenían la escuelita que lleva el nombre de mi papá y hablamos de otros temas. Todo iba muy bien hasta que terminó de abrir mi equipaje:

—Eugenia, ¿qué hiciste con tu ropa?

—Madrina, la regalé. Allá casi nadie tiene ropa.

No me contestó ni hizo comentarios sobre la cantidad de cartas. Parece que las leyó y dio respuestas; sé que muchas las encaminó a través de su secretario Ramón López y la compañera Alicia Rodríguez Pérez.

Sin duda, había nacido para proteger y ayudar a las personas necesitadas. Yo lo confirmaba cada vez que volvía de vacaciones a El Naranjo. Siempre encontraba algo nuevo: campesinos que habían resuelto los trámites de fincas, propiedades de casas, ingresos en hospitales, sillas de ruedas para enfermos, becas para niños, hasta hubo quienes recibieron prestaciones económicas, modalidades que más tarde se convirtieron en las chequeras. Entre los problemas que dio solución, recuerdo la operación de un campesino que tuvo que viajar a la Unión Soviética, ya que en Cuba no se realizaba todavía esa intervención quirúrgica.

Ahora... esta historia de ir de vacaciones y regresar con la maleta casi sin ropa y llena de cartas no demoró mucho tiempo en resolverse. De vuelta a La Habana en una de las próximas vacaciones, al comprobar que se repitió lo mismo, me precisó con claridad:

—Te vas a quedar con una mano delante y otra detrás por estar regalando tus ropas, y no permitas que te echen más cartas en la maleta, porque tú no eres correo. Para cuando tú vuelvas, yo te voy a dar la dirección adonde las personas deben dirigir sus cartas.

Así lo hizo: “Palacio de la Revolución, Consejo de Estado”.

En los próximos viajes disminuyeron las cartas, pero siempre hubo alguien que se me acercaba y me pedía que le llevara la suya. En cuanto llegaba a la casa, antes de que me preguntara, yo le decía:

—Madrina, es que las echan en la maleta sin que yo me dé cuenta.

Se sonreía, las leía y seguía dando soluciones a los problemas de la gente. Pero las soluciones de El Naranjo eran minúsculas, porque Celia era de Cuba. ¡Cuántos compatriotas pudieran dar fe de ello!

En cierta ocasión orientó el estudio de las familias con problemas sociales, a través de Ricardo Berrayarza Sust y el Morito. Y eso sí que no era para engavetar papeles.

Cuando Ricardo llegó a Las Vegas de Jibacoa, observó las condiciones en que vivía José Isacc, un colaborador de la guerrilla. Comunicó sus necesidades y hubo respuestas para las más inmediatas, incluyendo la instalación de agua dentro de la casa. Para subir el tanque al techo, Ricardo tuvo que demostrar sus habilidades de ingeniero agrónomo y contar con la ayuda del Morito y varios campesinos de la zona. No sucedió igual con una plantica eléctrica que él quería. Celia dijo que no, porque no debían existir diferencias entre los vecinos, y la falta de electricidad afectaba a todos.

Hubo otro viaje que aprovechó para enviar una escopeta a Buey Arriba, que pertenecía a un campesino que la había traído a La Habana para arreglarla. En otra ocasión indicó colocar una turbina de agua en la finca de otro campesino en Oro de Guisa.

Su preocupación por los campesinos era algo extraordinario, hasta los hacía viajar a La Habana para que fueran atendidos por los médicos; el Hotel Nacional dio cobija a muchos y si el problema no era de salud, aprovechaban para realizarse chequeos médicos. Cuando esto ocurría con familiares nuestros, podíamos hospedarnos con ellos. Mis viejos nunca imaginaron visitar un hotel con esas características, aunque tanto lujo los perturbaba.

Sobre mi mamá apenas hablaba, pero me inquietaba no saber de ella. En mis vacaciones les preguntaba a mis abuelos. Ellos sabían muy poco, solo que vivía en Río Cauto, en Bayamo, con su esposo. A decir verdad nunca me manifestaron interés porque yo fuera a verla. Un día, a escondidas, fue la aventura. Mi tío Lorenzo decidió llevarme. Ya tenía doce años, lo hizo con el pretexto de que daríamos un paseo por Manzanillo para visitar a unos parientes.

Fue un trayecto agotador, hasta montamos en una chispa —un carruaje pequeño que transita por la línea del ferrocarril—, transportaba a los trabajadores de los campos de cañas, que copaban enormes extensiones de tierra. Anduvimos por guardarrayas, trillos, caminos fangosos; descalzos avanzamos algunos kilómetros. Por momentos el lodo quería discutir con mis pantorrillas. A punto de desfallecer, escuché la voz animosa de mi tío:

—¿Tú ves aquella casita?

Me señaló una que todavía la veía lejos. Con un movimiento de cabeza y muestras de agotamiento, le respondí afirmativamente:

—¡Esa es la de tu mamá!

Aumenté el paso. Después, sin poder explicar cómo eché a correr con los zapatos en las manos. Casi frente a la casa me detuve para tomar aire y controlar mi ansiedad: la puerta estaba abierta y yo, muy emocionada.

Mi primera imagen quedó impresa como una fotografía: pequeña la casita, de tabla y guano, piso de tierra, algunos taburetes y una mesa rústica. Al fondo, una señora muy delgadita, de pie junto al fogón de leñas, algo elevado para su estatura, lanzaba piedrecillas a la orilla del río, demasiado cercano a la humilde morada.

Salí del embeleso inicial. Toqué con los nudillos de mis dedos en el centro de la puerta y con voz temerosa, pregunté:

—¿Aquí vive Balbina Ferrales?

—Sí, soy yo.

No pude expresar palabras porque empecé a llorar. Sentí que a gritos, exclamó:

—¡Pero, si es mi hija!

Nunca he podido dar detalles de ese instante ni de muchos hechos que continuaron. Lo más importante fue el abrazo y el llanto prolongado de las dos. Cuando fue posible, preguntó curiosa:

—¿Con quién viniste hasta aquí?

Yo solo miraba para el trillo como indicando que por allí aparecería el tío Lorenzo.

—¿Balbina, la conociste? —indagó mientras aún permanecíamos fundidas.

—¡Claro, cómo no voy a conocerla!

Respondió con cierto orgullo. Increíblemente mi madre me había reconocido. Ese día vi por primera vez a mis seis hermanos: cinco hembras y un varón. Más tarde llegó mi padrastro, un mulato famoso en aquella barriada, más conocido como el Brujo. Jugué muchísimo con una perrita que se llamaba Laika. Ya tarde decidimos quedarnos a pesar de la estrechez, solo había una cama matrimonial y mis hermanos dormían en hamacas que ataban a los horcones de la casa.

Realmente dormí muy poco, pasé la noche conversando con mi mamá, contándole de mí, de Celia, Fidel, la escuela, mis amigos. Así nos dio las cinco de la mañana, hora de salir. Teníamos que llegar a El Naranjo y el viaje era largo. Antes de partir y luego por el trayecto, mi tío me suplicó que no le dijera a papá y menos a mamá, que habíamos ido a ver a Balbina.

Me sentía a gusto por el camino de regreso. La emoción era tal que, una vez en casa, olvidada de las advertencias del tío, quise compartir mi dicha con los demás. Entonces exclamé: “¡Vi a mi mamá! ¡Conocí a mi mamá!” Lorenzo, por supuesto, recibió un fuerte regaño.

De vuelta a La Habana, le conté a mi madrina con lujo de detalles sobre la visita a casa de mi mamá, también la colmé de preguntas que podía haber sido una sola: “¿por qué yo vivía primero con mis abuelos, después con ella y no con mi mamá?”

Madrina, pausada y con una voz muy dulce, fue satisfaciendo mis inquietudes. Después añadió:

—Tu mamá sabe que estás bien, que no te hace falta nada, y ella tiene más hijos por quienes preocuparse.

Yo seguía muy atenta su explicación, pero con cierta nostalgia y premura, le pregunté:

—¿Y por qué usted no me manda de vacaciones a la casa de mi mamá?

—No es correcto convivir con tu padrastro tanto tiempo. Es alguien que no conoces, que nadie conoce.

Para ella era muy difícil ofrecerme informaciones que necesitaba. Hizo lo que pudo. En realidad lo entendí mejor cuando alcancé más edad.

Todo lo esclarecí en otras vacaciones —no exactamente la próxima—. Fui como de costumbre a casa de los abuelos y me las agencí para ver a mi mamá; pero ocurrió un hecho tan desagradable con mi padrastro, que no volví feliz a La Habana, además, traje conmigo la nostalgia de ver a mi madre enferma y el disgusto de mis abuelos por desobedecerlos.

Pasadas las justificaciones y disculpas por haberme desviado sin autorización, le pedí a mi madrina que ayudara a mi mamá para que la atendiera un médico.

Confirmado su estado de salud, el Morito me contó, en otro viaje que hizo a La Habana, que Celia quiso que trajera a Balbina, pero le había insistido en que viniera sola, sin el marido.

—¿Y qué hago con el marido? —le preguntó.

—Bueno, ese es tu problema, yo no lo quiero aquí. ¡Tú nada más me traes a la mamá de Eugenia!

Ella le dio dinero para los pasajes. Cuando el Morito llegó a la casa de Balbina, a quien conocía desde que se había casado con mi papá allá en El Naranjo, le dijo delante de los que se encontraban.

—Vengo de parte de Celia a buscar a Balbina, la mamá de Eugenia. ¡A ella sola! Esa es la orden que tengo.

La traje directamente a Palacio, luego me enteré de que estuvo un buen tiempo en el hospital Calixto García, hasta que se recuperó y regresó de nuevo a su casa.

Mi preocupación disminuyó. Continué mis estudios y tuve resultados docentes, evaluaciones satisfactorias al finalizar ese curso escolar, igual que los otros muchachos.

Ese año, convencidos de que nos iba a consentir por nuestras calificaciones, nos pusimos de acuerdo para decirle que queríamos ir a Varadero. Nos complació.

Fue una aventura lindísima, nos hospedaron en una casa muy grande. Como sentíamos miedo, decidimos dormir todos en una cama. Ese día comimos una pizza “congelada” que estaba en el refrigerador, parecía que llevaba días allí. Temprano en la mañana fuimos al restaurante a desayunar, sin percatarnos de que no teníamos dinero y nos atrevimos a decir que Celia nos había mandado. Los dependientes dijeron que eso lo sabían, pero que teníamos que pagar los gastos. Rápido llamamos por teléfono.

—Y ¿por qué se fueron sin dinero? —se levantó una voz fuerte del otro lado.

Ernestina tenía que dárnoslo, como de costumbre, y nosotros no pensamos.

—Que les sirva de lección, a los lugares no se va sin la plata, porque no comen después, concretó.

Para tranquilizarnos nos planteó que ella nos lo mandaría. Por la tarde ese problema estuvo resuelto. No obstante precisó muy bien que lo hacía, porque habíamos obtenido buenas notas ese curso.

Durante este paseo, yo estrené unas sandalias totalmente plásticas, marca Varadero; eran de color verde, para complacer mi color predilecto. Diría que fui modelo, madrina lo hizo para saber el impacto que causaría, porque en la fábrica de calzado plástico la estaban haciendo con el interés de exportar y vender al pueblo, incluso, las había de vestir, muy elegantes, con tacones altos y muy cómodos.

Cuando volví a la casa, Celia me recibió en la sala. Ese día, junto a Ernestina, Ana Irma, Martha, Gonzalo Roberto Conde, trabajador también de la guarnición, y otras per-

sonas que había, la vimos muy contenta. Se reía de cada anécdota, de los encontronazos y de las satisfacciones. En cuanto al calzado plástico, le comenté que había sido una sensación. Casi todas las mujeres querían saber dónde los vendían. Su expresión fue alentadora, optimista. Pasado un tiempo observé en las tiendas la venta de zapatos plásticos a precios módicos.

Según yo iba creciendo, aumentaban sus exigencias, dentro y fuera de la casa; era muy rigurosa en cuanto a la organización, disciplina e higiene. A pesar de todas las atenciones conmigo, yo no tenía un total sentido de pertenencia; por lo tanto, las reprimendas eran constantes, aunque persuasivas y flexibles.

Me llamaba la atención que nunca me pegara, en mi zona se acostumbra a castigar la desobediencia zurrando, con cintos o fuetes, les llamaban así a unos gajos de plantas que les quitaban las hojas para que se sintieras más fuerte, y en ese momento oías a los mayores: “Te voy a dar una pela”. En mi nueva casa no se practicó ese tipo de correctivo, eran regaños con sus explicaciones y castigos, si merecían.

Cuando ella tomaba alguna decisión contraria a nuestros deseos, nos explicaba y convencía a todos de cómo se debía actuar. Así sucedió un día que llevamos a una amiga a la casa. La niña fue atendida muy bien por mi madrina, pero no permitió que se quedara a dormir con nosotras. Ella creó las condiciones para que nuestra invitada no se sintiera mal y una vez que supo dónde vivía, la llevaron hasta su casa. Después nos reunió en la sala y nos explicó por qué no debíamos recibir visitas; hizo énfasis como otras veces que era por la seguridad de Fidel, recordó a dirigentes que habían sufrido atentados del enemigo por mediación de personas ajenas a la familia.

En una ocasión le pedí permiso para ir al cine, que me quedaba muy cerca. Como siempre se dirigió a Titi:

—Ernesta, hazme el favor, dale dinero a Eugenia para que vaya al cine.

Aún estaba en la cola para entrar, cuando ví a Pompa descender de uno de los carros de la guarnición y dirigirse directamente hacia mí.

—Eugenia, Celia te mandó a buscar.

Iba por las calles 11 y 8 y empezaron a encender los focos grandes de la garita de la calle 10. Las luces eran intermitentes. También estaban encendidas las luces de la guarnición. Me asusté, llegé a pensar que algo grave había ocurrido, un atentado o algo así. Tan pronto como subí, le pregunté a mi madrina qué había sucedido.

—Nada —contestó casi sin inmutarse—. Cuando recojas todo el reguero que dejastes encima de tú cama, podras ir al cine.

Recogí mis pertenencias, se lo dije y ella evaluó mí trabajo. Con la misma tranquilidad, como si nada hubiera pasado, dijo:

—Ya puedes irte al cine. Pero no olvides, antes de salir a pasear hay que dejarlo todo organizado.

No volví al cine, estaba un poco disgustada. Ana Irma también recuerda el incidente:

Eugenia salió muy alegre como era ella, pero dejó el cuarto regado. La mandó a buscar. Celia era muy organizada y la mantenía al hilo, le inspecciono los closets. Estaba al tanto de todo.

Por las noches, cuando le era posible, se asomaba a los cuartos a ver qué estaban haciendo, los chequeaba. Ella les dio muy buena educación.

A mí no me gustaba ver a mi madrina apesadumbrada, no la veía bonita y yo quería verla con esa sonrisa suya que tanto influía en mi bienestar. Sin embargo estaba consciente de que yo era una de las causantes de sus preocupaciones, por eso un día decidí escribirle una cartica en la que me disculpaba por todas mis faltas; me comprometí a ser más organizada en la casa, que incluía mantener ordenado el closet, sacar mejores notas en los exámenes, respetar a los maestros, entre otras normas de conducta que ella insistía.

Cuando mi carta estuvo lista la coloqué por la noche encima de la mesa donde ella leía siempre algunos documentos. A la mañana siguiente me pareció que ni la había tocado, la vi tal y como yo la había dejado.

La tomé en mis manos con tristeza pero, ¡qué sorpresa! ¡Si la había leído! y detenidamente, porque con un plumón rojo me tenía señaladas las faltas de ortografía y con letras grandes escribió: ¡REPÍTELA! Me pedía que repitiera las palabras, por supuesto, correctamente. Después de corregida, la llevé al mismo sitio. Al otro día me dijo:

—¡Ahora sí está bien!

No comentó sobre su contenido, pero su rostro reflejaba satisfacción. La vi sonriente. Siempre he pensado que quizás, con más tiempo, ella hubiera ejercido la labor de maestra, a pesar de su letra difícil de leer. Solo la letra, porque en la ortografía y gramática era muy buena. Y se sentía orgullosa de ello. También planificaba su tiempo para darnos lecciones hogareñas.

Cómo aprovechaba los minutos libres, que no eran muchos, igual que cada lugar de la casa. Cuando menos una se lo imaginaba, allí estaba para ofrecer alguna enseñanza.

En una oportunidad que estábamos todos reunidos consideró el momento ideal para darnos una clase sobre los buenos modales a la hora de comer.

Aquello fue un poco cómico, siempre almorzábamos con el plato en la mano, sentados en el piso o donde quisiéramos. Ella tomaba el quicio que estaba a un lado de la cocina y en una banquetica colocaba el pozuelo con caldo o frijoles; pero si era un almuerzo ligero, tomaba el plato en su mano. Me imagino que esa costumbre la adquirió en la Sierra Maestra, durante la guerra, y a mí no me disgustaba, porque igual hacía en la casa de los abuelos, donde no alcanzaban los taburetes. Casi siempre teníamos visitas a esa hora y los alimentos se compartían, se invitaba de verdad, no por educación. Esto provocaba que la mayoría tomara su plato y comiera en el suelo o recostados a un árbol. Yo lo disfrutaba allá en la Sierra; aquí procuraba sentarme cerca de mi madrina, para observar mejor sus movimientos e imitarla sin que se diera cuenta. Me gustaban sus modales a la hora de comer.

Me complacían los domingos en la casa de 11, especialmente en el horario de almuerzo y, si por casualidad mi madrina abría alguna botella de vino blanco que le regalaban —su preferido—, los almuerzos eran más placenteros.

Esperábamos ese momento, aunque los sorbos cada vez fueran más pequeños. También éramos muchos; pero me agradaba sentirme en familia.

Uno de esos días fue la lección: tomó posición en el centro de la mesa, con los utensilios necesarios para su demostración. Nosotros, expectantes y de pie, la rodeamos. Aclaró que nos enseñaría normas de conducta para cuando fuéramos a un restaurante o alguna casa donde nos invitaran a comer. Ella sabía que desconocíamos esos hábitos de educación formal. Entonces empezó su explicación:

Cuando lleguen al lugar, no deben hacer ruido con la silla; con cuidado la desplazan hacia atrás, se sientan en silencio y ponen las manos en las piernas, nunca los codos sobre la mesa. Una vez que sirvan la comida, colocan la servilleta sobre las piernas por si algo cae sobre sus ropas, no se las ensucien. No pueden abrir el pan como si fueran a hacer un sándwich; toman un pedacito, le untan porciones pequeñas de mantequilla y van comiéndolo lentamente, masticando siempre con la boca cerrada...

Cada paso iba acompañado de movimientos delicados. Tomaba la servilleta, se la ponía sobre sus muslos, después manipulaba el tenedor y el cuchillo, limpiaba la boca con la servilleta, como si se hubiese ensuciado y así sucesivamente cada acto. Fue una clase de primera.

El doctor René Vallejo, que visitaba la casa, me practicó el uso correcto de los cubiertos: me pidió que me sentara e inclinado hacia mí, apoyó sus manos sobre las mías, tomó el cuchillo y el tenedor e hizo posible que yo, guiada por él, los manipulara. Insistió hasta que, con un poco de trabajo, logré hacerlo bien.

Al considerar mi madrina que estábamos listos para comer en cualquier lugar, expresó que le agradaría que visitáramos el restaurante El Jardín y diciéndolo llamó a Titi para el pedido de siempre: “Dale dinero a los muchachos que hoy comerán fuera”.

Precisó sus últimas orientaciones y añadió:

—Recuerden lo que les expliqué, tienen que portarse bien y hacer correctamente el pedido.

Salimos los cuatro dispuestos a cumplir con lo que nos había enseñado. Era una época en que nos reíamos por

cualquier cosa, sobre todo, por las ocurrencias de Tony: cada palabra la quería pronunciar con la “p”. Eso sí hablábamos bajito para que no nos regañaran. La atención de los camareros fue maravillosa, en sus rostros observé un poco de asombro, creo que al ver a cuatro muchachitos empeñados en mostrar una buena apariencia.

Cuando llegamos a la casa, subimos las escaleras corriendo para contarle a madrina. Los cuatro queríamos hablar a la vez, estábamos emocionados, ella trataba de controlarnos con una sonrisa de satisfacción. Al final de la conversación, dados sus propios comentarios, sabía más de lo que había sucedido que nosotros mismos.

Muy pronto comprobamos que nos había preparado para una comida especial: fuimos invitados a almorzar con el Comandante en su apartamento del cuarto piso. En la mesa había platos con alimentos desconocidos para nosotros, había vegetales y pescado. Yo almorcé muy poco, solo me gustó el postre, que era helado y cake, casi lo tragaba para saciarme. Fidel se inclinó hacia mi madrina y le dijo: “Celia, estos muchachos tienen que aprender a comer de todo”.

Me miró algo asombrado, que iba vestida con *babydolls*.¹ Entonces nuevamente se dirigió a mi tutora: “¿Tú te has dado cuenta del cuerpo que ha echado esta muchachita?”

Como cualquier madre, manifestó con regocijo; lo aprecié en su sonrisa. La verdad es que había dado un gran estirón, ya era una muchacha hermosa, no había cumplido quince años y parecía que tenía más edad.

Mientras los mayores se quedaron conversando, los muchachos nos pusimos a jugar. Me impresionó la colección de algunas pieles, y especialmente la cabeza de un tigre que parecía de verdad. Como también me daba la ilusión de que dirigía su atención hacia nosotros cada vez que yo alzaba la voz. No niego que sentí mi poquito de temor.

Pasamos un domingo maravilloso. A la hora de la despedida, como siempre, Fidel nos obsequió su mirada cariñosa en la que estábamos acostumbrados a leer: “nos volveremos a ver”.

1 Vestidos anchos a partir del busto y a la vez cortos, muy de moda en aquellos tiempos.

Cuando él se retiraba del edificio, continuábamos conversando con mi madrina, la cual estimulaba nuestra conducta o nos corregía alguna falta. No perdía circunstancias como estas para abordar su principal ocupación: cuidar al Comandante. Nos dejaba bien claro que no debíamos comentar dónde vivíamos, porque estábamos en la casa de Fidel y había que cuidarlo del enemigo. Estas advertencias reiteradas respondían a la cantidad de atentados fraguados contra él. La entendimos mejor cuando supimos que en la misma esquina de la calle doce, donde había una bodega, se había apostado una persona con el propósito de dispararle cuando bajara del carro para entrar al edificio.

Celia no dejaba para después las precisiones en cuanto al cuidado y fidelidad al jefe de la Revolución. Cuando del tema se trataba “su verbo era fuerte y sin rodeos”, precisa el doctor, anesthesiólogo Gilberto Gil Ramos, quien formó parte del equipo médico del Comandante.

El día de mi primer encuentro con ella fue muy clara:

—Si tú no ves el sufrimiento y el abuso de los demás; si tú no sufres como los demás, no te arrimes al Comandante ni a mí.

Y esa misma voz, como un fino susurro, me llegaba a través del teléfono cuando requería la atención de algún caso. Entonces me decía:

—Gilito, tú serías tan amable de...

A este doctor le orientó que se encargara de la compra de equipos médicos para la ambulancia del Comandante y, en general, instaba a los profesionales del sector a que hicieran propuestas de medicamentos y equipos nuevos para nuestro sistema de salud. Había quienes le comentaban al doctor Gil: “Celia está fuera de liga”.

¡Son tantas las vivencias de tantos!, y con razón, de solo voltearnos a nuestro alrededor cada cubano aprecia su obra y surgen preguntas: ¿cómo pudo?, ¿cuántas horas tenía el día para ella? y ¿cuántos días la semana? Al hablar de sus actos el orden se pierde, la esencia de cada acción es lo que prevalece, por eso, al contar, voy y vengo en el tiempo.

Fue impulsora de obras hospitalarias. Al Complejo Científico Ortopédico Internacional Frank País, como lo conocemos hoy, asistía dos veces por semanas para supervisar y controlar el cumplimiento de los planes de ampliación y reconstrucción. En esta misión se consideraron sus ideas, hasta la selección de los mosaicos del piso. ¡Con qué dulzura ofrecía sus opiniones!

Suya también fue la idea de construir una clínica en Palacio —cuenta el profesor Álvarez Cambras—. Pensó que si algún día le sucedía algo a Fidel u otro compañero nuestro o visitante, se perdería tiempo en el traslado a un hospital.

A partir de que comenzó la construcción hasta que concluyó, participó en cada reunión de trabajo un equipo médico multidisciplinario, que integrábamos los doctores Eugenio Selman, Hilario Cortina, Frank Dorticós, Amario Hierro, Corrales, Gil y yo como ortopédico.

Lo curioso es que yo estrené el salón de operaciones, y no precisamente como médico. Ese día me sentí mal, no le di importancia y continué operando una rodilla —la primera intervención de ese tipo en Cuba—. Ya había terminado cuando me llamaron con urgencia, “que me presentara en Palacio para atender al comandante Juan Almeida”. Parecía una crisis cervical. Cuando llegué se me nubló la vista por lo mucho que me había ascendido la temperatura, y el propio Almeida fue quien me ayudó a acostarme en el sofá. Me atendió el doctor Selman. Como había presentado un cólico vesicular, decidieron intervenir quirúrgicamente.

Mientras salía de la anestesia general, creía que soñaba: veía tres caras alrededor mío: Celia, Fidel y Risquet. Mi esposa se encargó de esclarecerme lo sucedido y Celia, de los detalles para mi recuperación posoperatoria.

El humanismo de Celia si no lo vivías, llegabas a pensar en lo increíble.





Remanso de paz y armonía

*La indiferencia del poder es la prueba
más difícil y menos frecuente de la
grandeza del carácter. [10:177]*

Quizás mi origen fue el nexo más fuerte entre mi madrina y yo. Siempre he pensado que la niña serrana que llegó aquella tarde a su casa atesoraba el secreto de recordarle cada minuto el trinar de aves y el canto de los insectos; el aroma de la mariposa, de la caoba y el cedro; los trillos, ríos y arroyuelos del lomerío, donde había vivido los momentos más felices de su vida y compartido con los más bravos guerrilleros.

Una vez que el esplendor natural le quedó más distante, intentó acercarlo, y plantó a su alrededor, acá en La Habana, árboles frutales y ornamentales que dos monitos se ocupaban de treparlos; los mayores, de disfrutar su ambiente fresco y sombrío y los niños, de comer sus frutos.

Sentados en los bancos saboreábamos las naranjas, nísperos, mangos, mandarinas, aunque estas fueron más

controladas a partir de que Fidel tomó un par de ellas de la mata que estaba en la misma entrada del edificio y según subía las escaleras —entonces no había elevador—, las iba comiendo. Como mi madrina, desde el balcón, lo vio degustarla con tanto placer, dio la orientación de que podíamos comer las demás; pero nadie podía coger esas mandarinas.

Era tan feliz entre los animales que hasta coticas soltó por la casa y situó carteles en las principales paredes: “CUIDADO CON LAS COTICAS”. “MIRE PARA EL PISO”. “PUEDE PISAR LAS COTICAS”. El cao sí que no duró mucho tiempo, los vecinos se quejaban de sus estragos: picoteaba ropas, ventanas. Usando una grabadora quiso que una cotorra aprendiera el himno nacional. Al cabo de la semana entonó algo; después trató de que hiciera lo mismo con el de la Unión Soviética. Ahí sí que se complicó la cosa. Finalmente la preciosa ave solo repitió algunas palabras en español y feas; Guite se encargaba de enseñárselas. Es cierto que los animalitos nos alegraban. Yo creo que le servían de relajación a mi madrina para enfrentar el trabajo del día.

¡Qué decir del gusto por las flores! Eran como un bálsamo para ella, le trasmitían una paz que todos a su alrededor la percibíamos. Cualquier flor agradecía, pero las orquídeas, mariposas, gladiolos y príncipes negros eran sus preferidas. Al menos una no faltaba en casa. Sin embargo, su hermana Griselda me dijo un día que más le llamaban la atención las silvestres.

Este ambiente entre natural y ciudadano se presentaba ideal para residir en el edificio 1007 de la calle 11. En los primeros tiempos lo habitaron familiares y amistades de Fidel y Celia; pero una vez desocupado el cuarto piso, mi madrina le propuso a Fidel que se mudara para allí. Hasta ese momento vivía en el hotel Habana Libre.

De cuando el comandante Delio Gómez Ochoa y otros compañeros se despidieron de él —en junio de 1959—, porque partirían a República Dominicana, la primera misión combativa e internacionalista de Cuba, es el siguiente recuerdo:

[...] El piso 19 del Habana Hilton [nombre anterior del Habana Libre] había perdido su aire protocolar

y mostraba la huella de los rebeldes que lo habitaban. Predominaba el verde olivo por sobre el rojo de las alfombras; de más está decir que abundaban las barbas.¹

En este hotel no contaba con las condiciones que requería su trabajo. Constantemente era interrumpido por periodistas, extranjeros, artistas e intelectuales. De ahí que el apartamento del cuarto piso se convirtiera en su refugio, como sucedió en ocasiones en su residencia de Cojímar. En calle 11 encontró un remanso de paz donde podía afanarse en sus responsabilidades. Allí nacieron importantes proyectos de nuestro proceso revolucionario.

Para esta fecha, quedaron viviendo de manera permanente: en la tercera planta, Alida Martínez Ortiz; su esposo, Orlando Sánchez Manduley, y su hijo Gustavo; en la segunda, mi madrina con todos sus muchachos; y en la planta baja, Marina Lloppis Tablada; su hija, Miriam Manduley con el esposo, comandante José Arjibais Rivero, y las dos niñas del matrimonio: Lourdes y Alejandra.

A nuestra casa llegaban varias personas y ayudaban en diferentes tareas, como era el caso de Rolando, vecino de Celia allá en Pilón y amigo de la familia.

Rolando A. Vázquez Ocaña

Mi familia quiso siempre a los Sánchez desde que vivíamos en Pilón. Al triunfo de la Revolución, Celia nos trajo para La Habana a mi hermana Carmen, que era su ahijada, y a mí. Nos ubicó en diferentes trabajos y centros de estudios. Estos los había interrumpido por problemas económicos, solo cursé hasta el nivel de secundaria. Aquí me ubicó en el taller de Amelia Peláez para que aprendiera la cerámica, a ella le encantaba. Gracias a su idea me hice ceramista, poco a poco me fue gustando, me hice profesional en ese arte y cuento con obras reconocidas.

1 Delio Gómez Ochoa: Ob. cit., p. 71.

Durante esos años viví muy vinculado a la vida de Celia, simultaneaba el aprendizaje de la cerámica con encargos que me hacía y cumplía los sábados cuando no trabajaba.

Yo tenía los talonarios de pagos de diferentes casas: la de Fidel, de ella, Griselda, Miriam, Ernestina, en fin, de todos los apartamentos del edificio. Recuerdo que por el apartamento de Fidel pagaba \$70.00, por el de ella, \$25.00. Ese dinero me lo daba la propia Celia, después yo le entregaba los recibos. Me impresionaba el control que tenía de todo, las demás personas hacían lo mismo.

Después de un tiempo breve en la casa, Celia planteó que me inscribieran en el registro de población y en la libreta de abastecimiento y productos industriales.

Me llamó la atención, cuando Ernestina me dijo que, desde 1961, estaban registrados Fidel y Celia como unos consumidores más. A pesar de su posición como altos dirigentes del país estaban reconocidos en la Oficoda del municipio Plaza de la Revolución. Igual aparecían Ernestina González Arzuaga, Martha Rosabal, los niños y yo. Según iban dejando la casa, porque contraían matrimonio o se mudaban a otra vivienda, causaban baja.

Toda esa forma de control para la distribución de alimentos, ropa, calzado, efectos electrodomésticos y utensilios, entre otros bienes de consumo, fue una necesaria medida del Gobierno Revolucionario para garantizarle a la población lo esencial para su subsistencia, a partir de que Estados Unidos estableció el bloqueo comercial contra Cuba. Fue una disposición de justicia social en medio de una situación casi de guerra.

Rolando A. Vázquez Ocaña

Hice otros encargos, por ejemplo, la libreta de abastecimiento de 11 la tenía yo, era una sola, en la que, por este orden, aparecían: Fidel, Celia, Ernestina y Eugenia, además los cuatro muchachos que vivían

con ella, y la compañera encargada de la limpieza, Martha Rosabal.

Yo iba a la bodega a comprar los mandados y se los entregaba a Ernestina, pero como no alcanzaba la cuota, Celia autorizó traer una cantina de comida de Palacio para reforzar, porque esa casa siempre estaba llena de gente. Venían de todas las provincias a trabajar con ella, y quien llegaba en horario de almuerzo, era invitado. Impresionante era ver a Ernestina servir a cada uno.

Celia siempre fue muy generosa, cuando mi hermana se divorció había quedado embarazada y mucho ánimo le dio, incluso, le escuché decir: “Puedes contar conmigo”. No fueron solo palabras.

En la casa también estábamos reconocidos en el Comité de Defensa de la Revolución (CDR). Celia encabezaba la relación de cederistas y hacía las guardias de esta organización, también era la primera en su delegación de la Federación de Mujeres Cubanas.

Recuerdo a Flor Marina González como presidenta y a Alida, que atendía la dirección de Salud. En un inicio este CDR llevó por nombre Rubén Martínez Villena, después el de Álvaro Barba. El nombre de este mártir aparecía en el mural con algunas notas que destacaban su procedencia camagüeyana, su participación en las luchas estudiantiles contra la politiquería y la malversación del tesoro público, como presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios y de la escuela de Agronomía.

Había conocido a Fidel en la universidad, por la persecución a la que estuvo sometido partió al exilio. A su regreso, se incorporó al proceso como combatiente de primera fila. Fue jefe del Departamento de Repoblación Forestal y Frutal del INRA. Murió el 17 de noviembre de 1962 después de asistir a la Conferencia de la FAO en Brasil, al estrellarse el avión en que viajaba contra el Cerro de Cruces. Cuando se conmemoraban fechas relacionadas con su vida y obra era recordado. Se organizaban actos político-culturales, en los que pioneros y jóvenes de la cuadra se volvían protagonistas.

Las dos organizaciones de masas fueron importantes en mi formación. A pesar de no contar con la edad requerida para integrarlas, estimulada por Celia, participaba en todas las tareas. El entusiasmo con que iba a los encuentros nos contagiaba y nos hacía sentir estupendamente bien. Vivimos tiempos de mucha alegría.

Nelda Puig Calzada tenía su casa cerca de la nuestra y en varias ocasiones hizo la guardia cederista con mi madrina. Entonces cuidaban la zona.

De cada recorrido guardo un recuerdo agradable. Le hacía preguntas a todo el que pasaba cerca de nosotros, por ejemplo, una noche vimos a una señora con un niño cargado y le preguntó:

—¿Adónde va tan tarde con ese niño?

—Al hospital, al Marfán, que está malito.

De inmediato mandó a un compañero de la guardia en busca de un carro para que los trasladara al hospital, esperara los resultados y los regresara a su casa.

Otra noche, andábamos cerca de 11 y 24, donde había un albergue Init [Instituto Nacional de Industria Turística]. ¡Qué fácil Celia estableció conversación con una pareja que salía del lugar!

—¿Ustedes vienen de 11 y 24?

—Sí —respondieron algo apenados.

—Y en la habitación, ¿había agua?, ¿no había huecos?, ¿tenía sábanas?

—La habitación tiene dos botellas con agua, sí hay huecos en las paredes y las sábanas son nuestras, las de allí siempre están empercudidas, realmente sucias.

Yo no sé cómo se las agenciaba, pero pasados unos días nos enteramos del cambio y las atenciones al público. A ella le gustaba ver a la gente feliz.

Cuando no podía asistir a una reunión o guardia por problemas de trabajo siempre avisaba.

Una mañana jocosamente le dije: Óigame Celia, su cao, un pájaro prieto que tenía con otros animales en la cuadra, me está llevando parte de la ropa. Muy resuelta me dijo: “Voy a tener que eliminar ese cao”. No lo vimos más.

Cuando nació mi hijo, lloraba muchísimo, sobre todo por las noches, y una mañana me llamó:

—Nelda, ¿qué le pasa al niño? Anoche no dejó dormir a nadie.

—No sé por qué llora tanto.

—Bueno, búscalos y vamos a un lugar.

Me monté en su carrito y me llevó a ver al Dr. Arturo Escobar, en la clínica de calle 17 entre C y D, habló con él personalmente... Lo primero que le hicieron fueron análisis, lo revisaron completo y después el médico me preguntó:

—Señora, ¿cuántas veces usted le da agua al niño?

Celia se rio muchísimo y le dijo:

—Te la voy a dejar aquí para que sea paciente tuya.

Este médico atendió a mi hijo y después a la niña. Celia quería que le pusiera Alejandra —por el nombre de guerra de Fidel—, si nacía el 13 de agosto, pero nació un día después.

Otra vecina, Nora Rodríguez García, mantiene vivos los recuerdos de Celia:

Una de esas noches que trabajaba hasta bien tarde, me llamó por teléfono para pedirme, prestado, un paquetico de café. Y de verdad que era prestado.

En varias ocasiones se preocupó por mi niño, Robertico; él acostumbraba a subirse en el tejado del edificio de la guarnición, y ella siempre me decía:

—Nora, no le vayas a pegar, solo regáñalo o castígalo.

De pequeña, Ana Lourdes Cantero Arenas también tuvo la protección de Celia. Padecía de bronquitis asmática, vivía en el edificio de al lado con su mamá, tosía mucho de noche. En una de las visitas del Che a la casa, comentó que esa tos era producto de la humedad, lo afirmaba alegando que él —asmático también— la sentía en los apartamentos. Empezaron las mudanzas de esta familia, hasta erradicar la niña el problema de salud en el apartamento número 2 del mismo edificio, donde vive actualmente.

Migdalia H. García García

Siempre fue muy preocupada por sus vecinos y los miembros del CDR. Recuerdo que al lado de mi casa vivía la compañera Regla. Un día, a su hija le dio un fuerte ataque y yo no sé cómo Celia se enteró, pero enseguida estuvo en su casa para ofrecerle los primeros auxilios. Ayudó mucho a esta familia.

Esta actitud la fue cultivando desde muy pronto en los niños suyos, no solo porque la veían actuar con ese fino sentimiento, sino porque muchas veces fueron partícipes de actos que podían educarlos en ese sentido.

Creo que lo intentó por primera vez conmigo, en uno de los momentos más difíciles de la familia del Morito —el compañero que me llevó de El Naranjo a Manzanillo cuando vine para La Habana—: el fallecimiento de su niña de solo diez años. La pequeña padecía de lupus eritematoso. A través de él supe que habían valorado mandarla a la República Democrática Alemana; pero según los especialistas, aquí había los medicamentos necesarios. Ya se tenía la experiencia de otras personas con la misma enfermedad, que viajaron a Alemania para curarse y, finalmente, habían fallecido. En Cuba ya se estaban aplicando los tratamientos para este tipo de dolencia. A pesar de la ocupación especial de Celia, no fue posible salvar su vida.

Esa noche, mientras mi madrina buscaba la ropa que se ponía, me dijo: “Prepárate que vamos a salir”. Me puse

contenta, era costumbre que me llevara a algún lugar, aunque al instante me quedara dormida. Esta vez, desde que salimos en su auto me fue explicando adónde íbamos, no me era familiar Calzada y K. “Ahora vamos para la funeraria, donde está tendida la niña del Morito. Ella falleció hoy por la mañana”. Sé que mis ojos aumentaron de tamaño. La palabra muerte me hacía suponer algo desagradable; por momentos sentía un miedo, que desaparecía al saber que mi madrina estaba a mi lado.

Antes de llegar a la puerta del ascensor, me dio algunas instrucciones, yo nunca había puesto mis pies en un elevador. “Mientras esperamos a que llegue debes situarte a un lado, nunca frente a la puerta, para no obstaculizar la salida de las personas que vienen en él. Cuando entremos a la sala donde está tendida la niña, buscas al Morito, le das un abrazo y un beso. Ese es el pésame, debes hacerlo porque él te quiere mucho”.

El Morito agradeció nuestra presencia; permanecimos con él algunas horas. No sé en qué momento me dormí; desperté cuando madrina me llamó para volver a casa. Esa noche sentí miedo, no podía conciliar el sueño. Al otro día no me atrevía a cerrar la puerta del baño, me parecía ver a la niña del Morito en todas partes. Con el tiempo esa sensación pasó, y con los años fui aprendiendo que es un gesto de solidaridad hermoso con las personas que una quiere.

Para Ernesto Pérez Liem, un vecinito que nació con serios problemas en la vista, Celia también es inolvidable. A través de ella se pudo operar en España. Actualmente trabaja como terapeuta en el policlínico Rampa. Ernesto me contó cómo era su comunicación con mi madrina, cuyos diálogos siempre tenían un mensaje educativo.

Tendría alrededor de nueve años, cuando tomé dos nísperos de uno de los árboles que estaban sembrados en la cuadra. Fue un sábado y el domingo por la mañana, uno de los guardias se dirigió a mi casa para entregar una caja de cartón, sellada, llena de nísperos. Pasados algunos días me topé, accidentalmente, con Celia y me preguntó:

—¿Recibiste lo que te mandé?

—Sí, Celia, muchas gracias.

—Bueno, chico, cuando tú quieras comer níspero me los pides.

A Ernesto, como a los demás pequeños de los alrededores de 11, nos hizo muy feliz crecer rodeados de árboles frutales, plantas ornamentales, animalitos que andaban sueltos por dondequiera: una cotorra, dos monitos, varias gallinas que Marina, como vivía en la planta baja, alimentaba diariamente.

Orlando Almaguer Castillo hacía guardia en el frente de mi casa. Había empezado a trabajar allí desde 1964. Siempre admiró a Celia por la combinación de su carácter, fuerte y sensible. Tuvo la oportunidad de conversar varias veces con ella al entrar o salir de la casa.

Manifestaba mucha preocupación por los vecinos. Bueno... no solo por los del barrio, también por los combatientes. Como yo era de la Seguridad del lugar, pude apreciarla como una compañera más. Llamaba mi atención cómo se inquietaba por la custodia de Fidel

No recuerdo que ninguno de nosotros, los que trabajábamos haciendo guardias, le hiciera un pedido. La mayoría teníamos grandes necesidades y problemas serios de vivienda; pero no pedíamos por consideración y respeto a su trabajo.

Un día ella le dijo a Miriam, su prima, que con discreción se interesara por las dificultades de los compañeros de las postas, porque estaba segura de que no se lo iban a plantear. Así se satisficieron los problemas de muchos compañeros, como fue el caso del propio Almaguer.

A mí me resolvió el apartamento que tengo actualmente. Yo vivía agregado en Marianao, en casa de una prima. Mi esposa y yo dormíamos en el sofá y el niño en un butacón.

Entonces existía un escalafón para aspirar a una vivienda, pero yo era de los últimos, por lo tanto debía esperar unos cuantos años. Ese día, en una conversación de rutina con Miriam, con quien acostumbraba a sentarme en el banco de la entrada y conversar de cualquier tema, pues había confianza para ello, me preguntó dónde yo estaba viviendo, y le conté... Nunca me imaginé el objetivo de aquel intercambio, de ser así, no me hubiese atrevido a contarle nada de eso.

Almaguer no olvida una de las acciones más conmovedoras de Celia con su familia:

Después de que empecé a vivir en 11, al niño mío se le presentaron diarreas y vómitos. Se llevó dos veces al hospital infantil y le dijeron que no había camas para dejarlo ingresado. Yo estaba muy preocupado y ese día me tocaba la guardia. Celia me vio triste y me preguntó:

—Y a ti, ¿qué te pasa?

Esta vez sí le dije:

—Mire, Celia, el problema es que el hijo mío tiene vómitos y diarreas y no hay cama en el hospital.

—Dile a Dora [su esposa] que vaya al hospital infantil a ver a la doctora Bantú de parte mía, y le plantee la dolencia del niño.

Enseguida apareció la cama.

Sin embargo, en una ocasión que yo estaba de guardia, vino el jefe que atendía la “zona congelada”,² vivía cerca, en la otra cuadra de esa misma calle 11; él tenía que ver específicamente con las viviendas. Ese día le planteó a Celia que tenía que hablarle sobre la necesidad de un compañero oficial; cómo gruñó y qué rápido le dijo:

2 Área con determinadas restricciones, dada la ubicación en ella de instalaciones estatales o militares.

—Ven acá, chico, tú cada vez que vienes aquí es para hablarme de casas para oficiales, nunca vienes con un problema de un compañero, un guardia de aquí. Mira, retírate, voy a pensar cómo resuelvo eso.

Mi madrina pensaba más en los más humildes. Para ella lo primero que se debía atender eran los casos con serios problemas de índole social. También de Almaguer es el siguiente recuerdo:

Una madrugada de un frío de esos que pelan, Celia entró y vio a uno de nosotros sin abrigo.

—¿Cómo usted anda así, desabrigado, con este frío?

—¡Es que no tengo abrigo! —contestó apenado.

Al día siguiente mandó a Esteban Valcárcel a tomar las medidas de cada uno de los compañeros que hacían guardia. Muy rápido se nos entregó abrigos. Pasados unos días nos dieron un módulo de ropa a las postas igual que el entregado a las escoltas. Esto se hizo extensivo a los demás guardias.

Otra noche fría, bien de madrugada, bajó una botella de coñac y me dijo:

—Almaguer, llama al oficial de guardia y dile que baje para que le reparta un buchito a cada uno.

Cuando Fidel iba a hablar y se dirigía al pueblo, ella bajaba un televisor chiquitico y lo ponía a la entrada de la posta del centro. Para los que cubrían las garitas y otras posiciones, les entregó un radio, así podíamos ver o escuchar al Comandante, lo mismo ocurría al tratarse de eventos internacionales de pelota: jamás nos perdíamos un juego entre Cuba y Estados Unidos.

Celia era muy cuidadosa de cada detalle relacionado con la atención de nosotros. Le tenía dicho a Ernestina que cuando se fuera para su casa, repartiera dulces y café a los compañeros de guardia y esto se

hizo religiosamente todas las noches, en ocasiones lo hacía Eugenia.

¡Anécdotas!, tengo para hacer un libro.

Una vez, un custodio del Palacio de Convenciones, como no la conocía, no la dejó entrar, entonces ella le dijo:

—Mira, ahí te dejo el carro, porque aunque sea a pie yo tengo que pasar.

Después de este incidente, siempre se ubicó en los lugares donde se efectuaban estas actividades a guardias que llevaran tiempo ejerciendo la función y conocieran bien a las personas convocadas.

Hoy conservo cada vivencia con mucho cariño y también su imagen, vestida de verde olivo, como me gustaba verla.

René Curiel Martín es uno de los guardias que más recuerdo de niña, después de tantos años he podido contactarlo, me ha dado gran satisfacción que compartiera conmigo sus recuerdos de mi madrina. Trabajó en esta guarnición desde septiembre de 1964 hasta 1969, año en que fue trasladado a la unidad de calle 160. En 1974 él volvió para la calle 11 y allí se mantuvo hasta jubilarse en 1989.

Regularmente los compañeros de nueva incorporación, como Curiel, eran ubicados alrededor de la manzana que bordeaba la casa, para hacer las guardias en diferentes lugares e ir familiarizándose con el trabajo de la guarnición, donde podían laborar como soldado, centinela u oficial. En la medida en que se iban adaptando y conociendo a los vecinos, así como el trabajo específico: la Seguridad de la residencia, pasaban a ocupar las tres postas más importantes de la cuadra. Por estas posiciones rotaban cada dos días.

René Curiel Martín

Recorría las diferentes postas y una ocasión que me encontraba de guardia en la azotea, coincidimos. Enseguida recibí su cordial saludo. Fue una de las

dirigentes más conversadoras y observadoras, admiré su constante preocupación por el bienestar de cada uno de nosotros. No sé cómo se la ingeniaba para saber si teníamos vivienda, ¿cuántos hijos?, ¿cómo nos relacionábamos con la familia?, en fin, muy al tanto siempre de que nada obstruyera nuestro trabajo y nos dedicáramos estrictamente a eso: ¡cuidar al Comandante!

A veces trabajaba hasta horas de la madrugada, otras veces la sorprendía el amanecer. Nosotros la veíamos.

Personalmente le estaré muy agradecido, porque cuando mi papá enfermó —sufrió las secuelas de varias trombosis—, mis hermanas allá en Las Villas [hoy Villa Clara] me escribieron, planteándome que el viejo necesitaba una silla de ruedas, yo lo comenté con alguien, no recuerdo si fue con Conde —un compañero que realizaba diferentes tareas dentro de la casa—, ella se enteró, me mandó a llamar para que le explicara cuál era mi problema. Celia resolvió la silla.

Mi padre vivió después de eso alrededor de cuatro o cinco años y la silla continuó dando ruedas, ni yo sé la cantidad de personas que la usó.

Cuando me casé fui a vivir a la casa de un hermano en La Habana Vieja. Celia indicó que se me entregara una vivienda, no solo a mí, sino a otros que la necesitaban. Su vida estaba centrada en resolver problemas.

Fidel venía todos los días, no había hora, ni minuto exacto para su entrada o salida. Cómo le gustaba comer mandarinas de las que estaban sembradas en la cuadra, nosotros éramos incapaces de coger una fruta de esas. Nuestra disciplina era militar. El reglamento precisaba muy bien que nuestra misión consistía en cuidar al dirigente, garantizar su integridad física, no darle más preocupaciones de las que tenía.

Recuerdo que mis compañeros Ávila y Miguelito fueron trasladados hacia otra unidad. El día que Celia tropezó con uno de ellos, le preguntó:

—Y ustedes ¿dónde están que ya no los veo?

Se quedó asombrada cuando el compañero le explicó.

—¡Cómo que se los llevaron para allá?

Apenas unos días después estuvieron de vuelta a la guarnición de 11. Ella nos tenía como familia.

Me acuerdo de la preocupación por sus niños. De ti..., nos dio la indicación de que te despertáramos, primero a las cinco de la mañana, para que fueras a los ejercicios ortopédicos antes de la escuela; luego cuando te becaste y venían todos de pase, a las seis. Siempre estuvo al tanto de que les hicieran sus camas, sus escaparaticos. Ustedes andaban muy limpiécitos y muy correctos. Yo creo que fue tanto su ejemplo que se impregnaron de esos buenos modales, de la educación revolucionaria. Ese fue su estilo de vida con las personas que quería.

Aquí venían campesinos con niños que presentaban situaciones difíciles y siempre Celia encontró la tramitación correcta. Cuando se asomaba al balcón y veía a alguien, llamaba a la posta:

—¿Quién es la compañera que está ahí?

La orientación que teníamos era mandarlas para Palacio, darles la dirección y que la vieran allí en horario de trabajo. Nosotros no podíamos dejar pasar, teníamos que comunicárselo y las personas llegaban a cualquier hora. Un día hubo una compañera con dos o tres muchachos de diferentes tamaños —nos vimos en aprieto—, pero por una vía u otra, ella se enteraba y resolvía. Esta vez y otras, me dijo:

—Pásamelos para acá.

Ya adentro mandaba a buscar un carro a Palacio y los trasladaba para un hotel o casa de visita, hasta darles respuesta. Nunca se quedó nadie en la calle.

En otra oportunidad que yo estaba en la posta de la calle 12, la que colinda con el parqueo de la casa de su hermana Silvia, llegó una señora que venía de Oriente, sobre las cinco de la tarde; traía cinco o seis muchachitos que oscilaban entre cuatro y diez años, no más. Le expliqué dónde tomar el ómnibus para ir a Palacio y llorando me decía: “¡Yo no soy de aquí!” Aquellos niños empezaron a llorar también, a mí me dio tremenda lástima y llamé a Silvia, le expliqué qué estaba sucediendo y enseguida los mandó a pasar a su portal.

La campesina decía que había estado viajando en tren desde hacía dos días, que no sabía cómo había llegado y estaban sin almorzar, ni comer desde el día anterior. Silvia les brindó pan y refresco, que los muchachos devoraron en segundos. Yo me sentí aliviado, pensé: “Ya están encaminados”. Entonces Silvia llamó a Celia y le informó. Esta los mandó para el hotel Sierra Maestra, al otro día fueron trasladados a Palacio donde los atendió. Nunca le dio la espalda a nadie, era una esponja, se le pegaban los problemas; pero qué voluntad para resolverlos.

Trabajar con Celia fue un premio divino.

Los vecinos del barrio y los trabajadores de la calle 11 veían en Celia a una persona de pensamiento de avanzada, progresista, y humanista en extremo.

Luego, a quien vivía de manera intensa, la veía tan natural, disfrutando las mañanas apacibles, porque no le gustaba sentirse agitada, hacer las cosas con premura, por eso evitaba contratiempos. Es difícil imaginársela enfrentando tantas acciones: trabajo en su oficina, reuniones en la casa, guardias en el CDR, recorridos en las noches y madrugadas a diferentes centros laborales, trabajos voluntarios...

Vestida con ropa de trabajo y machete en mano en medio del cañaveral, entre su pueblo, la vi muchas veces —hasta dos al día: por la mañana y después de las reuniones o trabajo de la tarde—afanada en el corte de la caña, entregada al surco, como si con la arrimada de ese momento fuera a

oír el grito: ¡Cumplimos! Corría 1970, eran los tiempos de la Zafra de los Diez Millones. Era la cifra que el Gobierno se había propuesto para ese año.

A estos campos acudía con los vecinos del barrio, trabajadores de la Oficina de Asuntos Históricos, de centros cercanos y los niños de la casa y los alrededores. Nos levantábamos a las cinco de la mañana. Al principio nos disgustaba un poco el “de pie”, por la hora, después se hizo normal y disfrutábamos de la actividad con muchísimo entusiasmo, y era que el suyo nos contagiaba a todos. Ayudaba a la organización desde que subíamos a los camiones, en el horario de merienda, almuerzo y durante la retirada.

Por estos años, otras movilizaciones contribuyeron a la reconstrucción de numerosas obras, como los hospitales Oncológico y Piti Fajardo, el estadio Latinoamericano; a la aceleración del complejo recreativo Parque Lenin, Jardín Botánico, Zoológico Nacional, donde se cortó tanto marabú como árboles se plantaron; igual participamos en la siembra de posturas de café, desyerbe de surcos, en fin...

Cuando íbamos a Güira de Melena a la recogida de papas, Celia nos explicaba con cuáles llenar el saco. “No echen las papas malas —nos enseñaba una—, porque estas pudren las demás y se echan a perder todas”.

Los mayores evaluaban el trabajo de los chicos, nos estimulaban y nos sentíamos felices. Por supuesto, nos asignaban tareas ligeras. A veces hasta discutíamos: “Yo hice más”. “Yo hice tanto”. Madrina enseguida decía: “A ver cada una por su lado”. Eso era hasta que llegábamos a la casa, después como si nada... juegos, risas, cuentos. Entonces Celia comentaba: “Los muchachos son así, de momento discuten, de momento están jugando”.

Para estas actividades, las hembras éramos más entusiastas, los varones más lentos, por eso un domingo nos fuimos sin ellos.

Cuando regresamos, Celia se sentó con Fidelito y Tony en la sala. Luego de indagar que había sucedido, les dijo:

—Bueno, no fueron a la recogida de papas, pero hay otras labores que hacer. El jardín de la Oficina lo pueden limpiar —se refería a la Oficina de Asuntos Históricos—. Y fue un poco cómico, porque cada vez que mi madrina

iba y atravesaba el jardín, ellos corrían emocionados y le decían:

—¡Mamía, Mamía, mira qué lindo nos está quedando!

Mi madrina los estimulaba, pero a la vez les sugería qué podían hacer para que luciera más bonito. Al final, los muchachos se sintieron orgullosos de su trabajo, aunque pasado el tiempo se dieron cuenta de que la autora principal, de que el jardín quedara bonito, había sido ella misma.

La semana homenaje por la victoria de Playa Girón nos declarábamos de “cara al campo”. Los muchachos se iban de vacaciones, pero madrina y yo nos levantábamos bien temprano para los trabajos voluntarios. Ella no paraba, merendaba algo, después almorzaba y se acostaba en el piso a descansar un ratico, luego continuaba. Yo no sé de dónde sacaba tanta energía.

Si tenía alguna reunión o viaje de trabajo, iba con su hermana Griselda, Guite. A veces pasaba temporadas completas en la zona de Güines. Me divertía con ella, era muy ocurrente; también le gustaba hacer maldades. Una vez se disfrazó de diablo, y creo que la más asustada fue ella misma cuando vio que a una compañera casi le provoca un infarto; la pobre mujer se impresionó tanto, al levantarse a media noche para ir al baño, y ver delante al mismo diablo.

En otra ocasión se escondió detrás de los árboles, donde las parejas iban a romancear, ella salió con sus espejuelos encendidos —tenían bombillitos— y el disfraz del diablo. ¡Qué correcorre!

También llevaba animalitos de goma: lagartija, araña, ratón. Esta mañana que les cuento, acomodó el ratoncito dentro de un pan, a la hora del desayuno. Estaba sentada, esperando que viniera con las bandejas y con qué tranquilidad sacó su pan con ratón —nadie sabía lo que había tramado—, empezó a morderlo, parecía que estaba comiéndolo de verdad. Cuando aquel bicho asomó la cabeza, el rabo o las patas, qué sé yo, el alboroto en el comedor fue tremendo.

Los hermanos Sánchez Manduley eran así de malditos desde niños. Después de la broma, partimos para las plantaciones de girasol que esperaban por nosotras.



Estas jornadas productivas y totalmente voluntarias eran acciones espontáneas, entusiastas, que expresaban el apoyo masivo del pueblo a la obra transformadora de la Revolución. En nuestro barrio en particular, aunaron mucho a su gente, las relaciones se estrecharon y la armonía continuaba reinando entre los vecinos.

Cuando asistíamos al Parque Lenin, decía que estábamos construyendo “el pulmón de la ciudad”. Celia interpretó de manera genial la idea de Fidel de crear un complejo de esparcimiento para la población. A esta gran extensión de tierra en construcción vino el pueblo a brindar su esfuerzo. Acá también estuvieron nuestras manos infantiles para acciones menores y para ir conociendo lo que el hombre es capaz con su trabajo.

Allí vimos descargar carretas llenas de piedras, echar abajo áreas enormes de marabú, limpiar el río de desechos; levantar restaurantes preciosos en un medio casi natural.

Por fin llegó la inauguración del Parque Lenin, Celia estaba muy contenta, había logrado una de sus obras más importantes. Ese día nos permitió montar a caballo mientras concluía una reunión. Rápido aprecié la diferencia entre estos y los montañeses que yo veía en la Sierra. Los del Parque Lenin eran de raza, moros, bien cuidados. Monté con temor y para colmo en un momento descuidé las riendas; el animal salió a todo galope hacia un árbol donde mi madrina, Lucy Villegas, la directora del centro, y otros compañeros de su equipo estaban reunidos. Increíblemente se detuvo allí —luego supe que era su lugar de descanso—; pero cuando el caballo paró ya mi gritería había interrumpido la reunión y alarmado a los presentes. Gracias al domador de las bestias la situación no fue peor. Pocas veces vi a mi madrina tan seria y disgustada conmigo. Ella no admitía que la entorpecieran.

Rolando Mosquera Cáceres

En aquel lugar maravilloso también se inauguró el campamento Volodia para que los niños practicasen la vida en campaña.

Celia nos había dado unas tiendecitas para acampar. Era un lugar muy llano, en el verano llovía mucho y se anegaba en agua. Entonces orientó, a través de la organización de pioneros, que buscaran un lugar más alto. Esa tarea me la asignaron.

Al lado del restaurante La Ruina encontré el lugar idóneo. Allá me mandó lozas hexagonales para el piso de un pequeño teatro, pero como envié tantas empecé a hacer una carreterita para que las personas no se enlodaran los pies.

Empeñado en esta idea mandé a retirar los camiones de ese espacio. De pronto me percaté de que otro carro se había parqueado frente a la dirección y grité:

—¡Ese yipi, también para la cuneta!

Celia me tocó por la espalda y me dijo:

—Es lo que usted dice, director, ¡para la cuneta!

Yo me quería morir, pero nada... trasladó su auto como los demás.

Le empecé a explicar:

—Mire Celia, usted me mandó muchas locitas y decidí hacer un camino para mantener la limpieza los días de lluvia.

—Anota, Efreem: más locitas.

Le enseñé los baños de las niñas que no tenían nailon en las puertas y dijo:

—Anota, Efreem: nailon.

Seguimos para el resto de los baños, hacía falta proteger las entradas y nuevamente dijo:

—Anota, Efreem: más nailon.

Efreem formaba parte del equipo de trabajo de Celia. Todos sonreímos por la forma tan sencilla y directa en que daba las órdenes. Así fue solucionando cada problema que encontramos durante el recorrido.

En 1978, Volodia pasó a ser un centro de exploradores de la provincia.

Al Celia enterarse de que practicábamos campismo y habíamos aumentado la matrícula, mandó a comprar el toldo para hacer las tiendas de campañas. Ella misma comprobó que el agua no filtrara.

Cuatro años después, en 1982, Fidel ideó fundar en un lugar que le dicen La Lola, el campamento de exploradores Celia Sánchez Manduley. Aquí logré hacer un museo en su memoria. El Comandante lo inauguró ante los pioneros exploradores, trabajadores y vecinos del barrio.

Han pasado los años y recuerdo a Celia inmersa en todas esas labores como si estuvieran sucediendo.

Madrina apenas descansaba. Por las noches visitaba distintos centros; muchas veces me quedé solita en casa; otras salía con ella. Si me preguntaba: “Eugenita, ¿tú quieres...?”, sin dar respuesta estaba en pie. Eso sí, tenía que andar bien rápido porque fácilmente podía dejarme.

Visitaba la sede de la revista *Bohemia* y el Departamento de Redacción del periódico *Granma*. Leía las noticias más importantes relacionadas con el partido y con otros acontecimientos nacionales e internacionales. Según afirmaba Jorge Enrique Mendoza, director del periódico, poseía un gran sentido de la política nacional y extranjera: sus comentarios y análisis coincidían con lo que sucedía después.

También la acompañé al Palacio de Convenciones y a otros centros que, al llegar, me daba gusto verla saludando al portero, a la recepcionista, a los trabajadores en general, con quienes entablaba diálogos sobre la moda, alguna enfermedad, necesidades, consejos, solución a inconvenientes. Después continuaba su trabajo.

Celia prefería hacer los recorridos sola, manejando su automóvil o yipi plástico. A veces la acompañaba alguna amiga, con frecuencia era Migdalia que, al describirme uno de esos viajes, me contó:

Nunca aceptó comida en ningún lugar para evitar que hicieran comentarios y dijeran que había ido a comer o que prepararan banquetes con motivo de su visita. Una vez fuimos a Varadero por gestión de trabajo, llevó café y palitroques para el camino. Me decía: “Esto es más barato”.

En el lugar planificado, nos invitaron a almorzar y ella...

—No, ya nosotras almorzamos. ¿Verdad, Migdalia?

—Sí, sí, cómo no —contestaba yo.

Después de concluidas las reuniones, el control, todo lo previsto, regresábamos; pero ya en el horario de comida. Entonces por el camino hacíamos algunas paradas y nos invitaban a comer, y Celia...

—No, qué va, si ya nos invitaron y nos están esperando más adelante. ¿Verdad, Migdalia?

—Sí, sí y menos mal que se acordó.

Ese día yo tenía un hambre tremenda, me aumentó cuando vi unos frijolitos colorados que me parecían exquisitos. Yo me los hubiera comido hasta con pan. Pero nos mantuvimos aquel viaje a palitroque y café.

Tenía una resistencia increíble. Llegaba a su casa y se alimentaba como un pajarito, sin horarios, salvo algunos fines de semana que compartía con nosotros. Luego arribaban los hermanos, otros familiares, amigos y tenía tiempo para ellos y para pasarla bien. Era el momento de risas y algarabías que disfrutaba a plenitud. Sin ponerse de acuerdo, podían ir entrando uno detrás de otro, como sucedió aquel domingo que, estando en casa Griselda y Miriam, llegaron Silvia, Flabia, Acacia, Manuel Enrique y Orlando.

Ese día hicieron el recuento de no sé cuántas maldades de su juventud. Una anécdota sucedía a otra, llegó el momento en que la risa era tan contagiosa que no había quien parara. A mí se me grabó uno de los cuentos de Orlando.



Resulta que el jefe de la Policía de Pilón era amigo del doctor Sánchez, el padre de ellos. Él tenía un caballo blanco, fuerte, lindo, y mi madrina le dijo a Orlando que lo trajera amarrado con un cinto y lo entrara a la casa. Llenaron el piso de periódicos, tomaron pintura verde, unieron mercurio cromo y se dieron a la tarea de pintar al animal. Le pusieron un letrero que decía: ¡SE RIFA, CÓMPRAME!, luego le colocaron una lata en la cola y el caballo salió para el pueblo al galope.

Al otro día, el dueño fue a casa del doctor Sánchez a comentarle lo sucedido. Los muchachos corrieron a esconder las evidencias que aún pudieran estar visibles: macetas, latas y todo lo que estuviera pintado de verde.

Orlando continuó el relato:

—Papá decía: “Esto no tiene nombre. ¡Cómo hacerte eso, si tú eres el policía del pueblo! ¡Qué barbaridad! Es un crimen lo que le han hecho a tu animal, tienes que hacer algo”.

—No... y a la hora del almuerzo —recordó Quique, el otro hermano— papá dijo lo que le había aconsejado al jefe de la Policía: “que cuando aparecieran los culpables, lo menos que podía hacer era ahorcarlos”. Entre risas que no podían detener, concluyeron diciendo que ese día casi ni almorzaron.

Así de divertidos eran los encuentros con sus hermanos. Se iban estos y llegaban los compañeros con quienes empezaba a trabajar hasta casi el amanecer.

A Fidel lo veíamos a veces por televisión, cuando pronunciaba sus discursos. Quien estuviera en la casa debía sentarse junto a ella para escucharlo, nadie podía interrumpir, ni siquiera las llamadas telefónicas; de ocurrir alguna, Celia mandaba a decir al que fuera que se pusiera a oír a Fidel y después de terminado el discurso la llamara.

En ocasiones en que Fidel llegaba a casa, Ernesta o Ana Irma comentaban: “¡Qué tarde vino el Comandante!”, y así me fui dando cuenta de la responsabilidad que tenía sobre sí; sumaba lo que veía en la televisión y noticias que leía en la prensa e iba deduciendo que realmente trabajaba mucho: viajes constantes a fábricas, campos agrícolas, escuelas, minas, instituciones, centrales azucareros,

enfrentaba tareas específicas en el orden de la política y de la ideología, priorizando la preparación combativa del pueblo, creación y consolidación de las organizaciones estatales, así como el seguimiento de los acontecimientos internacionales. Ese cúmulo tan diverso de acciones me hizo comprender que descansaba muy poco, igual que mi madrina.

Pero los domingos, si no había trabajo voluntario, sentada en el balcón disfrutaba el deleite de su café matutino; luego, inclinada en la baranda, mientras fumaba su cigarrillo se encantaba mirando los árboles que adornaban la cuadra, los animales en movimiento, los vecinos en su ir y venir. Nutrida de ese goce espiritual, se dirigía entonces al comedor o a la cocina para desayunar.

Uno de esos domingos, recién cumplidos mis once años, fui a saludarla; ella se puso frente a mí, miró a su alrededor y haciendo notar que también hablaba con Ernesta, Ana Irma y Martha, esperaban alguna orientación o simplemente compartían ese horario con ella, me dijo:

—Eugenia, aquí hay que ganarse el almuerzo, así que tienes que aprender a cocinar. Ernesta, tú te vas a encargar de enseñarle todo lo de la cocina. Irma, tú enséñale a lavar su ropa y la cabeza para que cuide su cabello y Martha, te encargas de que aprenda a limpiar la casa.

Cuando creciste un poco —recuerda Ana Irma—, Celia me dijo: “No tienes que hacerle nada; que lo haga ella, porque tiene que aprender a lavarse la cabeza, bañarse y hacerse sus cosas” y estuvo pendiente de que así fuera.

Para Celia el domingo era un día como otro cualquiera, no dejaba de visitar los centros de trabajo que hubiera priorizado, fundamentalmente aquellos cuya producción del día era imprescindible para cumplir los planes económicos. En el trayecto se detenía ante niños que se le acercaban o iba bien despacio en su auto y les repartía caramelos o los llamaba para regalárselos. Le encantaba oír las expresiones infantiles.

Cuando regresaba a la casa, si coincidía con nosotros en el almuerzo, le preguntaba a Titi:

—Ernesta, dime, ¿cómo se portó Eugenia?

—Celia, se ganó el almuerzo —le decía con una sonrisa picaresca.

De inmediato aparecía su mirada de satisfacción y de complicidad con Titi, yo sentía tremendo orgullo, aunque en realidad cocinaba muy poco, aprendí a hacerlo bien cuando me casé. El interés porque aprendiera a cocinar se debía a que a mi madrina le gustaba guisar, aunque moviera los cucharones un instante; las compañeras de la casa no la dejaban, no le daban tiempo. Su trabajo tampoco se lo permitía pero a veces deseaba comer lo que elaboraba. En las demás tareas hogareñas con una simple inspección o pregunta a Ana Irma y a Martha, era suficiente para darse cuenta de que iba bastante bien.

Hubo momentos en que Fidel venía más a menudo a la casa y los diálogos eran más frecuentes. En una de esas ocasiones, Celia le dijo:

—Ya la muchachita está aprendiendo a hacer de todo dentro de la casa: cocina, lava y limpia.

—Eso está muy bien; pero los varones también tienen que aprender.

Y los muchachos fueron trabajadores y preocupados por las cosas de la casa: se acostumbraron a fregar lo que usaban en la cocina, a mantener organizada la habitación, incluyendo las camas tendidas. Siempre hubo quien se destacó más en una cosa que en otra, por ejemplo, si Exiquio estaba en casa, nadie se atrevía a colar el café, porque a Celia y a Fidel les gustaba como lo hacía.



Estelas de la guerra

*Esa es la guerra verdadera:
una guerra en que se muere,
y en que se ríe. [5: 319]*

“Yo quisiera que tú hubieras visto... no sé cómo se supo que yo era el padre de Celia... ¡Cómo venían las enfermeras a conocerme! Todo el mundo venía a conocer al padre de Celia. Mira ¡qué cosa esa! Yo que en el instituto y en la universidad fui dirigente hasta que me gradué; y en Media Luna, una personalidad reconocida, ahora he pasado a ser el padre de Celia. ¿No es grandioso?” “Mientras me lo contaba, yo apreciaba la felicidad en su rostro; entre los hermanos sucedía igual. Esta anécdota, de cuando papá estuvo ingresado en el Calixto García y lo trasladaron para hacerle una placa —precisa Silvia—, da la medida de hasta qué punto Celia impactó en nuestras vidas. Ella dejó un recuerdo imborrable en nosotros. Su impronta está en lo que sus hermanos también hacíamos”.

El doctor José Joaquín Ojeda Guerra conocía a mi madrina desde antes de la guerra, nunca la había visto; pero

por los cuentos de Felicita Ortiz —miembro del comité del Partido Socialista Popular en Manzanillo, enlace entre el partido y las demás organizaciones— se la pudo imaginar. Ahora rememora aquellos tiempos y me cuenta:

Durante esa etapa los comunistas trataban de hacer relaciones con personas progresistas y revolucionarias. Dos de los primeros contactos de Felicita fueron Celia, de quien hablaba mucho con mi mamá, y el doctor René Vallejo.

Ellos ya hablaban de que Celia era una mujer liberal, independiente, de condiciones humanas excepcionales, y sabían que podían confiar para cualquier tarea. Este criterio se acentuó después del desembarco del *Granma*.

A mí me llamó mucho la atención el hecho de que hubiera querido viajar a México para venir con los expedicionarios; no lo hizo porque ni Frank País, ni la dirección del Movimiento Revolucionario se lo permitieron. A Celia la necesitaban en los preparativos para apoyar el desembarco de los futuros guerrilleros.

La compañera Ana Irma Escalona Ramírez conocía de los movimientos de Celia en la ciudad y su preocupación por los sucesos a raíz del desembarco.

Cuando ella supo que Fidel estaba vivo, viajó a Santiago de Cuba para mandarle noticias de cómo estaba el movimiento de las tropas en las carreteras y la situación en general. Para poner en práctica su plan se disfrazó. Silvia, su hermana, le hizo una saya y una blusa de maternidad. Con ese vestuario, una barriga discreta y unos zapatos colegiales de correas —que me pidió que le comprara—, se puso unos espejuelos blancos con arito negro, recogió sus cabellos con un pañuelo como lo hacen las campesinas, y emprendió el viaje acompañada de Eugenia Verdecia, *Geña*, una muchacha muy guapa también.

Cuando mataron a Frank, se organizó una huelga. Celia hizo cartas para los comercios con la indicación de que cerraran. Eran setenta. Me pidió que las echara en el correo, a pesar de que allí había un guardia; me acompañó una amiga. Por el mediodía deposité treinta y por la noche el resto. Todas llegaron a su destino y se hizo la huelga en Manzanillo.

En la casa de una compañera que nombrábamos Ángela, se preparaban los paquetes: mochilas, cananas, botas para enviar a la Sierra. Como la situación climática no era buena, Celia quiso hacerle un *jacquet* a Fidel para que no se mojara, habló con la mujer de Héctor Lloppis para que lo hiciera, se lo forró con nailon. Después hizo otros para los demás guerrilleros.

Conocí por Lilia Rielo Rodríguez, fundadora del pelotón Mariana Grajales, que la idea de la mujer como guerrillera fue de Fidel, la expresó el 17 de febrero de 1957 en reunión con la dirección del MR-26-7. En esa ocasión habló de la necesidad de la mujer en la guerrilla y en el clandestinaje. Seleccionaron para el pelotón femenino el nombre de Mariana Grajales Coello (1815-1893), en recordación a quien para siempre será símbolo de la mujer cubana combativa y revolucionaria.

Los comentarios de Lilia sobre la patriota insigne y sus comparaciones con mi madrina durante toda la etapa combativa, me llenaban de orgullo:

La pionera de este pelotón fue Celia, lo demostró en el combate de Uvero. Fue su principal baluarte; hasta en el diseño del uniforme, estuvo su voz. Primero, Fidel quería un mono como uniforme. Celia dijo: “No, no. Y cuando tengan que orinar, se van a quedar en cueros”.

Se preocupaba por los más mínimos detalles, era capaz de conocer el estado anímico de cada una con solo mirarnos: ¡la madraza de todos! Exquisita, sencilla en grado superlativo, amable, en ella se conjugaba una serie de cualidades muy difíciles de encontrar

en una sola persona. El enojo no era su fuerte, sin embargo, cuando se enfurecía lo que le salía de la boca no eran flores precisamente, como el día que le escuché decir: “la fletera esa”, y no era normal que usara palabras groseras.

Nos pasábamos días sin bañarnos, sin embargo, cuando hallaba una flor, se la colocaba a un lado del cabello, se pintaba... ¡por tu vida, qué femenina era! Nosotras aprendimos esos detalles con ella.

Generalmente no había almohadillas sanitarias, rompíamos cualquier ropa para utilizar los trapitos. En mis días de ciclo menstrual yo usaba mis medias. Cuando necesitaba lavarla, corría al arroyo y utilizaba la otra. Así hacían las demás compañeras del pelotón.

Una vez fuimos a cruzar un arroyuelo crecido y un campesino nos gritó:

—¡Cuidado que ya se llevó una vaca!

Isabel, mi hermana, le dijo:

—Pues ahora se va a llevar unas cuantas vacas, porque vamos a pasar.

Hicimos una cadena; una enlazada fuertemente a la otra, y entramos al agua. Eso de cuidarse y no mojarse los pies no iba con nosotras. Si nos caía agua de lluvia, como teníamos una sola ropa, la puesta, se nos secaba en el cuerpo y seguíamos pa'lante.

Una vez cumplido el entrenamiento y, en general, el adiestramiento con el propio Fidel, éramos sus escoltas. Andábamos con él para arriba y para abajo, esa era una parte del ejercicio: caminatas largas de día y de noche, por entre las lomas. Un día estando en la Comandancia de La Plata nos dijo: “Vayan caminando y espérenme en Las Mercedes”. Él se quedó con un grupito de retaguardia y otro delante. Llegamos a Las Mercedes con el hígado afuera. Entonces a través de un telefonito de la Comandancia, Celia llamó y nos dijo: “El Comandante dice que regresen, que ya él no va para allá”.

Cumplimos con el entrenamiento de ese día extenuadas, pero satisfechas y alegres.

Otro día nos hallábamos en un lugar donde los aviones comenzaron a dar vueltas y a bombardear. Aquello fue la debacle, todo el mundo estaba en una casita y él no quiso que fuéramos para el mismo lugar, nos regamos. Había llovido, el arroyuelo que me quedó de frente tenía una cubierta de nata, no se podía ver su profundidad; pensé que estaba bajito y cuando me tiré, me hundi. Me salvé y pude proteger el fusil porque sabía nadar. Después de una tregua nos reunimos. En cuanto Fidel me vio, me preguntó con asombro: “Y tú... ¿jite cambiaste de uniforme!?” Entonces le expliqué: “¡Ah!, Comandante, me empapé, fui a cruzar el arroyuelo y resultó una posa profunda. Llegué hasta abajo. Mi uniforme se ve nuevo, pero es que estoy empapada”.

Estas anécdotas me permitían comprender mejor los motivos por los cuales mi madrina no me hablaba solo de arte culinaria, organización, higiene y de la escuela, sino de la guerra también. Ella se emocionaba y me transmitía la misma sensación cuando, tan resuelta, sentada en el sofá de la sala, me contaba sus vivencias de aquellos años. ¡Con qué naturalidad y, además, sonriente, me narraba cómo burlaba a los casquitos!

Le gustaba disfrazarse, hacer maldades. Me di cuenta por sus expresiones de que solo bromeaba con aquellos que quería entrañablemente y, además, lo hacía con mucho respeto.

Sentía gran cariño y admiración por Clodomira Acosta Ferrales. Me impresionó el día que la oí hablar de la joven serrana que se convirtió en una de las mensajeras más eficientes del Ejército Rebelde, al igual que Lidia Doce. Las dos pertenecían a la Columna No. 1 José Martí. Una de esas tardes me contó:

Esa muchacha era tremenda, muy ágil y astuta. Una vez se subió a un árbol con una libretica y un lápiz, para dirigirse a los que estábamos allí. Desde

arriba nos decía: “Vengan acá, para que me digan sus encargos, porque voy a viajar pronto a La Habana”. Entonces cada uno le pedía lo que quería, sobre todo las mujeres: creyones de labio, lápices de cejas, ropa interior, los hombres también hacían sus pedidos. Ella anotaba todo, luego echaba la libretica en uno de los bolsillos de su pantalón, bastante grandes por cierto.

En un descuido tomé su libretica. Entonces me di cuenta de que, estaba en blanco. Clodomira simulaba escribir lo que le solicitaban.

Todos sabíamos lo valiente que era esa muchacha; pero muy pocos supieron que no sabía leer ni escribir. Quizás ese esfuerzo adicional a su coraje me hizo apreciarla más. Me impresionaba su memoria, no se le olvidaba nada de lo que le encargábamos.

Hasta que triunfó la Revolución no se supo esta realidad de Clodomira. Celia era muy discreta, incapaz de herir sentimientos, mejor se sentía cuando estimulaba a las personas. Fidel, al recordar a la guerrillera, en uno de sus discursos la calificó como un diamante en bruto.

Otras anécdotas que trataban sobre el tema de la guerra eran relacionadas con algunos compañeros, funcionarios del Gobierno que visitaban mi casa, como el comandante René Rodríguez Cruz, expedicionario del *Granma* y presidente del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos; Manuel Piñeiro Losada, jefe del Departamento América del Comité Central; el capitán Emilio Aragonés, embajador de Cuba en Argentina; Jorge Enrique Mendoza, director del periódico *Granma*; Jesús Montané Oropesa, ayudante de Fidel; Antonio Núñez Jiménez, presidente de la Academia de Ciencias; capitán René Pacheco Silva, director de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, entre otros.

Sus conversaciones comenzaban de noche y hasta bien entrada la madrugada se mantenían tratando contenidos de trabajo. El día que conversaron sobre la entrevista del periodista norteamericano Herbert Matthews a Fidel, en

febrero de año 1957, yo estuve presente porque mi madrina me lo permitió. Recuerdo más o menos la anécdota:

Aquello fue *tremendo*, porque los pocos que integraban nuestro ejército estaban mal vestidos, harapientos, medio descalzos; lo recibieron con lo mejor que tenían, le daban el frente y retrocedían de espaldas, porque las camisas de algunos estaban rípiadas. Llegaban ante el Comandante y saludando militarmente, le decían:

—Comandante, está llegando la Columna No. 4. ¿Dónde la ubicamos ahora?

Fidel decía X posición y venía otro:

—Con permiso, jefe, ya llegó la Columna No. 10...

Y así iban informando. El que salía se quitaba la ropa que llevaba y se la daba al que le tocara actuar. Y con qué naturalidad Fidel decía:

—La columna tal que espere a que termine aquí y la número tal ubícala en más cual lugar.

Aquel relato suyo iba acompañado de gestos, risas y con una entonación que llamaba mi atención, los demás la seguían. Cuando mencionó el nombre de Camilo, hubo cierto cambio en su voz, fue como si se le llenara cada palabra de mucho cariño; también me dio la impresión de que fue uno de los que más se prestaba para la actuación. El visitante salió convencido de que había muchas columnas, donde solo existía la No. 1 José Martí, con pocos rebeldes.

En una de las visitas del comandante Delio Irene Gómez Ochoa, refiriéndose a los proyectos del futuro que tenían para cuando triunfara la Revolución, le oí comentar:

Me pasé de diez a quince días por Santo Domingo, Alto de El Naranjo y El Naranjo. Había mucho movimiento. Fidel casi estaba solo, nada más con las muchachitas de las Marianas y compañeros de *Radio Rebelde*: Orestes Valera, Ricardo Martínez y Jorge

Enrique Mendoza. Allí nos reuníamos de noche en la casita que estaba más arriba, donde dormía con Celia, Fidel y Pupo y oía atentamente los proyectos de las futuras leyes, Fidel nos los leía cada vez que entrábamos por alguna razón. Algunos no entendían, yo sí porque ya estaba en tercer año de Derecho y convencido, además, de la certeza y seguridad de los cambios que se avecinaban después de que triunfáramos.

Yoel Espinosa Díaz, primer teniente de la columna invasora comandada por Camilo Cienfuegos, también me relató pasajes de la guerra, junto a Celia:

Yo vivía en la misma entrada del pueblecito de Providencia, en la Sierra Maestra. Los correos pasaban por mi casa y como era enlace los hacía llegar adonde estuviera Fidel. Un día mi misión fue recoger a Celia en el alto de Naguas y entregarla a Fidel en la loma de La Jeringa, en la casa de Pepe Durán, el Santaclearero.

Ese día llovía a cántaros. Entonces le expliqué a Celia que teníamos muchos cruces de ríos y arroyos por delante y ya habían empezado a crecer; que otra travesía nos obligaría a tomar tanta altura que ni las bestias podrían subir, por lo tanto, mejor era quedarnos esa noche en mi casa. Ella me entendió perfectamente y estuvo de acuerdo con la última variante. Al otro día bajaron los ríos y emprendimos la marcha. A las ocho de la mañana, llegamos a la Comandancia.

Yo he tenido misiones importantes; pero esta, subir a Celia hasta donde se hallaba Fidel, fue un alto honor.

Ese mismo día, Fidel me planteó que bajara por la tarde al pueblecito para ver la posición de los guardias y la distribución de sus postas.

Cuando tuviera la información debía subir; él me estaría esperando en casa de Lucas Castillo. Dentro de esta vivienda había un cuarto en el que se almacenaba

el café seco, ahí Fidel tenía su hamaca y ahí le di los datos, tal y como me lo había pedido.

Otro día por la noche, bajamos hasta la loma de Gallón: él, Celia Almeida, Rafael, el grupo de apoyo que había mandado Frank, y yo. Fue cuando Fidel le pidió un fusil a uno de ellos para que me lo dieran. Yo no tiré un tiro ahí (15 de diciembre 1957). En ese tiroteo hirieron a Rafael Castro en el codo.

Por la madrugada cesó el tiroteo y regresamos a la zona de Santo Domingo. Celia se mantuvo al lado de Fidel, era la única que entraba adonde él estaba. Le daba los tabacos, escribía mensajes que le dictaba; pero quien los pasaba era ella. Allí estuve cerca de seis o siete días.

Recuerdos de esa etapa, de ella, son muchos: muy cariñosa, amable, nunca la vi disgustada, siempre tenía una salida para beneficiar a uno. Me llamó la atención que la única prenda que usaba era una cadenita de oro en el pie izquierdo con una esclava de la virgen de la Caridad de El Cobre, quizás por eso la estimé más, porque en mi familia somos religiosos, respetamos y queremos a esta virgen por ser la patrona de Cuba.

Celia era la madre de nosotros. Cuando íbamos a resolver algo con Fidel y nos decía “NO”, entonces la veíamos a ella y resolvíamos, así fue antes y después de la guerra.

Entre tantísimas anécdotas de la guerra, no faltaron las que Celia atesoraba de Enriqueta Delgado, fundadora de la Seguridad Personal que vivía en el edificio junto al nuestro. Era menudita, hasta la veía un poco débil; si solo la hubiera conocido por los cuentos de madrina tendría que haberme-la representado grande, fuerte. ¡Qué contraste!



Se habían conocido en Santiago de Cuba, después del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, mientras estaban en los trajines de la publicación del alegato de Fidel: “La historia me absolverá” y, luego de la excarcelación de los jóvenes del Centenario. Queta fue enlace y mensajera de las provincias, en cada una de ellas tenía un nombre de guerra; en Santiago de Cuba y Manzanillo la nombraban Carola.

Celia ya sabía de su fidelidad y valentía cuando le dio un “regalo” que tenía que mandar para La Habana y entregar en el Vedado, en la casa del doctor Lurrari. Pasado un tiempo, la portadora se enteró de que en la cajita cuidadosamente envuelta habían viajado mensajes dentro de unos jabones.

Otra misión suya consistió en buscar casas seguras para compañeros que venían a La Habana a cumplir tareas comprometedoras. Ninguno fue hecho prisionero.

En otra oportunidad la llamó para que le diera una dirección donde se pudieran guardar folletos de “La historia me absolverá”. Queta escogió un barrio de prostitutas en la calle Pajarito, entre Sitio y Maloja, en Centro Habana y se auxilió de la lavandera Sabina Villafuerte.

Yo visitaba con frecuencia la casa Enriqueta me conmovía muchísimo cada relato suyo sobre la relación con mi madrina. Para esta ocasión me tenía reservada una de sus vivencias:

Yo estaba en la parada de Línea y 10, esperando el ómnibus para ir a mi trabajo, cuando llegó Celia en su yipi plástico. Me invitó a subir y me pidió que la llevara a la casa donde se habían guardado los folletos, que tenía poco tiempo; pero quería cumplir un deseo.

Fuimos directamente para la casa de Sabina, una mulata que ya peinaba canas, practicaba el espiritismo y ejercía como curandera a través de plantas medicinales. Vivía en un pequeño apartamento en mal estado, en un sótano, que al final tenía un cuartico donde escondía a los revolucionarios. Esta

señora sentía gran admiración por quienes seguían a Fidel. Como familia solo tenía a una sobrina, la cual atendía como si fuera su propia hija.

Cuando llegamos, Sabina se emocionó, quería colar café. Celia no quiso por el poco tiempo del que disponía, pero le aceptó un poquito recalentado. Lo sirvió en laticas, yo no quería tomarlo pero al ver que Celia lo bebió con tanta espontaneidad, hice lo mismo.

La señora nos enseñó una bóveda espiritual, mostró una copa llena de agua dedicada a los guías y protectores de Fidel, aseveró muy serio que él tenía sus guías y protectores grandes, y eso era para que lo siguieran ayudando en la conducción certera del país y que desde ese mismo instante, haría lo mismo con Celia, porque su visión era similar a la de Fidel: “Yo sé que los dos se dedicarán a ayudar al mundo entero”, nos dijo. Celia solo sonreía.

Casi en la despedida, nos enseñó el lugar donde el compañero de Artemisa recibió los folletos. En la puerta, después de un abrazo, Celia le dijo: “¡Siga rogando y rezando por Fidel!”

Cuando salieron, mi madrina comentó sobre las condiciones de vida de estas personas que tanto ayudaron al triunfo de la Revolución y que estaba satisfecha con la eliminación de la casa de prostitución. Habló de la necesidad de muchas mujeres que emprendieron esa forma de vida, y aseguró que sería sustituida por otras en beneficio del pueblo, que la mujer no sufriría perjuicio alguno. Las dificultades de Sabina, en su mayoría, fueron resueltas.

El trabajo de Celia se volcó de manera intensa a preservar la historia de nuestra gesta libertadora, con plena conciencia de lo útil que sería para las futuras generaciones. Para ello orientó, personalmente, a la periodista Nidia Sarabia, trabajadora de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, recientemente fundada por aquellos tiempo, crear una hemeroteca y una fototeca con los

documentos y fotografías que existieran relacionados con las columnas y frentes guerrilleros del Ejército Rebelde; un archivo de voces con las grabaciones de los combatientes y entrevistas sobre acontecimientos de la guerra con el objetivo de conservar las vivencias de la etapa.

De igual manera le indicó que escribiera las bases para las biografías de los mártires. En uno de sus encuentros le orientó que elaborara la de mi padre, no solo para mi conocimiento, sino para el pueblo. Para la compra de libros históricos puso en sus manos \$1 500.00. Al entregar el recibo, le comunicó que entre los libros adquiridos había uno de Eva Perón.¹ Dudosa le dio la información, pensando que podría no gustar su decisión pero, al contrario, se puso muy contenta. En tres días lo leyó. Al devolvérselo le comentó cuán interesante le había resultado.

Rodolfo Fernández, quien se ocupaba de compras en el exterior, viajó a Japón con la responsabilidad de comprar archivos para proteger las fotos y libros de la oficina. Celia manifestó interés en conservar las obras de José María Vargas Vila, incluyendo su diario: este escritor colombiano siempre se opuso a la política de Estados Unidos y fue amigo de José Martí y otros revolucionarios de la Guerra de Independencia.

Celia se preocupó por la historia de Cuba y de otros pueblos, y por supuesto, por los hombres que la protagonizaron; pero sobre ella hablaba poco. Los diálogos que yo oía en mi casa demostraron su modestia, comenzaban cuando uno decía: “Celia, ¿tú te acuerdas del combate de Uvero?”, otro: “¿Y de la batalla de Guisa?” Así iban numerando acciones y recordando personajes, pero cuando alguien le decía: “¿Te acuerdas de lo que tú hiciste en...?”, cambiaba rapidísimo la conversación.

Por suerte, hablar de ella era inevitable; aunque no le gustara, llegaban pinceladas por aquí y otras por allá, como me ocurrió cuando en mayo de 2010 visité la zona

1 Una de las principales figuras de la historia del pueblo argentino (1919-1952). Luchó a favor de los pobres y los derechos de la mujer en su país. Colaboró junto a su esposo, presidente Juan Domingo Perón, en su obra política y social.

oriental, especialmente Uvero. Allí consulté un periódico en el que aparecía una expresión de mi madrina; se la había dicho a una anciana después del combate en ese poblado. “¡Vieja, ya hicimos una buena, plantamos bandera en Uvero!”²

En este ataque, devenido victoria importante del Ejército Rebelde, además de Celia elevar su coraje, mostró su sensibilidad humana, aunque ya conocida entre los guerrilleros. El Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque, capitán y participante en esta acción, lo dejó expreso en su obra escrita sobre la guerra.

Además de las cruces que pusieron en las tumbas, hizo un croquis del orden en que habían enterrado a nuestros compañeros para dejar identificado dónde estaba cada uno. Dice que fueron sepultados, de derecha a izquierda: Moll, Nano, Julito, el Policía y Vega. Solo faltó Eligio que por mucho que lo buscaron no lo encontraron y se quedó por donde cayó muerto.³

Hurgando en periódicos, escritos, relatos y escuchando anécdotas es que he acumulado bastante información relacionada con el quehacer guerrillero de mi madrina. Cuando hablaba de determinadas acciones, yo trataba de imaginármela en medio de ellas. Entonces no me perdía ni una palabra, y si en la conversación estaba el capitán René Pacheco me encantaba oírla por la fluidez que tomaba el diálogo. Por esos encuentros supe que mi madrina le había entregado el nombramiento de comandante al Che, y por la lectura, la impresión suya del guerrillero ascendido:

2 *El Guerrillero*, 23 de mayo de 1973, Santiago de Cuba (edición especial por el XVI aniversario del Combate del Uvero).

3 Juan Almeida Bosque: *La Sierra*, Ediciones Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2002, p. 166. Los combatientes caídos en ese combate se nombran: Gustavo Moll Leyva, Emiliano A. Díaz Fontaine, Julio Díaz González, Francisco Soto Hernández, Anselmo Vega Verdecia y Eligio Mendoza Díaz. Emiliano Rigoberto Silleros Marrero, que resultó herido de gravedad, murió cuando lo trasladaban hacia Santiago de Cuba.

La dosis de vanidad que todos tenemos dentro, hizo que me sintiera el hombre más orgulloso de la tierra ese día. El símbolo de mi nombramiento, una pequeña estrella, me fue dado por Celia junto con uno de los relojes de pulsera que habían encargado a Manzanillo [...] ⁴

Ese orgullo era recíproco. Che era el capitán jefe de la segunda columna en el momento en que fue ascendido y Celia, una de sus grandes admiradoras por su trayectoria revolucionaria en Cuba y otros pueblos. Por coincidencia, Celia y Che fueron los cronistas de nuestra guerra en la Sierra Maestra. Cuando él se fue de Cuba, le dejó sus papeles, porque sabía el respeto que la guerrillera sentía por la verdad histórica.

Igual confiaba en los seres humanos, apelaba en todo momento a lo mejor del hombre. Cuando, durante la lucha, algunos compañeros cometieron errores, fue mediadora entre ellos y Fidel, para que pudieran continuar en la columna guerrillera. Por los hermanos José Joaquín y Pedro Manuel Ojeda Guerra supe anécdotas que lo confirman.

Orlando Lara Batista me habló siempre de Celia como si fuera su madre, porque ella le hablaba... le daba buenos consejos... Lara estaba al frente de una guerrilla en el llano y, aunque el movimiento clandestino lo dirigía alguien tan respetado como Frank País, sus hombres no se subordinaron a él. Por esa razón hubo algunas discrepancias.

Ellos vivían con cierta ignorancia, para estos jóvenes matar se llevó a convertir casi en un placer, estaban carentes de una ideología, incluso, chocaban entre ellos por sus propios errores; ajusticiaron a personas sin hacer investigaciones.

4 Ernesto Guevara: *Obras 1957-1967*, colección Nuestra América, Casa de las Américas, t. 1, p. 291. Che fue ascendido a comandante de un modo informal. Casi de soslayo, cuando se recogían los firmantes de la carta dirigida a Frank País por la pérdida de su hermano Josué — con fecha 21 de julio de 1957—, Fidel, refiriéndose al Che, dijo: “Ponle comandante”.

Lara y Lucas Castillo subieron con veinticinco hombres bien armados e identificados con brazaletes del Movimiento 26 de Julio, a la Sierra Maestra; fueron a ver a Fidel con tremendo escándalo. El Comandante y Celia, ante tanto bullicio, salieron a su encuentro. Fidel les preguntó:

—¿A qué sector revolucionario pertenecen ustedes?

—Al M-26-7 —respondió Lara.

—¿Quién es tu jefe?

—Frank País.

—No. Nosotros no tenemos orientación de hacer masacres. Ustedes no pertenecen al M-26-7.

Fidel los miraba con cara de tirria, porque ya había recibido numerosas quejas de cómo Lara obtenía las armas. Esta conducta fue personal y fuertemente criticada por Celia. En cierta ocasión lo llamó y le dijo:

—Tú no puedes tomar la justicia por tus manos. Ustedes no pueden fusilar a la gente sin hacerle juicio, ni pasarlo por un tribunal. Ustedes no pueden ser juez, parte y demás... actúan como asesinos, si continúan así cometerán más errores. Están locos, no tienen una formación ideológica correcta. Lo que hacen le quita prestigio a la Revolución.

Tuvieron graves problemas, a algunos se les hizo juicio; otros, a través de Celia, resolvieron las serias dificultades que presentaban. En el caso de Lara, ella habló con Fidel; le explicó que era muy joven y que efectivamente no tenía experiencia, tampoco los del Movimiento 26 de Julio de la dirección de Bayamo. Ahondó al decirle que en este lugar, de donde ellos procedían, era un medio hostil, duro, en el que tenían que enfrentar agrupaciones fuertes del Ejército y vivir situaciones muy desfavorables.

Lara y la gran mayoría de sus compañeros cambiaron su forma de actuar. Después pudieron subir,

con armamentos modernos, alrededor de cincuenta o sesenta hombres. Subordinados al comandante Camilo Cienfuegos arremetieron contra el sanguinario Sánchez Mosquera, en lo más recóndito de la Sierra Maestra. Demostraron valentía durante la guerra, específicamente cuando les tocó enfrentarse al enemigo en el llano.

En cuanto a las actitudes que se deben asumir en una guerra, ante la derrota del enemigo, especialmente en las emboscadas, mi madrina coincidía con Camilo Cienfuegos, me llamó la atención cómo, a pesar de estar distante uno del otro, concordaban en dar lecciones que prepararan a los guerrilleros política e ideológicamente, con sentimiento y respeto.

Pedro Ojeda Guerra

Una noche le dije a Camilo que iban a pasar dieciocho carros militares del Ejército cargados de armas. Mientras él reía, yo le decía:

—Hacemos una masacre y ¡cómo vamos a tomar armas, compay!

Camilo no tenía armas potentes. Le hice un croquis de cómo debíamos realizar la emboscada.

—Mira, aquí está la carretera de Bayamo, cruzamos el río y ya —e insistía—. Lo que vamos a hacer es una masacre, compay.

—No, no, no —me ripostó con tremenda suavidad.

—¿No?

—No, lo elegante sería arrebatarnos las armas.

—Tú eres verraco, chico, ¿qué tú te crees que son los guardias de Batista? Tomamos bastantes armas y acabamos con treinta soldados.

—No, no, no me gusta la masacre —concluyó.

Pasamos el día sin hablar sobre el tema hasta que, alrededor de las seis de la tarde, me llamó:

—Oye, Pedro, ven acá. Esos hombres a los que tú quieres hacerles la masacre tienen madre, hijos, esposas, hermanos; si hacemos eso, se destrozan esas familias.

Yo no entendía mucho su explicación, porque los guardias no tenían compasión con nosotros, los humildes; pero sus palabras se me quedaron grabadas para siempre. Cuando hacíamos una emboscada en el llano, él solo les quitaba a los guardias los zapatos y las armas. Tenía un trato elegante con ellos.

Las anécdotas eran diversas, incluían ingeniosidades que uno no es capaz de imaginar salvo cuando vive circunstancias tan difíciles. Por ejemplo, ¿cómo hacían los planos para la guerrilla, los mensajes e informes, ante la crisis de papel? Ese poquito que llegaba a la dirección del Movimiento, Celia lo administraba. Usaban los cartuchos y hasta los envoltorios de medicamentos, porque la constancia de cuanto se hacía era importante. Así quedó expreso por ella el 13 de marzo de 1958, en Las Vegas de Jibacoa, en la Sierra Maestra: “Mi interés en esto ha sido que cuando se escriba esta historia, sea lo que realmente es y no dejen estos papeles escribir historietas. Nada prueba más que los documentos”.

Era una niña y aún siento una combinación de sentimientos que van desde el miedo y el estremecimiento hasta el orgullo, cuando al oír hablar de la invasión mercenaria por playa Girón, acude a mi mente la anécdota que una tarde nos contó Orlando, el menor de los Sánchez Manduley:

En abril de 1961, Celia manejaba un carro americano de color orquídea. Nada menos que en una hora y media hizo el trayecto de La Habana al central Australia, allá en Matanzas. Nos contaba cómo en ciertas zonas por donde no se podía pasar, ella pasaba; los milicianos disparaban, disparaban, porque ¡cómo imaginar quién era la persona que andaba por aquellos lugares a tanta velocidad! Ella misma contaba cómo le silbaban las balas.

La decisión de Celia, además del dominio del timón que tantas personas han contado, habla de su valentía personal. Era todo coraje.

Exiquio es otro de mis hermanos de calle 11. Fue muy querido por mi madrina, además del preferido para hacer el café. Por esta realidad, es que me pudo contar el siguiente relato:

Celia estaba reunida con Fidel en el último apartamento del edificio y yo preparaba mi acostumbrado café. Después de que coloqué en la hornilla la cazuela con agua y azúcar, me fui al balcón. Desde allí vi bajar de un carro a un señor muy bien afeitado. Sus movimientos y gestos me resultaron familiares, lo había visto en casa conversando con mamá muchas veces. Se quitó los espejuelos y, efectivamente, lo reconocí; Cuando se topó conmigo me preguntó:

—¿Tú sabes quién soy?

—Sí, el Che.

—Está bien eso, pero no se lo digas a nadie.

Casi en ese instante, Celia, que bajaba de la planta alta a buscar el café, me preguntó:

—¿Este quién es?

—Celia, ¿usted no lo conoce?

—¡No!

—Y ahora, ¿tampoco me conoces? —preguntó él mismo con los espejuelos en la mano.

—¡Sí! ¡Ahora sí!

Celia se emocionó muchísimo, se acercó a él, se estrecharon entre sus brazos con mucho cariño; yo estaba al lado y lo sentí así, vi que entre los dos existía un amor grande. Terminaron riéndose. Ese es uno de mis grandes recuerdos, ¡para siempre!

Pasado un tiempo, Exiquito hizo una de sus travessuras: inocentemente, por supuesto, cometió una gran

falta: se llevó para Managua, donde se encontraba su escuela, un libro manuscrito que estaba sobre la mesa del comedor. Resulta que, al hojearlo, le había llamado la atención figuritas, rayas, esquemas que tenía, y quiso leerlo. Dormía profundamente, cuando alrededor de las tres de la madrugada aparecieron ante su litera el teniente coronel Mayito y el coronel Blanco, ambos de la Seguridad Personal.

—Óigame ¡usted está preso y no lo sabe! De parte de Celia, que le mande el libro que se llevó de la casa.

De pase en la casa, Celia me llamó:

—Ven acá, Exiquio, un libro se pide. ¡Ese libro es del Che para Fidel! No es para ti.

Sin habla me quedé. Yo tuve en mis manos el manuscrito del diario del Che en Bolivia, que se lo había enviado a Fidel. Mamía estuvo muy disgustada conmigo durante un tiempo. Después continuamos como de costumbre hasta que me enteré de lo ocurrido en Bolivia y todo lo relacionado con la muerte del Che. Si el recuerdo de haberlo reconocido aquel día no se me olvida, menos puedo olvidar el rostro de mamía cuando supo la noticia de su muerte. Con ella siempre permaneció ese dolor profundo, el cual se acentuaba más cuando los hijos del Che nos visitaban. ¡Con qué cariño los trataba!

Sobre la solidaridad y el interés de Celia por la independencia de otros países, siempre hay quien cuenta relatos. El profesor Rodrigo Álvarez Cambras es una de estas personas:

Yo visitaba a menudo a Celia. Allí nos reuníamos algunos compañeros, hasta Fidel cuando llegaba permanecía un rato con nosotros.

Conversábamos de muchos temas. La ayuda a otras naciones estaba tan presente, como las tareas que Cuba debía cometer para cumplir los distintos programas de la Revolución.

Le escribí a la dirección del partido y a Fidel, en 1965, para que me autorizaran a desempeñarme en Vietnam, conocía de los desastres que se presentaban en la guerra de este país contra su agresor. Un tiempo después recibí respuesta: no iría para Asia sino para África.

En más de una ocasión Celia me citó a su casa para tratar el tema.

Un día, algunos médicos estuvimos tres horas hablando con Manuel Piñeiro Losada. El Comandante llegó después. Nos hizo una amplia explicación de la situación del África Subsahariana y, en especial, de la historia de los dos Congo. En este encuentro quedó claro que yo iría como médico de ortopedia, traumatología y también como oficial combatiente.

Fidel les orientó a Piñeiro y Celia que nos cambiaran la pistola P-38 por la Stich soviética. Ella se encargó de los trámites. La despedida fue en El Mariel. Viajaríamos en el barco Félix Dzerzhinsky. Antes de subir se nos entregó un reloj pulsera; el mío no me lo puse porque estaba roto. Fidel se dio cuenta y me preguntó:

—¿Y tu reloj?

—Comandante, está roto.

Entonces se quitó el suyo, que llevaba en su mano izquierda, y me lo dio.

En noviembre de 1966 el doctor regresó a Cuba, fue cuando Migdalia me llevó al hospital Fructuoso Rodríguez por encomienda de mi madrina para que atendiera mis problemas ortopédicos. Unos meses después viajó a París, por petición del Comandante, para estudiar su especialidad.

Durante estos encuentros, vi generalmente a Celia, como la mejor anfitriona: linda, atenta, complacida de tener a sus compañeros de lucha, de trabajo y amigos. Por muy difícil y espinoso que fuera el tema, no cambiaba su carisma. Los muchachos siempre estábamos atentos a cuando fuéramos llamados para colar el café, porque si Titi se había retirado

o Exiquio no estaba en casa, se auxiliaba de cualquiera. Por eso no me sorprendía oír: “¡Eugenia” Y con qué orgullo le decía a sus compañeros: “¡Ustedes van a probar qué café más sabroso cuele la muchachita!” Y cómo me encanta aún el café. Me basta encender la cocina con este propósito, para que mi madrina acuda a mí mente.

Después de repartir el café y recibir los halagos, no hacían falta sus miradas para entender que ya podía retirarme; pero una vez que me quedé un tanto rezagada, los escuché hablar de una muchachita de once años; quizás porque se trataba de una niña me mantuve cerca, expectante. Rebeca Alarcón Ortiz era su nombre, había vivido en Manzanillo y fue la primera mensajera de mi madrina en la lucha clandestina. Por supuesto ella ni sabía que cumplía esa función. El contraste de sus escasos años con la tarea tan importante que hacía despertó mi interés por saber más sobre el tema. Mucho tiempo después saqué mi curiosidad.

Pude contactar con Rebeca a través de Orocia Fernández Peña, técnica de masaje corporal del Instituto de Belleza de La Habana. Efectivamente, Rebeca había sido su primera mensajera. Todo comenzó porque su abuela, Trinidad Ortiz, lavaba para la calle, principalmente los manteles de los altares de la iglesia; quien pagaba este trabajo era Eloísa Álvarez, la tía de un cuñado de Celia, y Rebeca se encargaba de devolver, ya planchados, los manteles. La niña también hacía entrega de ropas en la casa de Amanda Manduley, una tía de Celia, adonde esta iba y hasta permanecía algunos días si debía participar en alguna actividad revolucionaria, es decir, existían oportunidades para que Celia se encontrara con la pequeña.

Rebeca me contó de su primer encuentro con mi madrina:

Ese día fui a entregar la ropa a Amanda, confiada en que me daría un dulce o una fruta como siempre, pero Celia quien abrió la puerta. Me invitó a sentar. De inmediato me brindó un dulce que, cuando volvió con el dinero, ya me lo había comido. Yo era golosa. “Gandía”, decía mi abuela.

—¿Ya te comiste el dulce? —me preguntó asombrada.

—Sí.

—Entonces te voy a decir desde hoy en adelante ¡Boca Grande!

Pasados algunos días, pasó por mi casa y me pidió que fuera a la suya, o sea, a la casa de la tía Amanda.

—Quiero que me hagas un gran favor, pero no se lo digas a nadie, ¡ni a la abuela! —me dijo—. Con esta ayuda tuya vamos a resolver los problemas de muchos niños. ¿Tú conoces al doctor René Vallejo?

Afirmé con la cabeza. A mí siempre me había simpaticizado ese médico, porque su abuela era más negra que la mía. A veces yo hablaba con la viejita y si no la veía, le preguntaba por ella, y me caía muy bien, porque sin complejos, sentaba a la anciana en el portal, a tomar sol frente a la acera por donde todos pasaban.

Entonces Celia me dijo:

—Hace falta que le lleves un papelito, tienes que hacer la cola como si te fueras a consultar con el médico. Cuando llegue tu turno, se lo das y no esperes respuesta.

Realicé contactos como este tres o cuatro veces; en ocasiones lo vi directamente en su carro, le entregaba la nota por la ventanilla y sin hablar me iba. De forma similar ocurrió con el doctor Piti Fajardo. Otro día Celia me preguntó si sabía dónde vivía y me pidió que le llevara también un papelito. Recuerdo el sentimiento que había en su voz cuando me dijo:

—¡Ten mucho cuidado!, y si me ves por la calle no me saludes. Haz como si no me conocieras.

Seguí entregando los mensajes, nunca recibí respuestas. Cuando coincidíamos en el parque o en la calle, solo hacíamos gestos, ella me hacía un guiño, muecas un poco cómicas. ¡Cómo yo disfrutaba aquello! Todo sucedió en el período de vacaciones, por lo tanto, tuve tiempo para ayudarla en lo que me pidiera.

En nuestro último encuentro, me preguntó por mis planes para el curso que estaba por empezar, le dije que me iba para La Habana a vivir con mi mamá. Emocionada, me dijo:

—¡Qué bueno, Rebeca, vas a estudiar mejor! Me alegra de que te vayas. Cuidate mucho.

Me dio un abrazo. Luego de un tiempo, ya en La Habana, me enteré de que Celia se encontraba en la Sierra Maestra junto a Vallejo y Piti Fajardo. Así comprendí lo importante y confidencial de mis mensajes. Nunca revelé mi secreto. Luego del triunfo, me incorporé a las tareas de la Revolución, incluyendo la campaña de alfabetización. Supe de Celia a través de su hermana Griselda.

Un día, mi madrina y Rebeca tuvieron un encuentro tan casual como emocionante, en la misma cuadra de mi casa. No dejé escapar el relato, porque ya no había secreto. Con brillo en sus ojos me describió lo que ocurrió esa tarde:

Yo andaba por la calle 12, iba hacia 11 y 4, pero se me ocurrió bajar hasta 11 para salir directo a la casa adonde hacía la visita. Al hacer este recorrido, debía pasar por frente a la casa de Celia, pero ni imaginarme que vivía allí y menos que no se podía transitar. Enseguida un policía me detuvo y me explicó que debía llegar hasta la calle Línea y después reincorporarme a 11. “¡Uf!”, dije para mí.

Ya seguía cuando vi salir un yipi plástico descapotable “con la flaca” y lo que me salió fue gritarle —para que me identificara— Boca Grande. Ella miró y rápido bajó del carro, sin hablar nos abrazamos, lloramos las dos. Se acordó muy bien de mí. Me hizo entrar a la guarnición, nos sentamos, mandó a darme merienda, y entonces le dije:

—No, Celia, ya no soy tan gándia como antes.

—Claro, si ya eres una muchacha. ¿Dónde vives?, ¿vives bien?

—Sí, vivo bien.

Nunca le hablé de las condiciones en que vivía verdaderamente, me daba pena que me fuera a visitar al cuarto que compartía con mi mamá en la Habana Vieja, en San Lázaro entre Cárcel y Genio.

—¿Qué estás estudiando? —me preguntó.

Desvié la conversación, porque estaba repitiendo un grado, tampoco quise que se enterara. Me pidió que la llamara si me hacía falta algo, nunca lo hice.

No le pregunté si finalmente hizo la visita que tenía programada; pero sí me contó que se apuró en llegar a su casa para que la mamá supiera lo que le había sucedido. Esta le insistió en que no podía pedir nada. “Ella te solicitó ayuda y tú se la brindaste por voluntad propia. ¡Ahora debes mantener el secreto!”, le dijo. Rebeca continuó conservando en su memoria sus buenos recuerdos.

En mi casa se abordaban otros temas de índole internacional y Celia tenía una participación muy particular cuando trataban el caso de las guerrilleras de Centroamérica, de algunas vietnamitas. Especialmente me impresionó el de las montoneras de Argentina, que después de venir a Cuba y ser atendidas en la Oficina de Asuntos Históricos, fueron asesinadas en su país. Esto lo confirmé en el departamento de Nidia Sarabia, una de las compañeras que atendió la delegación.

Como las tertulias se extendían hasta altas horas de la madrugada, en ocasiones, al levantarme —cerca de las cinco de la mañana—, estaban aún en la sala, y cuando iba a desayunar me topaba un cartel escrito con letras grandes en rojo o negro que decía: “¡Ernesta, llámame a las 9.00!”



Sendero de nuevos horizontes

El habitante de un pueblo libre debe acostumbrarse a la libertad. La juventud debe ejercitar los derechos que ha de realizar y enseñar después. [6:199]

Mis días de disfrute en El Naranjo habían pasado. Julio le cedió espacio al mes de agosto y tres de sus días corrieron entre animados festejos. No haber alcanzado los diez millones de toneladas de azúcar en la zafra de 1970, no podía provocar desánimo en los compatriotas que tanto habían trabajado por ese empeño. Los centrales agotaron las cañas de sus campos, no hubo más molienda ese año, pero el pueblo había inscrito en su historia la más grande zafra azucarera del país. Ese era un motivo grande para la fiesta, además del cuarentaicuatro cumpleaños de Fidel. Mi barriada disfrutó al ritmo del órgano oriental.

En septiembre volví a mi escuela. Ese curso escolar, en el que cumpliría trece años, debía concluir la enseñanza primaria. Cierta madurez se iba apreciando en la muchachita serrana. Las clases, pruebas periódicas y la disciplina

iban bien. Ahora prestaba más interés a cuanto sucedía a mi alrededor, por eso el día que me comunicaron que algunos seríamos seleccionados para cumplir el llamado de nuestro Comandante en Jefe: cursar la enseñanza media en Isla de Pinos para convertir esta parte de Cuba en Isla de la Juventud, me llené de expectativas.

La esencia era forjar jóvenes de Cuba y diferentes naciones del mundo bajo el precepto martiano de que “en la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar, que escuela no debería decirse, sino talleres, y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana, la azada”.¹ Fidel quería dar continuidad al proceso que se había iniciado en la escuela José Martí de Santa María del Mar.

Los profesores lograron estimular a los mejores alumnos para que dieran su paso al frente. Fueron mencionando nombres. Entre tantos oí el de Eugenia Palomares Ferrales... ¡qué emoción! Había temido no ser una de aquella enumeración. Nunca acabo de entender que mi apellido, luego de un orden alfabético riguroso, no es de los primeros.

Concluida la actividad matutina reunieron a los seleccionados para explicar detalladamente los trámites que seguirían. Primero: comunicar a los padres para que dieran su aprobación. Yo no tenía dudas del consentimiento de mi tutora. Solo pensaba en el día del pase para darle la noticia. Estaba segura de que se sentiría tan feliz como yo.

El viernes llegué a la casa con más alboroto que nunca,. Madrina no estaba, se hallaba trabajando fuera. Temprano en la mañana, cuando desayunaba, la abordé. Quería contarle, pero hablaba tan rápido y alto que no me entendía. Siempre que estaba contenta sucedía lo mismo.

—¡Habla despacio para entenderte mejor!

Por fin, logró escuchame. Con una calma increíble, me preguntó:

—¿Y estás segura de que quiere ir para la Isla?

Ella no se opuso, solo insistió en si estaba en condiciones de estudiar tan lejos de casa, adaptarme al nuevo lugar y venir esporádicamente; que de ser así, no podía haber

1 José Martí: Ob. Cit., tomo 13, p. 53.

blandenguerías, ni arrepentimientos. Me explicó la importancia de mi decisión, porque la Revolución necesitaba jóvenes allá y que cuando culminara los estudios sería una muchachita ejemplar.

Ante mi disposición manifiesta, cambió su fisonomía: una sonrisa asomó a su rostro y vino con sus brazos abiertos hacia mi. Sentí el calor de su beso y el entusiasmo en su voz:

—Bueno, pues ¡para la Isla entonces!

Ese fin de semana fue muy alegre, compartí como de costumbre. Quizás la separación que se avecinaba me hacía mirar a mi alrededor cada detalle, como nunca antes, y reflexionar sobre mis hermanos de crianza, que yo recuerde, además de nosotros cuatro, estaban Exiquio, Escambray, Ondina y Arquímedes. A la reunión familiar se unieron Martha, Ana Irma, Ernestina, Francisco, Conde, Paquito, Lila, que recién se había incorporado al trabajo de la casa, y Melba Hernández, quien por ese tiempo vivía en casa.

Sobre Celia y nosotros, un día Melba me confesó:

—Ustedes eran niños muy buenos, muy cariñosos. Cuando yo fui para 11 tenía un pesar muy grande que ustedes me ayudaron a superar. Sobre todo Celia, porque ella es el todo.

Llegado el momento, Celia me entregó un maletín que tenía al final de los zippers un pequeño candado, muy sencillo pero acorde con lo establecido por la dirección de la nueva escuela. Ahí dentro iba estrictamente lo que podía necesitar.

Fue un lunes por la mañana la despedida de mi madrina. La alegría en ese instante desapareció y un sentimiento raro se me anudó en la garganta al darle el beso. Sentí su caricia y pocas palabras:

—¡Pórtate bien! Pronto estarás de nuevo en casa.

Ya me había hecho la advertencia de siempre: “Mantén la discreción sobre tu procedencia y el lugar donde vives”, porque me debía sentir comprometida, también, con el cuidado del Comandante. En la medida en que yo iba creciendo, crecía el respeto y admiración hacia Fidel.

Ella manifestaba de manera tal esos sentimientos, que con esas mismas fuerzas, los experimenté.

Flabia, su hermana, fortaleció este criterio sobre las relaciones personales de mi madrina con Fidel, al confesarme que una noche, en la sala de su casa, Celia le había dicho que tres entes quería con todas sus fuerzas: la Revolución, porque era lo más importante que se había conquistado y que había sido con mucho sacrificio por parte del pueblo; Fidel, porque lo quería como a un hermano, un padre, que era algo tan grande que teníamos que estudiar, sobre todo, sus virtudes; y Exiquio, porque era el muchacho más atento con ella y uno de los mayores del grupo. Me dejó bien claro de qué sería capaz si intentaban hacerles daño: “Me los como con las uñas”.

Pero yo sé que nos quería a todos y estuvo al tanto del detalle de cada uno.

Lilia Rielo Rodríguez

Le avisaba a Ernesta cuando venían de pase de la Isla para que les hiciera la comidita que les gustaba. Ustedes fueron sus hijos. Le preocupaba la situación docente, que fueran niños educados, las ropitas que necesitaban...

La primera vez que vine a La Habana, de pase, ella quiso saber cada detalle desde que el Comandante Pinares² empezó a surcar el mar Caribe. Sentadas, un rato en la sala y otros en el comedor o en la cocina para que Ernesta también oyera, le conté:

—El barco iba repleto de muchachos; la travesía fue muy lenta, como de siete horas, pero divertida. En el puerto de Nueva Gerona nos recibieron los dirigentes de allí, hicieron un acto precioso. Una vez más nos hablaron de la misión que habíamos ido a cumplir. Luego nos explicaron la planificación para abordar los ómnibus con destino

2 Comandante Pinares, seudónimo del combatiente del Ejército Rebelde e internacionalista en Bolivia, Antonio Sánchez Díaz. Se inmortalizó al caer en la heroica guerrilla encabezada por el Che, defendiendo la liberación de ese país.

a cada escuela. En ese instante supimos que ya funcionaban varias secundarias en el campo (Esbec). Nosotros completaríamos la matrícula de una de ellas.

Celia se emocionaba con mi relato, y yo pletórica de satisfacción continuaba dándole más informaciones:

—Madrina, empezamos a subir a las guaguas...

—Y ¿cómo sabían la suya? —mostrando su ansiedad por saber se adelantaba con sus preguntas.

—Las guaguas tenían unos letreros enormes en los parabrisas. Yo sabía que debía tomar la que dijera “Vladimir Komarov” y habían otras...

En cada una de ellas había alumnos de todas partes del mundo.

Cuba llegó a tener en sus planteles a veinticinco mil becarios extranjeros de Asia, África y América Latina. La isla se convirtió en un gigantesco centro de enseñanza para jóvenes del Tercer Mundo. De allí pasaban a centros docentes superiores; los egresos se suplían con nuevos alumnos.

Mi conversación con Celia, no tenía para cuándo acabar, apenas tomaba descanso. Mientras más le contaba, más recordaba. Su entusiasmo no disminuía.

—El recorrido fue largo: de Nueva Gerona a un lugar que le decían La Melvis. Aunque ese día apenas me percaté de eso por el alboroto que llevábamos, íbamos entonando canciones de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés. El volumen casi era una competencia.

”Llegamos al anochecer. Me impactaron los tres edificios de tres plantas que formaban la escuela. “¡Qué grande!”, grité, fue lo primero que me vino a la mente.

”Los trabajadores nos recibieron con aplausos prolongados de bienvenida. Organizadamente fuimos colocando el equipaje a un lado de un pasillo, primero las hembras, luego los varones. Nos dirigimos al comedor. Los trabajadores de la cocina también nos recibieron con sonrisas halagadoras. Según terminábamos de comer, pasábamos hacia una plazoleta o polígono con varios bancos.

”Reunidos todos, entonamos las notas del himno nacional y seguidamente, el director leyó un comunicado, presentó a los miembros del Consejo de Dirección y al claustro de profesores. El compañero que atendía el Departamento de Vida

Interna también nos dirigió la palabra. Roberto Ondina, el jefe de cátedra de Educación Física, fue leyendo una lista enorme, por grados. Así supimos a cuál albergue iríamos. También nos describió la escuela que más tarde fuimos descubriendo.

”Ya estábamos ansiosas por saber dónde dormiríamos, pero el director retomó la palabra. Le dio lectura al reglamento escolar, incluyó el programa docente y la actividad en el campo: recogida de cítricos, fundamentalmente toronjas y naranjas, desyerbe de surcos, entre otras labores. Cuando habló del horario de sueño, fue que nos dimos cuenta de que ya era hora de descansar.

”Por fin llegamos a los albergues, las emociones continuaron. Qué correcorre a la hora de escoger las camas. Como eran literas, no sabíamos si dormir arriba o abajo. Yo me decidí por una de abajo, temía caerme, y seleccioné la taquilla.

Mi madrina estaba feliz con mis relatos; parecía que con la acogida que nos habían dado en la escuela se estaba cumpliendo lo orientado por el Ministerio de Educación. No me detuve, seguí mis cuentos:

—Caímos rendidos esa noche. Yo creo que nadie tuvo tiempo para extrañar la casa. A las seis de la mañana nos despertó una música agradable que amplificaban a través de un audio y acto seguido, una voz nos daba el de pie. Ese día supimos quién había sido Vladimir Komarov. Un alumno militante de la Unión de Jóvenes Comunistas fue el encargado de ofrecernos esa información:

—Se escogió este nombre para nuestra escuela por ser uno de los cosmonautas destacados de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En ruso se escribe Владимир Михайлович Комаро; nació en Moscú el 16 de marzo de 1927 y murió el 24 de abril de 1967, a los cuarenta años.

”Siendo ingeniero entró en el primer cuerpo de cosmonautas de la Unión Soviética, el 7 de marzo de 1960. Su primer vuelo se produjo el 12 de octubre de 1964 en la Vosjod 1, en calidad de comandante. Debido a esto se le condecoró con la medalla de Héroe de la Unión Soviética y la Orden Vladimir I. Lenin.

”Tres años después, como único tripulante de la Soyuz 1, en un vuelo que duró un día y adoleció de múltiples problemas técnicos, perdió la vida. Ante la imposibilidad de continuar la misión se optó por hacer regresar a Komarov a tierra; pero los paracaídas también fallaron y la cápsula se estrelló contra el suelo. Su cuerpo fue sepultado en la muralla del Kremlin, un espacio reservado para las grandes personalidades del Gobierno. Se le otorgaron, por segunda vez, la medalla de Héroe de la Unión Soviética y la Orden Vladimir I. Lenin. Recién había concluido sus estudios de diplomado en ingeniería, poseía el grado de coronel de las Fuerzas Aéreas Soviéticas. Fue el primer humano en fallecer en una misión espacial.

Celia sentía gran admiración por los cosmonautas y los rusos en su conjunto, pronto se familiarizó con la historia de este héroe soviético. Se interesó por los detalles de la escuela y el funcionamiento de los pases, que eran cada veintiséis días. Conversaciones como estas, interesantes y de retroalimentación —como lo entendí después—, sucedían siempre que venía a La Habana.

Muy pronto inició el proceso de elección de la Federación Estudiantil de Enseñanza Media (Feem), como presidenta se eligió a Elenita, una estudiante de noveno grado, y el compañero Antonio Lugo fungiría como secretario general de la Unión de Jóvenes Comunistas.

Con facilidad me adapté a la nueva escuela, me estimuló muchísimo el uniforme, porque lo había diseñado mi madrina; predominaba el color azul, uno de sus preferidos, y elegantemente llevaba corbata. Esta cualidad suya de diseñar ropas, ya la conocía, ella tuvo que ver con la confección de guayaberas y safaris, como prendas típicas de nuestro país.

Lo interesante de los uniformes fue que antes de confeccionarlos, ella mandó a hacer encuestas por las diferentes escuelas, según los niveles de enseñanza: primaria, secundaria, preuniversitario y centros politécnicos y de oficios; le interesaba conocer las opiniones de los alumnos con respecto al modelo y colores. Finalmente se hicieron pocas adecuaciones, coincidíamos con su idea.

Algo curioso había ocurrido en la sala de mi casa. Trajeron las muestras de los uniformes y eran diferentes al diseño, los portadores alegaron que esos eran más bonito; pero qué va, el disgusto de mi madrina fue sensible. “¿Por qué ese cambio? Y no dejen de hacer la saya de las niñas tipo short para que se resguarden de cualquier movimiento y se sientan cómodas”.

Nunca nos imaginamos quién inauguraría oficialmente la escuela. Una mañana, en el matutino, nos enteramos de que sería nuestro Comandante. Ovaciones y aplausos. Ya en la noche, los vivas a Fidel y a la Revolución no cesaban. Antes de comenzar el acto, él quiso dar un recorrido por la escuela, en el trayecto del pasillo central al comedor me vio, aunque estaba alejada del grupo de visitantes, pienso que me identificó porque no tenía uniforme como los demás; me llamó con una sonrisa llena de satisfacción, difícil de olvidar, me hizo varias preguntas:

—Venga acá. ¿Cómo estás? ¿Te gusta la escuela? ¿Por qué estas sin uniforme?

Le dije que estaba bien, que me gustaba mucho la escuela. Y en cuanto al uniforme, le dije:

—¡Estoy de autoservicio!

—¿Qué es lo que haces ahí?

—Limpiar y ayudar a las tías a servir las comidas.

—Y ¿las clases cómo van? ¿Qué asignaturas les están impartiendo?

Le expliqué que las clases iban muy bien. Los profesores que estaban más cerca fueron más precisos:

—Aún consolidan contenidos de sexto grado, pronto empezaremos nuevas clases de Historia Antigua, Matemática, Física, Biología, Educación Laboral, Español, Educación Cívica e Inglés.

—Eso está muy bien... ¿los muchachos tienen interés y aprenden?

—Sí, Comandante, a ellos les gustan las clases y participan. Ahora inclinado hacia nosotras y como si fuera un secreto, nos preguntó:

—¿Cómo está el desayuno?, ¿les dan pan con mantequilla?

—¡Sí! —.

Nos reímos. Me dio un beso y continuó.

Frente a la plataforma del polígono, todos los estudiantes esperábamos ansiosos por sus palabras. El silencio era casi absoluto, cuando se le escuchó decir:

—¡Vengan todos para acá!

Caminó hasta la plataforma y se sentó en el centro, nosotros a su alrededor. Cada uno buscó acomodarse lo más cerca posible, pero como éramos muchos, algunos quedaron algo distante. Los profesores ayudaron a que tomáramos posición. Eso no preocupó, lo importante era escucharlo y se oía muy bien.

Hizo un recuento de la educación antes del triunfo de la Revolución y de otros problemas sociales y cómo en los tiempos de las transformaciones se iban viendo resultados. “Esta escuela es uno de ellos”, dijo. Hizo mención del nombre de la escuela, Vladimir Komarov, y lo glorificó al decirnos que había sido un hombre valiente y heroico.

Sus palabras fueron asequibles, con un tono tan ameno que, en la medida en que iba expresando sus ideas, nos íbamos comprometiendo con él y con la Revolución a ser buenos estudiantes. Nos dijo bien claro que el futuro de la patria estaba en nuestras manos.

Casi al final del encuentro nos recordó a José Martí, sus postulados, y que uno de ellos ya lo poníamos en práctica. Empezó a hacernos preguntas. Todos queríamos contestar a la vez, pero él con mucha paciencia organizó el diálogo para podernos escuchar bien. Recuerdo que la visita coincidió con la cosecha de cítricos, específicamente la toronja, le explicamos el proceso para lograr una buena recolección y dijo con emoción:

—A mí me gusta mucho el jugo de toronja, si me traen algunas me tomo un jugo ahora mismo.

Salimos a toda carrera para los campos. Se revolvió el panel. Cada uno regresó con tres o cuatro toronjas en las manos, y cada uno aseguraba que las suyas eran las mejores. Yo me fui rápidamente por la parte de atrás para la cocina, pensando que las mías serían las escogidas; pero cuando llegué me encontré con que otros corrieron más, y Fidel ya tomaba el jugo. A mí me pareció que las escoltas se nos adelantaron, porque la cocina todavía estaba llena de estudiantes. Lo cierto fue que lo vimos saborear su jugo.

A la hora de la despedida, fuimos vitoreando hasta el parqueo. De allí no nos separamos hasta perder de vista el yipi en que viajaba.

También tuve momentos tristes, sobre todo los fines de semana. Empecé a compararme con otros niños que recibían visitas de sus familiares, incluso algunos venían desde la provincia de Oriente, pero yo no podía pedirles tal sacrificio a mis abuelos. Reconozco que esta etapa, en ese sentido, fue difícil para mí, aún era un poco frágil. Me confortaba leer una carta que Fidel le había enviado, con fecha 25 de septiembre de 1953, a su hermanita Agustina Castro, cuando estaba preso y atareado en su alegato de defensa para el juicio que lo sancionaría por el asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes. Sus consejos se asentaban en mi mente y me parecía que estaban dirigidas a mí, porque yo veía a Fidel, ante la ausencia de mi padre, como si fuera realmente mi progenitor. Los siguientes fragmentos son parte de esa misiva:

La prisión no es tan mala. Agustinita, desde lejos luce más fea de lo que realmente es: aquí se vive, se piensa, se siente y se quiere; no importa que nos falten muchas cosas materiales y que nuestro mundo se reduzca a unos cuantos metros cuadrados de cemento, si tenemos buenos libros que nos permitan olvidar nuestras penas físicas, instruirnos y mejorarnos. No hay tiempo perdido si de él sacamos algún provecho útil. Muchos de los que están en la calle lo pierden y malgastan su libertad que de nada les sirve.

Háblame de tus estudios, de lo que más te gusta y del lugar que ocupas en la clase. Me han dicho que eres estudiosa ¿Es cierto? ¿Haces todo lo que puedes? El deber de todo estudiante es aspirar al primer lugar: lo obtendrá sin duda el que posea más voluntad y constancia; pero no debe conformarse solamente con ser el primero en los estudios; sino también en el comportamiento, en el ejemplo, en el compañerismo, la amistad y la comprensión para los demás. A los profesores respetarlos, a los compañeros, entenderlos.

Muchas veces pensamos mal de los que realmente no sabemos comprender, ¡cuántas veces hacemos infelices a los demás por esa razón!

Los años del colegio son los más felices: esto nos lo repetían siempre los mayores, pero nunca lo comprendíamos.

No hay felicidad mayor que una lección bien aprendida. Cuando somos grandes y nos enfrentamos a la vida nos damos cuenta de la inmensa utilidad de los estudios y siempre nos queda un pequeño remordimiento por el tiempo que podamos haber perdido.

La juventud es la edad preciosa del aprendizaje: todo nos impresiona y todo lo retiene nuestra mente, es la edad de las ilusiones que serán realidades si sabemos forjarla con nuestro esfuerzo.

[...]

Agustinita, no estés nunca triste porque tus hermanos estén presos. Piensa en la historia de nuestra patria que tú has estudiado y comprenderás el sentido de nuestro sacrificio.³

En la Vladimir Komarov continuó mi formación. Empezó el proceso de captación de jóvenes ejemplares, quienes más tarde integrarían la Unión de Jóvenes Comunistas. Pertener a esa cantera ya era importante para mí. Muchos de los propuestos no llegaban a la recta final. De manera sistemática cometíamos tareas de choque. Ya había prendido fuerte la emulación entre las escuelas y cumplir el plan de producción era un renglón imprescindible, por lo tanto acudíamos a jornadas voluntarias los fines de semanas para arribar a las metas. Esta actividad me resultaba muy familiar, entre ella había crecido y sentía placer al realizar la labor que fuera. Aunque mis resultados no llegaban a la excelencia, sobre todo en algunas asignaturas de Letras, contaba con otros méritos, muy en cuenta en el proceso de captación de los ejemplares.

3 Katuska Blanco Castiñeira: *Bajo todo el tiempo de los cedros. Paisaje familiar de Fidel Castro*, Editora Abril, La Habana, 2003, pp. 354-356.

Cursando octavo grado, ingresé a las filas de la organización juvenil, el 29 de mayo de 1972. Al año siguiente fui elegida secretaria general del comité de dirección, atendía a trece comités de base, cada uno con más de veinticinco militantes, en total trescientos veinticinco miembros. Fue una etapa de mucha responsabilidad.

Me vi comprometida a ser ejemplo ante mis condiscípulos. Celia estaba orgullosa de mí, de las tareas tan serias que iba realizando. En varias ocasiones le pedí consejos acerca de cómo dirigir a tantos compañeros con edades similares a la mía. Sus consejos llegaban en el momento oportuno, aunque fueran a través de llamadas telefónicas. Ella estaba al tanto de mí, nos veíamos cuatro días al mes y aprovechábamos el mínimo instante para tomar medidas y prepararme. Así seguía hacia adelante.

Mis resultados satisfactorios —docentes, políticos y deportivos—, Celia los estimulaba moral y materialmente: a mi llegada de los pases, algo en mi closet me sorprendía: un perfume, un vestido, zapatos o algún libro. No olvido su viaje a Berlín, con Fidel. A su regreso me trajo unos zapatos suecos, color verde, quizás no eran tan preciosos como el hecho de que haya tenido en cuenta mi color preferido.

Pero mi mayor alegría era la atención a mi familia, específicamente a mis abuelos. Casi siempre, en períodos de vacaciones, los invitaba a La Habana y dejó de hospedarlos en el Hotel Nacional, donde se sentían incómodos ante tanto lujo. Celia indicó habilitar, con el nombre de Hotel para Campesinos, una casa en Miramar. Ella decía que allí se iban a sentir como en familia, con más privacidad. Un 31 de diciembre festejamos juntos el fin de año.

Celia estaba al tanto de mi cumpleaños. Próximo a mis “quinces”, durante el mes de agosto, se mantuvo hablando sobre el tema, hasta que un día me preguntó:

—Eugenia ¿qué vas a hacer para celebrar tus quinces?

Ante la pregunta quedé atónita. Ya había ido a fiestas de amiguitas mías, que me habían gustado. Como vivía prendada de esa idea, me quedé sin palabras, pero luego respondí:

—¡Una fiesta!

—Pues tú veras la fiesta que te voy a organizar. Cuco se va encargar de los detalles.

Otro día vino a la casa Ortedeo Díaz, Cuco, él era sastre del atelier y amigo de Celia; mi madrina le habló del asunto y le pidió que se encargara de los detalles de la fiesta.

—¿Qué grupo musical quieres invitar para tus quinces?

Como por esos tiempos estaban de moda los Van Van, dije, ingenuamente, que quería esa orquesta. Celia, que estaba delante disfrutando de las averiguaciones de Ortedeo y mis comentarios, intervino:

—¡Esa orquesta? No. Esa orquesta es muy cara y son muchos músicos, tienes que escoger un grupo pequeño, menos costoso, más sencillo.

Ahí me di cuenta de que ella iba a costear la fiesta con su salario. Me decidí por el combo Los Dadas. Era la época de estas agrupaciones, sus integrantes, pocos y con edades afines a la mía, simpatizaban mucho con la juventud; ellos finalmente me obsequiaron su actuación.

El día de los festejos todo salió como lo había aprobado mi madrina. Un detalle que no se tuvo en cuenta fue la presencia de más de ciento cincuenta personas; pero no preo-cupó porque reinó armonía, organización y mucha alegría. Compartieron conmigo amigos de la escuela, vecinos del barrio, miembros de la escolta, oficiales, por supuesto, algunos de mis hermanos que se hallaban de pase ese fin de semana y familiares de mi madrina.

Madrina no pudo asistir. Tarde en la noche, cuando llegó a casa, le conté. Se veía feliz, aunque siempre indagó por qué no había dejado mi cabello suelto.

Yo había bebido algún traguito, que no era costumbre, y me sentía mareada. Enseguida se dio cuenta y con mucha delicadeza me llamó la atención:

—Estás muy jovencita para beber.

Para que no quedara molesta, le cambié la conversación:

—Usted verá qué bonitas saldrán las fotografías, me traté con los artistas, con sus instrumentos musicales, con los invitados.

Pasados unos días temblé, porque no faltó nada para que me viera fumando en el baño; ella caminaba sin hacer

ruido y menos aún si andaba en alpargatas. Pero parece que lo sospechó. Me habló muy claro:

—Eugenia, yo sé que estabas fumando, hubiera querido “pillarte” yo misma. Tú podrás fumar cuando te mantengas, mientras tanto no quiero enterarme de que te pones un cigarro en la boca.

Me quedé en silencio, aturdida, apenada también. No me gustó ver tanta seriedad ni su rostro totalmente diferente. Guardo el recuerdo de ese día, porque mi madrina era increíble: a pesar de su disgusto, había en ella dulzura. No usó groserías, tampoco palabras altisonantes. Creo que a partir de ese momento aumentó mi cariño y respeto hacia ella.

En la escuela continué cumpliendo mis tareas docentes y extraescolares, que me mantuvieron por el camino de la ejemplaridad. Las relaciones con mis compañeros eran afables; pero placenteras con Roberto Molina La Rosa. Nos enamoramos. Quizás contribuyó a hacer fuerte nuestra afinidad, el trabajo político que desarrollábamos juntos: él como presidente de la Feem y yo como secretaria general del comité de dirección de la Juventud.

Mi madrina aceptó con gusto mi primera relación amorosa, apreciaba un noviazgo lindo. “Cosas de muchachos”, le gustaba decir.

Kico, como cariñosamente le decíamos, procedía de una familia humilde, afectuosa y revolucionaria. Vino a mi casa. Él y madrina estuvieron hablando en la sala durante un tiempo, a solas. Después supe que ella se preocupó por la salud de sus padres, específicamente del viejo, que había perdido un brazo en un accidente de trabajo.

Las relaciones con la familia de Roberto fueron afectuosas. Me encariñé con todos, especialmente con el viejo, luego con la madre, a quien le dirigía cartas haciéndole notar que podía tratarme como a una hija. Cuando salíamos de pase me invitaba a pasarme el día en su casa, en San Francisco de Paula. Una vez se me hizo tarde y quise quedarme a dormir. Ya de noche llamaron a la puerta.

—Eugenia, Celia te mandó a buscar —me dijo.



Una vez en casa, con mucho escrúpulo, no dejó de re-
prenderme:

—No puedes quedarte en la casa de tu novio, él no es tu
esposo, para eso hay que casarse y tú estás muy jovencita
para andar tan tarde fuera de la casa.

Asimilé la explicación, no me disgusté, al contrario, me
sentí reconfortada ante su preocupación. Las relaciones
se tornaban cada vez más intensas, ese amor adolescen-
te que pocas veces olvidamos, me llenó de alegría. Roberto
me regaló el anillo de compromiso, de plata, muy bonito;
cuando se lo enseñé a mi madrina, me precisó que yo debía
regalarle a él también. Pasados unos días encargó el anillo
y al entregármelo, me precisó:

—Si ustedes terminan la relación tienes que recuperar
el anillo, porque es de oro y se lo puedes dar a la próxima
pareja que tengas. Ya no te puedo dar más ninguno.

Ella sabía que yo no prefería joyas, era desprendida de
esas cosas materiales. No se le olvidaban unas dormilonas
de oro, que presté y nunca me las devolvieron.

Pasado el tiempo, terminó mi relación amorosa con Kico.
Todo resultó un poco difícil. Mi carácter era fuerte e im-
pulsivo, además de cierto orgullo que nos acompaña a las
muchachas. Él se trasladó a la escuela Nicolás Copérnico,
solo nos veíamos algunos fines de semana; tampoco coinci-
díamos en los pases para La Habana. Parece que encontré
las condiciones propicias para nuevos amoríos y cuando lo
supe, ya desencantada, decidí darle fin a nuestra relación.
Como no quería que mi madrina se enterara de la verdadera
causa, un día le dije:

—Madrina, yo no quiero seguir siendo novia de Kico.

—Eugenia, pero... ¿por qué?

—Porque ya no lo quiero, no me gusta y no sé cómo de-
círsele.

—Tienes que decirle la verdad. Le dices así: “No podemos
continuar siendo novios, porque ya tú no me gustas. Yo te
sigo queriendo pero solo como amigos”. Debes hacerlo así
para no herirlo, porque él es bueno. Recuerda pedirle el
anillo y devolverle el que te regaló.

A Celia no le gustaba herir sentimientos ajenos. Esa acti-
tud me la inculcaba. Al final me explicó que debía mantener

las mejores relaciones con su familia, porque eran muy buenos conmigo.

Madrina y yo establecíamos la comunicación que debe existir entre una madre y una hija. Yo sabía que la tenía a ella para tratar cualquier asunto. Para aconsejarme o llamar mi atención ante lo mal hecho, nunca le importó la edad por la que andaba. Ahora la exigencia era mayor e insospechada, como una de esas noches en que terminaba de trabajar de madrugada. Yo había colado café para los reunidos, me acosté y aproximadamente a las cinco me despertó:

—Eugenia, no puedo conciliar el sueño pensando en la lata de café que dejaste destapada, se le va a ir el aroma, así que levántate y ciérrala bien.

Un poco adormecida, disgustada y sin pensar en ese momento en sus buenas intenciones, fui refunfuñando y preguntándome: “¿Y ella no la podía cerrar?” Por supuesto, hablé conmigo misma, yo no era capaz de faltarle el respeto. En el fondo sabía que me quería con sentido de responsabilidad. Celia no desaprovechaba ninguna oportunidad para educar.

Otro día cuando acabamos de almorzar, coincidimos al sacudir el plato en el latón de la basura. Ella me hizo retornar, me tomó por la mano como si yo fuera una niñita, ese gesto suyo no se me olvida, porque ella creía que me frenaba fuertemente; pero era lo contrario, yo sentía placer ante su exquisitez. Solo yo me entiendo, pero disfrutaba en ese instante:

—Eugenia, sacude bien el plato. ¿Tú no ves que puede atorarse esa comida en el tragante y tupirse el fregadero?

Las mentiras o traiciones la enfurecían de qué manera. Tenía la habilidad de descubrir la mentira o el engaño a través de las miradas, gestos, movimientos de labios, frases de quien tuviera delante y desmentía a cualquiera al instante, sin tener en cuenta el rango o grados que poseyera la persona, incluso, si tenía que recurrir a alguna palabrota lo hacía con la misma serenidad que la identificaba. Algunos no aceptaban tales crudezas, pero sí puedo decir que la admiraban y respetaban más.

En ese sentido, conmigo usaba otros métodos, aunque mi falta hubiese sido muy grande, nunca me dijo una palabra fea. En más de una ocasión, le contesté cuando no estaba de acuerdo con algo, y quien me regañaba fuerte era Titi, que me decía: “Te voy a dar una zurra con un cinto, si sigues faltándole el respeto a tu madrina”. Eran actos de malacrianzas, en ella yo solo veía a mi madre. Igual les sucedía a mis hermanos. Si se acaloraba por teléfono con alguien, por algún incumplimiento de alguna tarea relacionada con Fidel, después, al dirigirse a nosotros, ya era la misma Celia cariñosa de la casa.

A través de mí le gustaba conocer el estado de ánimo del pueblo, lo comprobé en unos carnavales. Recuerdo que regresé algo mareada. Me quité los zapatos, andaba por la casa en punta de pies para que no me sintiera, y de pronto, alzó su voz:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, madrina.

—¡Qué bueno! para que me cueles un poquito de café...

Parece que recién se habían retirado sus compañeros; lo hice a duras penas, no obstante escuché su elogio:

—¡Qué sabroso te quedó! Ahora ven, cuéntame cómo están los carnavales.

Quería saber de todo: el tipo de música, los grupos musicales que más se escuchaban, si había niños hasta tan tarde, la calidad de la comida, cómo se veían las calles, el estado de ánimo de la gente...

Ese día yo le había llevado un pan con lechón, cortó un pedacito para saber si tenía buen sabor y si a la gente le podía haber gustado.

—El pan está muy bueno. ¿Cuánto costó? ¿Qué más vendían? ¿Había bastante comida?

Así se enteraba de cuanto quisiera o necesitara saber.

Su interrogatorio no tenía fin. Ya era como las cinco de la madrugada y yo solo atinaba a inclinar la cara para que no me sintiera olor a los dos o tres traguitos que había tomado, hasta que me preguntó:

—¿Tú has bebido?, Eugenia.

—Un poquito, madrina.

Me moví lentamente en dirección a mi cuarto. Ahora el rictus de su cara no era el mismo de cuando llegué; lógicamente no le gustó, pero ese día ratifiqué cuánto le interesaba saber el estado del carnaval, del pueblo, más allá de calle 11 y el mío en particular cuando salía de casa. No desaprovechaba la información que le llegara de la gente, de ahí el valor que les concedía a los vecinos, a las opiniones que se vertían en las reuniones de la circunscripción o en la calle, donde dialogaba con todo el mundo.

Celia era sinónimo de pueblo. Desde niña venía impregnada de un sentimiento colectivista y solidario que había practicado en Media Luna, Manzanillo y Pilón; y ahora la Revolución le permitió engrandecer sus acciones. Ver feliz a quienes la rodearan era uno de sus anhelos.

Yo atesoro recuerdos que merecen salir de su cofre, como la boda de Zoila Fonseca, una costurera amiga suya de Manzanillo, señorita, soltera de sesenta años; pero enamorada de un señor que tenía alrededor de setenta. A él lo conocimos por el nombre de Masquiroga.

Celia admiraba muchísimo a este señor desde una oportunidad en que hizo un toque de tambor en víspera del día de Santa Bárbara, al que concurrieron muchas personas y, en un momento, ante la emoción y la efervescencia del triunfo revolucionario, aquella multitud empezó a entonar las notas del himno nacional y la Marcha del 26 de Julio. Siempre que madrina recordaba ese cuento, decía: “Terminó el ritual en un acto político en apoyo a los cambios que proclamaba Fidel”.

Pues ella organizó esa boda y fue la madrina. Todos estábamos atentos a lo que se le iba a ocurrir —era de muy buenas iniciativas también—. De la antigüedad tomó cada detalle, incluyendo el “fotingo” en que se trasladaría la pareja a su luna de miel.

Como Zoila continuó haciéndonos algunas costuras, que nos obligaban a hacerle visitas reiteradas, pude apreciar cuán feliz era el matrimonio.

De su preocupación por los demás, ni Martha, Fidelito, Eulalia ni yo podemos olvidar el recorrido que mi madrina organizó por la zona oriental. Fuimos en una guagüita con algunos regalos. Teníamos la orientación de visitar nuestras

casas y pueblos como Mayarí, Moa, Media Luna, Pílon, Las Mercedes, Bartolomé Masó, Yara y Providencia.

Dondequiera que nos hospedábamos, entregábamos obsequios. Algunos iban ya dirigidos a personas que Celia estimulaba, se trataba de medicamentos para algún enfermo o juguetes para los niños. Las personas recibían lo suyo con mucho cariño y humildad. Las gracias a ella no faltaban. Así hizo en diferentes lugares del país; en el municipio Guamá, en Santiago de Cuba, le encomendó esta función a la combatiente Olga Guevara Pérez.

Acá en La Habana nos esperaba para que le contáramos los detalles del viaje, cómo habíamos visto a los enfermos y a los viejos vecinos de Media Luna y Pílon.

Muchas tareas ocupaban su tiempo, pero la primera era atender al pueblo, fundamentalmente los problemas de las personas de procedencia campesina. Mi mamá fue una de ellas.

En uno de mis pases, después de los saludos, me indicó con un gesto que pasara a la sala. Nos sentamos y con mucha delicadeza me explicó:

—Mira, Eugenita, no te vayas a preocupar por lo que te voy a decir. Tú mamá está aquí en La Habana por problemas de salud. No te había avisado antes porque tú estabas en tiempo de exámenes y ella recibe la atención médica que necesita, en el hospital Calixto García, en la sala Borges. Allí le hacen un chequeo general. Tú puedes ir a verla cuando quieras.

A este hospital ya había venido mi mamá la primera vez que estuvo en La Habana. Ahora decidieron operarle las várices. La visité en los horarios establecidos por el hospital, en ocasiones fuera de estos; siempre le llevaba algún presente o chucherías. Me gustó arreglarle las uñas de sus manos y pies, peinarle el cabello, me sentaba en sus piernas, añorando sus caricias... Quise hacer realidad sueños que tuve siendo niña; pero mi mamá no era muy cariñosa, solo me decía “mi bichito” y entonces era que sentía algún mimo.

Mi madrina quiso que se sintiera lo mejor posible, que no se preocupara por los hijos allá en Oriente y los mandó a buscar, eran seis medios hermanos de apellido Labrada:

Alejandrina, Virginia, Ramona, Rafaela, Cruz María y José Ángel. Oscilaban entre cuatro y doce años. Estuvieron alrededor de seis meses, tiempo que se aprovechó para hacerles chequeos médicos. El parasitismo y otras enfermedades podían apreciarse a flor de piel. Fueron atendidos por las compañeras María Lucía Torres y Elsa Montero Maldonado, trabajadoras de la Oficina de Asuntos Históricos. Así se mantuvo hasta que mi madre, sin una total recuperación, decidió marcharse.

Durante esta etapa, en que estudiaba en la Isla, sabía que Fidel se mantenía al tanto de mí salud, las notas, la disciplina, y las actividades que hacía en la casa; pero lo veía menos. Cuando el encuentro sucedía, su labor educativa como formador de generaciones se ponía de manifiesto. Mi madrina estaba consciente de que no le sobraba tiempo, pero el que nos dedicaba para escucharnos o decirnos algo era bien aprovechado.

No solo aprendí de Fidel en ocasiones como estas, sino cuando hablaba al pueblo y lo veía por televisión. Quizás mucho contribuyó a mi devoción hacia él, el hecho de escucharle a tantos compañeros de la guerra y a mi familia, hablar de su parecido con mi papá. ¡Y cómo añoré conocerlo, comprobarlo!, porque Fidel es para mí bondad, ternura...

Cada respuesta mía a sus preguntas me hacía pensar que había pasado el examen para emprender un nuevo curso escolar. ¡Qué capacidad para interrogar! En mí puso a prueba una de sus cualidades más importantes: la fe inmensa en el futuro.

Yo sentía que mi vida iba bien encaminada; pero en décimo grado, cuando Fidel hizo el llamado para integrar las filas del Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domelech,⁴ con el objetivo de formar maestros que necesitaba el país y la mayoría de mis condiscípulos respondieron positivamente, sufrí un cambio inesperado.

A otras convocatorias los jóvenes habían dicho sí: en el curso escolar 1977-1978 en la Escuela Vocacional José

4 Joven alfabetizador asesinado en la sierra del Escambray junto al campesino Pedro Lantigua, el 26 de noviembre de 1961, por bandas contrarrevolucionarias.

Martí de Holguín, el 1° de septiembre, Fidel expresó el orgullo tremendo de pertenecer a un destacamento internacionalista, cuyo nombre fuera Che Guevara, redentor por excelencia de ese sentimiento solidario.

Después de concluido brillantemente este trabajo, Angola recibió otros destacamentos, entre ellos el Frank País; se afiliaron cerca de mil maestros y profesores que dieron clases en diferentes enseñanzas. Igual lo hizo el Contingente Augusto César Sandino, llamado así en honor al héroe nicaragüense y latinoamericano. Este se desempeñó fundamentalmente en la campaña de alfabetización y la educación de adultos en Nicaragua.

A pesar de estas informaciones, mi interés era prepararme en otra esfera ajena al magisterio. En una de mis salidas a La Habana, le hice el comentario a mi madrina.

—Pero debes aceptar. Ese trabajo es muy bonito —intentó motivarme.

Insistí en que no me gustaba, y que no había pensado ser maestra. Entonces en un tono que ya conocía, me advirtió:

—Cuando venga Fidel le voy a decir que no diste el paso al frente a su llamado y que tú no quieres ser maestra.

Nunca pensé que esa conversación sucediera tan pronto y en cuanto Fidel llegó a la casa —estábamos de pie en el comedor, yo recostada a la mesa—, Celia puso su mano sobre mi hombro, y le dijo:

—Mira, Fidel, Eugenia no quiere ser maestra.

Fidel inclinó un poco su cabeza y mirándome bien fijo a los ojos, pero muy calmado, me preguntó:

—¿Es verdad eso?

Con un movimiento de cabeza, respondí afirmativamente, claro, con respeto, al Comandante yo no le contestaba como hacía a veces a mi madrina; pero él siguió insistiendo:

—Pero, ¿es que no te gusta ser maestra?

Le contesté que no quería y que tampoco me gustaba. Él, gesticulando con su mano derecha, casi uniendo el dedo índice con el pulgar, volvió a preguntarme:

—¿No te gusta ni un poquito así?

—¡Ni así! —le respondí imitando el gesto.

—Tú vas a ver que con el tiempo te va a gustar y nunca te vas a arrepentir.

Iba sintiendo un compromiso; cada vez que hablaba me parecía que la situación se me tornaba difícil y para complacerla aún más, mi madrina añadió:

—¡Y eso que es militante, dirigente y todo! Fidel, como tú puedes ver, Eugenia no quiere dar el ejemplo.

Nos quedamos en silencio, hasta que Fidel, casi acariciando mi hombro, y con emoción en su voz, me dijo:

—Eugenia, si lo más lindo que tiene una persona es enseñar a los demás. ¡Yo te aseguro que con el tiempo te va a gustar ser maestra!

Se despidió con la sonrisa de siempre. No recuerdo que se haya disgustado, yo pensé que me había entendido y que todo había quedado claro: que no iba a ser maestra.

Cuando regresé a la Isla de la Juventud, me estaba esperando el secretario general de la Unión de Jóvenes Comunistas de la región con un pullover que tenía el emblema del destacamento y la imagen de Manuel Ascunce Domenech. Me dijo que me lo pusiera, yo le respondí que no. Entonces con un tono diferente, me precisó:

—Es una orden y hay que cumplirla.

Como se trataba de una orden me lo puse por encima de la blusa del uniforme. De inmediato llamé por teléfono a mi madrina y le conté lo que había sucedido.

—¡Eso está bien! —me contestó.

No necesitaba más intercambio de palabras. Ahora fue cuando todo quedó claro para mí. Disgustada, le pregunté:

—¿Y me puede decir de qué asignatura quiere que yo sea maestra?

—¿Y se puede saber cuál es la asignatura en la que siempre has tenido problemas y hasta suspendiste una vez?

—Historia —respondí un poco entristecida.

Realmente no estaba entre mis preferidas. Leí algún libro alguna vez, orientado por ella.

—¡Pues vas a ser maestra de Historia! —desde el otro lado del auricular me llegaron heladas sus palabras.

Fui la última en incorporarme al destacamento. A pesar de ello no resquebrajó mi prestigio, ni el respeto que los

compañeros sentían por mí. Al contrario, para todos fue una victoria verme entre ellos, vistiendo el mismo pullover.

Me ubicaron en la Esbec Clara Zetkin para impartir clases de Historia como alumna ayudante. Recibía el contenido docente y la preparación profesional en la filial, allí teníamos a un director muy bajito de tamaño, pero fuerte de carácter. Su nombre era Edel.

Por este tiempo, hubo ocasiones en que yo venía en el último vuelo hacia La Habana y me iba en el primero del día siguiente. Costeaba estos viajes con el estipendio de noventaicinco pesos que recibíamos y, además, yo ahorraba el dinero que Celia me daba a través de Titi. Con este proceder no perdía clases, y nadie se daba cuenta de mi ausencia, incluso, ante mi madrina pasaba inadvertida por el cúmulo de trabajo que siempre tenía. Un día que se encontraba en la sala, me dijo:

—Eugenia, ¡qué rápido te dieron pase! La semana pasada tú estuviste aquí.

Le dije que había venido para asistir a una boda que me habían invitado. Inmediatamente disgustada y enérgica, se levantó.

—Voy a llamar ahora mismo a Fernández [José Ramón Fernández Álvarez, ministro de Educación] para que se entere del relajo que tú tienes, haces lo que te da la gana, sales y entras de la Isla cada vez que quieres...

Delante de mí lo llamó. Le hizo saber que no existía control de los estudiantes en la Isla, que si eso era contigo, qué se podía pensar del resto, si salías cada vez que se te antojara. Realmente tenía razón, la disciplina podía convertirse en un caos.

Asistí a la boda, pero mi preocupación nadie me la quitaba de encima. Al otro día me levanté bien temprano, no fue difícil porque casi no pude dormir. Salí para el aeropuerto y tomé como de costumbre el primer vuelo. Llevaba el uniforme en la cartera, en el aeropuerto me lo puse y fui directo para la escuela, ¡cómo si acabara de llegar del albergue!

Al entrar por el pasillo central del edificio docente, quedé sorprendida, no había nadie. Alguien me informó que estaban en el teatro, que la dirección había citado, de forma urgente, a una reunión con estudiantes y profesores. El orden

del día era el cumplimiento del reglamento. Escuché las palabras del director general, se sentía el peso del disgusto. Sus ideas fueron muy parecidas a las que había oído el día anterior en mi casa. Habló hasta de los vuelos en avión.

—En este centro hay estudiantes que salen y entran de la Isla sin permiso. Se castigará a los que incidan en hechos como este, porque es una falta grave, eso es fugarse de la filial. Les vamos a quitar el pase y los vamos a ubicar en otras labores —dijo en uno de esos momentos.

Después, me citaron a la dirección; el regaño fue fortísimo. Ya lo sabían todo: cómo y dónde me cambiaba de ropas, qué hacía para llegar a la filial bien temprano en la mañana.

No niego que por todo este ambiente de indisciplinas empecé a sentir cierto rechazo por la escuela y quise irme, continuar los estudios en cualquier municipio del interior de La Habana: Güines, Batabanó. Afrontaba problemas de salud para que sucediera porque tenía manchada la piel, yo suponía que era por el cítrico, al menos había conocido de otros casos; pero también sabía que mi madrina no aceptaría mi traslado. No obstante, visité al doctor Guillermo Hernández Baquero, dermatólogo del hospital militar Carlos J. Finlay y me sometió a chequeo médico, el cual arrojó que la resina de la corteza de los cítricos era la que me provocaba las manchas. Su sugerencia fue alejarme de ellos. Como la zona donde yo trabajaba era totalmente cítricola, con ese certificado, solicité la baja.

El problema se presentó cuando llegué esa noche a la casa. Estaba mi madrina reunida. Después de saludar y antes de que me preguntara qué hacía allí, le di la noticia:

—Me dieron la baja de la escuela, porque soy alérgica al cítrico. Mire como tengo la cara.

—Déjame verte.

Hizo un gesto tocándome la cara con su manito delicada y delante de todos, connotó mi blandenguería. Me habló fuerte yo solo atiné a añadir el trabajo que había pasado para llegar a la casa, sin comer nada.

—Vete al horno que Ernesta dejó unos huevos duros, te los puedes comer todos, si quieres —me dijo.

Me retiré apenada. Esa noche lloré con mucho sentimiento, reconozco que en algún momento subí el tono de mis sollozos e, incluso, abrí la puerta de mi cuarto para que desde la sala me sintieran. Desfilaron por mi cama: primero René Rodríguez —él decía que me quería como si yo fuera su hija—, luego Montané, Núñez Jiménez, Piñeiro, Jorge Enrique Mendoza, más o menos coincidían en sus palabras de consuelo: “Celia te quiere mucho”. Ella es muy sensible con los problemas”. “No tengas pena por lo que te dijo, ella es así de fuerte, con nosotros también”.

Después, desde mi cama, oí cómo René le decía que me dejara en La Habana, que estaba enferma de verdad. “Hay que ver cómo tiene la cara, manchada, el cítrico le hace daño”. Los demás apoyaban y reafirmaban. Hubo quien se excedió y hasta se puso de ejemplo: “A mí también me manchan los cítricos”. Con todas esas frases intentaban disminuir su disgusto.

Ante los comentarios se mantuvo en silencio. Ella continuó su reunión y yo mi llanto; los quejidos le llegaban fuertes y con mucho sentimiento. Estuve así hasta cerca de las dos de la madrugada, que sentí su olor a colonia. Se había sentado en una esquinita de mi cama, sentí también sus caricias y hasta mis ojos hinchados sintieron alivio, porque madrina no flaqueaba ante una deserción; pero esa noche me dijo:

—Yo sé que el médico tiene razón, lo que a mí no me gustan las personas blandengues; pero no te preocupes, mañana te incorporas a la escuela que te corresponde aquí en La Habana. Tengo entendido que es en el municipio de San Antonio de los Baños.

”No llores más, descansa, que te vas a levantar dentro de tres horas para que llegues bien temprano. Lo que tienes que hacer desde que entres por la puerta de esa filial es portarte bien y cumplir con el reglamento, porque tú estás muy grandecita para estar fracasando.

Mi vida cambió después de ese incidente.



El magisterio surcando la avenida

*La vida individual es
un resumen breve
de la vida histórica. [19:441]*

De un tirón dormí hasta que oí el de pie a las cinco de la mañana. Temprano llegué a la Filial Pedagógica de San Antonio de los Baños. Tramité formalmente mi traslado y sin perder un día de actividad docente comencé en mi nueva escuela. Animada continué mis estudios. Iba a casa todos los días. Volví a hacer vida familiar.

Mil novecientos setentaicinco fue el año del Primer Congreso del Partido. Mi madrina estaba consagrada al trabajo para la consolidación de la Revolución Cubana y yo, desde mi condición de militante de la Juventud, cometía tareas que el momento histórico también les exigía a los jóvenes. Aunque la mayoría de las veces no nos veíamos, ella encontraba la forma de saber cómo andaban mis estudios; mis acciones como militante, para las cuales me ofrecía recomendaciones útiles, y mis situaciones personales: como cuando le conté sobre una nueva relación amorosa.

—Eugenia, ese novio que tú dices ¿es militante de la juventud?

Con orgullo le respondí que sí. Víctor era un muchacho responsable, muy prestigioso en la provincia de La Habana, fungía como cuadro del Instituto Nacional de Deportes Educación Física y Recreación (Inder). Ante las preguntas que siguieron: “¿dónde vive?” “¿dónde trabaja?”, me sentí aturdida, las respondí como pude. Y como si fueran pocas, añadió:

—Tráeme una foto para verlo y también el carné de la Juventud.

Cumplí con su pedido. Víctor solo me decía: “¡Me han hecho una investigación como si yo fuera un delincuente!”, y yo le decía expresiones similares a mi madrina; pero insistía en que no era por nosotras sino por Fidel, al que teníamos que cuidar.

Un día le mostré la foto, e inconforme me dijo:

—Casi no distingo su cara, tienes que traerme una en la que se le vea bien la cara.

El querer verle bien la cara, lo analicé más tarde. Parece que le había llegado la información de que tenía un niño con una madre soltera, entonces me repetía:

—Me parece que ese muchacho no te conviene.

Yo no acepté las observaciones. Cuando Fidel vino a la casa, se lo comunicó. Él no se opuso al noviazgo, entonces mi madrina cambió de opinión. Autorizó que Víctor fuera a la casa.

Por primera vez le vi temblar sus manos. Para mí todo era normal; pero él debía hablar con Celia, como tutora mía que era.

Sentada en el sofá nos esperaba. Después de las presentaciones quedaron solos. En ese momento me sentí un tanto nerviosa, fui para mi cuarto. Salí porque me mandó a hacer café. Víctor no quiso, no le gustaba. Ella le ofreció dulce, tampoco aceptó. Mi madrina le comentó:

—Haces bien, porque estás un poquito gordo.

Al rato lo pasó a mi cuarto, le enseñó mi habitación y otras partes de la casa, mientras caminaba, le preguntó:

—¿A dónde van a pasear?

—Al cine —su voz aún estaba entrecortada.

—Eugenia, báñate rápido y vístete elegante para que salgas a pasear con Víctor...

Yo no salía de mi asombro, ellos continuaron conversando, esencialmente del trabajo del Inder. Ese día Celia le brindó una magnífica atención. Cuando íbamos saliendo, le preguntó:

—¿A qué cine van? y ¿a qué hora la traes?

—A las diez. Vamos al cine Trianón —respondió a secas.

Al despedirnos le recordó que debía bajar de peso.

Cuando regresé me estaba esperando despierta, de nuevo me dijo que no lo aceptaba, que no me convenía y me expuso varias razones. No obstante la relación, a escondidas, continuó.

Quise llevarlo a la Sierra en las vacaciones para presentarlo a mis abuelos. Los viejos estuvieron de acuerdo, pero desconocían la posición de Celia. Visitamos durante esos días la Comandancia de La Plata, Radio Rebelde, el hospitalito. Yo pensaba que Celia estaba ajena a todo y a mi regreso tuve que enfrentar de nuevo el tema, hasta un día en que el Comandante y yo coincidimos en la escalera. Me abrazó, me dio un beso y en tono de alabanza me preguntó:

—Y, ¿adónde vas tan bonita y tan elegante?

—Voy a salir con mi novio al Restaurante 1830.

—Pero ¿tú novio tiene dinero? porque eso ahí es muy caro...

Claro que no teníamos dinero suficiente para entrar. Nos veríamos en el Torreón de la Chorrera, que colindaba con el restaurante.

Fidel le comentó a Celia sobre nuestro encuentro en el pasillo, porque a partir de ese día ella autorizó mi relación con Víctor, pero sin llevarlo a la casa.

La relación no afectó mi comportamiento, seguí siendo buena estudiante y trabajadora: pasé a la filial de Güines, donde recibía las clases teóricas y cumplía la práctica docente en escuelas del municipio; además, mantenía una actitud correcta como militante de la UJC, y eso intimaba más la comunicación con ella.

Al estar más tiempo en casa y, por supuesto, más crecida, pude apreciar mejor algunos aspectos de su personalidad; la perseverancia era un rasgo importante de su

carácter, eso ya lo había notado; pero... ¡como estudiante de la Escuela Superior del Partido Níco López...! Eso sí fue sorprendente.

Nunca imaginé que a la edad de cincuentaiséis años volviera a ser alumna. Evidentemente, esa actitud suya fue un ejemplo que incidió en mí de manera extraordinaria.

Su interés por aprender y hacerlo bien fue tal, que organizó un equipo de estudio con algunos de sus compañeros; rehabilitó un aulita en la que años atrás habían estudiado trabajadores de la casa, vecinos, escoltas. A estos en una ocasión les dijo: “Además de las pistolas esas manos tienen que tomar lápices”. Ahora colocó una mesa y sillas, establecieron horarios para los encuentros y, entre pilas de libros, leían, analizaban, interpretaban textos, tomaban notas.

Siempre que pude anduve cerca por si me necesitaban. Yo les hacía café y les preparaba alguna meriendita cuando el horario se extendía más de lo acostumbrado.

Lilia Riello Rodríguez

A finales de 1975, asistimos como delegadas al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba. Allí nos dimos cuenta de que éramos analfabetas del marxismo, no sabíamos nada, menos de economía, disciplina que objetivamente debíamos conocer por el contenido de nuestro trabajo. Quisimos matricular en la Escuela del partido. Celia me mandó a buscar a la casa de 11 y me preguntó:

—¿Qué tú vas a hacer?

—Imagínate, yo quiero estudiar, pero donde estoy trabajando solo llegan una o dos plazas, es muy reducida la cifra.

—Despreocúpate, que voy a hablar con Carlos Rafael Rodríguez para matricularnos.

Ese día fue a buscarme al trabajo. Empezamos a estudiar desde el primer día de clases. Se trataba de un curso normal y corriente, en 1976.



La primera clase fue una conferencia sobre *El Capital*, la impartió el compañero Eduardo del Llano Marante. Nosotras salimos desconcertadas, al menos eso expresaban nuestras miradas.

—Celia, yo creo que no voy a venir más, porque no entendí nada de lo que habló el profesor —le dije.

Además, se estableció como horario docente los sábados a partir de las dos de la tarde hasta las seis y a veces se organizaban repasos en horario nocturno. Aquello fue una tragedia, pero ella me animaba.

Impuso el estudio diario en su casa. Formamos equipo con Eddy Romagoza, Juan Luis Cámbara Fernández, Modesto Díaz, Omar Iser Mojena y Manuel Piñeiro, el más divertido de todos. Decíamos: “Nos vemos en la escolita de 11”. Estudiábamos de cinco y treinta a ocho y treinta de la noche. La disciplina era inviolable: había que estar temprano, los primeros veinte minutos, antes de comenzar el estudio, comentábamos las incidencias del día, algún problema personal, noticias nacionales e internacionales o simplemente oíamos el cuento de alguien. Pasados esos minutos todo era estudio, ella se encargaba de que fuera así, porque las clases en la escuela eran temas dirigidos, los profesores solo enunciaban los temas y orientaban la bibliografía que debíamos consultar; lo demás iba por nosotros.

Antes del mes tomamos el ritmo, pero había que estudiar mucho, mucho, mucho. Hubo días, sobre todo cuando teníamos exámenes, que íbamos más temprano. Celia fue muy exigente. Estudió con entusiasmo. Después de tener buenos resultados y notas elevadas en las pruebas, comentaba: “De verdad que ahora sí estamos limpios, antes no sabíamos nada”.

Sus resultados eran fabulosos, era tan exquisita que si en una prueba de treinta puntos, obtenía veinticinco, decía:

—¡Qué va, yo voy a la segunda convocatoria!

Y se viraba para mí y me preguntaba:

—Y tú ¿cuánto sacaste?

—Más o menos igual que tú.

Entonces me incitaba:

—Pues, vamos a segunda convocatoria.

Y mejorábamos las notas.

Lilia me contó que aún guarda “resumitos” de los que Celia le hacía para ayudarla a estudiar cuando ella ingresaba con su niña que, producto de la meningitis, había quedado discapacitada desde los nueve meses de nacida.

Con frecuencia yo estaba en el hospital —a veces a la niña le daban hasta tres convulsiones en una hora—. Si en esos días correspondía alguna prueba Celia inventaba algo para no examinar, jamás manifestó mi situación como causa, qué va. Decía: “No puedo examinar en esta convocatoria, porque no me siento bien preparada”. Después nos presentábamos en la otra convocatoria. Con una sensibilidad poco vista, se convirtió en la madre mía y a la vez de mi hija. En ninguna circunstancia me abandonó.

El profesor Rubén Bruno Hurtado Marrero, secretario docente de la escuela, me comentó:

Recuerdo a Celia por su sencillez; lo percibí más cuando decidió incorporarse a un grupo que no era de alto nivel, que no era donde estudiaban los comandantes de la Revolución; sino se incorporó al colectivo donde estaban algunos trabajadores de Palacio y de centros laborales que fueron seleccionados para estudiar aquí.

Ella con su ejemplo nos enseñó ética y reconoció en nosotros, los profesores, verdaderos guías de las aulas. La recuerdo sentada en las escaleras escribiendo algunas tareas que se orientaban.

La compañera María Álvarez Olavarri, doctora en Ciencias Históricas, profesora titular de Historia y Consultante de la Escuela Superior Níco López, impartió clases de Historia Antigua, Medieval y Contemporánea al grupo docente de Celia.

Ella se incorporó a la escuela, específicamente, en el viejo edificio docente. Su grupo tenía como matrícula veinte alumnos, se sentaba en la primera fila del aula No. 10, siempre a la izquierda del profesor. Desde el principio se destacó por su disciplina.

Tenía una grabadora pequeña en la que llevaba a casa las clases. Al principio yo tenía cierto temor por la gran responsabilidad que implicaba, incluso suponía que en algún momento hasta el Comandante podría oír mis clases. ¡No me podía equivocar!

A través de Modesto González, quien había sido director de la escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de La Habana y ahora era el jefe del equipo de estudio de Celia, aclaraban las dudas con los profesores.

Algunos de estos fueron miembros de la comisión de Grado Científico: Blanca Trápaga Álvarez y Pedro Palacio Ramos, en la asignatura de Movimiento Obrero; y las doctoras Iraida Camejo Casanova —actualmente colaboradora de este centro— y María, quien pasó a ocupar el cargo de jefe de cátedra de Historia Antigua, Medieval y Contemporánea.

Todos los profesores nos poníamos nerviosos cuando íbamos a dar clases, primero por impartírselas a Celia, luego porque ella grababa, pero la expresión de sus ojos le devolvía a una la tranquilidad.

Otro impacto fue cuando le quité dos puntos en la prueba de Historia Medieval en el tema: “El primer incentivo económico”. Modesto fue el que me dijo que ella quería ver su prueba, y por pena le pidió que mediara.

Hicimos la revisión, le demostré que estaba incompleta. Yo tuve mucho cuidado a pesar de las normas de calificación que contemplaba la clave. Mis principios no me permitían actuar de otra forma, además yo era una profesora de experiencia, responsable, respetuosa, revolucionaria; esa formación la perfeccioné en el trabajo de la Universidad de La Habana. Además, en aquel tiempo, Fidel se reunía con nosotros y nos preguntaba sobre temas políticos, aunque yo tenía el privilegio de tener como alumna a la heroína de la Sierra y a su mano derecha tenía que defender mi convicción. Bueno lo cierto es que ese día ella con mucha modestia, me dijo: “María, te lo agradezco, lo único que yo quería era saber en qué me había equivocado, para no cometer el mismo error en otro momento”. Yo sentí gran alivio ante esa actitud tan sincera y humilde.

Los repasos siempre lo hacíamos en la secretaría donde había un jueguito de sala de mimbres, una vez llegó el profesor de Filosofía, Luis Salomón, y nos preguntó que por qué no pasábamos a estudiar a la sala magistral, entonces Celia dijo: “No, no, nosotros nos sentimos muy bien aquí con María, si no fuera por lo acogedora que está la salita nos íbamos a estudiar debajo de las matas”.

Recuerdo un Día del Educador. Aquel 22 de diciembre nunca se me va a olvidar. El subdirector Castellanos nos planteó que Celia tenía que hablar muy serio con nosotros y que él quería saber lo que habíamos hecho. Enseguida me preguntó: ¿qué será? No estamos exentos de cometer errores. Intranquilos, llegamos al aula. Fue tremendo aquello, porque era una sorpresa que nos había preparado. Ella hizo vestirse con uniforme de pionero a un alumno, para que nos entregara los regalos. Coronel José González Palmer, un oficial del Minint, se prestó para la broma.

—¡Esta es la tarea más difícil que he cumplido por la Revolución y por Celia! Miren qué responsabilidad me ha dado —y se miraba de arriba a abajo.

Finalmente, este compañero nos obsequió también una poesía.

De ese día conservo como un preciado recuerdo de Celia una cartera de cuero.

La profesora María al valorar a Celia, fue muy concreta, pero profunda, ella dijo: “Lo que más admiré de ella fue su amor infinito a la Revolución y a Fidel”.

En el aulita de la casa, en un momento que parecía de receso, mi madrina comenzó estimulando el café que les había colado, luego abordó el tema de mis abuelos: quería mudarlos para La Habana y ellos se habían negado, alegaban que preferían seguir viviendo en el campo, junto a su pedacito de tierra.

Su comentario se me quedó grabado y cuando fui a la Sierra Maestra, en mis próximas vacaciones, empecé a convencer a mis abuelos para que se mudaran a la ciudad. Inicialmente quisieron irse a vivir al cercano municipio de Bartolomé Masó, pero después pensaron que no se adaptarían en ese lugar.

Me dirigí a Emilio Loo Hernández, primer secretario del partido en la provincia de Granma, con el objetivo de que me encaminara hacia Jiguaní, donde me habían dicho que vivía un medio hermano de mi papá, de apellido Palomares. Pronto contacté con su homólogo en dicho municipio.

Walfrido Guerra Peña

Una mañana de junio de 1977, me llamó el primer secretario del comité provincial del partido de Granma, y me comunicó que esperara a una compañera procedente del Consejo de Estado, que ella me explicaría el objetivo de su visita. Llegó ese día a las once de la mañana. Estuvimos conversando sobre su interés de encontrar a su familia. Sucedió y finalmente se hospedó en la casa de su tío Raimundo Palomares.

A los dos o tres días, Celia me llamó de La Habana interesada por “la niña”. Todo andaba bien y así se lo hice saber. Se despidió agradecida.

En esa ocasión conocí a mi tío Raimundo, a su esposa e hijos.

Por él supe de la niñez y adolescencia de mi padre, me relacioné con otros medios hermanos que vivían en Santiago de Cuba, Baire y Contramaestre. Yo tenía veinte años cuando empecé a hacer estas investigaciones de mis familiares. Cada vez que sucedía algún nuevo acontecimiento, llamaba a mi madrina por teléfono.

A solicitud mía, Walfrido creó las condiciones para que subiera a la Sierra y hablara con mis abuelitos, me acompañaron una prima, María Palomares, y la compañera María Ramírez, miembro del buró municipal del partido. Logré convencerlos de que se mudaran para Jiguaní. Mi objetivo final era unir las dos familias: los Palomares y los Ferrales.

Walfrido Guerra Peña

Durante ese período Celia se mantenía al tanto de la situación y me solicitó ayuda para la construcción de la vivienda, que apoyáramos a Eugenia en el programa que debía desarrollar. Cuando le expliqué en términos generales los pasos dados, pude apreciar que se sintió contenta.

Todos los organismos brindaron su aporte en la construcción de la casita. Quiero hacer patente la honestidad y sencillez de la compañera Eugenia; por su forma y actitud, se ganó el cariño y respeto de los compañeros del municipio, en lo personal, mi esposa y yo la hemos querido como a una hija.

Durante la década del setenta, este municipio había logrado cambios sustanciales en los sectores económicos y sociales. Lo más importante fue la construcción de viviendas, llamadas casas VAN con la consigna de que VAN VAN, nombre que le puso el comandante Juan Almeida Bosque, recordando la Zafra de los Diez Millones. Había comenzado con veintinueve casas para familias que vivían en una zona marginada, a varios kilómetros del pueblo; pero en sentido general, Jiguaní había crecido. En poco tiempo se convirtió en un pueblo de hombres y mujeres cultos, entregados a su trabajo.

Yo había ido al encuentro de una familia desconocida, pero me encantó saber que podía ser el lugar idóneo para mis abuelos, ya muy viejecitos para remontar lomas. Con la mejor intención de todos los factores, se inició la construcción de su casita.

En estos recorridos también visité a mi madre en el poblado Uno de Santa Rosa, municipio Río Cauto, en Bayamo. Nunca recibió ayuda por la actitud negativa de mi padrastro. Pasados unos años, todo continuó igual. Walfrido me ratificó lo que ya sabía.

—No me resultó difícil contactar con tu familia: madre, padrastro, hermanos y sobrinos. Aún vivían en una situación crítica, dentro de los cañaverales que dan a Río Cauto, están totalmente aislados. Pero nunca han querido salir de aquel sitio, fundamentalmente tu padrastro. El lugar le era propicio para practicar la religión afrocubana, muy arraigada en la zona —me dijo.

Aquel día yo volví a Jiguaní, donde había estrechado mis relaciones con los vecinos del pueblo y con Nereida Lucrecia Fernández Martínez —esposa de Walfrido— y sus hijos. Ella me contó que, cuando tenía once años, le escribió a Fidel para pedirle mejoras para las carreteras. Entonces no podían ir desde Río Cauto a la escuela en Bayamo. Quien le contestó fue Celia y le prometió que su solicitud sería atendida. Se hizo la carretera. Actualmente Nereida es ingeniera agrónoma; su tesis la dedicó a la Revolución, que le dio la posibilidad de formarse como profesional y contribuir al desarrollo de la sociedad.

Las dos veces que mi madrina llamó a Walfrido, él me lo hizo saber. Estaba interesada en mi llegada y en mi comportamiento, además quiso indagar sobre los parientes recién conocidos y los preparativos para la construcción de la casa de los abuelos: “que debían escoger un solar con características muy modestas, pero que los viejos se sintieran bien”. Con estas precisiones daba cumplimiento a una indicación de la dirección del Gobierno: beneficiar a los campesinos que estuvieron vinculados a la guerra y, en especial, a las familias que habían sufrido los horrores de ese conflicto.

Regresé a La Habana feliz. Yo sabía que mi madrina estaba al tanto de la construcción de la vivienda de mis viejos.

Ahora me inquietaba cómo la amueblarían. Pensando en eso y con café para brindarles a los compañeros, entré a la escuelita. Me sorprendió que hablara del mismo tema que tenía en mi pensamiento, mientras deleitaban la infusión. Para no demorar su estudio me pidió que llamara a Efreeen por teléfono, a su oficina en la Emprova (Empresa de Productos Varios), entonces era su director.

—Eugenia, pídele lo necesario para una casa de tres cuartos, sala-comedor y cocina.

Boquiabierta me quedé. No era posible tal sincronización. Me detuve a observarla, la vi abrigada, estaba aún convaleciente de su operación del pulmón; pero mantenía esa sonrisa tan natural que nos confundía, aparentando que se sentía perfecta. Ellos continuaron concentrados y yo alcé el teléfono, muy cerca de la mesa de estudio. Traté de hacer lo mismo que mi madrina cuando daba instrucciones.

Después de que le dije que lo llamaba de parte de ella para hacerle un pedido, comencé por lo que más me gustaba. Ingenua, superficial e influenciada quizás por las cosas que veía en la ciudad, solicité dos juegos de camas matrimoniales, juegos de sábanas, sobrecamas, dos literas, juego de sala... Cuando terminé, ni imaginarme que ella había estado al tanto de lo que hablé. Ahí mismo interrumpió su estudio y me dijo:

—Eugenia, no estoy de acuerdo contigo. ¿Por qué hiciste ese pedido tan exagerado? Debes ser más natural. Tus abuelos son humildes, tú tienes que cambiar, porque lo más lindo de una persona es la humildad.

Sentí pena, no supe cómo mirar a los presentes, estuve a punto de llorar. Le dije que yo podía rectificar el pedido, que me dejara llamar de nuevo. Su respuesta fue tajante:

—¡No, de eso nada! Tú vas a ir a Jiguaní a recibir todo lo que pediste, para que valores lo que acabas de hacer.

Así mismo sucedió. Allá me hospedé en la casa de mi tío Marino hasta que llegó la rastra con la carga. Parecía que se estaba amueblando una residencia para un matrimonio recién casado. Me sentí abochornada. La vivienda quedó abarrotada de piezas y útiles del hogar, todo moderno y nuevo. Mis abuelos se sintieron un poco incómodos. Dio

resultado que Celia me mandara allá, no supe cómo disculparme ante la imagen negativa que ofrecí, por suerte, muy pronto quedó allí solo lo necesario. La mayor parte de lo recibido satisfizo carencias de los vecinos.

Jiguaní fue uno de los municipios declarados “Ciudad Jardín”, como resultado de la emulación que se desarrolló en todo el país. Cuando se organizó el acto político para darlo a conocer al pueblo, se había regado que por allá se encontraba la niña de Celia. Mandaron a un emisario a casa de mi tío para invitarme al acto. Luego me pidieron subir a la tribuna. Yo no acepté, sabía que a mi madrina no le gustaba ese exhibicionismo; pero la insistencia fue tal que me plantearon que el acto no empezaría hasta que yo me ubicara en el puesto que me habían asignado. No tuve opciones.

Subí al escenario, después de presentados los dirigentes, entre ellos Jorge Lezcano, quien haría entrega de la honrosa bandera, mencionaron mi nombre, que era hija del mártir Pastor Palomares López, que me encontraba bajo la tutela de Celia Sánchez, que era miembro del Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech. Me aplaudieron. Después quisieron que dijera unas palabras, ¡hasta ahí no!

Hizo uso de la palabra el secretario de partido. Los logros alcanzados por el municipio, además del embellecimiento, fueron numerados. La alegría brotaba a raudales, era el resultado de todos los que habían acudido al acto, y de quienes no habían podido abandonar sus puestos de trabajo. Hubo fiestas, ferias, brindis y “comelatas”.

Al día siguiente, quedé estupefacta cuando me vi en la primera plana del periódico *Sierra Maestra*. Dondequiera se oía decir “miren a la niña de Celia”. Yo solo pensaba en mi madrina, en la cara que pondría cuando se enterara de lo que me estaba ocurriendo.

Sucedió como lo imaginé. Cuando regresé a La Habana, me llamó aparte. Este regaño sí fue fuerte, con el periódico en la mano, señalando la foto donde aparecía me exigía:

—Explícame..., explícame, ¿qué significa esto?



No había palabras para que entendiera. Su disgusto no había disminuido ni con el paso de los días. Tomaba fuerza de nuevo y me decía:

—Tú posees el peor defecto que puede tener una persona: ¡falta de modestia! En los años que llevas viviendo aquí, no has aprendido a comportarte.

Usó palabras fuertes, pocas veces la vi tan alterada. Nunca pude responder nada que la calmara. Comprobé que era difícil imitarla. Ella hubiera resuelto bien ese momento. Yo no supe. La humildad y sencillez eran peldaños que solo ella escalaba sin dificultad.

—Ahora no se trata de carticas, ni compromisos, sino de actuar correctamente —me lo repitió no sé cuántas veces.

Estaba obligada a un cambio radical. El castigo fue enérgico. Su mirada, al tropezar con la mía no se parecía a las de antes. Ella no era persona que perdonara fácilmente y menos cuando se trataba de presunciones o dobleces. A mi madrina no le gustaba ni aparecer ante las cámaras. Yo sabía que iba a algún acto político trascendental, pero no la veía en la pantalla del televisor. Siempre se ubicaba detrás de otro.

Sus últimos correctivos me hicieron meditar profundamente. Dedicué tiempo a observar hasta sus movimientos y en ocasiones la imité, incluyendo sus gestos, ella se daba cuenta, entonces sonreía. En esa expresión que tomaba su rostro yo leía satisfacción.

Y es que Celia era disciplina. Cómo sabía y le gustaba hacer jaranas; pero ¡qué disciplina! Esa cualidad suya podía apreciarse en cualquier manifestación de su conducta. En una ocasión indicó hacer chequeos médicos a los miembros de la casa. Ella y yo fuimos las únicas que teníamos parásitos. “Geardiasis”, decían los papeles. Las curas eran insoportables. Yo la admiraba con solo verla tomar los medicamentos. Migdalia nos preparaba un polvo amarillo muy amargo que debíamos beber en ayunas. Mi madrina no hacía ni un gesto al ingerirlo. Yo simulaba que lo bebía y lo botaba por el tragante del fregadero, por eso sigue siendo mi padecimiento. Ella se curó. Pero así era con cualquier tratamiento médico: ¡las medicinas a su hora!

El bálsamo Schostacovsky es un medicamento parecido a una resina, de tocarlo se queda impregnado, muy desagradable al paladar. Ella ponía la cuchara vacía en el congelador, por la noche, y al amanecer llevaba la sustancia aquella casi hasta la garganta y tragaba. Muchas veces lo intenté, pero me fue imposible.

Volviendo al tema de la disciplina..., no se trataba de que la cumplieran unos y otros no, para ella era un rasgo que no podía faltar en la conducta del ser humano y si faltar a lo establecido implicaba irrespetuosidad como casi siempre sucede, su enojo era perceptible.

Orlando Almaguer Castillo, con anécdotas para nunca acabar, argumenta cuán estricta era, celosa cumplidora de la disciplina, ¡y con los que quería, aún más!

El compañero Manuel Piñeiro había tomado por costumbre entrar por la calle 12, o sea, contrario al tránsito, incluso sin respetar el semáforo, Celia se enteró y lo requirió: “Óyeme, me dijeron que tú estás entrando por ahí, por 12, y tú sabes que por ahí no puedes entrar. Por 12 solo puede entrar, contrario, el Comandante. Los guardias tienen órdenes de tirar; así que el día que te maten, a ellos no les va a pasar nada. Hasta yo misma doy la vuelta y entro por calle 10, aunque esté apurada o tenga algo urgente que hacer.

Nunca más entró por la calle 12.

Otro día que Celia se hallaba con mucho trabajo, sobre todo porque organizaba documentos, escribió en un cartel: “Si no está citado, no moleste”; lo bajó a la posta. Apenas se colocó el aviso, llegó un compañero interesado en ver a Celia. González Castro, quien cubría la guardia, se lo mostró; pero el otro, haciendo uso del cargo que ocupaba, replicó: “Si yo soy el dueño de esta mierda aquí. Conmigo no caminan los cartelitos”, y entró.

Yo decía para dentro de mí: “¡Si Celia se entera, este no entra más a 11!” Finalmente no supe en qué paró aquello.

Pasado un tiempo, yo sí me enteré de lo que sucedió porque el hecho trascendió: fue tal el disgusto de mi madrina, que más o menos estas fueron sus palabras: “Yo di una orden allá abajo y como tú no la has cumplido, como mismo llegaste te vas. La posta que está allá abajo tiene tanta dignidad como tú y a ese también hay que respetarlo”.

En contraposición con la actitud anterior, el propio Almaguer me comentó:

Sin embargo, cuando el general Raúl Castro llegó un día sin previo aviso —porque siempre llamaba con antelación—, saludó militarmente a las tres postas, cuando se acercó a mí, que estaba en la del centro, me echó el brazo por encima de los hombros, acto seguido me sentó en el banco y me preguntó: “Óigame, compañero, ¿usted cree que el Comandante pueda recibirme?”

Esperó a que yo me comunicara con Nivaldo Pérez Guerra, el oficial de guardia; este con Celia y a su vez ella con el comandante, y después me devolvió la llamada:

—¡Que suba, que suba!

Entonces le dije:

—Sí, ministro, puede subir.

Inmediatamente recibí, con su agradecimiento, una sonrisa. Al rato bajó. De nuevo su brazo pasó mi hombro, me saludó militarmente y se marchó.

Entre exigencia, disciplina y honestidad se mueve esta próxima vivencia; que obtuve por la información de Effren, no excluye la posibilidad de interpretar otros valores humanos. De cualquier forma siempre habrá un mensaje positivo.

Una mañana de trabajo voluntario en el Laguito —la zona donde está enclavado el Palacio de Convenciones en el reparto Siboney—, sobre las nueve y media, más o menos, Celia se percató de que se le había hecho tarde para una reunión en Palacio, que debía empezar a las diez. Le pidió a Efreem que la llevara rápido a 11 para cambiarse de ropa;

pero tenía que correr. Tomó por toda 5ª Avenida a ciento veinte kilómetros y lo detuvo la patrulla. Celia se bajó del carro, le dijo al policía que por la falta cometida le pusiera la multa. Asombrado el chofer reanudó el viaje, pero le comentó: “Celia, esta multa es de treinta pesos y yo gano en el mes ciento sesenta”.

Mi madrina le insistió en que había incurrido en una falta grave y había que saldarla. Por la noche, cuando él llegó a su casa, se encontró por debajo de la puerta un sobre con treinta pesos. Esto fue una lección que sirvió para educar a muchos de los que integraban su equipo de trabajo. Su preocupación por la gente nunca se le olvidó, reconocía Fidel.

En casa la vida continuaba su ritmo habitual: los muchachos seguíamos siendo su centro de atención.

En oportunidades disfruté ponerme alguna ropa suya, a veces me las regalaba. Al regreso de mis paseos me preguntaba si me habían elogiado. Era muy presumida. Siempre estaba al tanto, porque no me gustaba abrigarme y quizás por eso, me enfermaba de la garganta, hasta que fui operada de las amígdalas. Para esta ocasión también me prestó pijamas y libros de historia. Sentí placer al conocer algunas obras de José Luciano Franco, referidas a Maceo; pero las de Martí y el diario de campaña de Gómez me impresionaban más.

Cuando regresé a la casa me obsequió las ropas de dormir, pero los libros volvieron a su lugar, el tratamiento para la recuperación puede continuarlo en la casa, recuerdo con agrado su cama, me la prestaba para que Migdalia me inyectara. El hecho de ir a su habitación me hacía más soportable el pinchazo. Rememoro y siento la fragancia del lugar: su colonia, con olor a cítrico agradable, suave, impregnada en las sábanas; recorrí la vista y disfruté la limpieza y el orden de cada cosa en el inmueble.

Ana Irma ha colaborado conmigo para ahondar en nuestros recuerdos y describir su habitación:

Una camita en el centro, a su derecha la mesita que le regaló Amelia Peláez, encima un búcaro y dos ceniceritos con forma de orquídea; a la izquierda reposaba

una banqueta y una lámpara de luz fría para leer de noche; adosada a la pared había una tabla sobre la cual colocaba lo imprescindible para arreglarse, y un espejito, se negó a que le situaran uno grande. Completaba el conjunto un closet en total orden y sin puertas para encontrar sus cosas lo más rápido posible, porque siempre estaba apurada.

Los días transcurrían hasta que, finalmente, mis abuelos fueron a vivir a la ciudad de Jiguaní. En el pueblo fueron acogidos con mucho amor, sobre todo, en la medida en que se enteraban de que habían sido colaboradores del Ejército Rebelde durante la guerra en la Sierra. La dirección provincial de Atención a Combatientes y Familiares de Mártires también se ocupó de ellos.

Mis viejecitos nunca quisieron vivir en La Habana, pero me quedó la tranquilidad de que fueron felices en Jiguaní.

En marzo de 1977 el Comandante en Jefe realizó una visita a Angola, asistió a un acto el día 27 por la conmemoración del primer aniversario de la victoria sobre los invasores surafricanos. Unos días antes habían arribado algunos compañeros, entre ellos mi madrina y Nancy Jiménez, quien recuerda las vivencias de esos días:

Al anochecer del día anterior a la llegada del Comandante, fui a saludar a Celia y le comenté lo engalanada que estaba la ciudad para el recibimiento de Fidel. Inmediatamente se embulló para recorrerla y convidó a Jesús Montané.

Anduvimos, desde el barrio Futango de Belas hasta el aeropuerto y de ahí el chofer tomó otras avenidas principales. Luanda estaba llena de banderolas multicolores, cubanas y angolanas, fotos... Sentimos mucha emoción al ver ondeando nuestra enseña. Celia, como si estuviéramos en Cuba, quiso que conversáramos con las personas para conocer si asistirían a la bienvenida y si sabían quién llegaba al día siguiente.

Se detuvo el auto, nos bajamos y saludamos a unos transeúntes. Nos presentamos y la gente se puso

contenta, respondían que sí, que querían ver al Comandante Fidel.

De regreso paramos frente a unas casitas a la orilla de la carretera y saludamos a las personas.

En cuanto les expliqué quiénes eran Celia y Montané, nos invitaron a pasar al interior de una vivienda muy modesta. Los moradores hicieron preguntas, reían y no hallaban qué hacer para atendernos. Una mujer nos obsequió una naranja a cada uno. Y al marcharnos cómo aplaudían. Salimos alegres. Celia se sentía satisfecha por el encuentro con aquellas humildes personas.

De estas misiones tuve conocimiento, no solo por los medios de difusión, ni por Nancy, sino por los comentarios de mi madrina. Nos hablaba de miles de cubanos que prestaban colaboración en unos sesenta países como profesores, asesores deportivos, médicos y otros profesionales de la salud, constructores, especialistas en diferentes ramas de la economía, la ciencia y la cultura. Mi hermano Tony era uno de ellos, en Angola. Ella estuvo al tanto de sus movimientos a través de Jorge Risquet y Nancy Jiménez. Recuerdo sus notas sobre la mesa: “Tony llamó de Angola. Está bien”.



Dolor profundo

*No graba cincel alguno
como la muerte
los dolores en el alma. [1:83]*

Recién había llegado a Jiguaní, en mis vacaciones de 1977; estaba con mi equipaje aún en la sala, cuando se presentaron con mucha premura, dos compañeros que no me eran desconocidos.

—Debemos partir ahora mismo para La Habana —me dijo uno mientras el otro afirmaba con su rostro.

—¿Qué sucedió?

—Es una indicación del Consejo de Estado. Tenemos que salir ya.

Habían empezado las preocupaciones en casa.

Desde loma del Yarey, donde se encontraba la casa de visita del comandante en Jiguaní, no hicimos otra escala hasta Camagüey. Viajaba ansiosa, nunca nos habían interrumpido unas vacaciones, y esto no podía ser porque hubiera dejado mi cuarto desordenado. Me rompía la cabeza

haciéndome preguntas, pero ni idea. Sí estaba clara de que algo muy serio sucedía.

Efectivamente, Exiquio me recibió. Mi madrina había enfermado. Hubo que operarla de urgencia por dificultades en un pulmón. Me contó que presentó una crisis de tos por la noche, alrededor de las once, mientras estaba reunida; que Manuel Piñeiro y Jesús Montané la llevaron para el cuerpo de guardia del hospital Calixto García, a petición suya. “Eugenia, ella se sentía muy mal y pidió el último para consultarse con el médico de guardia”, me decía mi hermano entre un amasijo de sentimientos.

Como apenas podía respirar, una enfermera, sin saber que se trataba de Celia Sánchez, la hizo pasar para que fuera atendida con prioridad. Cuando el doctor Eugenio Selman llegó, ya le habían aplicado un aerosol y realizado una placa de tórax. Aliviada vino a casa. Una broncoscopia era la siguiente prueba. Apergibioma —un hongo grande— diagnosticaron.

Había que operarla y ella pidió que fuera en el mismo hospital Calixto García, pero el Comandante orientó que la remitieran para la clínica de Palacio. Yo no hablaba, totalmente sorprendida escuchaba a Exiquio, hasta que me dijo: “La operación resultó exitosa”.

La ausencia de madrina en casa dolía. Todos la extrañábamos. Ante nuestras preguntas, nos explicaron que los gérmenes de esta enfermedad tenía diferentes causas, entre las probables, exceso de humedad durante la vida guerrillera, que pudo reforzarse en las madrugadas de trabajo y por el hábito de fumar...

Lilia Rielo Rodríguez

Al día siguiente de que la viera el médico en el Calixto García, tuvimos un diálogo poco común. Me llamó al trabajo:

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo?

—Celia, trabajando, ¿qué voy a estar haciendo? ¡Trabajando!

—¿Cómo está la niña? —me preguntó.

—Está bien, en su escuelita.

—Y ¿tú?

—Yo estoy bien, esperando la hora de salir para allá.

—¿Tú crees que puedas venir acá un momento?

—Sí, como no.

No le pregunté nada más y arranqué para 11. Vestía un pantalón color vino y la blusa tipo mejicana bordada, con dos bolsillos a los lados, la misma con la que salió en el documental de Santiago Álvarez.

Me contó el cuadro que había presentado la noche anterior y ya lo había arreglado todo para hacerse la broncoscopia en el hospital Calixto García. No quería que nadie se enterara, por eso me pidió que la acompañara, además, necesitaba que yo estuviera atenta a la conversación de los médicos mientras hicieran la prueba, que requería anestesia, pese a que se negaba a que fuera usada.

Ella decía que su familia había muerto debido al cáncer: su papá, su tía. “Yo sé que tengo el mío”, completaba así la idea.

En mi cacharrito, que se estaba cayendo, salimos las dos.

Ya sabía dónde la esperarían Dorticós, Selman y otros doctores. Ellos hablaban con palabras científicas, muy de la especialidad, que si una no es médico no entiende nada. La pasaron a un salón. Luego salieron sin hacer comentarios. “Hay que operar”, fue lo único que oí.

Me quedé con Celia en la casa. Al rato llegó Fidel, ella subió corriendo. Permanecí en su apartamento. Estaba segura de que Fidel ya sabía mucho más que nosotras.

No demoró en bajar, ni habló. Se puso a limar sus uñas. Sentí curiosidad y le pregunté:

—Celia, ¿se lo dijiste al Comandante? ¿Qué te dijo?

Para no mirarme a la cara empezó a zafarse las botas, al mismo tiempo me contestó:

—¿Quieres saber lo que me dijo?, que cuando me operaran y eso... él iba a hablar con Arnaldo [Milián Castro, ministro de la Agricultura por esos tiempos] para que me hiciera una sopa china y unas maripositas.

Estaba “cabrona”, empezó a decir que todo el mundo pensaba que ella no tenía sensibilidad, que si era de piedra. Y yo aguantando, como si ser sensible tampoco me correspondiera. Me mantuve hasta tarde allí. No se habló más del asunto.

Como en la escuelita había una jaula con guineítos y distintos pajaritos, le dijeron que tenía un estafilococo. A nosotros nos hicieron pruebas también. Yo me lo creí. Los exámenes fueron varios para “detectar si nos habíamos contagiado con el hongo o el estafilococo”, y retiraron los animales de aquel lugar.

Mis visitas a 11 aumentaron. Le oía los cuentos de Exiquio. En una ocasión que, en un trabajo voluntario en el Parque Lenin, se introdujo un clavo en el pie y enfermó de tétano, él estaba navegando y vino porque tenía que estar a su lado. Era su consuelo; cómo se reía cuando él le decía: “¡Yo te voy a cuidar antes de morirte!” Ahora que la situación de Celia era más seria, Exiquio estuvo mal, se afectó más de los nervios. Todo era muy conmovedor.

Celia pensaba que ese pulmón desde hacía mucho tiempo no le funcionaba. Luego de la operación, subía y bajaba las escaleras y no se sofocaba, no lo extrañaba. Durante todo este proceso, una vez más, mostró su fortaleza, a pesar de ser una persona delicada se enfrentó a la operación con mucha voluntad. Eso ocurrió el 22 de julio de 1977.

A las ocho horas de operada, a la clínica de Palacio fueron a visitarla Fidel, Raúl, Almeida, Armando Hart, Sergio del Valle, Guillermo García, Ramiro

Valdés, Piñeiro, René Rodríguez y Exiquio; a su niño lo invitó a comer.

Se organizaron diferentes grupos para no coincidir tantos a la vez ni el mismo día. En mi primera visita me quedé asombrada del tamaño de la herida. “¡Qué valiente es mi madrina!”, pensaba. Ese día la vi contenta, por todo sonreía. Parecía que no quería preocuparme.

Otro día de visita tuve la oportunidad de quedarme sola con ella y me preguntaba: “¿Están preocupados por mí en la casa?” “¿Qué dicen?”

Si supo que estábamos turbados; que Fidel, personalmente, nos había explicado lo que le había ocurrido e insistido en que la noticia de su enfermedad no debía salir de nuestro recinto. También le dije que sabíamos que se iba a recuperar rápido y pronto volvería a casa.

Ese día intimamos mucho. El diálogo fue bonito, tierno. Me pidió un cigarro, que solo quería “una cachadita”. Como no debía hacer movimientos con el brazo, me dijo que lo encendiera. Me negué con un gesto, ella insistió:

—Oye, Eugenia, yo sé muy bien que tú fumas desde hace mucho tiempo; mira, si no quieres que yo te vea encendiendo el cigarro, te viras de espalda, lo enciendes y me lo das.

Así lo hice. Apenas lo tomó entre sus deditos, sintió al doctor Selman. Me lo dio con la rapidez con que un niño intenta evitar el sermón, igual hice yo, corrí al baño y lo tiré. Lilia Rielo recuerda algunos detalles de aquellos días:

Después de la intervención quirúrgica, incluso ingresada, nos citaba para estudiar. Independientemente de los conocimientos que iba adquiriendo, era un placer compartir con el grupo, porque éramos como familia.

Su recuperación fue exitosa, no solo por la atención tan esmerada de los médicos, sino por su marcado interés de sentirse bien y rápido. Hacía los ejercicios ayudada casi siempre por Exiquio, él era quien la cargaba de la sala a la cama o viceversa. Nunca pudimos lograr, ni siquiera los médicos, que dejara de fumar, sobre todo cuando tomaba café.

Se remodeló la casa por el famoso hongo, pero mi madrina meses después vio a Gilito y le dijo:

—Gilito, estoy muy contenta, veo que yo soy la que los tengo engañados a ustedes, la mayoría cree que yo me traqué lo del hongo...

Estos incidentes hicieron que nos aproximáramos más y la imitara a un ritmo asombroso. Parecíamos madre e hija. Yo esperaba con regocijo el Día de las Madres, porque ese abrazo de ambas era diferente. Mientras tanto, buscaba un motivo para felicitarla, darle un presente que siempre agradecía: postales, carticas; se los llevaba a su oficina, donde revisaba documentos.

Sus estudios continuaron. ¡Qué voluntad! Paralelamente a sus clases y el tiempo en equipo que siempre mantuvo, su trabajo como secretaria del Consejo de Estado y los problemas de salud, seguía la vida de sus chicos, era como si no hubiéramos crecido, y ya estábamos casaderos.

El primero en decidir matrimonio había sido Escambray. Celia aceptó. La boda fue en su lugar de nacimiento; por autorización de Fidel convivieron en la casa durante un tiempo hasta que tuvieron su vivienda.

La unión matrimonial de Ondina estuvo autorizada desde el mismo noviazgo. En medio de aquel noviazgo, Richard fue movilizado para cumplir misión y durante un tiempo no supimos de él. Treinta y cuatro meses estuvo como combatiente en el aseguramiento de las tropas en el sur de Angola. Celia le prometió a Ondina que cuando viajara a ese país, lo iba a localizar y le iba a demostrar que no lo habían matado.

A su regreso trajo una foto, la puso en la pared de la mesa del comedor para que la viéramos en la mañana. Con esta acción nos devolvió la felicidad a todos.

Finalmente la pareja contrajo sus nupcias. Ese día quedó en mi recuerdo. Disfrutamos la alegría de madrina y la vi tan linda, que guardo con cariño ese recuerdo.

Después de Tony cumplir su misión, volvió a casa y a sus visitas de fines de semanas que acostumbraba hacerles a Nancy y Risquet. Su noviazgo con Lupe fue autorizado. Su boda fue otra ceremonia linda, que celebramos en la casa de Gloria Gay, compañera de trabajo de Risquet y Nancy.

Todos estábamos muy contentos. Sencilla como de costumbre, Celia se veía radiante.

Los matrimonios, cuya madrina y testigo fue Celia, parecen bendecidos por un ángel o como si su firma fuera un sello nupcial para toda la vida. Ahí están como el primer día. No sucedió igual con aquellos que nunca aprobó.

Victor y yo también planificamos nuestro matrimonio. Próxima a mis veintidós años, le dije un día con mucha naturalidad:

—Madrina, Víctor y yo nos vamos a casar.

—Bueno, tú te puedes casar cuando quieras, pero que él te ponga casa, porque yo no te la voy a dar —y con la misma añadió—: Primero aquí se resuelven los problemas ajenos y después los nuestros. Él tiene que encargarse de ponerte casa.

—Ya tenemos un apartamento —le respondí lo que Víctor me había dicho.

—¡Cuánto me alegro! Eso está bien. Para ¿cuándo piensan casarse?

—Hemos pensado el 29 de diciembre.

—¡Con fecha y todo...! —me dijo sin salir de su asombro.

Pasados unos días, nos visitó el Morito. Mi madrina en ningún momento le demostró sentirse mal, reflejó la alegría que le desbordaba siempre que llegaba a casa. Indagó sobre sus últimas visitas a la Sierra y las cosas por allá.

De momento, como quien quiere hablar de otro asunto, le comentó:

—¿Viste, Morito, qué bonita se ha puesto Eugenia?

—Ya es toda una muchacha.

—Y ya se me quiere casar...

Él no quiso contrariarme, pero antes de partir me dejó bien explícito que Celia estaba preocupada por mi futuro matrimonio. No era de extrañar. Aunque la relación de Víctor y mía sumaba años, casi cuatro, a ella nunca le había gustado mi pareja.

Durante esa visita —me lo contó un tiempo después— él se había percatado de una nostalgia, cuyas razones no eran solo mi casamiento.

Yo trataba de que se sintiera bien, que no sufriera disgustos, aunque estaba ajena de cuán delicada era su salud.

Nos hacían ver que todo era circunstancial. Jamás expresó ante nosotros malestar alguno, al contrario, no sabemos de dónde sacaba fuerzas cuando nos tenía delante. Increíblemente simulaba su verdadero estado —corría 1979— e, incluso, asistió a la asamblea de Organización de Naciones Unidas con Fidel, cuando Cuba presidía la VI Cumbre de Países No Alineados. Sobre este viaje el doctor Gilberto Gil me comentó:

Aquel viaje fue inolvidable. Que asistiera nos entusiasmó, sabíamos que ella no acostumbraba a participar en este tipo de eventos y menos en actividades presidenciales.

Como siempre, Fidel recorrió, primero que todo, el área. Celia lo llevó a la habitación de los médicos y le enseñó las literas donde íbamos a dormir. Al otro día, nos visitó y nos regaló unas manzanas de California que le habían obsequiado, como algo exquisito y original del lugar.

Se mantuvo al tanto de los detalles y yo, que sí conocía su padecimiento, no pude más que silenciar mi sorpresa ante tanta fortaleza y júbilo.

Regresó un poco agotada del viaje, la vi más delgada, pero mantenía su carácter afable y una voluntad de acero. Mi madrina empezó a prepararse para otro acto de envergadura en Santiago de Cuba: la conmemoración del veintitrés aniversario del Levantamiento del 30 de Noviembre. Esa fue la última actividad pública en la que participó. Iba con el mejor ánimo, así lo corroboré cuando la vi por la televisión, incluso mientras imponía medallas y condecoraba a los valerosos combatientes. Alguien me dijo un tiempo después que había salido con fiebre y una tos que aparecía por momentos.

De vuelta a casa, la vi sentada sobre la mesa del comedor, moviendo sus piececitos con los zapatos beige de tacones y luciendo el mismo peinado que en la asamblea de Naciones Unidas: un aditamento que Eduardo, su peluquero, le había hecho para que ella misma se lo acomodara. ¡Nadie podía imaginar su gravedad!

—¿Cómo estás?, madrina —creo que mi pregunta iba dirigida, más bien, por los días de ausencia, después del viaje, que por preocupación.

—Bien, fijate que me comí el pan con queso que sirvieron en el avión y todo lo demás. Me siento de lo mejor.

No había querido ni probar lo que Ernesta le cocinó con tanto esmero, sin embargo, se comió lo que sirvieron en el avión, al menos fue lo que me dijo. Ya por esta fecha había bajado de peso.

Los años que antecedieron a 1979 se habían caracterizado por notables avances económicos y sociales. Y estos logros la hacían sentir feliz, pues el propósito era satisfacer cada vez más las necesidades de la población. Reflejo de ello fue la llamada telefónica que le hizo a su compañera y amiga Lucy Villegas Orias. Oí cuando le decía: “Lucy, recuerda que tú tienes un compromiso con la Revolución, no es conmigo, y es que debes escribir sobre el Plan de Campesinos desplegado en Cuba. No olvides que fue idea de Fidel y es bueno escribirlo para que se aplique en diferentes partes del mundo”.

Corría la primera quincena de diciembre. Yo estaba enfrascada en diferentes tareas que simultaneaba: estudiaba con más ahínco porque se aproximaban las pruebas; continuaba con mis viajes diarios a Güines, por ese tiempo impartía clases como profesora ayudante en la Esbec I Congreso del PCC y, además, me ocupaba de los preparativos de la boda. No veía a mi madrina con tanta frecuencia, siempre estaba colmada de tareas: recibía visitas, cumplía despachos programados. Apenas contaba con la media hora para ver el Noticiero Nacional de Televisión, y unos escasos minutos en que Ernesta aprovechaba para que, a regañadientes, comiera algún bocadito o tomara un vaso de leche.

Una de esas noches, al rededor del 23 de diciembre, cuando ya Titi se había retirado y yo estudiaba en la sala, ella bajó de la tercera planta, donde había creado una oficina de trabajo, a toda carrera. Me asusté por la forma en que descendía, además, tosía sin parar y le faltaba el aire. Atiné a buscarle un vaso de agua, solo pudo tomar pequeños sorbos. Rápido salió al balcón, encendió las luces de forma intermitente, hasta que el oficial de guardia respondió

con la misma acción. A través de gestos, pedía con urgencia un transporte, mientras yo llamaba por teléfono a Acacia, la hermana que vivía más cerca, en la calle 8 e/ Línea y 11.

Esa noche fue de espera y desasosiego. A las cinco de la mañana me preparaba para irme a la escuela. No sabía de ella y tampoco podía hablar sobre el tema con nadie. El silencio lo hacía todo peor. De vuelta a casa, con discreción, le pregunté a Titi por mi madrina.

—Está bien —me dijo.

“Y ¡lo que sucedió anoche! ¿No lo oyó?, ¿no lo supo?” Eso me lo decía yo misma. De todas maneras quedé un poco tranquila, pensé en algo pasajero, una crisis de tos como otras veces. Justificaban la presencia de Migdalia en casa, sus conversaciones en secreto como amigas y las inyecciones que debía aplicarle, en su condición de enfermera, para cumplir las indicaciones médicas. Cuando la vi sonriente, aunque pálida, continué mis quehaceres más calmada.

Las visitas por esos días aumentaron, sobre todo, de la familia: Silvia con sus hijos Sergio y Pepín; Flabia y René con Elenita y Ayoya; Quique y algunos de sus hijos, Manuel Enrique, Isabel Irene y Elia Acacia; Guite y su hijo Julio César; Alida y Orlando con Gustavito; Acacia y Delio y sus hijos Acacia Gloria, Carlitos y Chongolo; y Miriam Manduley, que constantemente subía con sus niñas Alejandra y Lourdes.

En estos encuentros no se hablaba de enfermedad, al contrario, los diálogos motivaban risas, sobre todo, los cuentos de sus sobrinos que la hacían sentirse bien, aunque implicara tareas para Titi quien, gustosamente se desvivía por brindar golosinas.

Orlando

En diciembre de 1979, la visité un día y me dijo que lo que más ella odiaba en su vida era la cama, y que en esos momentos era lo que más añoraba, porque se sentía a morir. Unos días después nos volvimos a ver y sería la última vez. La encontré en la cocina y me dijo que me iba a colar café, y aunque yo no quería ella insistió. Celia estaba tomando té en un jarrito y

me repetía que lo que quería era acostarse..., pero prefiero acordarme de cómo ella supo manejar muy bien mi carácter... mis berrinches...

Entre ellos, yo me sentía como una más de la familia. Todos me miraban con expresiones de cariño y agradecimiento, como si sintieran alegría porque ocupara un espacio en su vida. A Guite y Acacia, yo les seguía sus pasos, donde ellas siempre estaba Titi. Oí algunos comentarios, sobre todo el de Acacia, de lo rápido que anduvo después de mi llamada. Ella relató los detalles de cuando llegó al hospital:

A Celia la trasladaron para el hospital Calixto García, porque ella se lo pidió al chofer. Figúrate que no podía casi hablar. Con mímicas le dijo que no quería ir para la clínica de 43. Cuando yo llegué, ya la estaban atendiendo. Me enteré, por los comentarios de los que estaban allí, que entró por el Cuerpo de Guardia como una más del pueblo. Cuando le estaban haciendo las placas fue que los médicos se dieron cuenta de que era Celia. Después de que llegó el doctor Selman, fue trasladada a la clínica de Palacio. Esta vez no se podía operar.

Sus hermanos salían e iban llegando los compañeros de estudio y otros en función de trabajo. Lo que más yo veía era el movimiento constante de personas. Las cafeteras permanecían en las hornillas, preparadas para la próxima colada. Pero si queríamos ver a mi madrina deslumbrarse en aquellos días, solo había que estar cuando llegaban Melba y Haydée.

Después de este último susto, la ubicaron en la habitación colindante a la mía. Fidel nunca dejó de preocuparse por su estado de salud, la visitaba con frecuencia. En una de sus visitas, ya cerca del día 29, le dije entre sollozos que no quería casarme o por lo menos esperar a que mi madrina se recuperara. Cerca estaba José Alberto Naranjo, Pepín, su ayudante. Yo no sé si en su mirada hubo una expresión de pena o angustia, si pensaba en mi vida futura, pero me animó:

—Mira, Eugenia, te debes casar y hacer tu fiesta como ya está planificado. Tengo entendido que las invitaciones se han entregado. A Celia no le va a gustar que tú suspendas la boda ahora.

Cada palabra suya se me anudaba en la garganta y por mucho que me esforcé para no seguir llorando, fue en vano. Lloré desconsoladamente. Él intentó calmarme. Con esa facilidad que tiene para desviar la atención de lo más importante, me preguntó:

—Ven acá, chica, ¿por qué tú lloras? ¿No me vayas a decir ahora que le tienes miedo al hombre? Yo sé que ustedes llevan de novios cerca de cuatro años, ¿no es verdad eso?

Pepín sonrió. Seguía cada palabra de Fidel. Apenas pude decirle:

—¿Y mi madrina? ¿No va a estar en mi boda?

—Pero tampoco le gustaría que la suspendieras —y continuó—: ¿A ver, dónde vas a vivir?

Le dije que en un apartamento que Víctor había resuelto.

Me extendió su mirada cariñosa, lo que no me preguntaron sus labios lo hicieron sus ojos y los gestos de sus manos. De uno de sus bolsillos del pantalón verde olivo, extrajo cien pesos.

—Esto es lo único que tengo para regalarte, tómalos para que lo gastes en lo que tú quieras. Voy a hacer lo posible por ir a la boda.

Aumentó mi llanto. Una emoción fuerte recorrió mi cuerpo: ni mis padres, ni mis abuelos, ni madrina, y Fidel me había dicho que haría lo posible... El diálogo volvió a interrumpirse con mis lágrimas. Me abrazó, me consoló; se volteó hacia su ayudante y mirándome, intentó de nuevo animarme:

—Si yo no puedo ir, porque a esa hora tenga trabajo, va a ir Pepín que, además de ser tu padrino de la boda, es la representación de tu familia.

Fidel continuó hacia el cuarto donde se encontraba mi madrina. Pepín tomó mi brazo y me llevó hasta la cocina, me habló muy bajito:

—Yo te regalo estos cincuenta pesos, que es lo único que tengo arriba; pero dime sinceramente, ¿tienes dónde vivir?

—Sí.

—¿Dónde es ese apartamento?

Le expliqué que no lo había visto, pero mi novio ya lo tenía todo resuelto. Me dio un abrazo fuerte y un beso; me afirmó que el próximo sería el día de la boda.

Fue una noche triste para mí. Yo recogía mis pertenencias. Madrina estaba encamada al lado de mi cuarto. Fidel, Pepín, Migdalia y ella hablaban, muy bajito, sin que se escapara un ruido o una voz hacia donde yo me hallaba.

Al otro día, Migdalia me contó la conversación que sostuvieron sobre mi matrimonio:

Celia increpó a Fidel por darte los cien pesos, consideró que no hacía falta, porque ella tenía arreglado lo de tu luna de miel, quería que fuera en el hotel Mar Azul, en Santa María del Mar. Fidel le contestó que era mejor en el Riviera, más cerca de la casa y que te había dado ese dinero para que lo gastara en lo que tú quisieras; que no se preocupara por nada relacionado con tu boda, que ya todo lo tenías organizado.

Después fui a ver a mi madrina. Le di el beso de siempre y un abrazo, le pregunté cómo se sentía. Mirando a Migdalia, me contestó:

—Mejor. Mucho mejor. ¿Verdad, Migdalia?

Migdalia afirmó con un movimiento de cabeza. Yo manifesté satisfacción. Me dejé engañar una vez más. Ella hizo un esfuerzo para estar al tanto de los últimos preparativos de mi boda. Continuamos hablando sobre el tema. Le expliqué los detalles hasta ese momento. Ayudó a que me organizara mejor. Noté tristeza en sus ojos, pero no dejó de expresar lo que sentía:

—Quiero que estés sencilla, sin velo, el pelo suelto con unas peinetas o una flor en la cabeza, vestida de blanco. Y me gustaría que Víctor se pusiera debajo del traje un pullover azul, porque sé que es su color preferido, le sienta muy bien. Me parece que debes escoger una casa y no el Palacio de los Matrimonios, para que Quevedo te case. Se refería al doctor César Quevedo Peralta, el abogado que también había casado a mis hermanos.

Cuando le dije que había hablado con Araceli, la hermana de Ana Irma que vivía a solo media cuadra de la nuestra, pensando en que pudiera asistir el Comandante y ella, le gustó muchísimo la idea. Emocionada recordó los viejos tiempos en que vivió en Pilón y conoció la familia de los Escalona, específicamente donde vivía Araceli:

—Es una mujer muy limpia y así mismo mantenía su casa. El piso era de tierra, lo apisonaban con cenizas y parecía que era de cemento; los taburetes, tapizados, lucían siempre impecables. Ella alegraba con flores y plantas ornamentales los alrededores. Daba gusto ir allí, ahora la que tienen aquí debe estar más bonita.

Le conté que su casa parecía un palacio de muñecas. En este diálogo no faltó el elogio de cómo la muchacha cuidaba y protegía a sus cuatro niñas: Miriam, Jenny, Daysi y Celita, nombre puesto en su honor.

Recepcioné sus consejos. Decidí retirarme, pues por los gestos de Migdalia comprendí que debía descansar. Otro beso le imprimí en su mejilla y la dejé apoyada sobre sus cómodos almohadones.

Volví a hablar con Araceli, le conté la alegría de mi madrina cuando supo que allí sería la boda; la puse al tanto de la posibilidad de que Fidel y familiares allegados de Celia fueran a la ceremonia; que luego iríamos para el círculo social Camilo Cienfuegos a compartir con los demás invitados. La dejé trajinando, como si se casara una de sus hijas.

Titi estaba en función de la ensalada y otros bocadillos que formarían parte del brindis. Los adornos, las flores, la peluquería, el maquillaje, todo se me venía encima. La idea de que mi madrina no estuviera en mi boda me laceraba. Preparé mi maleta para la luna de miel con lágrimas en los ojos todo el tiempo; me iba hacia una esquina de mi cuarto, lloraba en silencio y después me incorporaba. Cuánto necesitaba de una familia. Personas allegadas y amigas de mi madrina hicieron lo posible por llenar el espacio.

Víctor recogió las maletas, finalmente iríamos para el hotel Capri, donde él había separado una habitación por tres días.

Llegada la hora, me vestí como ella quería, me elogiaron. Le pedí a Pepín que antes quería ir a la casa para que madrina me viera.

—No. Se emocionaría mucho y no le conviene —me dijo rotundamente como para que no suplicara.

Y yo desconocía su gravedad. No caminaba y tampoco lo sabía. Apenas unas semanas antes había homenajeados a sus profesores de la Ñico López.

Fidel no pudo asistir; pero otros detalles tuvo presente pese al cúmulo de trabajo. Minutos después de iniciada la ceremonia, recibimos la noticia de que había que trasladar el equipaje del Capri para el Riviera. Nadie me confirmó de dónde había salido esa disposición, pero imaginé que fuera idea suya, ya Migdalia me había comentado algo al respecto, además, él sabía de la gravedad de mi madrina; así garantizaba que estuviera más cerca de la casa.

Pepín ocupó el puesto de mi padre y fue testigo. Titi y Ana Irma fungieron también como testigos. Asistieron compañeros de trabajo. Extrañé a Tony y Exiquio, se hallaban de viaje; los otros me acompañaron: Ondina con su esposo y demás hermanos.

Después del pequeño brindis, deposité mi ramo de flores en la estatua de Julio Antonio Mella, frente a la Universidad de La Habana, compartimos con los amigos más allegados en el círculo social Camilo Cienfuegos y en el apartamento de un amigo, allí cerca, en el Vedado. Guardo fotografías de los tres lugares en que se dividió mi boda.

Temprano en la mañana llamé a Titi por teléfono. Le pregunté por mi madrina. Como me dijo “regular” y no me explicó detalles, salí para la casa. Pude verla.

—Me contaron que lucías muy bonita, que todo quedó como lo planificaste. Quisiera ver las fotos, pero me parece que se demoran.

Le describí en detalles cada cosa que me preguntaba. La vi contenta. Yo experimenté igual sentimiento.

—Eugenita, me alegro de que todo haya salido bien y te deseo que seas muy feliz —me dijo.

Todos los días iba a verla a la casa. Había un sillón en el cuarto, frente a su cama, para el acompañante, no la dejaban sola. Las hermanas se turnaban para cuidarla.

Un día que estaba Guite, me pidió que la sustituyera por unos minutos. Me quedé con mucho placer. La observé fijamente, estaba totalmente dormida, no hacía ningún movimiento, y eso aumentaba mi preocupación; pero no podía llorar, tenía que ser fuerte. De momento abrió sus ojos, quedó sorprendida.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —fue su primera reacción.

Se me antojó interpretar que la sorpresa le hizo experimentar un disgusto con agrado, es que hay sentimientos humanos muy difíciles de describir con palabras.

Le expliqué que Guite había salido un momento. Esta vez el diálogo fue breve:

—Está bien, pero tú debes ir para el hotel.

No quería irme, deseaba quedarme allí, sentada en el sillón junto a ella. Me sentía tensa: se avecinaban mis pruebas y mi madrina empeoraba. Durante esas noches me daba fiebre.

Pasados los días en el hotel, fuimos para el “apartamento”: un cuarto donde había una cama y un baño pequeño. Mi madrina acudió a mi mente. “Las cosas hay que tocarlas con las manos”. Yo era muy confiada, siempre me lo decía. Realmente, no había ido antes para saber las condiciones del lugar. Ahora solo debía echar a andar mi vida en matrimonio.

El último día que la visité, aceptó que la viera. Sucedió el día 8. No la escuché quejarse de ningún dolor, era fuerte. De nuevo la conversación se centró en mi boda. “Me hubiera gustado ir a la ceremonia y verte vestida de novia”. La sentí emocionada, solo sus ojitos algo tristes delataban su estado. Quise alegrarla y le describí mi peinado, el que me había sugerido: suelto mi pelo y adornado con orquídeas y dos peinetas blancas con adornos dorados. Hablamos de la luna de miel. “No fuiste para Santa María del Mar”. Pero comprendió que había sido mejor el hotel Riviera.

Indagó por mis estudios. Ni en el hotel había dejado de estudiar, porque estaba en período de exámenes; el próximo era el de Historia de América. Reacomodándose sobre los almohadones, siguió hablando:

—Eso, Eugenia, no dejes de leer ni de estudiar nunca.



Sobre mi nueva casa quiso saber, le dije que estaba buena, para qué preocuparla. Durante nuestro intercambio, noté la cara y sus manos hinchadas. En un momento le hizo un gesto a Migdalia para que la ayudara a levantarse, quería ir al baño. Por la expresión de mis ojos, se dio cuenta de mi asombro. Inmediatamente me dijo:

—No te preocupes, yo voy sola, ¿verdad Migdalia?

—Sí cómo no, Celia va mejorando cada día.

Entre Migdalia y yo volvimos a acostarla. Sentí flaquear mis piernas, apresuré la despedida con el pretexto de que debía ver a Titi, porque delante de ella no podía llorar.

Cuando estaba cerca de la puerta, me llamó, difícil momento para voltear mi cara. De nuevo escuché su voz. No usó mi diminutivo como a veces hacía:

—¡Eugenia, recuerda esto, ¡nunca dejes de leer!

—No, madrina...Vuelvo pronto.

Salí directamente a ver a Titi. Apenas caminé, estaba ahí. Había escuchado nuestra despedida. Ella estaba llorando también, le hice varias preguntas seguidas.

—Titi, ¿qué tan enferma está madrina? ¿No se va a recuperar? ¿Fidel sabe que ella está así?

No me daba respuestas. Entre sollozos yo hablaba y Titi lloraba. Nos abrazamos y compartimos ese momento de sufrimiento. Cuando pudo, me dijo:

—Los médicos están haciendo todo lo posible y Fidel viene a verla todos los días.

Mi esperanza era Fidel, mi madrina se recuperaría como había sucedido en otros momentos. Él le daba aliento y la necesitaba para emprender nuevas tareas.

Me fui en silencio para mi “rincón”, lloré hasta quedar seca. Al otro día, sería entre 7 y 8 de enero, ya no estaba, decidieron trasladarla para la clínica de Palacio. Titi, Guite y Acacia eran las únicas personas que podían visitarla. Solo por teléfono sabía de ella.

Corrían lentos y apesadumbrados los primeros días de enero. Con dolor en el pecho o en el corazón, si es posible, amanecí el día 11. Muy tensa salí a mi examen en la Filial de Güines, era de Historia.

Apenas escribí mi nombre en la hoja, aparecieron en la puerta dos compañeros. Habían venido por mí con la

orientación de llevarme directamente para la casa de 11. Cuando llegué ya estaba la familia. Fidel dijo que nos mantuviéramos localizados porque Celia había empeorado.

Corrí a mi rincón, me cambié de ropas y regresé rápido. La casa estaba llena y la gente nerviosa. Yo permanecí en la cocina cerca del teléfono blanco por donde se recibían las noticias. Ante el estrepitoso timbre, nadie quería levantarlo, extendió su mano Acacia al tiempo que dio un grito ensordecedor. Ernesta imploraba misericordia a Dios. Ana Irma se desmadejó. Martha no encontraba dónde refugiarse, apoyada sobre alguien lloraba. Sin consuelo estaban sus hermanos y sobrinos. Nosotros, sus muchachos, asustados y nerviosos nos abrazábamos, las lágrimas de uno empapaban al otro. Muchas veces encontré refugio en los brazos de Titi.

Vino el Comandante, nunca antes lo había visto tan triste; pero fuerte, tenía delante a la familia de Celia. ¡Cuánto más lo admiré! Nos dijo que al pueblo se le daría la noticia después de las cuatro de la tarde, primero había que hacerle saber a su hermana Graciela, Chela, que vivía en Estados Unidos desde mucho antes de triunfar la Revolución. Nos pidió nuevamente discreción.

Durante la aparente calma vinieron reflexiones en silencio. En entrevistas posteriores, los hermanos me ofrecieron palabras sobre lo que Celia había representado para ellos. Muchas de esas ideas corrieron por sus mentes en aquellos instantes de dolor profundo.

Griselda

Cada uno de nosotros hizo acciones a favor de la Revolución. Cada uno tiene su historia; pero la de Celia es la grande y hermosa.

En casa era la hermana, pero una vez que salíamos era una dirigente de la Revolución a quien respetábamos y queríamos mucho, porque era digna de admiración. Siempre supimos distinguir eso y fuimos cuidadosos al hablar, al criticar. Nos enseñó que para cada cosa había su lugar.

No hemos sido oportunistas, ni por lo que ella fue, ni por la posición política nuestra. Cuánto hicimos únicamente fue por voluntad propia, por principios y por la formación que papá nos dio.

Ahora recuerdo cómo Celia reía y cuánto yo la disfrutaba, cuando alguien me preguntaba: “¿Usted es la hermana de Celia?” y yo le contestaba: “No, Celia es hermana mía”.

¡Y qué hermana! Desde muy temprano, el ejemplo de todos.

Elabia

Solo mi corazón puede explicar qué significa la pérdida de mi hermana, porque palabras no sé si existan. Con Celia yo tenía mucha afinidad, desde pequeñas, cuando nos vestían iguales y teníamos el mismo escaparate. La infancia de ella es la infancia mía. Fuimos muy felices, muy felices. A Celia la extrañaré todos los días.

Manuel Enrique

Por el carácter y su constitución física, no la creíamos capaz de lo que posteriormente fue. Nos parecía imposible que hubiera desempeñado un papel rector en la preparación del recibimiento de Fidel, cuando el *Granma*, y que se mantuviera en la Sierra, en tan difíciles condiciones.

Viendo su capacidad y lealtad a la causa continuaban las preguntas: ¿Cómo es posible su ritmo de trabajo? ¿Cómo puede abarcar tanto? Sus hermanos pensábamos que nuestra actitud ante la vida debía tener como divisa a papá. Obligados a seguir su ejemplo, hemos tratado de ser dignos de su memoria, y vivimos, convencidos de que cuánto somos —incluida ella—, se lo debemos a él; pero Celia supo llevar mejor que todos nosotros su ejemplo. ¡Qué manera de sucederlo!

Al final de su vida estuvo en una lucha contra el tiempo. Sabía que se le agotaban las horas. Hasta la vi con un frasco de suero prendido a su brazo y sobre una paleta que se mandó a hacer escribía para concluir lo pendiente. Ahora es nuestro paradigma.

Cuando hablo de la ausencia física de mi hermana, no sé por qué; pero no puedo evitar que piense en Fidel.

Modestia, lealtad y confianza en Fidel, sensibilidad, feminidad y alegría, fue el menor número de palabras con que Jorge Enrique Mendoza resumió la personalidad de Celia.¹ “La más cabal imagen del pueblo” fue la expresión de Fidel ante trabajadores del Consejo de Estado,² a quienes, además, les añadió:

He tenido siempre una confianza ilimitada [...] en las cosas que organizó Celia, cuya mano, cuya idea no está ausente en nada de lo que podemos ver [...] el arte con que hacía las cosas, el amor con que las hacía, la forma en que educaba a las compañeras y a los compañeros y, sobre todo, la consideración que les tenía a todos, la forma en que conocía a todos y apreciaba el trabajo de todos. Yo tenía una gran confianza en todo lo que ella hacía, cuando organizaba, seleccionaba, ayudaba y educaba.

Impresionante ha sido el razonamiento de Nidia Sarabia, nonagenaria y ya enferma, cuando desde su cama me regaló las liminares para mi obra. En una de sus líneas, precisó: “la ayudante más eficaz de nuestro Comandante en Jefe, diría que insustituible”.

Celia había previsto el acondicionamiento de salones en el Palacio de la Revolución, porque el compañero Blas Roca Calderío³ se encontraba en estado crítico de salud y ante la

1 Jorge Enrique Mendoza: “Celia. Retrato de una mujer con historia”, periódico *Granma*, 10 de mayo de 2010.

2 Periódico *Granma*, 11 de enero de 2010.

3 Francisco Wilfredo Calderío, Blas Roca, (1908-1989). Natural de Manzanillo. Llegó a ser una de las figuras más relevantes del movimiento

peor situación que podría presentarse quería que el pueblo le rindiera un merecido homenaje. Y Palacio fue su última morada ¡Nunca se sabe que depara la vida!

Una de las compañeras encargadas de la decoración del salón fue Susana Hernández Guerrero. Con el mismo gusto estético con que fue adornado, ofrece los detalles de esta misión:

El compañero Pablo Ramos Seija —jefe de Servicio General del Consejo de Estado— me orientó que fuera para el jardín La Dalia a dirigir, inspeccionar y añadir flores silvestres a los adornos florales que fueron seleccionados para engalanar el salón. Hizo especial énfasis en tres cuestiones: revisar las coronas enviadas a Celia, una por una, hasta convertirlas en adornos florales naturales; confeccionar un sudario para cubrir el féretro y un cojín especial que se colocaría donde cayera el sudario. A Fidel había que tenerlo informado de estos movimientos.

Cuando concluimos todo el trabajo, del puesto de mando de la guarnición de 11 enviaron un transporte para su traslado. Llegué a Palacio y lo entregué para que decidieran qué persona lo pondría en el ataúd. Cuál no fue mi asombro al escucharle al oficial de guardia, Nivaldo Pérez Guerra, la decisión: “¡Eres tú quien pondrás el sudario a Celia!”

Tenía más de seiscientas orquídeas. Las moradas Fueron enviadas como representación del pueblo por cada provincia del país, estaban amarradas con alambres a un lienzo crudo y natural e iban colgadas una al lado de la otra. De Pinar del Río recibí cinco orquídeas blancas con el borde morado, no aparecía el soporte y se forró con espárragos de donde pendía la cinta blanca con la dedicatoria: “PARA CELIA DE FIDEL”. El sudario cubría por completo el féretro, excepto el cristal que permitía ver su rostro. A conti-

obrero y comunista cubano y latinoamericano. Dedicó toda su vida a la causa de los humildes.

nuación, coloqué el cojín en el piso, que era largo; el sudario descansaba sobre él.

A Celia la tengo presente, porque es una de las figuras más importantes de nuestro país y porque la conocí como maestra en la creación de adornos florales. Hubo empatía entre nosotras por la música, yo la trataba con cariño, le hacía cuentos. En una ocasión me prestó un poncho mejicano cuando la operación de mi madre, después de mucho esfuerzo para que aceptara la devolución, me mandó un abrigo.

Ella no dudaba en llamarme si tenía que adornar con urgencia algún local, como sucedió cuando el Pleno del Comité Central del PCC. Todo empezó alrededor de las dos o tres de la madrugada. Ese día tenía fiebre, pero nunca se enteró, porque yo tenía que cumplir con ella. Había que ir al campo —El Chico— a cortar las flores y le pregunté: ¿Usted cree que me dé tiempo, que a las siete de la mañana yo haya terminado? Me dijo: “Yo estoy tranquila, porque sé que tú lo tendrás todo en tiempo”. Con la ayuda de los compañeros que fuimos a cortar las flores, pude cumplir la tarea.

Cada vez que se hacían actividades en Palacio u otro lugar y ella entendía que debía ir, me orientaba sobre los adornos florales y ¡a trabajar!

Yo la estimulaba con alguna flor, porque sabía que a ella les encantaban. Entre tantas que puse en sus manos, sé que admiró mucho una amarilla, la rosa de la paz.

Cumplía con satisfacción sus orientaciones. Eso queda en mis memorias, como el buchito de café del que ella tomaba y yo siempre le pedía.

A Fidel lo vi inclinado en el féretro con sus dos manos sobre el sudario, observándola detenidamente, con su cara enrojecida y lágrimas que no pudo contener. Pensé en ese instante: “Es la despedida de un guerrillero a una guerrillera”.

A través de Nidia Sarabia conocí que Yeyé estuvo muy conmovida, pero que se ponía peor al ver el estado en que se encontraba el Comandante.

Nunca disminuyó la cantidad de personas que desfiló ante ella. Venían de todas partes, hasta extranjeros de visita en La Habana fueron a darle su adiós. A los campesinos les habilitaron transportes, otros vinieron por sus propios medios, vi a discapacitados en sillas de ruedas. Se me atragantaba la voz y parecía que me faltaba el aire. No había sospechado cuán querida e importante para los cubanos era mi madrina, yo... que había tenido el privilegio de vivir a su lado. Entonces lloraba más.

Las horas que siguieron al amanecer se mantuvieron con igual multitud. Cuando orientaron que no entrara nadie más, la gente hizo caso omiso. Yo no sé de dónde salían tantas personas, después supe que algunos campesinos llegaron demasiado tarde y no la pudieron ver.

Tras la última guardia de honor a cargo de la alta dirección del Gobierno y el Partido, el pueblo inició su marcha hacia la necrópolis de Colón. En el panteón de las Fuerzas Armadas Revolucionarias fue el sepelio.

Después de tanto empujar, quedé tan cerca de Fidel que solo me separaban dos o tres pasos. Yo no podía mirarlo a los ojos, mantuve la vista hacia el piso. Pude ver unas gotas de lágrimas en el suelo. No puedo decir que fueran de él, pero sí puedo asegurar su abatimiento. Despedía a quien había sido su brazo derecho, su compañera de tantos años de lucha, quien le seguía sin condición alguna, la secretaria irremplazable. Quizás hasta palabras que fueron suyas después, empezaron en ese instante a revoletear en su pensamiento, porque Celia había sido la compañera exigente, meticulosa, esclava del deber, la primera del Movimiento en contactar con ellos en la Sierra, la primera en hacerles llegar los primeros recursos, el primer dinero; las primeras balas, mochilas, nailon, todo lo que en los primeros tiempos necesitó la guerrilla.

Luego oímos las palabras conmovedoras de Armando Hart Dávalos, sobre todo cuando la calificó como nadie, al decir que era “la flor más autóctona de la Revolución”.

Su bóveda es la número 43, parecía que estaba en todas partes. Repleto a su alrededor de coronas y flores naturales, silvestres como a ella les gustaba. Yo me quedé hasta el final. Fui a la bóveda cuando ya no quedaba nadie, toqué la aldaba tres veces. Desde ese día voy con frecuencia, hago lo mismo y aunque no me oye, le hago saber mis contrariedades, también le cuento de mis niños, y salgo más reconfortada. Haciendo estas acciones, encuentro huellas de otras personas y reafirmo que mi madrina es guía, ejemplo, es también la madrina de su pueblo.

La retirada dolía. Cada uno había tomado un rumbo diferente. Mi madrina quedaba allí, por suerte entre sus flores. Con un sufrimiento indescriptible caminé hasta mi rincón. Lloré solita, no recé porque no sabía hacerlo; pero sí le imploré a Dios que la acogiera y pusiera en un lugar cercano a él para que siguiera haciendo el bien, repartiendo misericordias a los necesitados, con quienes —como Martí—, echó su suerte; entre estos me daba un espacio, empecé a entender cuán necesaria sería para mí.



Mi vida sin Celia

*El alma humana toma
al cabo las condiciones de los cuerpos
con que se roza. [9:355]*

Quizás la cercanía, la intimidad, el roce de todos los días me impedían aquilatar en su verdadera dimensión a la mujer que, aunque no me dio a la luz, me iluminó como una madre a su hija. De enseñármelo se ha encargado nuestro pueblo, cuyos instrumentos han sido el dolor manifiesto frente a su féretro; el recuerdo imperecedero de cada acto suyo; el amor sincero que brota al hablar de ella; la convicción de que no se ha ido, porque está en la magna obra de la Revolución.

En un primer instante debí organizar mis ideas para evitar que atropellaran mi mente. Mi madrina no estaba, pero de ella tenía que seguir aprendiendo. “Lo más hermoso que le puede suceder a una persona es concentrar en sí muchas virtudes”. Así me decía con frecuencia. Según transcurría el tiempo, comprendía mejor que un montón de esas cualidades hermosas le pertenecían a ella. Me sentí dichosa.

De manera diferente comencé a pensar en su sencillez, sinceridad, humanismo a toda prueba, en la manera tan peculiar de situarse en la piel del otro. No era grosera ni imperativa, aplicaba ese mismo ingenio en lo personal para embellecer su figura. Las explicaciones de lo que yo no entendía, quedaban para después de que se iba el último o me llamaba aparte, entonces su voz era un susurro. No es exagerado que la califique como una mujer excepcional.

Muy característica era su postura, cualquier movimiento la distinguía: sentada al borde de los asientos y separada del espaldar, mantenía la columna vertebral recta, un poco relajada. Desde esa posición concentraba la atención en actos y reuniones.

Por la forma de actuar, parecía dedicar minutos a la meditación; qué fácil se desprendía de estímulos negativos como el miedo, la preocupación, la cólera para suplirlos por actitudes positivas. Ejercicios antes del baño, le proporcionaban una mente saludable, alerta, real y calmada cuando más falta hacía. Lo viví todos los días en calle 11 y tengo entendido que igual actuó en los tiempos de guerrilla. Jorge Ricardo Masetti en su libro *Los que luchan y los que lloran*, crónicas que constituyen un verdadero testimonio del proceso de liberación cubano, lo expresó con palabras hermosas:

Trepamos a una loma no muy pronunciada y llegamos a un bohío abandonado.

Una de las mujeres, flaca y seria como un gendarme, ordenó que nos detuviésemos allí. Lo primero que hice fue poner en lugar seguro mi grabadora y preparé la máquina de fotos.

La mujer uniformada que parecía ser la mayor autoridad en ese momento, se acercó, tratando de ser amable.

—Oiga, argentino, pida cuanto necesite, que aquí hay de todo. Fidel llegará dentro de un momento.

Tenía una voz especial, cálida, decididamente amistosa, que desvaneció mi primera mala impresión. Un gendarme no podría jamás tener esa voz. Los ojos me

dolían por la falta de estar cerrados varias horas seguidas, pero igual se fijaron en ella con detenimiento.

—Usted es... —dije, tratando de recordar el nombre que aparecía en el epígrafe de una fotografía.

—Celia Sánchez.

Esta vez había sonreído. Y su sonrisa tampoco fue la de un gendarme.

Era una sonrisa cansada por más de un año de marcha tras el desplazamiento inquieto y nervioso de las tropas de Fidel Castro, pero bondadosa y muy humana. Decididamente femenina. Demostraba cerca de cuarenta años y no dudé de que un viento no muy fuerte hubiese obligado a los soldados rebeldes a subir a los árboles para descolgarla. Sentí inmediatamente gran simpatía por ella. En pocos minutos, había dispuesto lo necesario para que el bohío se convirtiese en la Comandancia de Castro.

[...]

Esperé la llegada de Castro fumando un tabaco y bebiendo el café que me había servido la otra mujer del grupo. Era totalmente distinta a Celia, aunque sería solo unos años menor. Rubia, roja y muda, y no dudé de que un viento muy fuerte hubiese obligado a los soldados rebeldes a prenderse de ella, para no ser remontados a los árboles. Cuando le agradecía su atención, le pregunté el nombre y lo dijo en un suspiro de cansancio.

—Haydée Santamaría.

Lo recordé enseguida. También hacía muchos meses que estaba en las montañas. Tenía todo el derecho del mundo a ser muda y a su figura descuidada.¹

1 Jorge Ricardo Masetti: Los que luchan y los que lloran. *El Fidel Castro que yo vi*, Editorial Freeland, Buenos Aires, 1958, pp. 65-66. Data de su viaje a la Sierra Maestra, en 1958, para entrevistar a Fidel Castro y Ernesto Che Guevara y donde alternó la labor periodística con el fusil de combatiente junto al Ejército Rebelde.

Razón tenía al decir que Celia era muy femenina y presumía de esa gracia. Nunca fue a la peluquería, de esos menesteres se ocupaba ella misma: le gustaba el cabello natural, no usó tinte, las canas se las entresacaba con una pinza, ayudada por Ana Irma. Yo la conocí con su pelo relativamente corto, después se lo dejó crecer hasta por debajo de los hombros. Para lograr su caída lo laceaba a través de tandas de cepillos y los llamados torniquetes. Me exigía que cuidara el mío, que me hiciera el mismo tratamiento para que también me quedara lacio.

Se arreglaba las manos y los pies, la vi en varias ocasiones hacerlo en la sala de casa. No acostumbraba a pintarse las uñas y cuando lo hacía usaba esmaltes claros. Su maquillaje casi era transparente; las pinturas de labios, muy tenues. Recuerdo sus críticas porque yo no sabía maquillarme ni arreglar mis cejas. Para delinear las suyas se miraba en un espejito que colocaba en una de las persianas de la puerta del balcón.

También se depilaba el bozo, entonces su cutis adquiría un toque de blancura. Además, preparaba un tratamiento con clara de huevo para usarlo como máscara facial y lo hacía extensivo hacia los brazos. Cuando yo venía de pase o estaba en la casa de vacaciones, la veía como robotizada con sus apliques naturales.

A la hora de vestir era muy sencilla, habitualmente usaba el lienzo, y confeccionadas con los saquitos de harina, sus acostumbradas alpargatas.

Eduardo Sánchez Pérez, empleado del atelier del Consejo de Estado, tuvo mucho que ver con la apariencia personal de Celia; él atendía directamente la confección de sus vestuarios, era el custodio de sus regalos y, además, el peluquero las escasas veces que no peinó ella su cabello, sobre todo, para asistir a alguna recepción.

Celia tenía un corazón de hombre que se transformaba en un mazote de acero para combatir lo mal hecho; pero qué femenina era, tenía un gusto exquisito.

Cuando vino el presidente de Alemania, Erick Honecker, me pidió que le hiciera un vestido con una tela

plateada de una caída tremenda, muy fina, que le había regalado el presidente de Indonesia. Antes de cortarla y para que no se estropeará se hizo primero una muestra y el día de la recepción quiso ponerse la muestra y no la plateada. Me decía: “Esta es mejor que la otra, más sencilla”. A tanta insistencia se puso el vestido plateado, se peinó y maquilló ella misma.

Pero terminada la prueba, guardó el vestido en un bolso, se puso uno sencillo y salió rumbo a Palacio, donde era la recepción.

Entró por la cocina una hora antes, hizo sus funciones como secretaria, precisó cada detalle para que la recepción quedara según lo planificado. Los cocineros la ayudaron. Luego se vistió detrás de las ollas y salió a cumplir su trabajo como funcionaria del Consejo de Estado.

Al día siguiente —Eduardo me contó, con emoción en su rostro—, que Celia le mandó un recado al trabajo para que pasara, urgente, por calle 11.

Me dijo: “Ven acá, chico, siéntate aquí. Mira ese sobre, y esto es por culpa tuya, por desobedecerme”.

Dentro había una nota donde los fotógrafos escribían: “Disculpe Celia por estar vestida de esa forma, pero es que usted se parecía a una diosa de la India”.

Celia había sido el centro de la recepción, lo que nunca quiso ella. Pero cuentan que estuvo impresionantemente ¡hermosa!

Me sentí dichosa con su anécdota, no sorprendida. Esa cualidad era muy suya, muy particular de ella, llegaba al extremo de que, cuando creía haber sobrepasado las ciento quince libras, hacía dieta. Recuerdo una etapa invernal en que aumenté y me decía: “¡Estás hecha un tanque!” Pienso que me incitaba a bajar de peso y como sabía que yo intentaba imitarla...

Pero feliz también fui, la mañana que Arencibio Álvarez Paneque, un combatiente que nos visitaba a menudo, llegó a la casa. Aunque mi madrina desayunaba en ese momento, lo atendió en el comedor. Las dos estábamos juntas y de pronto, Álvarez, con su tono elevado de voz, exclamó: “Celia, ¡cómo Eugenia se parece a ti! Si dices que es tu hija, cualquiera te lo cree”.

Mi madrina no habló, sonrió orgullosa; yo me sentí muy a gusto con ese parentesco. Me peinaba como ella, con el pelo hacia un lado, y hasta copiaba algunos de sus gestos: al comer, al tomar el cigarro para fumar, por supuesto, a escondidas en el baño, y ni así era fácil, porque no dejaba las cajetillas al alcance de nosotros. Salía de su cuarto con el iba a fumar en ese momento.

En general, a Celia le gustaba presumir, no escatimaba riesgos para sentirse a gusto.

Su primera operación —me contó un día el doctor Rodrigo Álvarez Cambras— fue por la deformación de hueso, el nacimiento del dedo grande del pie lo tenía muy prominente.

Le sugerí que se hiciera la operación con el profesor, también amigo de ambos, comandante Martínez Páez, y con qué gracia me respondió:

—Mira, Kico, Martinico es mi amigo y lo quiero como a ti, incluso más, pero los pies son míos y yo me opero con quien yo quiera.

Estas eran las ocurrencias de Celia. No sé por qué, lo cierto fue que decidió operar su dolencia conmigo.

Aprendí algo interesante en esa conversación: los juanes que en las mujeres se desarrollan a partir de los diecisiete o dieciocho años, se deben al calzado puntifino.

Existe una anécdota de la compañera Ana Delisle Galán publicada en el periódico *El Guerrillero*, que infiere:

Recuerdo que Celia traía puestas unas alpargaticas porque se les había roto un par de botas de tipo mejicano [...] Celia le entregó las botas a una señora que

vivía aquí cerca de mi casa, Caridad Martínez, para que se las llevara a arreglar a la provincia de Santiago de Cuba, también entregó los espejuelos de Fidel que parece que se les había caído y estaban descompuestos.²

El profesor continuó tratando a mi madrina.

Celia recibió un golpe en el muslo derecho, parece que con un azadón, durante un trabajo voluntario en el Parque Lenin; le provocó el síndrome del Hechizo, un serio problema muscular, además del problema estético, dadas las molestias al caminar.

En una de las reuniones en su casa, me invitó a pasar a su cuarto y me enseñó el muslo.

Existía confianza, ya se había operado los juanetes. Además tenía dolor y dificultad al caminar. Decidí operarla, la parte muscular la hice yo y la estética William Gil, cirujano plástico, jefe de Cirugía Plástica del hospital Frank País. Le hicimos una reconstrucción de ese lado, la cual quedó divinamente.

Con el doctor Joaquín Ojeda mantuvo estrecha relación desde que, casi terminaba el último año de su especialidad en el hospital clínico quirúrgico de la avenida 26 y coincidentemente, se conocieron en calle 11. Avanzaba 1962.

Aquel día ella conversaba con Goduart Fleitas Sánchez, *Marcano*, a quien yo consideraba como un tío y ella conocía de Manzanillo. Me detuve cerca de la garita de la calle 10, en la acera del frente, porque él vivía a media cuadra de Celia, en la esquina que hacen las calles 11 y 10; pero el oficial de la posta con sus manos me indicaba que continuara; yo le respondía de la misma forma que esperaba a Marcano, y el guardia insistía. Ni Celia ni él me veían, estaban absortos en su diálogo.

2 En *El Guerrillero*, 23 de mayo de 1973, Edición Especial por el XVI aniversario del combate de Uvero, Santiago de Cuba.

De pronto, Marcano me vio e hizo señas de que lo esperara, en ese momento Celia se percató de mi presencia. Me pidió que avanzara hasta ellos. Yo no quería ir por pena, no quería interrumpir, aunque por los gestos me imaginaba que trataban un tema poco trascendental. Finalmente, ante la insistencia de Celia me acerqué.

Su interlocutor había sido secretario del Partido Socialista Popular en Manzanillo, además de concejal, acostumbraba a conversar con Celia. Mantenían muy buenas relaciones, fortalecidas desde los tiempos de la guerra.

En ese instante, dándole cierto movimiento a un cigarro, le preguntaba a Marcano:

—¿Tú te acuerdas de cuando nos reuníamos cinco o seis personas en la Sierra, que éramos un grupito, que si había una lata de leche condensada la compartíamos? ¿Tú te acuerdas del trato, la hermandad, el afecto, el compañerismo que había entre nosotros? Ahora muchos son ministros, tenemos carros, algunos hasta con choferes, te pasan por una parada y no te ven, no te montan. ¿Qué ha pasado, Marcano, si somos los mismos? ¿No somos los mismos que estábamos en la Sierra juntos? ¿No somos los mismos que andábamos corriendo, de un lugar a otro? ¿Por qué ahora no nos tratamos igual, con el mismo cariño de antes?

Marcano me miraba y ella seguía hablando. Para mí aquello fue como si yo volviera a renacer como revolucionario, como ser humano y más cuando dijo:

—Yo no soporto a los compañeros que cuando ven a un empleado, a un enfermo o a una persona que lo escondió en su casa, que se jugaron la vida en determinados momentos para protegerlos, ni lo miran. ¡Qué deseos tengo de irme para la Sierra, qué deseos tengo de volver a la Sierra, y olvidarme de todas estas cosas!

—Tú tienes razón, Celia, pero tenemos que luchar para cambiarle la mentalidad a esos compañeros, muchos de ellos no son malos, hay que tener paciencia, hay que seguir batallando.

¡Cuán sensible!, ¡qué elevado concepto del compañerismo!, ¡qué ideología tan nítida al valorar que un dirigente no puede sentirse por encima de su pueblo! Sobre este tema el doctor Ojeda continuó brindándome sus impresiones:

Celia decía aquello con ira, la vi muy disgustada. Estaban haciendo una valoración de compañeros que habían estado en la Sierra y ahora, entre algunos, había discrepancias. Esa era la esencia de su diálogo. Con solo oírla, sentí poseer de ella un retrato de cuerpo entero.

Para mí era un mito, una leyenda viva, y se me hizo más fabulosa cuando advertí que era una mujer sencilla, natural, fina, amable y extraordinariamente revolucionaria.

Otras veces sucedió igual, me quedaba escuchando, en espera de que Marcano terminara la conversación. Hubo ocasiones en que me llamaba, no sé si porque iba vestido de militar o con mi bata de médico o porque ya me veía como pariente de Marcano.

Por la misma época en que conoció a Ojeda también conoció al doctor Alberto Dalmau Martín, jefe del Departamento de Cirugía Plástica del hospital Clínico Quirúrgico, que después fue trasladado para la clínica Cira García. Como aquí estaba solo, solicitó, en calidad de ayudante a Ojeda, de los residentes de cirugía, el de más experiencia, por sus años de estudio en el hospital militar Carlos Juan Finlay.

Para sorpresa de ambos, mi madrina empezó a llevarle una serie de pacientes: campesinos, gente humilde. Iba casi todos los días al mediodía. A esa hora el doctor Dalmau, quien operaba, cumplía el horario de almuerzo; y Ojeda, que se encargaba de la parte administrativa, permanecía haciendo historias clínicas, preparando los casos

que irían al salón al día siguiente, por lo tanto, era quien atendía a mi madrina y le daba respuesta de los pacientes que recomendaba.

Me preguntaba: “¿Vino fulanita o menganito?”, y yo le decía: “Sí, sí. Mire, aquí están”, y la llevaba habitación por habitación. Entonces yo no tenía confianza con ella, con el tiempo me fui relacionando más, hasta que un día le pregunté:

—Celia, ¿por qué a usted le gusta tanto la medicina y, en particular la Cirugía Plástica?

Se quedó mirándome muy fijo al tiempo que me ofreció una vasta explicación:

—Porque todos los dolores y sufrimientos no son físicos. Tú tienes un dolor de muela, apendicitis y la gente corre, resuelve ese problema; pero cuando tú tienes cierto complejo, porque las orejas, nariz o mamas son grandes, se sufre mucho. Hay quienes se han suicidado, mujeres que no se han casado, que no salen de su casa por su defecto o, al menos, lo consideran así. La gente con traumas psíquicos sufren tanto o más que el que siente un dolor en la vesícula.

”Por eso considero que uno debe resolverles el problema a las personas que sufren por un complejo, igual que a quienes sufren por un dolor físico. Hay personas que no lo entienden, pero yo creo que es así.

”¿Tú no has observado que después de que arreglas orejas, nariz, mamas, lo que sea, esa persona es feliz? Desaparece el complejo, se ríe, sale a las calles. Siéntate con ellas, y pídeles que te expliquen cómo cambian sus vidas con una simple operación.

Después de contarme las reflexiones de mi madrina, me confesó con mucha sinceridad:

Yo hacía la especialidad sin saber la dimensión exacta de sus fundamentos humanos. Celia fue la persona

que me dotó de este entendimiento e incitó a la investigación; no fueron mis profesores, los cuales tenían una visión, quizás romántica, como la tuve yo al principio, cuando seleccioné la carrera. A Celia le debo, con su juicio, con ese análisis aparentemente simplista, haber descubierto la esencia humanista de la Cirugía Plástica.

Durante los años 1971-1972, los doctores Ojeda y Dalmau operaron a muchísimos pacientes: a campesinos; a la niña de doce años que, producto de un sabotaje en Matanzas, había sufrido profundas quemaduras y tuvieron que hacerle una reconstrucción completa; a María Lucía Torres, compañera que trabajaba en la oficina de Asuntos Históricos, recuerdo a mi madrina cómo la estimulaba y le ofrecía esperanzas de su futuro cambio. Igual ocurrió con Ana Irma, de su cara desaparecieron las manchas de color oscuro; y al comandante Delio Gómez Ochoa le restablecieron totalmente sus párpados, en fin, fueron muchos los atendidos.

Quienes estuvieron a su alrededor siempre relatan nuevas vivencias. Ana Irma, con mucho de qué hablar relacionado con mi madrina, esta vez me dijo:

Incansable en el trabajo, sabía hacer todo lo necesario en un hogar. A pesar de su escaso tiempo, jamás se acomodó. Se mantenía al tanto de las necesidades; era un ejemplo de mujer en cuanto a la atención de su casa: sabía cocinar, hacer dulces, tejía muy lindo, con buen gusto, era curiosa, hacendosa y sobre todo de detalles. Enemiga de la ostentación, vestía con suma sencillez y elegancia, excepto cuando no le quedaba otra opción por razones de trabajo. También rechazaba la publicidad y el protagonismo, le gustaba permanecer en el anonimato siempre, haciendo cosas sin que se supiera que había sido ella.

¡Qué manera de cuidar el detalle ante los ojos de cualquiera! Un mediodía, llegó Fidel inesperadamente a la casa. Después de los saludos, aprovechó para deleitarlo

con un pedacito de pescado; sabía que a él le encantaban los productos del mar. Se lo sirvió en un plato, le colocó un tenedor y un cuchillo, y con una servilleta al hombro, le dijo:

—Mira lo que tengo para que pruebes. ¡Esto está divino!

Tomó el pescado con la mano y de solo contactar con su paladar, lo saboreó.

—¡Uuuu, exquisito! —exclamó

Él no usó los cubiertos, ni la servilleta, fue tan natural y como esa acción me llamó la atención, lo miré detenidamente; en ese instante me percaté de que en el dedo índice de su mano derecha tenía una curita, entonces le pregunté:

—Comandante, ¿qué le pasó en el dedo?

—Nada. Fui de recorrido por una fábrica de jamón, y en un momento que lo cortaban con una lasqueadora, quise probar un pedacito, y al cogerlo..., la cuchilla me lastimó la yema del dedo.

Sonreímos, porque lo dijo con tanta gracia.

Allí crecimos aprendiendo el valor de esa amistad, basada en el respeto mutuo.

Celia no descuidaba su apariencia personal, ni aceptaba nada que pudiera resquebrajar su prestigio. Un ejemplo que ilustre lo primero, lo presencié una noche mientras esperábamos la comparecencia de Fidel en la televisión. En cuanto notó que su corbata estaba medio de lado, llamó enseguida por teléfono para que solucionaran el problema antes de que iniciara su discurso frente a las cámaras.

Toda su vida es una fuente inagotable de la que siempre he de beber. Ya no estaba para explicarme; pero su paradigma se me tornaba más intenso que cualquier palabra.

No dejaba nada pendiente, ni de trabajo ni personal, el tiempo siempre la apremiaba; pero buscaba la forma de comunicarse con nosotros: se auxiliaba de mensajes que dejaba en *files* viejos con letras bien grandes, escritas casi siempre con lápices de creyón rojo; los pegaba con *scochtape* en las paredes o puertas. En algunos se podía leer:

“No me molesten con problemas personales, tengo mucho trabajo”.

“No tire restos de tabaco en el piso. Use el cenicero”.

“Por favor sacuda bien y friegue los platos después de usarlos”.

“Ondina, aquí tienes a tu Richard”.

“Esta postal es de Tony, saludando a todos desde Angola”.

Es curioso cómo se preocupaba por Tony después del merecido castigo que se le impuso: estuvo más de un mes sancionado y luego se lo extendieron a seis más. Resulta que estando en el Servicio Militar, salía sin autorización. Cuando visitaba a Nancy, ella le preguntaba por su pase y le mostraba uno falso. Fue tanta su preocupación que le comunicó a Celia que le extrañaban sus salidas tan reiteradas. Había engañado a las dos hasta un día que Celia hizo una llamada telefónica a Nancy.

—Yo quiero que tú sepas que aquí vinieron a buscar a Tony, cuando vaya por tu casa, me llamas. Si lo castigan, yo no voy a ir a verlo.

—Yo tampoco, que lo castiguen —contestó, también molesta, su interlocutora.

Pero cuando Nancy debía partir hacia Angola, fue a la unidad a verlo. Después de consultar con Celia y por recomendación de Jorge Risquet, acordaron que al terminar el castigo y su Servicio, iría para Angola, eran los tiempos en que Cuba cumplía misión internacionalista combativa en el hermano país. Ese acuerdo se cumplió. Por eso también aparecían en los cartelitos las noticias de Tony.

El mismo mecanismo de comunicación lo usaba para felicitarnos los días de cumpleaños. No se le olvidaba una fecha de nacimiento y en cuanto a la mía, había sido su decisión que yo me inscribiera, para que constara con un documento legal ajustado a la realidad. Siempre mi abuelo decía que yo había nacido el 8 de enero de 1958; pero una noche —tenía dieciocho años según él—, mientras mi madrina y yo conversábamos, suscitó el tema: ella estaba segura de que existía un error en mi fecha de nacimiento.

—Eugenia, haciendo memoria, tú no naciste en 1958, tiene que haber sido en octubre de 1957. Yo no sé con exactitud el día; pero fíjate, iniciando la segunda quincena

yo subí definitivamente para la Sierra, y ya oí hablar del nacimiento de la niña de Palomares. Por esos días, Fidel organizó una reunión de la dirección del M-26-7 en casa de Clemente Verdecia, el colaborador que vivía en El Naranjo, muy cerca de la casa de Angelito, tu abuelo. De entonces data tu bautizo. ¡Cómo lo voy a confundir! Si todo está claro. Ahí Fidel y yo te bautizamos.

Le demostré que había entendido, pero cuando me fui a mi cuarto no lograba conciliar el sueño. Estaba confundida, ¡parecía como si yo no existiera! No estaba inscrita en el registro civil.

En la mañana aclaré mis dudas. Mi madrina retomó el tema. Ya había hablado con el ministro de Justicia, Armando Torres Santrayll, sobre los trámites de mi inscripción. Para que no me inquietara y mis respuestas fueran concretas, me insistió:

—Recuerda que naciste en octubre de 1957, ahora tienes que seleccionar un día, el que más te convenga, porque de eso yo sí no me acuerdo.

En cuanto a mi lugar de nacimiento y los nombres de mis padres lo dejó bien claro. Mandó a Paquito, un chofer, a que me llevara al edificio de la calle O entre 23 y 25 en el Vedado, donde radica el Ministerio de Justicia, que me estaban esperando.

Después de mucho papeleo salí contenta, ya era una persona como las demás, como los niños que estaban bajo la custodia de Celia, los cuales habían venido inscriptos por sus padres. Quedé reconocida en el registro civil unificado de La Habana en el tomo 779, folio 333, el 9 de agosto de 1976, ante Ciro Aníbal Huesa Jenez, que procedió a inscribir mi nacimiento femenino, ocurrido a las tres de la mañana del día 15 de octubre de 1957 en Manzanillo, Oriente, con el nombre de Eugenia, hija de Cecilio Pastor Palomares López y de Balbina Ferrales Paneque, naturales de Baire y El Naranjo, nieta por la línea paterna de Pastor y Mercedes y por la materna de Ángel y Ana. Se aclaró que esta inscripción se practicó en virtud de la declaración de la propia inscripta, las leyes 1161 de 1964 y 1215 de 1967.

Me enorgullecía haber escogido el 15 de octubre para mis próximos cumpleaños, por varias razones:

Ese día, en la mañana de 1964, con solo veinticuatro años, el vietnamita Nguyen Van Troi había sido torturado salvajemente y condenado a muerte. Su figura quedó impregnada en mi mente por las veces que Celia hablaba de la revolución en el país asiático, y cómo resaltaba la valentía del joven. También le escuché a Melba Hernández hablar sobre Van Troi con mucho énfasis.

Fue 15 de octubre cuando mi madrina se quedó definitivamente en la Sierra Maestra, como una guerrillera más del Ejército Rebelde.

Tres razones me hacían sentir feliz con mi nuevo día de cumpleaños, además de saber que mi vida era más real; no obstante, cada 8 de enero, aunque sea a solas, celebro “mi nacimiento” para complacer a mis abuelos.

Transcurría el tiempo también sin ellos. Mi abuela falleció en Manzanillo, adonde mi tío Crescencio los había llevado a vivir; y el viejo, entristecido tras la pérdida de su compañera de toda la vida, volvió a El Naranjo con la tía Estela, “para echar mis últimos días en el monte”, decía.

Tuve que asirme a horcones fuertes. Siempre les oí decir a sus hermanos que en la espaciosa biblioteca del padre había obras que abordan la fuerza de la mente humana y lo que el hombre puede lograr con esa potencia. “Yo estoy seguro de que esas lecturas prepararon a Celia para enfrentar el sacrificio y tomar decisiones en la vida”, así me expresó un día su hermano Quique. En ese mismo espacio para libros, enriquecieron sus conocimientos sobre la historia de Cuba y la contemporánea de otros pueblos y definió su sentimiento de independencia, incluso la individual.

Aquellos libros no estuvieron a mi alcance, pero muestras de la importancia de la autonomía del ser humano sí las tuve ante mis ojos, y las tomo como acicate. Ejemplos de ellas son los relatos que siguen:

Cierto día, ante la demora del compañero que debía recogerla para un viaje en automóvil hasta Santiago de Cuba, le oí decir:

—Lo más lindo que puede tener una persona es ser independiente. No depender de nadie.

Hizo un esfuerzo por no hablar más del asunto, pero no pudo evitar un próximo comentario:

—Nunca te olvides de eso: ¡la independencia primero que todo!

Ella acostumbraba a hacer sola la guardia del comité de defensa. A veces alguien la acompañaba, pero generalmente tomaba su linterna y partía. En una ocasión, Ortedeo, para nosotros Cuco, nos visitó de noche y cuando la vio salir dijo:

—Pero, Celia, ¿cómo vas a hacer la guardia sola y sin pistola? ¿Tú estás loca?

—¡Oye, me defiendo con la linterna y las uñas, nadie se va a meter conmigo!

Migdalia, recordó estos tiempos:

Ella disfrutaba las guardias, llamaba a Flor para que la ubicara, porque a veces no quería incluirla en consideración a la cantidad de trabajo que tenía; pero qué va, casi siempre hacía los recorridos. Caminaba cuadra por cuadra con sus alpagatas.

Una noche, vio que en el jardín de una casa la pila botaba agua a borbotones. Saltó la cerca, tocó a la puerta, saludó con la delicadeza que la caracterizaba y requirió al vecino:

—Tenemos mucha crisis de agua y hay que ahorrar. ¿Usted cree que pueda cerrar la pila?

—Estas no son horas para molestar —contestó enfadado.

Mi madrina se disculpó y él tiró la puerta tras cerrar la pila de agua. Celia no le dio importancia a su disgusto, se sintió satisfecha, porque el objetivo era que no se botara el agua durante tantas horas y que al amanecer, no lamentara la ausencia del líquido.

Al otro día el vecino se enteró de quién lo había requerido en la madrugada, y apenado se presentó en la posta para pedir sus disculpas.

Su independencia se manifestaba hasta en los gustos personales. Si ella deseaba comer algo en especial, iba para la cocina a elaborarlo; también ayudaba a Ernestina a la hora de confeccionar algún plato para cuando Fidel

llegara. Yo aprendí a cocinar no solo por las instrucciones de las compañeras, sino por su ejemplo. La vi cocinando varias veces. Le gustaba muchísimo la harina de maíz tierno, el dulce que ella llamaba atol y que lograba revolviéndolo constantemente en el caldero, con una cuchara de madera, a fuego lento. Mientras accionaba, con toda la paciencia de la vida, hacía un movimiento que de manera obligatoria le imprimía soltura y gracia a su delgado cuerpo.

Si deseaba ponerse una ropa determinada, no le importaba que Ana Irma fuera la encargada de esos detalles, no... empezaba a armar la tabla de planchar que se guardaba en el closet de mi cuarto y formaba tremendo alboroto; lo hacía a oscuras para no despertarme y sucedía lo contrario, porque abrir aquella tabla, provocaba un ruido tremendo. Una de las veces que me desperté, la ayudé; quise plancharle el blusón, pero no aceptó:

—No, yo puedo hacerlo sola. Tú, sigue durmiendo.

El tono era casi impositivo o como una ordenanza. Esa madrugada me hice la dormida, entre risas, porque la veía un poco cómica enredada con aquella tabla casi más grande que ella; y que planchó con las luces apagadas. —Madrina, déjela así, yo la desarmo cuando me levante.

—Está bien. Ahora me voy para que te duermas.

Ella también lavaba algunas de sus ropas; si era un blusón que podía desteñirse, le echaba vinagre y sal al agua para fijar el color.

“Porque una no sabe cuándo lo necesita”, me decía. Se ocupó de que aprendiera a tejer, con una aguja y con dos. Me mandaba al taller con los compañeros que se dedicaban a las confecciones textiles, al frente estaban Alida y Cuco, el sastre, quien llevaba el control de lo que aprendí. Solo tejí un pullover con dos agujas, habíamos aprendido el croché, pero nunca lo apliqué.

Deseaba que yo supiera hacer lo que ella dominaba a la perfección, incluso pescar. El mar era algo muy especial para madrina, “desde niña sentía idolatría por él”, comentaban sus hermanos, a quienes con responsabilidad cuidaba de ellos en la playa; y “qué pronto aprendió a pescar”.



Varias veces intentó que lo hiciera. El día que atrapé uno, totalmente deforme, mi algarabía fue grande. Yo se lo mostraba como un trofeo y ella rio burlonamente hasta que pudo hablar: “Eugenia, ¡tú no sabes pescar!” No insistí mucho en ese arte. Tengo que reconocer que mi gozo era nadar.

En cualquier rato libre mi pensamiento recreaba recuerdos como los que he contado. Nunca podrá ser de otra manera, Celia ha sido mi mejor regalo. Me dejó trazado un camino para enfrentar cualquier tiempo, por difícil que fuera.

Ya no estaba cuando, me gradué como profesora de Historia en Educación General Media. Con el título en mis manos, supe que podía continuar estudiando para en dos años hacer “el completamiento”, alcanzar el nivel superior. Claro que ese era el trayecto. El 15 de julio de 1981, apenas había alcanzado mi primer escalón.

Sin reparos, a partir del próximo curso asistí a la facultad de Historia del Instituto Pedagógico Enrique José Varona, en Ciudad Libertad. Simultáneamente impartía clases en la secundaria básica urbana José Luis Arruñada, en el municipio de Plaza de la Revolución.

Mi vida en el rincón se hizo insoportable. Sin condiciones para vivir, no podía pensar ni en el advenimiento de mis hijos. Empeoraron mi situación las inclemencias del tiempo producto de un ciclón que afectó gran parte de la ciudad. Se inundó el cuarto, perdí lo poco que tenía. Desesperada, me dirigí a Pepín Naranjo.

—¿Por qué no lo dijiste antes de casarte?, y ¡cómo se te preguntó!

No dije nada. En aquel momento pensé que era un problema resuelto. Me despedí con la esperanza de que mi vida mejoraría; me alimentaron algunas reflexiones que el Comandante había hecho referente al tema.

Finalizando 1981 recibí respuesta. Cuando fui en busca de orientación, Pepín fue muy preciso:

—Dice Fidel que escojas un apartamento, no una mansión, algo sencillo; que lo pongas a nombre tuyo. Si algún día lo ves, dale las gracias, porque él fue quien dio esta indicación.

Cumplí con lo reglamentado por nuestro Gobierno, me acogí a Ley de Reforma Urbana promulgada en 1960, que establecía en etapa posterior de la reforma, la entrega en usufructo permanente de las viviendas construidas por el Estado, mediante el pago mensual de una cantidad que no excedía el 10% del ingreso familiar.

En ese apartamento nacieron mis retoños, el 27 de agosto de 1982, Yumanky, y el 4 de agosto, seis años después, Yosvany.

Estudiando, aún en el Pedagógico, comencé a trabajar en el Ministerio de Cultura en el Museo de Plaza de la Revolución. Estaba cerca de mi nueva casa y mi inclinación hacia la investigación sobre la historia de la localidad superaba los deseos de continuar impartiendo clases.

Como continuaba visitando mi antigua casa, llegué un día que no había nadie. Tomé el teléfono, marqué la extensión del apartamento del Comandante pensando que Titi estaría ahí, y reconocí la voz de Fidel. Después de identificarme y saludarlo, le pregunté por Titi.

—Y, ¿quién es Titi? —me preguntó.

Me pareció cómico que no lo supiera. No obstante, con mi voz un poco baja, para que no se percatara de que me estaba sonriendo, le contesté:

—Ella se llama ¡Ernesta!

—¡Ah! Ernestina. Sí, está aquí.

Le pasó el teléfono y para confirmar le preguntó ¿quién era?

—Es Eugenia, Comandante, una de las muchachitas de aquí, de la casa.

—¡Dile que suba!

Yo no había ido sola, llevaba a mi niño, Yumanky, no obstante, dijo que subiera.

Nos recibió con premura, me pareció que tenía alguna reunión de trabajo. Le di el niño a Titi para poder abrazar lo y besarlo. Mirando a mi pequeño, comentó interrogativamente:

—¿Qué tú le das de comer a ese muchacho que está tan gordo y grande?

Le expliqué que comía de todo. Titi quiso acercárselo, y Yumanky encaprichado en acariciar su barba. Luego conversamos, poco tiempo pero suficiente para ambos.

—Me enteré de que estás trabajando en un museo, que dejaste Educación.

—Se acuerda que a mí no me gustaba ser maestra, y lo que estoy haciendo como especialista de museo me entusiasma.

—Eso está bien y, ¿qué haces ahí?

—Además de investigar los monumentos y tarjas, vinculo la historia local con las escuelas primarias y secundarias del municipio.

Sentí que no quedó del todo satisfecho por mi nuevo trabajo, porque no tenía nada que ver con Educación, en el sentido de que me aislaba del aula, pero le dio otro giro al diálogo.

—¿Cómo andas económicamente?

—Sin problemas —le respondí.

Indagó sobre mi matrimonio, se acordó perfectamente del joven con quien me había casado. En ese instante, le agradecí el apartamento que había indicado darme. Con una sonrisa y su mano sobre mi hombro, añadió:

—No te preocupes por eso.

Miró nuevamente al niño y me dijo:

—Lo que tienes que hacer es cuidar bien al muchachón ese.

Me emocioné, con unas libras de nostalgia. Recordé a mi madrina cuando decía que a mi padre, Pastor Palomares López, Fidel lo había bautizado en la Sierra Maestra con el seudónimo de El Muchachón, y ahora llamaba igual a mi hijo.

—Comandante, si mi madrina estuviera, cómo disfrutaría con el niño.

Creo que no debí haber hecho la observación. Se fue su sonrisa. Cambió su rostro.

—No te desvincules de Ernestina, ni de la casa... —me precisó.

Le dio un beso a Yumanky y otro a mí. El final de la despedida fue como siempre: su mano sobre mi cabeza y unas palmaditas.

Sentí retadora su conversación sobre mi trabajo. Me demostró su descomunal memoria. Mis funciones en el museo tenían que ver con la historia, pero él me quería maestra para que la enseñara. Estoy segura de que así hubiera

pensado mi madrina. Por eso cuando, finalmente me gradué como licenciada en Educación, en la especialidad de Historia y Ciencias Sociales, el 15 de julio de 1983, medité mucho en los dos. “No dejes nunca de estudiar, ni de leer”, me decía ella. “Yo sé que ser maestra te va a gustar”, afirmaba él.

No me demoré en volver a 11, lo hice bastante seguido buscando un encuentro “casual”, hasta que un día Titi me dijo:

—Ya casi no viene por aquí. Nosotros nos mantenemos haciendo lo mismo de cuando Celia vivía; de él solo atendemos sus uniformes, alguna comidita que manda a hacer...

Durante las vacaciones, pensé mucho en mis raíces y en quienes me habían formado; sentí vergüenza de no cumplir sus sueños. Opté por presentarme en 1984 al Ministerio de Educación para que me ubicaran donde pudiera llevar a mi hijito. Ese lugar fue en la provincia de Matanzas, en la Escuela de Iniciación Deportiva.

A partir de entonces me interesé por mi profesión, específicamente cuando me presenté al concurso de oposición para aspirar a una plaza como profesora en el centro Vocacional Karl Marx. Lo logré, me crearon las condiciones mínimas, sobre todo, por mi niño. Lo matriculé en un círculo infantil interno, estábamos juntos los fines de semana y una vez al mes veníamos a casa. Seguí con el hábito de no comunicar mi procedencia.

Trabajé sin separarme de Yumanky. Me sentía feliz porque crecía en un ambiente limpio y justo. Aspiré a formarlo integralmente y lo cumplí. Es como dijera Martí “el bien que en una parte se siembra”. Hoy es licenciado en Cultura Física.

Me gané el respeto de mis compañeros y estudiantes. Cuando llegó el momento vine a trabajar a Güira de Melena, en la antigua provincia de La Habana. Comandancia La Plata se llamaba la escuela, luego en Guerrilleros de América, en la capital.

Contratiempos y mucho trabajo fue una característica permanente de esta etapa, pero tuve la posibilidad de analizar que, efectivamente, soy feliz siendo maestra. Confirmé las palabras que un día Fidel me había dicho: “Lo más

hermoso de una persona es enseñar a los demás”. Ya estaba convencida de que andaba por el camino de la mujer que Celia quería de mí.

Vinieron cursos metodológicos, postgrados, nuevas responsabilidades en las escuelas. Recibí a mi segundo hijo, Yosvany. Yumanky, el mayor, me ayudó en su formación, y lo vimos despuntar con características de liderazgo; así se manifestó en los estudios y en las organizaciones juveniles. Ya es ingeniero informático con amplias proyecciones en su especialidad.

Luego de enfrentar serios problemas de salud, una vez más el ejemplo personal de Celia me empujó a la vida. Seguí la ruta, enrumbé mis investigaciones a demostrar la cualidad pedagógica de ella, su concepción, labor, así como contribuciones socioeducativas, fue mi motivación para defender la tesis, el 11 de enero de 2021, en la Oficina de Asuntos Históricos de la República de Cuba

Después de un estudio profundo demostré cuánto nuestra heroína aportó, científicamente, a la educación cubana e internacional.

Obtener el título de Doctora en Ciencias Pedagógicas, otorgado por El instituto Central de Ciencias Pedagógicas, por Resolución No.3 del 18 de febrero de 2021, en consideración a que cumplí los requisitos preceptuados al efecto.

Registrado al tomo 2, Folio 118, Número 1069 del libro de la Secretaría de la Comisión Nacional de Grados Científicos de la República de Cuba.

Es el mejor regalo que puedo hacer a Celia.

Sus sueños y su tiempo, el que me dedicó, hoy le digo; no fue en vano.

Madrina cumplí, LLEGUÉ A LA META, que usted y Fidel me guiaron y me enseñaron.

Gracias, madrina, por ser mi mejor regalo.

No. 3

Carta de Celia al Dr. Julio Martínez Páez

Dr. Martínez P:
Perdido su mano en esta guerra y tenemos sumo interés porque la recupere artificial. La vamos a encargar a Estados Unidos; queremos lo último que se haya hecho en esto. Se lo mandamos para que usted haga de la medida y lo necesario para encargarla.

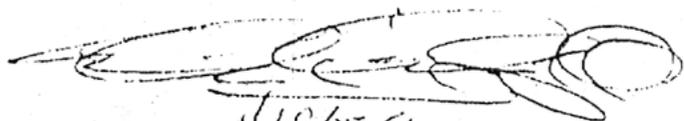
Un abrazo



6/3/54.

HABANA

Recibi del Comandante Fidel
Castro la cantidad de \$500.
quinientos pesos) PARA CE
RAR JUGUETES ^{PARA} LOS NIÑOS
de LA SIERRA MAESTRA.



1/10/59.

No. 5

Certificaciones de la Escuela Superior del PCC Ñico López...

ESCUELA SUPERIOR DEL PCC "ÑICO LÓPEZ"

La Secretaria General de la Escuela Superior del PCC "Ñico López", ubicada en 5ta Ave y 246, Santa Fe, Playa, Ciudad de la Habana.

CERTIFICA:

Según consta en nuestros archivos, **CELIA SÁNCHEZ MANDULEY** recibió en nuestro centro el título de graduada post mortem como Licenciada en Ciencias Sociales, quedando asentada en el Libro de Registro de la Secretaria General en el Folio. 478 No.4 con fecha 4 de octubre de 1980.

En el expediente docente de Celia, que se encuentra en el museo de nuestra Escuela aparecen los siguientes documentos:

- Planilla de matrícula.
- Ficha de matrícula
- Plan de Estudio
- Certificación de nota de 1er año
- Certificación de nota de 2do año
- Certificación de nota de 3er año
- Certificación de nota de 4to año
- Fundamentación legal del título
- Otorgamiento del Título, aparece en el documento que fue entregado al compañero Osmany Cienfuegos.

Para que así conste, firmo el presente CERTIFICO.

Dado en Ciudad de La Habana, a los 7 días del mes de octubre de 2010, "Año 52 de la Revolución".


MSc. Bruno Rubén Hurtado Marrero
Secretario General



Libro de Registro de Títulos de la Secretaría del Curso Dirigido de
Licenciatura en Ciencias Sociales.

El título está amparado bajo el Decreto-Ley No. 20, de 25 de diciembre de 1978, "Año del XI Festival", en la que se autoriza la expedición de títulos de Licenciados en Ciencias Sociales, a los graduados de nivel superior de la Escuela Superior del Partido "Néstor López", los que tendrán, a los efectos legales que procedan, la validez académica y profesional correspondiente.

Se expide el título de Licenciado en Ciencias Sociales al alumno:

<u>SANCHEZ</u>	<u>MANDULEY</u>	<u>CELLA</u>
Primer apellido	Segundo apellido	Nombre

corresponde este título al Curso Dirigido de Licenciatura en Ciencias Sociales de 1976 a 1980, y se entrega en el día 4 del mes octubre de 1980.

Y para que así conste, firma la presente,



Oficina del Curso Dirigido

Folio No. 478



*La Rectoría
de la Escuela Superior del Partido Níco López
otorga la condición de*



***MIEMBRO HONORÍFICO POSTMORTEM
de la Cátedra de Martí y su Partido***

A: CELIA SÁNCHEZ MANDULEY

Por su condición de martiana intachable durante toda su vida

*Dado a los 80 años de su natalicio
"Año del 40 Aniversario de la Decisión de Patria o Muerte"*



Wald
Rector

No. 6

RESOLUCIÓN RECTORAL

No. CM-1-2000

POR CUANTO: La Cátedra de Martí y su Partido tiene entre sus objetivos reconocer la trayectoria de aquellas personalidades que han consagrado su vida a divulgar el pensamiento y la obra de nuestro Héroe Nacional José Martí, y cuyas ejecutorias constituyen ejemplos de patriotismo, entrega revolucionaria y valores éticos para las actuales y futuras generaciones.

POR CUANTO: Dentro de esas personalidades, Celia Sánchez Manduley se destaca en la historia de la Revolución como un alto ejemplo de consagración a los principios revolucionarios, nobles virtudes humanas y especial sensibilidad, que la hacen una digna continuadora de la mujer mambisa a las que Martí calificó de mujeres puntales de la causa de la libertad y la independencia.

POR CUANTO: Celia Sánchez Manduley, bajo la influencia de su hogar, verdadera fragua de patriotismo y martianidad, desde muy niña aprendió a amar la obra del Maestro, entregando a la posteridad el alto ejemplo de su consagración a los ideales llevados a cabo por Fidel y materializados en la Revolución Socialista.

POR CUANTO: En el Pico Turquino está como herencia histórica el digno ejemplo de Celia y de su padre, de perpetuar, en la elevación más alta de nuestra geografía, el busto insigne del Maestro, como si fuera un Sol para que siempre nos ilumine. Allí Fidel, Celia y el grupo de aguerridos combatientes, juraron hacer realidad el sueño del más grande y lúcido de todos los cubanos.

POR TANTO: En uso de las facultades que me están conferidas, **RESUELVO** otorgar la condición de **MIEMBRO HONORÍFICO POSTMORTEM** de la Cátedra de Martí y su Partido a **Celia Sánchez Manduley**, cuyo Diploma se otorgará en acto solemne en conmemoración del 80 aniversario de su natalicio.

Dado en Ciudad de La Habana a los 16 días del mes de mayo del 2000.

"Año del 40 Aniversario de la Decisión de Patria o Muerte"



No. 7

Carta de Fidel a trabajadores de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, en ocasión del veinte aniversario de su creación (4 de mayo de 1984)

REPÚBLICA DE CUBA
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE ESTADO Y DEL GOBIERNO

Ciudad de La Habana,
4 de mayo de 1984

A los trabajadores de la Oficina de Asuntos Históricos del
Consejo de Estado.

Queridos compañeros:

Es con íntima y especial satisfacción que hago llegar a todos ustedes el reconocimiento de nuestro Partido y nuestro Gobierno, en ocasión del XX Aniversario de la creación de la Oficina de Asuntos Históricos.

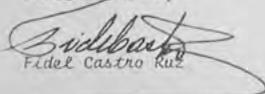
Nacida del empuje tesonero y la sensibilidad previsora de la entrañable compañera Celia Sánchez Manduley, fue esta Oficina la culminación de un tenaz esfuerzo iniciado y mantenido por ella en las duras condiciones de la lucha guerrillera en las montañas de la Sierra Maestra, destinado a preservar los documentos de la lucha insurreccional.

Ha correspondido a ustedes, por mandato de Celia, la alta misión de salvaguardar para las generaciones presentes y futuras de la Patria ese preciado tesoro histórico. Los documentos que con tanto amor, pasión revolucionaria y dedicación guardó Celia, constituyen uno de los legados más importantes de la Revolución, homenaje perpetuo de respeto, cariño y honor a nuestro pueblo. Esta tarea, a la par que significa un honroso privilegio, entraña una responsabilidad excepcional.

Para nosotros, la historia, más que una minuciosa y pormenorizada crónica de la vida de un pueblo, es base y sostén para la elevación de sus valores morales y culturales, para el desarrollo de su ideología y su conciencia; es instrumento y vehículo de la Revolución.

La confianza que depositó Celia en cada uno de ustedes, y que la Revolución ha ratificado, debe ser motivo de legítimo orgullo y compromiso individual y colectivo de ser cada día fieles a su ejemplo, trabajar en la misma forma abnegada, modesta, leal, disciplinada y eficiente que caracterizó su labor en el desempeño de las múltiples y complejas tareas que la Revolución le encomendó, con el definido propósito de que esta Oficina de Asuntos Históricos sea siempre un monumento vivo a la obra fecunda y la imperecedera memoria de Celia.

Fraternalmente,


Fidel Castro Ruz

No. 8

Sobre mis hermanos de crianza

ANTONIO LUIS GARCÍA, TONY: técnico en Electrónica. Trabaja en la Dirección de Mantenimiento Constructivo del Consejo de Estado. Tiene dos hijos que han seguido el sendero de sus padres. La familia fue feliz con el nacimiento de dos nietas de su hija mayor.

TERESITA LAMORÚ PREVAL: especialista en gestión de Recursos Humanos Relaciones Exteriores. Tiene dos hijos.

FIDEL LAMORÚ PREVAL: (fallecido) laboró siempre en Seguridad Personal. Tuvo una hija a la cual llamó Celia Haydeé.

TTE Cor (r). RAMÓN RICARDO FUENTES FEBLES, ESCAMBRAY: Dos hijos y tres nietos. Graduado en la URSS, academia militar. Cumplió misiones combativas en Angola y Etiopía. Fue colaborador en Venezuela durante cuatro años, 17 condecoraciones cubanas y 10 extranjeras. Graduado de Academia de las FAR, master en ciencias militares. Primer profesor en la escuela Interarmas General Antonio Maceo.

EXIQUIO MENÉNDEZ SÁNCHEZ: mecánico automotriz. Tiene dos hijos.

ODALYS ONDINA MENÉNDEZ SÁNCHEZ: (fallecida) fue maestra y terminó su vida laboral trabajando en la casa de la calle 11. Tuvo dos hijos.

RODOLFO GROVER, EL URUGUAYO, vive en el extranjero.

Testimonio gráfico

Media Luna, Manzanillo y Pilón, un lindo recuerdo...



1. Casa natal de Celia en Media Luna. Sentadas en los escalones del portal, las hermanitas Chela y Celia. Detrás, los padres: Acacia Manduley Alsina —sostiene entre sus brazos a la pequeña Flabia— y el Dr. Manuel Sánchez Silveira. **2.** En espera para echar a andar.



3. Celia y Chela en la puerta de la casa de la tía Amanda, donde conoció a Rebeca, su más pequeña colaboradora de Manzanillo.

4. Los Pavitos fue su animado grupo de Manzanillo: Ana Alicia Sánchez, Celia Codina, Querer Grau, María Lola Codina, Celia y Flabia, junto a otros amigos, formaron parte de él. **5.** El patio de la casa de Pilón era propicio para estancias placenteras. Aquí, reunidas como de costumbre, están Acacia, Celia, Berta Llópez, Flabia y Silvia.



4



Durante la guerrilla, en la Sierra Maestra...





6. Aún de pie, la casa de Clemente Verdecia García, en El Naranjo, donde radicó una armería del Ejército Rebelde y en ocasiones se reunían los miembros de la dirección del Movimiento. (Foto tomada en mayo de 2010.)

7. Celia, Fidel y Haydée descansan frente a la casa de Verdecia.

8. Foto de Fidel que impresionó al colaborador Lubertino Rivera Sosa por el gran parecido con Pastor Palomares López, su amigo de El Naranjo y padre de la autora.



9



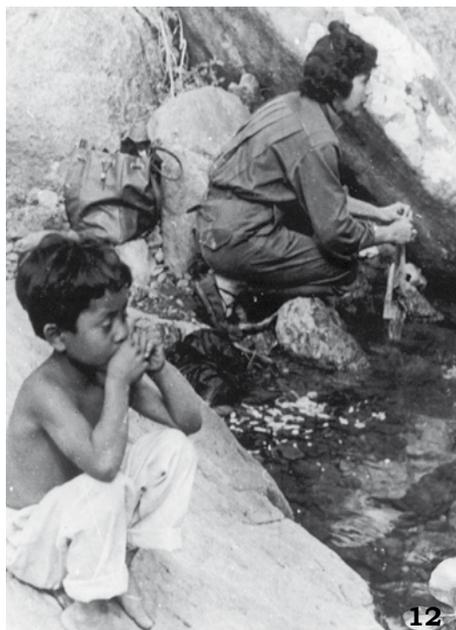
10

9. Después del acto de bautismo, conversan el cura Guillermo Sardiñas, un campesino de la zona y Celia. La niña en sus brazos, por el atuendo —canastilla regalada por la propia Celia— y los pocos días de nacida, presumiblemente es la autora, su ahijada.

10. A los pequeños de la zona imparte clases Rolando Torres Sosa, el Barberito, combatiente y primer maestro de la escuela que lleva el nombre de Pastor Palomares López, muerto en el combate de Palma Mocha, el 20 de agosto de 1957. (Foto tomada en 1958.)



11



12



11. Con traje de verde olivo, el Barberito sujeta entre sus brazos a la autora. Junto a ellos, niños y vecinos de la comunidad. 1958.

12. Las aguas de los riachuelos son benditas en tiempos de campaña.



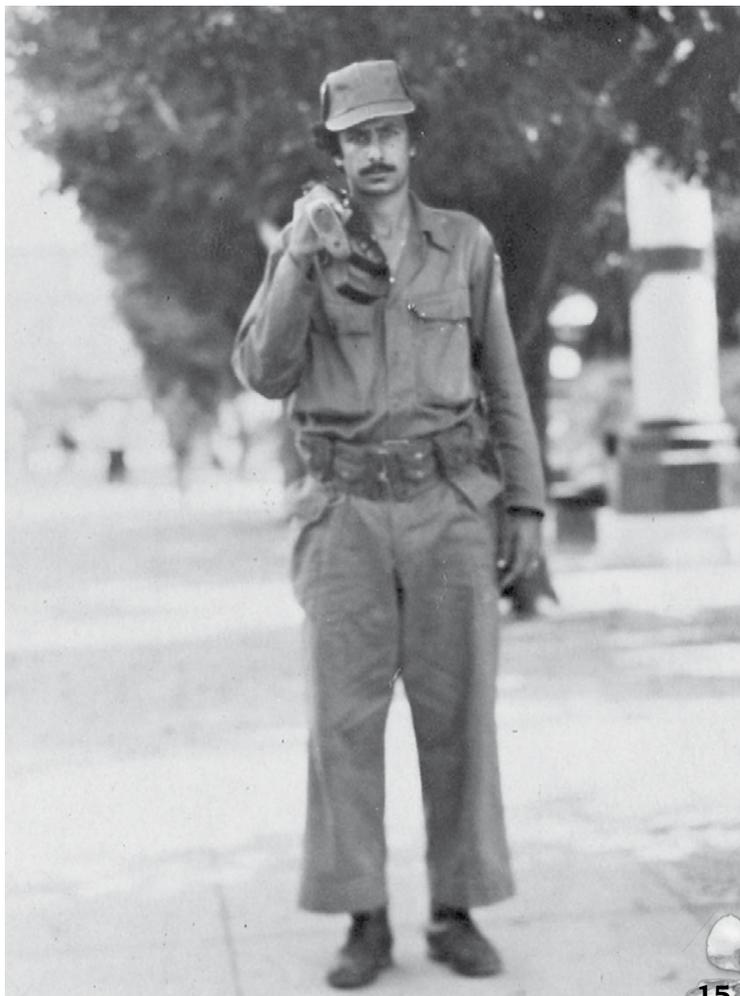
Primeros años de la Revolución...



13



14



13. Celia y Che, cronistas de la guerra de liberación.

14. Con sus hermanas Griselda y Acacia, miembros del Movimiento 26 de Julio.

15. En áreas del Capitolio Nacional, Radamé Charrutt García, el Morito, quien años después convencería a los abuelos de la autora para que la niña, a solicitud de Celia, residiera con ella en La Habana bajo su tutoría.

A quienes Celia quiso como hijos...



16



17



16. Antonio Luis García, Tony, el pequeño uniformado.

17. A la entrada del edificio 1007 de la calle 11: Tony, Fidelito y la autora sonriéndole a su madrina que los observa desde el balcón; sentadas, Alejandra, Teresita y Lourdes. Las niñas de los extremos son sobrinas de Celia y vecinas del edificio; los demás vivieron de manera permanente con Celia hasta contraer matrimonio.

18. La autora, la niña más alta de la segunda fila, con sus compañeritos, 1967, de la escuela Ormani Arenado.

A quienes Celia quiso como hijos...



19

19. En la granja infantil, Celia les practica la lectura a los niños Fermín Puig, Pedro Pabloy Antonio Céspedes, de pie.

20. Desde la tribuna, Fidel Castro Ruz, entonces primer ministro de la República de Cuba y Osvaldo Dorticós Torrado, presidente, con los niños Exiquio Menéndez y Antonio Céspedes, quien intenta no perderse un detalle del pueblo concentrado en los alrededores del Palacio Presidencial, actualmente Museo de la Revolución.





21



22





21. Fidel y Ahmed Ben Bella, presidente de Argelia, visitan la escuela José Martí en Santa María del Mar, donde estudiaban niños argelinos. 1965.

22. Concluida la graduación de sexto grado, vestidas iguales, Teresita y la autora rodeadas de niños.

23. Delante, con suéter, la directora de Planes Especiales Elena Gil Izquierdo; hacia la derecha, Zoila Chang Marín, la primera directora de la escuela José Martí; Cristobalina Rodríguez Cabrera (con el cuadro del Apóstol); Martha Guerrero Saurí (detrás de Elena) y María Monné Rodríguez (con la cara hacia un lado), entre otros maestros.



24



25



26

24. Terminado el horario de merienda, las niñas Teresita, Benita, Alejandra y la autora volverán a la recogida de papas. Esta vez se hallan en Güira de Melena con Elsa, Flor y Celia, vecinas de calle 11.

25. Luego de un recorrido por zonas orientales para cumplir entregas de Celia, llegan a la casa repletos de agradecimientos para ella y la Revolución, Fidelito y la autora, quien ha dicho de este hermano: “como la uña a la carne” y quien sufre desde muy temprano su pérdida.

26. Machete en mano, en plena zafra azucarera.

Eventos y actos revolucionarios...



27. Pocas veces la vimos frente a las cámaras. Detrás, a la izquierda, Camilo Cienfuegos Gorriarán; con sombreros, Fidel y el Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque.

28. Un grupo de estudiantes exhibe los uniformes de las Escuelas en el Campo y Pedagógicas, mientras Celia le explica al Comandante los diseños y colores que ha seleccionado.



28





29. Conversatorio de ambos dirigentes con los niños antes de efectuar su votación, en el Colegio Electoral No. 1 de Plaza de la Revolución.

30. Celia forma parte de la delegación cubana que participó en la asamblea de la Organización de Naciones Unidas, 1979. A la izquierda, Isidoro Malmierca Peoli, ministro de Relaciones Exteriores, y José Alberto Naranjo, ayudante de Fidel y ministro de la Industria Alimenticia; a la derecha, Carlos Rafael Rodríguez y Osmany Cienfuegos Gorriarán, vicepresidente y secretario del Consejo de Estado y de Ministros, respectivamente.

Fiestas importantes para los muchachos de Celia...



31



32

31. Día feliz: celebración de sus “quince”. De izquierda a derecha, invitada de la Casa de Verano; Elia Acacia, sobrina de Celia; Teresita; la autora; las trabajadoras de la casa Martha Irma y Ernestina, a quien Eugenia llamaba Titi; Alida, cuñada de Celia; y detrás, Odalys Ondina.

32. Día del matrimonio de Ramón Fuentes Febles, Escambray. Teresita y la autora quisieron guardar el recuerdo de tres hermanos, ocasión para la cual Celia estrenó su cámara fotográfica. 1976.



33



34

33. Nupcias de Ondina y Richard. Contemplan el acto matrimonial, Dayamí, la hija de Ana Irma, Celia y Luis Menéndez; detrás, invitados, Acacia Gloria, la autora y familiares de los novios. 29 de abril de 1979.

34. Nupcias de Tony e Isabelita. Concluida la ceremonia, el Dr. César Quevedo Peralta ofrece su saludo de felicitación a la novia. Feliz, como un padre, sonrío Jorge Risquet; a su lado Celia, familiares de los novios y Fidelito; detrás, la autora con otros invitados. 7 de julio de 1979.



35. Día del matrimonio de la autora. José A. Naranjo, Pepín, ayudante del Comandante, representó a su familia y tutora, 29 de diciembre de 1979. Para esta fecha, Celia ya estaba enferma, en cama.

El decurso del tiempo enraizó el amor...





36. Día de estímulo a los profesores: 22 de diciembre de 1979. Escuela Superior del Partido Níco López. Quien se ha vestido de pionero para hacer entrega de los obsequios es uno de los alumnos, de apellido Palmer. Él ha dicho: “Tarea difícil aquella”; pero Celia, aun enferma y con una voluntad increíble, organizó y disfrutó la ocurrencia.

37. La madrina orgullosa ante la ahijada que ya dejó detrás la minoría de edad. Abril de 1979.

38. Última foto de Celia con sus hermanas: a la izquierda, Acacia Norma y Silvia; a la derecha, su prima Míriam, Griselda Modesta y Flabia. 1979.



39. Visita que no dejaban de hacerle, todos juntos, a la combatiente del Moncada Melba Hernández Rodríguez del Rey. Esta vez, julio de 2009, rodearon a la anfitriona, a ambos lados, Teresita y la autora; agachados, Escambray y Tony; detrás, la familia creada por los muchachos.

40. Ángel Ferrales Palomino, el abuelo a la edad de ciento diez años; a cada lado, los niños de la autora. Otros nietos, bisnietos y tataranietos comparten la foto. Julio de 1997.

Durante el proceso de reconstrucción del rostro de Pastor Palomares López y de elaboración de este libro...



41. Visita al Morito, 2009. Fuente obligada para profundizar sobre la vida de Palomares y Celia.

42. Cueva La Jutía donde se produjo, aunque a oscuras, el alumbramiento de la autora. Entonces el tío Lorenzo —a su lado en la foto— apenas era un niño; pero le contó sus recuerdos.



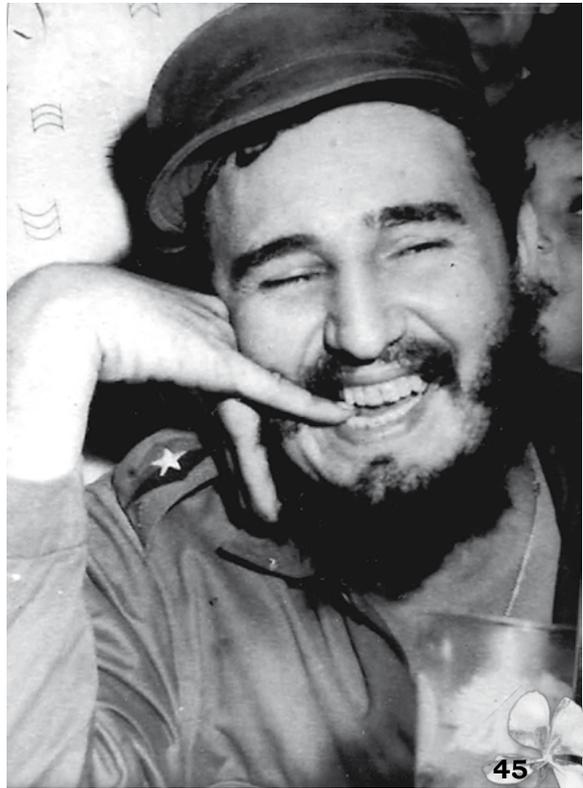
43



44

43. Imagen reconstruida del mártir Pastor Palomares López.

44. Tumba actual de Palomares. La anterior había sido construida por los campesinos de la zona, en 1966.



45



46

45. y 46. Imágenes que perdurarán en la memoria de la autora.

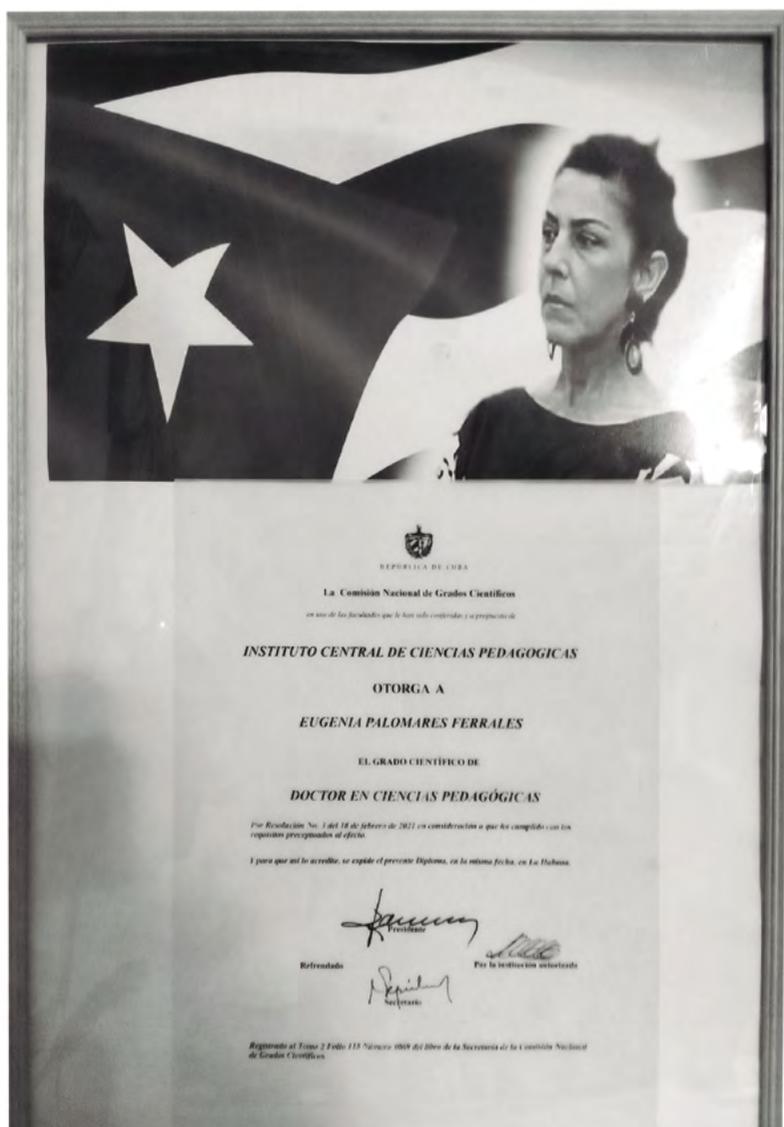
A la memoria de Celia



47. Monumento a Celia en la heladería Coppelia de La Habana, cuya autoría es del escultor Andrés González González.

48. Monumento a Celia en la ciudad de Media Luna.





49. Título Doctor en Ciencias Pedagógicas.

Bibliografía

- ALMEIDA BOSQUE, JUAN: *La Sierra*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2002.
- ÁLVAREZ TABÍO, PEDRO: *Celia, ensayo para una biografía*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2003.
- BÁEZ HERNÁNDEZ, LUIS: *Absuelto por la historia*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado de la República de Cuba, La Habana, 2006.
- BLANCO CASTIÑEIRA, KATIUSKA: *Todo el tiempo de los cedros*, Casa Editora Abril, La Habana, 2009.
- CANTÓN NAVARRO, JOSÉ: *Historia de Cuba. El desafío del yugo y la estrella*, Editorial SI-MAR S.A, La Habana, 1996.
- CASTRO RUZ, FIDEL: *Nada podrá detener la marcha de la historia*, Editora Política, La Habana, 1985.
- CASTRO RUZ, RAÚL Y ERNESTO GUEVARA DE LA SERNA: *La conquista de la esperanza. Diarios de campaña 2 de diciembre de 1956-19 de febrero de 1957*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2004.
- Periódico *El Guerrillero*, Edición Especial, Santiago de Cuba, 23 de mayo de 1973.
- HERNÁNDEZ GARCINI, OTTO: *Rutas de victoria. Fidel Castro 1952-1959*. Inédito.
- MARTÍ PÉREZ, JOSÉ: *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- MASETTI RICARDO, JORGE: *Los que luchan y los que lloran*, Editorial Freeland, Buenos Aires, 1958.
- MENDOZA, JORGE ENRIQUE: “Retrato de una mujer con historia”, periódico *Granma*, 10 de mayo de 2010.
- MONTES DE OCA RUIZ, RENE: *Conquistar toda la justicia. La huella impecedera de Celia*, La Habana, 2007.
- MONTESINOS HURTADO, AUGUSTO: *Impresiones desde La Habana*, Editorial José Martí, La Habana, 1996.

- NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO: *En marcha con Fidel*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982.
- ROA KOURÍ, RAÚL: *El Torrente*, Fondo Editorial Casa de Las Américas, La Habana, 2004.
- RODRÍGUEZ TÉLLEZ, ELOY: *Un guerrillero del primer refuerzo*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1998.
- RODRÍGUEZ MENÉNDEZ, ROBERTO: *Una muchacha llamada Celia*, Editorial Pueblo y Educación y Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1996.
- TORRES SOSA, ROLANDO: *Apuntes históricos relevantes y diario de campaña en la guerrilla*. Sierra Maestra, 1957-1959, Inédito.

Datos de la autora

EUGENIA PALOMARES FERRALES. Nació en el Naranjo, Sierra Maestra en 1957. Es licenciada en Educación en la especialidad de Historia y Ciencias Sociales. Es miembro de la Asociación de Pedagogos de Cuba. Fue ponente en el congreso Internacional por la unidad de los educadores, Pedagogía 2015. Posee el certificado de Vanguardia Nacional del sindicato de trabajadores civiles de la defensa. De su autoría además es, *Bajo el sol de la Sierra*, Casa Editorial Verde Olivo 2013.